



La mentira
QUE NOS UNIÓ

ROSE DAYS

La mentira que nos unió

Rose Days

Título: La mentira que nos unió

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo al público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida en delito contra la propiedad intelectual.

© Rose Days

Primera Edición, agosto 2019

Dedicatoria

Para Linda.

Cuando pasan cosas malas en nuestras vidas, creemos que todo está mal, pero es sólo un puente caído que nos obliga a cambiar de rumbo para tomar el que, finalmente, nos llevará al camino correcto. Tenemos dos opciones: dejar que las adversidades nos venzan o usarlas de trampolín y saltar a nuestra propia felicidad.

La vida se encargará de poner en tu camino a personas maravillosas que nunca hubieras conocido de no haber ese espacio que dejó quien se fue.

Prefacio

20 de mayo de 1911

Por fin había llegado el día que Madeleine Bradbury había estado esperando desde el compromiso de su mejor amiga, *lady* Katherine Stanley. La boda de la última y única hija de los condes de Derby era toda una sensación en Londres. La caravana de coches y carruajes había iniciado desde el día anterior, llenando de vida a la ciudad.

Unos tenues rayos de sol se colaban por la ventana de la habitación de la joven, bañando parte de su delicado rostro con su tibieza e iluminando algunos dorados mechones de su pelo. Ella ya podía oír el trinar de los pájaros que hacían un tremendo alboroto en la parte trasera de la mansión, pero se negaba a abrir los ojos.

Se removía, con desgana, intentando permanecer más tiempo en la cama, pero fue una misión imposible al oír la forma en la que habían llamado a su puerta. Estaba segura de que se trataba de la señora Cromwell, su doncella personal. Era una mujer de unos cincuenta años, respetuosa de las normas hasta más no poder, pero a quien la joven tenía una muy alta estima. Siempre bromeaba con que en su vida anterior debió ser un reloj, ya que nunca se atrasaba.

Como era de esperarse, la mujer entró con su parsimonioso andar y, detrás de ella, una criada, que se dirigió de inmediato al baño y preparó la bañera para Madeleine, mientras que la señora Cromwell cogía el conjunto que usaría su ama para la boda de *lady* Kate y lo colocaba con cuidado sobre la cama.

Madeleine era, lo que se podía decir, la típica joven inglesa, de pálida tez, rostro fino, de estatura media y de unos ojos tan azules que rivalizaban con el cielo estival. No pertenecía a la nobleza, como muchas de sus allegadas, pero sí a una familia de clase alta, hija única de un comerciante de Londres dedicado a la importación y venta de telas y adornos. Sus padres la habían enviado a un prestigioso colegio de señoritas donde conoció a las que ahora decían ser sus amigas.

Lady Kate era su mejor amiga, una hermosa joven de pelo negro y ojos grises, de piel tan pálida que parecía haber sido tocada por la luna. Era de estatura media y de una figura delgada, aunque dotada de unas envidiables

curvas. Como hermana menor de cinco hermanos varones, estaba acostumbrada a salirse con la suya, pero sin caer en la arrogancia o a parecer una malcriada.

Era la penúltima de su círculo que seguía soltera como ella, lo que ahora la dejaba como la única que no había pasado por el altar, a pesar de sus escasos diecinueve años. Hasta ese momento no le había inquietado pensar en ello, incluso le parecía divertido, pero, verlas a todas formar familia y ocuparse de ella, la dejaba en una situación incómoda. Incómoda porque no estaba segura de dar ese paso, pero, a la vez, le generaba curiosidad de saber cómo le iría. Eso sí, tenía la firme convicción de que no se casaría por conveniencia, mucho menos sin amor. Gracias a su dote, no lo creía necesario.

—¿Pensando en la boda de su amiga, señorita Madeleine? —preguntó la doncella. Tenía dibujada en sus labios una tierna sonrisa, lo que hacía un tremendo contraste con su lúgubre vestido negro y su acartonado rodete bajo la cofia blanca—. Tal vez la próxima sea usted.

Era un placer para quien fuera poder acariciar su suave y dorado pelo, el cual le llegaba hasta la mitad de la espalda. La joven sonrió pensativa, mientras se dejaba ayudar con él. Su pálida piel denotaba aún más el rosado de sus labios y el suave rubor en sus mejillas. Llevaba puesta una bata de seda sobre sus enaguas, aunque, de todas formas, podía notarse la delgada figura con la que había sido bendecida.

—O tal vez no —bromeó. La mujer mayor negó con la cabeza y con sus dedos ayudaba a ondularle el pelo para sujetarlo en un rodete bajo con unas horquillas—. Sé que mi madre pondría el grito en el cielo si me oyera, pero... ¿y si no consigo un candidato a quien ame tanto como para casarme?

La señora Cromwell chasqueó la lengua.

—El amor viene con los años, mi niña. Ya verá que su padre le consigue un buen candidato. —Madeleine asintió con esa sonrisa que podía iluminar el día más nublado. Era el tipo de joven soñadora y romántica que pasaba las tardes leyendo novelas en el jardín, tumbada sobre la hierba cubierta de florecillas, en primavera o verano. Cariñosa en extremo y muy vivaz. Empecinada en ver siempre el lado bueno de las cosas—. O quién sabe, en esta boda conoce a un noble y se queda prendado de su belleza. Su amiga es la hija de un conde, puede que tenga conocidos solteros.

La joven se miró al espejo y admiró lo bello que había quedado su pelo. Tenía la mirada perdida en algún punto de su reflejo. Unos collares de perlas colgaban de un joyero que reposaba en el tocador y los frascos de perfumes

refractaban la luz que provenía de la ventana.

—¿Usted lo cree? —preguntó sonriente, girándose para mirar a su doncella.

La joven criada había vuelto donde ellas, trayendo los zapatos de la señorita. Eran igual de hermosos que el conjunto rosa pálido, con un encaje más claro en el pecho, que reposaba sobre la cama, además de un llamativo sombrero adornado con flores en el costado derecho. No se esperaba menos de la hija de un mercader dedicado al comercio de las telas.

—¡Por supuesto que lo creo! —exclamó con entusiasmo. Antes de que la criada se retirara, la señora Cromwell le pidió que avisara en la cocina que los patrones ya bajarían a desayunar—. Y lleva el sombrero de la señora Bradbury a su habitación —recalcó.

Aunque tenían una estupenda casa solariega en Derby, los condes habían decidido que la boda sería más pomposa si la hacían en Derby House, su mansión en Londres, donde pudiera asistir toda la nobleza inglesa. Como la ceremonia estaba programada para el mediodía, tenía tiempo para desayunar tranquila y luego terminar de prepararse sin prisas, por lo que decidió bajar con un sencillo vestido de paseo en color blanco y unos cómodos zapatos de tacones bajos.

Cuando llegó al comedor, sus padres ya habían empezado sin ella. Se sentó en el lugar que le correspondía, después de saludar a ambos con un beso en la mejilla. Era evidente que la joven había heredado la belleza de su madre, quien, a pesar de los años que llevaba encima, mantenía esas finas facciones. El hombre era más bien robusto, pero hacía gala de un buen porte.

—Perdona que no te hayamos esperado, cariño —se disculpó la señora Bradbury. Madeleine meneó la cabeza y observó los platos que contenían variedades de masas para acompañar a su té. Se decantó por unos hojaldres rellenos de natillas, sus favoritos.

—Tu madre supuso que tardarías más en arreglarte —contribuyó su padre, que leía algo en el periódico. Éste estaba impecablemente planchado gracias a Francis, el lacayo. Lo hacía cada mañana, sin falta, para que la tinta se secase y no manchara las manos de sus amos.

—De no haber sido por la señora Cromwell, habría tardado mucho más —respondió Madeleine, dedicando una amable sonrisa a la mujer. Ésta sólo hizo una escueta reverencia y se excusó para retirarse a la cocina. El lacayo sirvió a la joven y se retiró de nuevo a un rincón, donde se mantuvo estoico hasta que lo volvieran a necesitar.

—Creo que ha llegado el momento de que busques un pretendiente para nuestra hija, Richard —sugirió la elegante mujer, después de beber un sorbo de su té.

El hombre bajó un poco el periódico y miró a su hija. Ella no se opuso, lo que lo llevó a enarcar una ceja. Siempre tenía un comentario acerca de las bodas arregladas, por lo que se extrañó de sobremanera que no emitiera su consabida opinión en ese momento.

—Conversaré con algunos colegas. Alguno debe tener un hijo o conocido que sea digno de ella. No puedo permitir que cualquier hombre despose a mi princesita.

Las dos mujeres se miraron y sonrieron con picardía.

—Espero enamorarme de él. No quisiera casarme sin amor —replicó para su padre. La señora Bradbury negó con la cabeza y le acarició la mano, mientras que su padre dio un profundo suspiro, oyendo lo que llevaba rato esperando oír.

—Los matrimonios normalmente empiezan como simples acuerdos entre familias. No quiero que tengas expectativas demasiado altas con eso del amor. Dependerá de ti lograr que tu esposo se enamore, pero eso sucederá con el tiempo.

El señor Bradbury asintió, coincidiendo con el pensamiento de su esposa, pero Madeleine sólo fingió que lo hacía. En el fondo ella creía en el amor a primera vista, en los cuentos de hadas y en el matrimonio por amor. Se negaba a renunciar a todo eso.

...

Ver el rostro de felicidad de su mejor amiga, ya convertida en la señora Aldrich, era la mayor prueba de que el amor verdadero existía. Todos rodearon a los novios al salir de la capilla y los vieron subir al coche, adornado con flores, para ir a la recepción.

Madeleine había quedado maravillada con lo hermosa que había sido la ceremonia y con los detalles del vestido. Una completa obra de arte con miles de cristales que adornaban la falda y el velo, confeccionado por la costurera del mismísimo rey Jorge V. La buena relación que mantenían los condes con éste debió haber influido para que consiguieran un turno con ella.

El novio era un banquero afincado en Filadelfia, Estados Unidos, aunque de padres ingleses, lo que significaba que la pareja no se quedaría a vivir en

Inglaterra. No con una carrera tan prodigiosa como la de William Aldrich en América.

Madeleine se había entristecido mucho al saber que su amiga partiría justo después de la boda y que tal vez nunca la volvería a ver. Sin embargo, Kate, con su carácter siempre positivo y optimista, le había prometido mantenerse en contacto y contarle cómo le iba al otro lado del charco. Como nunca heredaría el título de su padre, no habían puesto objeciones a su partida. Tenía cinco hermanos que se ocuparían de eso.

A pesar de que intentaban disimularlo, las amigas de la señorita Bradbury no perdían la oportunidad de recordarle que era la última soltera de su círculo y que ya estaba pasando la edad casadera. A veces dudaba seriamente de la veracidad de sus sentimientos hacia ella, ya que Kate nunca le había hecho ese tipo de comentarios despectivos.

—Promete que me escribirás cuando llegues —le pidió Madeleine a Kate, antes de despedirse. Una copiosa lluvia había dado por terminado el banquete de bodas, el cual se había preparado en los jardines de la mansión de los duques de Derby en Londres.

Tenía los ojos llorosos y pudo sentir el miedo de la recién casada en ese abrazo. Ya casarse era un cambio; ir a vivir tan lejos lo hacía todo más intenso.

—Y tú promete que irás a visitarme a América. —Madeleine asintió rápidamente. Miró a las demás sonriendo, falsamente, junto a sus esposos—. Yo te enviaré nuestra dirección por telégrafo o por carta, pero te la enviaré, amiga querida.

Ambas jóvenes se miraron a los ojos y éstos brillaban de felicidad bajo el cielo plomizo. El novio las interrumpió, aunque con cariño, para robar a la novia. Su barco zarpaba de madrugada y se les había hecho casi de noche con la celebración.

—No dudes en visitarnos en Filadelfia, Maddie —la invitó William.

Había tenido la oportunidad de conocerla en los meses que llevaba cortejando a *lady* Katherine y mucho más en los días previos a la boda, en los que se había pasado metida en la mansión de los Derby. No era un hombre muy apuesto, tenía la nariz ganchuda y la piel algo tostada, pero lo que le faltaba en belleza, le sobraba en amabilidad.

—Por supuesto que lo haré. Sola o acompañada —bromeó y los tres rieron con complicidad.

—Espero que seas muy feliz, Maddie —dijo Kate, agarrándola de la mano.

Sacó un ramillete de lirios silvestres de su ramo y lo colocó en el sombrero de su amiga—. Te traerá mucha suerte, amiga. La próxima vez que nos veamos, ya no serás la señorita Bradbury, sino la esposa de alguien. Pero, por encima de todo, espero que también encuentres el amor —añadió, dedicando una enamorada mirada a su esposo.

—Eso espero —respondió su amiga, bajando fugazmente la mirada hacia sus manos. Acarició las pequeñas flores y suspiró—. Ahora id a disfrutar de vuestra luna de miel. ¡Que tengáis un buen viaje!

...

La casa de los condes no quedaba lejos del centro de la ciudad, pero, no hacía falta andar mucho para que la cruel desgracia cobrara sus víctimas. Un carruaje había perdido la dirección, cuando algo asustó a uno de sus caballos, haciendo que embistiera el coche donde viajaban los Bradbury.

A pesar de que el chófer intentó zafarse en una maniobra desesperada, le fue imposible evitar rodar por la calle y embestir por la muralla de una de las casas. Tanto el señor Bradbury como el pobre chófer murieron en el acto, no así las dos mujeres que viajaban en la parte trasera. Gracias a que su madre la abrazó en un momento de desesperación, fue a ella a quien le había entrado el trozo de cristal de la ventanilla y no a Madeleine.

Aterrorizada, ni siquiera podía llorar. Sentía que se le había ido la voz y su pecho empezaba a hiperventilar. Ni siquiera notó que tenía cortes en el rostro y en el brazo. Sólo miraba con horror toda la escena que le rodeaba.

La señora Bradbury agonizaba, pero no se arrepentía de haber hecho eso, abrazar a su dulce y tierna hija. La miró con cariño, con los ojos llenos de lágrimas y le apretó la mano.

—Sé que estás muy asustada, mi amor... —susurró la moribunda. Madeleine seguía en pánico y sin poder hablar. Intentaba desesperadamente gritar para que alguien los ayudara, pero no fue necesario. Unas personas que pasaban por ahí habían visto lo sucedido y acudieron a ayudar—, pero necesito que me prometas que serás muy fuerte —la joven por fin pudo sollozar, desconsolada— y que nunca... dejarás de luchar. Yo siempre estaré a tu lado y te protegeré.

—Por favor, mamá —chilló muy bajito—. No me dejes sola...

La mujer estaba sangrando profusamente. El cristal se le había incrustado entre la espalda y bajo el brazo, pero parecía imperante decirle esas palabras

a su hija.

—Prométemelo, Madeleine. —La miró tan firme como pudo y no se dejó vencer hasta que ella asintió llorosa. —Bien... Estoy orgullosa de ti, mi pequeña... Te amaré siempre.

Apenas había mencionado las últimas palabras, simplemente cerró los ojos y entregó su alma.

—Madre, ¡madre! —gritaba la joven, pero la mujer ya estaba pálida como una hoja. Había muerto como su esposo y el chófer.

La familia que se acercó a socorrerles era una que también venía de la boda y los conocían muy bien. La mujer, una señora muy fina y elegante, llevó una mano a su boca al ver lo sucedido en el interior del coche. Su esposo había intentado abrir la puerta de la joven, pero le fue imposible solo, así que llamó a sus hijos para que lo ayudaran.

Madeleine se desmayó de la impresión una vez que los socorrieron. Por desgracia, se había quedado sola en el mundo. En una fracción de segundo perdió todo lo que más amaba, a su familia, su seguridad. Ahora le tocaría hacerse cargo no sólo de la casa, sino de la empresa familiar.

...

Habían pasado dos semanas del accidente, dos semanas que parecían dos meses o incluso años.

Ya pocas cicatrices quedaban en el cuerpo de Madeleine, aunque las de su corazón jamás sanarían. Hubiese seguido en cama, como los días posteriores al funeral de sus padres, de no ser por la visita del abogado de la familia, el señor Carlston.

La señora Cromwell la ayudaba a vestirse, en total silencio, mirándola fugazmente cada vez que la oía suspirar temblorosa. Había incluso dejado un poco flojo el corsé de la joven, por si necesitara un poco más de libertad. Toda la casa estaba sumida en el frío silencio.

A pesar de la tristeza que se había instalado en su mirada, esos ojos azules seguían siendo una hermosura para quien los mirara. La señora Bradbury alardeaba, orgullosa, de que esos los había heredado de ella, mientras que su padre siempre le decía que era su ángel particular.

—Lamento molestarla a tan pocos días de su triste pérdida —se excusó el hombre, quien se levantó al verla entrar a la biblioteca y se arregló la chaqueta. Ella levantó la mano, indicándole que no se disculpara. La señora

Cromwell los acompañaba por cuidar la imagen de su ama. No estaba bien visto que una mujer recibiera a solas a un hombre.

—Por favor, no se preocupe, señor Carlston. —Le invitó con la misma mano a que tomara asiento—. Sé que si me visita es por algo importante. Cuando alguien lo hace, olvido por un momento la soledad en la que me encuentro desde...

El abogado la interrumpió, al adivinar que ella se quebraría y no soportaba ver a una dama llorar, en especial a alguien tan dulce como lo era la joven Bradbury.

—Vengo a hablarle del testamento de sus padres, señorita —anunció muy serio—. Quise venir antes, pero no lo creí oportuno.

—Gracias. Lo aprecio mucho —respondió la joven, con la mirada triste—. Lo escucho.

—Bien... No encuentro una manera fácil de decir esto —empezó a decir, titubeante, lo que hizo que ella prestara más atención que antes. Ahora ya no era tristeza lo que reflejaban sus ojos, sino miedo. Miró a su doncella y rápidamente volvió a mirar al hombre.

—Por favor, dígalo, señor Carlston, que moriré de ansiedad si no lo hace.

La señora Cromwell estaba tan preocupada como la joven, pero se mantenía firme y seria en su lugar, detrás de la joven. Se había instalado un silencio incómodo, interrumpido únicamente por el tic tac del reloj de pared, hasta que el letrado habló de nuevo.

—Verá usted: su padre hizo su testamento antes de quedar en la ruina, por lo que, después de hacer las cuentas con los acreedores, sólo he podido conseguir que conservara esta casa y lo que contiene. —Apretó los labios y suspiró—. La empresa de su padre ya no le pertenece, ni la casa de campo en Derby. Lo siento mucho.

—Pero... él no mencionó que le fuera mal —cuestionó la joven, buscando en sus recuerdos algo que le indicara tal nefasta situación.

—Su padre era muy reservado, señorita Bradbury. Jamás hubiese mencionado que las deudas de juego lo llevaron a la ruina. Todavía tenía la esperanza de recuperarse de esto, pero, por desgracia, ya no está y lo mejor que podía hacer por usted era conseguir esto. —Señaló a su alrededor, refiriéndose a la casa.

—¿Y mi dote? —preguntó temerosa, pensando que le serviría de ayuda para subsistir mientras encontraba una solución, pero el hombre negó con la cabeza y eso esfumó cualquier atisbo de esperanza—. No puede ser...

La joven llevó una mano a la boca y ahogó un gemido de desesperación. La señora Cromwell la tomó del hombro y ese leve apretón la trajo de nuevo a la realidad.

—Lo siento mucho, señorita Bradbury. Créame que hice todo lo posible por ayudarla, pero esto fue lo mejor que pude conseguir, por el aprecio que les tenía a sus padres y que le sigo teniendo a usted.

—Lo sé, lo sé... —susurró ella, entre sollozos—. No puedo creer que mi padre fuera un jugador.

—Le sugiero que despida a todo el personal que no necesite para vivir y sea cautelosa con los gastos. Se acercan tiempos difíciles, señorita Bradbury, pero cuente conmigo para lo que necesite.

—¿Y cómo pagaré los gastos de la casa si no tengo dinero? —preguntó, con los ojos llorosos.

—Si fuese un hombre deshonesto, le haría una propuesta deshonesto, pero usted me conoce y también a mi familia, así que mi mejor consejo es que venda las cosas de valor. Supongo que su madre tenía joyas, así como usted. —La joven asintió—. La ayudaré a venderlas, si quiere. Le servirá durante un tiempo, pero debería buscar otra salida.

—¿Otra salida? —preguntó con total inocencia.

—Sí, un esposo, tal vez —respondió el abogado.

Madeleine sintió una punzada en su estómago. En su posición actual, debería aceptar al que estuviese dispuesto a casarse con una pobretona y no es lo que ella había soñado. Las lágrimas se habían hecho presentes y apretó el pañuelo que estrujaba en las manos.

—O puede ser un trabajo, pero me temo que no encontrará algo que sea digno de una joven de cuna como usted. Aun así, veré qué puedo conseguir para usted.

—Muchas gracias, señor Carlston, por todo. —La joven sentía que todo se desmoronaba a su alrededor y que sus pulmones se negaban a cooperar.

Despidieron al abogado en la puerta principal y ella subió a toda prisa a su habitación. Se tumbó en la cama y gritó muy fuerte contra la almohada. Las lágrimas no paraban de caer, hasta que se quedó sin ellas y ya sólo gimoteaba.

La señora Cromwell llamó a la puerta una vez y entró. En su mano traía una taza de té.

—No puedo ser egoísta, señora Cromwell, pero la necesito más que nunca. Por favor no me deje también usted —sollozó.

La mujer se acercó y la miró con pena y cariño.

—Yo nunca la dejaré, señorita Madeleine. Aunque no tenga cómo pagarme, me quedo con usted. Encontraremos una salida juntas, se lo prometo.

Ni siquiera tenía a su mejor amiga para consolarla, ya que, aunque habían aplazado su viaje a América, partieron unos días después del funeral. Era más de lo que podía soportar una joven de diecinueve años que había tenido una vida rodeada de lujos, pero por lo menos no estaría tan sola.

Recordó la promesa que le había hecho a su madre y supo que debía sacar fuerzas de donde no las había, pero debía salir adelante. Siempre la habían protegido como a una valiosa joya, pero ahora ella debía convertirse en una roca y luchar.

Capítulo 1

Enero de 1912

Casi había pasado un año de la muerte de sus padres y Madeleine ya no tenía casi nada para vender. Lo único que guardaba con celo era un joyero de su madre, pero había prometido no venderlo. Al abrirlo, tocaba una música que, desde que la oyó por primera vez, se había convertido en su favorita: Claro de luna, de Debussy.

Se encontraba en su habitación, oyendo la dulce melodía, mientras una pareja bailaba sobre un círculo de espejo. Se limpió una lágrima rebelde que se había escapado de sus ojos y se sorbió la nariz. Se preguntaba si algún día bailarían así con alguien.

Fuera hacía mucho frío, pero como tenían poca leña, debía mantenerse abrigada incluso dentro de la casa. Ésta ya no era fría sólo por el invierno, sino también por la soledad en la que vivían su dueña y sus dos fieles sirvientes, la señora Cromwell y la criada, Anne.

Los demás no se quedaron, no porque fueran unos sirvientes infieles, sino porque necesitaban el dinero para sus familias y Madeleine lo entendió perfectamente. Agradeció que el viejo mayordomo se hubiera quedado también, pero la muerte lo reclamó unos meses después, dejando sólo a la doncella y a la criada con la joven.

—¿Cree que debería aceptar la propuesta del señor Winston? —preguntó Madeleine, al sentir que ya no estaba sola en la habitación. Estaba a espaldas de la puerta, pero conocía tan bien las pisadas de la señora Cromwell, que supo enseguida que se trataba de ella.

El hambre que sentía la hizo formular esa repentina pregunta. El caballero en cuestión era un hombre joven y libertino que la había empezado a cortejar. Era un buen partido, pero tenía las manos inquietas y la fama de no mantener su palabra. Había escuchado de otras jóvenes que habían sido cortejadas por el apuesto abogado, pero que sólo consiguieron una mala reputación y ningún compromiso. Sí, era hermoso como un ángel, pero no podía dejar de pensar que Lucifer también lo había sido.

—Pienso que debemos visitar de nuevo a la señora Parker —respondió la doncella, arropándola con una manta que había traído de la lavandería. La

joven se lo agradeció con un abrazo y pareció considerar sus palabras—. Tal vez tenga alguna novedad para usted.

La señora Parker tenía la fama de casamentera en Londres y de conseguir matrimonios muy ventajosos para quienes contrataban sus servicios. Se rumoreaba que había sido prostituta en el pasado, como también una espía, pero ella nunca desmentía los rumores ni los confirmaba. De apariencia era una mujer fina y elegante, a pesar de los años que tenía, y le tenía mucho cariño a Madeleine desde que era muy joven, incluso antes de quedar huérfana, así que, fueran ciertos o no los rumores, ahora se dedicaba a unir personas.

Madeleine la había visitado con su madre y la señora Cromwell años atrás, en el primer intento de la señora Bradbury de convencer a su hija de que aceptara un matrimonio arreglado. En ese entonces no había interés por parte de la joven, pero ahora la situación era otra. Aunque había encontrado un oficio que les proveía el pan de cada día, hornear pastelillos no era suficiente para vivir cómodamente. Incluso había aprendido a arreglar sus propios vestidos.

—¿Me acompañará de nuevo, señora Cromwell? ¿Aún tenemos ese álbum de fotos? —preguntó, levantándose de golpe de la cama.

Caminó hasta la biblioteca y buscó el álbum del que hablaba entre los pocos libros que le quedaban. Lo encontró en un rincón y, tras un doloroso suspiro, lo abrió. Sacó rápidamente una fotografía en la que había salido sola, el día de su presentación en sociedad. Cerró los ojos y hasta le pareció oír de nuevo esa contagiosa música, o ver el colorido de los vestidos de las damas que bailaban con sus parejas. Había estado presente la crema y nata londinense, sin olvidar que había bailado hasta que le dolieron los pies con un apuesto y codiciado noble.

Los abrió de nuevo y apretó la foto contra su pecho. Salió de la biblioteca y volvió a su habitación. Ahí seguía su doncella, que preparaba una ropa adecuada para salir a la calle y no morir de frío.

—Déjeme ayudarla a vestirse, señorita Madeleine —ofreció amablemente la mujer. La joven asintió y se dejó ayudar. Estaba agradecida por tenerlas a ella y a Anne en su triste vida, porque la hacía sentir menos desdichada.

—Gracias —susurró, una vez que terminaron. Agarró el sombrero que colgaba del perchero y se lo colocó con cuidado de no arruinar el peinado que le había hecho la mujer.

—Vamos, que se nos hace tarde —sentenció.

...

Fueron andando y no pudieron evitar pasar frente a las casas de las que, un año atrás, decían ser sus amigas, aquellas que ahora se burlaban de su suerte y hacían reuniones secretas para no invitarla. La señora Cromwell sabía perfectamente cuánto le dolía a su joven ama verlas hacer eso, pero admiraba la forma en la que se repuso de la desgracia y luchaba por salir adelante.

Solamente *lady* Kate seguía siendo fiel como antes. Se había mantenido en contacto, enviándole cartas mensualmente para interesarse de su situación y para darle ánimos. Le había enviado dinero en más de una ocasión, incluso, con lo cual habían abierto su pequeño negocio de pastelillos.

Le había propuesto también enviarle unos billetes para que se marchara a América, pero la joven no quería causarles problemas a los futuros padres, ya que su amiga estaba en su quinto mes de embarazo.

Llegaron a la coqueta casa de puerta azul y llamaron. El viento movía una especie de campanillas que tenían el poder de enajenarte por un momento si las mirabas atentamente.

—Le pido a Dios, de todo corazón, que la señora Parker tenga buenas noticias para nosotras —dijo Madeleine, mientras oía los pasos que provenían del interior de la casa. La señora Cromwell asintió.

—Así será, señorita, ya lo verá —respondió la doncella.

Ella tampoco quería que su ama sucumbiera a la necesidad y aceptara las deshonestas propuestas de los hombres que la deseaban como amante. Era hermosa y educada, pero su condición económica la limitaba bastante para ser tomada como esposa, por lo menos, no para alguien que podría devolverla a su vida anterior.

Llevaban en una pequeña cesta unos pastelillos de los que vendían. Estaban hechos de hojaldre y natillas y otros con relleno de arándanos. Tenía la esperanza de que, con ese detalle, la casamentera se esmerara más en encontrarle alguien que la sacara de ese apuro.

—Señorita Bradbury, señora Cromwell —saludó la elegante mujer. Les indicó con el brazo que pasaran—. Adelante, que hace mucho frío fuera.

—Gracias —respondió Madeleine, tendiéndole la cesta—. Le he traído un regalo. Espero que le gusten.

—¡Vaya! No era necesario, pero gracias, querida —repuso la mujer, sentándose tras su escritorio. Madeleine miró todo a su alrededor. Estaba

exquisitamente decorado con platos de porcelana colgados en la pared—. ¿Té? —preguntó la dueña de casa.

—Gracias —respondió Madeleine, sintiendo que le rugía el estómago. Tal vez fue eso lo que oyó la dueña de casa, porque no tardó en llamar a su doncella para que se los trajera.

—La iba a buscar mañana, de hecho —mencionó la mujer, quien se colocaba en ese momento unas gafas de media luna. Buscó en una caja, en la cual se podía ver que había un montón de cartas, y escogió una de ellas—. Cuando pensaba que habíamos perdido la batalla, llegó esto de Liverpool.

Agitó el sobre en cuestión y la joven abrió los ojos maravillada. Sentía que le ardían de la emoción. Su corazón empezó a agitarse y el hambre desapareció de repente.

—Por favor, dígame que encontró a alguien —suplicó la joven. La señora Parker levantó ambas cejas y apretó los labios. Abrió el sobre y leyó lo que contenía.

La carta iba acompañada de una foto. La miró por unos segundos y luego se la pasó a Madeleine, quien se apresuró a cogerla. Era un joven muy apuesto, aunque ese atuendo lo hacía parecer un poco más viejo de lo que decía la ficha de la señora Parker. Tenía las facciones duras, pero lejos de desfavorecerle, lo hacían parecer más apuesto. La fotografía estaba en blanco y negro, pero podía notar que tenía el pelo claro.

—¿Le habló de mi situación económica? —preguntó incrédula. Parecía un hombre de buena familia. Ese traje que llevaba puesto era el último grito en la moda inglesa y debía costar una fortuna.

—Por supuesto, querida, siempre lo hago, pero este joven está desesperado por una esposa y es el candidato perfecto. —Madeleine enarcó una ceja y la mujer continuó—. Es huérfano como tú, pero necesita una esposa para complacer a su moribundo tío, el conde de Berkshire, o tendrá problemas.

—¿Sobrino de un conde? —terció la señora Cromwell, pero cuando se dio cuenta de que había sido indiscreta, se disculpó—. Perdonen, no es de mi incumbencia.

—Ay, querida, en mi casa puedes expresar tus pensamientos libremente. No soy de las que menosprecian a los más desfavorecidos. Y sí, no sólo es el sobrino de un conde, sino que también es su único heredero.

Vio emocionada cómo a la joven le brillaron los ojos. Esa era una estupenda noticia. ¡Y el hombre no estaba nada mal! ¡Era muy guapo! No, ¡guapísimo!

—Dicen que el viejo sospecha de que a su sobrino no le gustan las mujeres, así que desea asegurar su patrimonio forzándolo a casarse antes de morir.

—Oh, ya veo —mencionó la joven, asintiendo levemente—. ¿Y de verdad no le gustan las mujeres?

La señora Cromwell se sorprendió con la indiscreta pregunta de su ama, pero a la señora Parker pareció no importarle.

—Son sólo rumores, mi querida Madeleine. Además, sé de muchos hombres que, teniendo esas preferencias, también son estupendos esposos y padres. Usted sólo necesita un hombre que le devuelva el estatus que perdió junto a su fortuna.

—Entonces cuénteme más sobre él —pidió.

—Bien, en su carta dice que trabaja para una compañía naviera, la White Star Line, como administrador. Es joven, hijo único y perdió a sus padres en un viaje a África. Dice que murieron a causa del cólera. Busca una esposa bonita, educada y virgen. —La mujer levantó la mirada y la posó en Madeleine—. Esa eres tú.

—Parece un buen candidato, señorita Madeleine —opinó la doncella. Madeleine estaba tan feliz que no podía ni siquiera responder.

—Entonces... ¿respondo a su carta? —preguntó la señora Parker.

—Tome, ponga esto con la carta —Le tendió la foto que había llevado. La mujer la miró por unos segundos y asintió.

—Yo que usted empezaba a confeccionar el vestido de novia. —La casamentera observó la foto con cariño. Escribió la contestación frente a ellas y cerró el sobre con la foto dentro—. Tome, fróteselo por el cuello o por la ropa. Que la carta lleve su aroma puede ayudar.

La mujer había percibido el dulce aroma del perfume de la joven. Era el que le había quedado de su madre y lo usaba en ocasiones especiales. Así lo hizo y se lo devolvió. Mientras frotaba el sobre contra su cuello, pidió en su interior que ese hombre la eligiera a ella. Y no sólo eso, sino que entre ellos surgiera un bonito amor.

—No sé de dónde sacaré el dinero ni si me elegirá, pero seguiré su consejo y empezaré por el vestido —respondió Madeleine, con el pecho hinchado de esperanza y felicidad. Creía que, si realmente lo deseaba desde el fondo de su corazón, ese deseo se cumpliría.

—Ven, te enseñaré algo. Si te gusta, puedes quedártelo, ya que imagino que ya no conservas el de tu madre...

Madeleine bajó la mirada y recordó que le había dolido mucho vender el

vestido de novia de su madre a la hija del abogado, pero le había ofrecido una suma justa y necesitaba el dinero.

—No, ya no lo tengo —susurró y la miró con los ojos llorosos.

—Eso supuse —adujo la señora Parker. Ambas mujeres la siguieron a lo que, supusieron, debía ser su habitación.

Había un exceso de rosa para el gusto de Madeleine, pero debía reconocer que la habitación de la señora Parker era una tremenda pasada, en especial ese tocador con bombillas alrededor del espejo y los joyeros repletos de collares.

La vieron hurgar entre unas cajas cerradas en un armario y luego las asustó con una repentina exclamación.

—¡Bingo! Esto era lo que buscaba. —Colocó la caja que había escogido sobre la cama y la abrió sin más rodeos.

El vestido era demasiado pomposo, con demasiada tela, demasiados adornos, ya que había sido usado unos veinte años antes, pero era realmente hermoso. Lo levantó como pudo y Madeleine se exaltó al ver los delicados bordados en el corsé y en la falda. Negó con la cabeza rápidamente.

—Esto es demasiado para mí —se apresuró a decir.

—Como te decía, está un poco anticuado, pero supongo que parte de él te servirá para hacer uno nuevo. —Vio cómo se le aguaban nuevamente los ojos a la joven—. Cada chica quiere un vestido según su gusto. Yo sólo te estoy ahorrando un poco de tela.

—No puedo aceptarlo, señora Parker. Es demasiado... —repitió la joven, acariciando la delicada tela.

—Claro que puedes y lo harás. No lo volveré a usar, así que sólo ocupa espacio en mi armario —insistió la casamentera.

La señora Parker volvió a meterlo a la caja y se lo entregó a la señora Cromwell. Ésta lo abrazó como si se tratara de un bebé y siguió a su ama y a la dueña de casa a la sala.

—No sé cómo pagarle por todo esto, señora Parker —dijo Madeleine, ya en la puerta que daba a la calle. El frío de Londres golpeó con fuerza contra su delicado cuerpo, pero estaba tan feliz que ni siquiera le molestó.

—Se lo debo a tu madre —respondió, pero la confusa joven no lo entendió—. Ella y yo nos conocimos de antes, pero supongo que nunca lo mencionó.

Madeleine la miró con los ojos muy abiertos, lo que le dio a entender a la mujer que estaba en lo cierto.

—Tu madre y yo fuimos muy amigas, por eso te tengo mucho cariño. Nuestros caminos se separaron, pero siempre nos mantuvimos al tanto. Era una

mujer extraordinaria.

—No lo sabía... ¿Lo sabía usted, señora Cromwell? —preguntó, mirando a su doncella. La mujer asintió y le sonrió con cariño, aunque luego miró con algo de incomodidad a la casamentera—. Pues, de nuevo, gracias. Algún día se lo pagaré, señora Parker.

—Con que seas muy feliz me basta, cariño. Ahora ve a casa, que hace mucho frío.

Las vio partir y se quedó mirando por un rato, algo pensativa.

—Todas pagarán por el vacío que te han hecho, querida sobrina... La historia no se repetirá contigo. Tú no tendrás que hacer lo que yo hice para sobrevivir. Tú serás la condesa de Berkshire, cueste lo que cueste.

Capítulo 2

Los días que pasaron de su última visita a la señora Parker estuvieron cargados de ansiedad y temor por parte de Madeleine. Ansiedad por conocer la respuesta del joven heredero y temor de ser rechazada.

La señora Cromwell la encontró mirando la fotografía del hombre mientras desayunaba. Sonrió sin que ella lo notara y le entregó el dinero que había recaudado esa mañana por las ventas de pastelillos.

—Parece que le gustó ese joven —la interrumpió la doncella. Madeleine se sobresaltó y bajó de golpe la foto. Debía tener el rostro de una tonta.

—Debo reconocer que no es feo —respondió y bajó las comisuras de los labios. Lo miró de nuevo y admiró lo elegante que estaba con ese traje de chaqueta. La fotografía mostraba a un hombre de rostro lampiño y de apariencia agradable—, pero me gustaría conocerlo un poco más. Ojalá se decida rápido. No es que me apresure, pero tengo muchas ganas de conocerlo en persona. Estoy segura de que puedo convencerlo de que soy buen material para esposa y que no lo dejaré mal parado. Y quién sabe, quizá surja un amor a primera vista entre nosotros...

—Recuerde lo que siempre le dije del matrimonio, señorita, el amor viene con los años. Ahora lo importante es conseguirle un marido y salir de esta ruinosa situación.

Madeleine asintió y suspiró. Iba a mentirle diciendo que ya no esperaba ese amor a primera vista, pero la criada entró corriendo al comedor. Seguía anhelando en el fondo de su corazón sentir ese romántico amor del que hablaban sus libros.

—Perdone que entre así, señorita Bradbury —se disculpó la joven, frotándose las manos—, pero el mensajero me dijo que era urgente. —Le tendió una nota doblada.

—Gracias, Anne. Puedes retirarte.

Madeleine miró asombrada a su doncella y abrió rápidamente la nota. La leyó a toda prisa y su sonrisa se amplió tanto que no necesitó contar a su acompañante de qué se trataba.

—¡Es de la señora Parker! Nos convoca a su casa para la hora del té. Dice que tiene buenas noticias de Liverpool.

Madeleine agitaba la nota y la miró reiteradas veces por si la hubiera leído mal.

—Le dije que las cosas mejorarían, señorita. Prepararé su vestido azul —dijo la doncella y se retiró de inmediato. Ya no usaba luto cerrado por sus padres, pero evitaba los colores muy fuertes.

...

Madeleine no esperaba volver en tan poco tiempo a esa casa que le había devuelto las esperanzas, pero la casamentera ya las esperaba en la sala con una taza de té en la mano. Lo primero que vio la joven al entrar al lugar fue el sobre que yacía sobre la mesa. Su corazón empezó a latir más fuerte al ver que provenía de Liverpool, pero no quería hacerse ilusiones tan rápido.

—Querida Madeleine —saludó la mujer, invitándola a sentarse frente a ella.

—Señora Parker —repuso la joven, con una amable reverencia. Su doncella se quedó parada a un costado—. Debo reconocer que no esperaba una respuesta tan rápido.

—Pues yo sí —afirmó, con una sonrisa triunfal. La joven la escrutó con curiosidad, así que no tardó en responderle—. Te dije que la foto y el perfume nunca fallan. El joven Howard aceptó de inmediato venir a conocerte.

—¿¿Cómo?! —preguntó Madeleine, muy asombrada—. ¿Tan rápido?

—Claro, mi niña. Te dije que le urge una esposa. Viene a Londres la próxima semana, así que prepara tus mejores galas.

El hombre había tardado apenas dos semanas en responder. Madeleine suspiró temblorosa, pues sabía que no le quedaba mucha ropa elegante.

—Por supuesto, haré todo lo posible de estar a la altura.

—No te preocupes demás. Él conoce tu situación y dice que no le importa. Además, tiene un buen trabajo y un futuro prodigioso, así que tendrás un muy buen pasar.

—Ahora estoy nerviosa —expresó Madeleine, por todo lo que le estaba sucediendo. Definitivamente debía escribir una carta a *lady* Kate contándole sobre las buenas nuevas.

—Es comprensible, pero si pudiste sobrellevar la muerte de tus padres y esta condición económica, estoy segura de que podrás con un matrimonio arreglado —dijo la casamentera, entregándole la carta a la joven. Ésta miró con detenimiento la firma y sintió un vuelco en su interior—. Te sugiero que

vayas preparándote para esa nueva vida que te espera.

—¿Estará presente el día de la visita? —preguntó Madeleine a la mujer que servía más té en su taza.

—Por supuesto. Yo misma iré a recogerlo de la estación y lo llevaré a su casa para tomar el té. Y tal vez nos quedemos a cenar.

—Lo tendremos todo listo para ese día, señora Parker. Gracias y hasta entonces.

No podía contener el tamborileo de su alocado corazón. Estaba a punto de suceder. Su suerte estaba a punto de cambiar.

...

Llegado el día señalado, la señora Parker cumplió todo cuanto le dijo a Madeleine. Le había enviado un mensaje bien temprano, avisándola de que, cerca del mediodía, su apuesto pretendiente estaría llegando a la estación de Londres.

La mansión Bradbury se veía espléndida, a pesar de su precariedad. Los suelos estaban relucientes, los candelabros brillantes y las lámparas igual. El día anterior habían horneado pastelillos especiales para agasajar a tan prestigiosa visita y habían sacado los mejores manteles.

La señora Cromwell había hecho un trabajo increíble con su joven ama, porque estaba tan hermosa como una aristócrata. Había elegido para ella un traje cruzado, el cual llegaba hasta un poco más de las rodillas, dejando ver la elegante falda que llevaba debajo. El sombrero cubría una parte de su cabeza, pero no ocultaba los elegantes bucles que caían sobre su espalda como una cortina.

Le roció un poco del perfume que guardaban con tanto celo y le puso un sencillo collar de perlas en el cuello para terminar el atuendo. No tenía nada que envidiar a sus antiguas amigas.

—¿Estoy guapa, señora Cromwell? —preguntó titubeante. Se miró una vez más al espejo y se alisó la ropa.

—Más guapa que cualquier princesa, señorita. Ahora vamos, que no tardarán en llegar.

Las dos salieron y se cruzaron con Anne, quien iba hacia la entrada de la casa.

—¿Ya han llegado, Anne? —preguntó Madeleine. La joven asintió sonriente y se sintió afortunada porque sería la primera en ver al pretendiente

de su ama—. ¡Ay, Dios! Necesito tranquilizarme. ¿Y si no le gusto?

—Es cierto, necesita tranquilizarse —respondió la doncella, acomodándole un mechón de pelo que cayó hacia la frente—. A él no solo le gustará, sino que se enamorará de usted.

Enamorarse. Madeleine estaba tan predispuesta a encontrar el amor que temía no ser objetiva. La emoción que sentía por dentro la llevaba a pensar que, incluso, ya estaba enamorada de ese extraño. Era tan inocente que no sabía cómo era la vida real, más de lo que había visto en casa o en sus libros.

La joven suspiró temblorosa y esperó con entereza a que los invitados llegaran a la sala, donde servirían el té. Se acomodó la chaqueta unas tres veces, hasta que vio, en primer lugar, a la señora Parker, seguida por un elegante y apuesto joven, el de la foto, y su ayuda de cámara, un hombre mayor que lo seguía de cerca.

Efectivamente, incluso antes de que fueran presentados, el joven sonrió complacido ante lo que tenía enfrente. La observó con detenimiento mientras saludaba a la casamentera y supo enseguida que era la correcta. Sería la perfecta esposa para un futuro conde.

—Ven, querida, te presentaré al señor Howard —dijo la señora Parker y le tomó de la mano a Madeleine. La joven asintió y, después de hacer una pequeña reverencia, asomó.

—Madeleine, él es el señor Henry Howard, administrador en la White Star Line y heredero del conde de Berkshire. Y el señor que lo acompaña es su ayudante de cámara, el señor Lionel. —Lo señaló con una mano. El hombre hizo una reverencia con la cabeza, y luego el joven oyó el nombre de ese bello ángel que lo miraba con admiración—. Señor Howard, ella es Madeleine Bradbury, hija del difunto empresario Richard Bradbury.

La joven le pasó una mano y el hombre la llevó directamente a su boca, para darle un casto beso. Se podía notar que habría química entre los dos y eso hizo que Madeleine sintiera que por fin el panorama estaba mejorando para ella.

—Mucho gusto, señorita Bradbury —saludó el joven. Sus ojos eran muy azules como los de Madeleine y eso hacía que su mirada fuera aún más penetrante—. Es aún más bella en persona. Muchas mujeres son diferentes a las fotos que envían —bromeó.

—¿Ha recibido muchas cartas, señor Howard? —preguntó Madeleine, logrando que el joven mostrara una sonrisa más amplia.

La señora Cromwell bajó la mirada, algo avergonzada, pero el joven

pareció tomarlo muy bien, ya que contestó. Su ayuda de cámara se mantenía firme en un rincón, pero observaba todo lo que sucedía, con extrema atención.

—Sólo unas cuantas. —Frunció la nariz.

—¿Por qué mejor no pasamos a tomar el té? —preguntó la señora Parker, en el intento de hacer fluir la cita—. Tendréis tiempo suficiente para conoceros. El señor Howard se queda una semana, ¿no es así? —El joven respondió que estaba en lo cierto.

—Oh, claro, ¡qué tonta! Pasemos —invitó la dueña de casa—. Señora Cromwell, ¿nos trae el té? —pidió con amabilidad. Les indicó a sus invitados que tomaran asiento en los sillones de la sala.

El joven heredero observó todo a su alrededor y luego terminó por posar la mirada en la dulce joven que explicaba a la casamentera que había hecho ella misma los pastelillos. Podría no ser verdad, pero le gustaba la idea de tener una esposa que lo consintiera con delicias como la que le estaba ofreciendo en ese momento.

—¿Ve, señor Howard? No solo es hermosa, también sabe cocinar. —bromeó. Todos rieron, mientras que la doncella servía el té a cada uno de ellos.

—Creo que ha valido la pena pasar tantas horas en ese tren —comentó con galantería. Madeleine no creía que fueran ciertos los rumores sobre sus preferencias, porque, hasta ese momento, parecía estar coqueteando como todo un caballero. Sonrió y bajó la mirada con timidez—. Y creo que ya no debo buscar más.

—¿No le parece muy apresurado? —preguntó la joven, que aún no caía en cuenta de que él debía elegir una esposa, sintiera algo por ella o no.

—De todas formas, debo encontrar a alguien que esté dispuesta a casarse conmigo, señorita Bradbury. Mis padres ni siquiera se conocieron antes de la boda y les fue bien. Soy un hombre correcto, educado y trabajador. Le ofrezco compañía, seguridad, no solo emocional, sino también económica. —La miró con ternura—. En cuanto la vi, tuve un buen presentimiento, así que no, no es muy apresurado, a menos que yo no le parezca un buen partido. En ese caso, la respetaré.

Madeleine negó rápidamente con la cabeza y se disculpó.

—No, no. No me refería a eso, señor Howard. Usted es lo que cualquier mujer desearía por esposo. Yo sólo quería darle la oportunidad de pensar bien en lo que implica casarse con alguien como yo. No tengo una dote que ofrecerle, ni siquiera tengo un padre que me entregará en el altar...

—Si algo de eso me importara, señorita Bradbury, le aseguro que no hubiese venido hasta aquí. Es más, ni siquiera hubiera respondido la primera carta de madame Parker. —Bajó la taza sobre el plato que sostenía en la mano y la miró directamente a los ojos. Ella parecía muy entristecida, pero sincera —. Usted necesita un esposo que la salve de esta situación y yo le ofrezco ser ese esposo. Yo necesito una esposa que presentar a mi tío enfermo antes de que muera y esa podría ser usted. ¿Ve que a ambos nos conviene este matrimonio? ¿Sigue poniéndole peros?

Madeleine tenía los ojos llorosos y negó rápidamente. No podía creer que tuviera esa oportunidad.

—Me siento muy afortunada de que me haya elegido. No vea mi reticencia como una disconformidad con su propuesta, yo sólo quería que usted supiera la verdad.

—Me gusta su honestidad y debo decirle que ese fue otro de los motivos por los que la elegí. Siento que haremos un buen equipo, señorita Bradbury, si usted me acepta como prometido.

Levantó una ceja y esperó su respuesta, pero ella asintió efusivamente y llevó una mano a su mejilla. Estas le ardían, a pesar del frío que hacía afuera.

—Acepto. Claro que acepto, señor Howard —replicó, para luego mirar a la señora Parker. Ésta sonrió y aplaudió por el éxito de su misión.

—Me alegra saber que he unido otra pareja. Deseo que seáis inmensamente felices y veáis a vuestros nietos crecer.

Madeleine sintió una punzada en el corazón cuando oyó esas palabras. No lo dijo, pero se apoderó de ella una tristeza inexplicable, como un mal presentimiento que no entendía; sin embargo, sonrió para los presentes y lo calló.

—Bien, no hay compromiso sin anillo, ¿no, señora Parker? —preguntó el joven, antes de meter la mano en el bolsillo de su gabán. De él sacó una pequeña caja de terciopelo azul, el cual portaba una valiosa joya familiar. Un hermoso anillo con un zafiro en el centro y pequeños diamantes alrededor.

Las mujeres, incluida la señora Cromwell, quien atendía todo desde un rincón, quedaron maravilladas con la belleza de la joya. Madeleine se quedó muda y sin poder reaccionar.

—¿Me presta su mano, señorita Bradbury? —pidió el joven, intentando ahogar una risa al ver a su ahora prometida tan callada. Ella asintió y se la pasó.

Fue como si el anillo hubiese sido hecho para ella, porque le quedó a la

perfección.

—Creo que es conveniente que hagamos un anuncio en el periódico — sugirió la casamentera. En realidad, no era una prioridad, pero ella quería que todos, tanto en Londres como fuera de la ciudad, se enteraran, en especial las víboras que se hacían llamar amigas de Madeleine un tiempo atrás.

—Claro, me parece una idea estupenda —respondió el hombre—. Me encargaré de eso.

La señora Parker sonrió victoriosa, pero sólo ella sabía el motivo. Londres no esperaba la noticia con la que amanecerían sus periódicos. Ya debió haber corrido la voz sobre la llegada de un extraño y, aún más, heredero de un conde, ya que ese tipo de cosas no tardaba en saberse, pero pronto se enteraría toda la ciudad a qué había venido.

Capítulo 3

No era de extrañar que las antiguas amigas de Madeleine la invitaran de nuevo a sus reuniones o a actividades sociales, de las cuales la habían excluido desde que había perdido su fortuna, pero la señora Parker la había tenido tan ocupada con Henry que tuvo que declinar elegantemente.

Ninguna se explicaba de dónde había salido ese hombre y cómo la había conocido, pero no se hablaba de otra cosa en la ciudad, incluso apostaban a que terminaría por aprovecharse de ella y buscaría alguien de «mejor categoría». No podían soportar la idea de que Madeleine tuviera tanta suerte. La mayoría estaban casadas con otros nobles, pero algunos viejos o gordos, o ambos, así que, que ella tuviera un pretendiente tan joven, importante y atractivo, las tenía haciendo apuestas de cuánto duraría, en especial *lady* Lauren de Bristol.

La semana había sido una de las mejores que había pasado la joven en mucho tiempo, y según comentarios de su prometido, la de él también. Le confesó a la señora Parker que no esperaba tener tanta suerte y que ya sólo esperaba ansioso a que llegara abril. Había insistido en que fuera la primera semana de abril por un motivo que no le reveló a la futura novia, pero le prometió que tenía una sorpresa y que a eso se debía tal fecha.

—El señor Andrews me dijo que, si encontraba a mi esposa en este viaje, tenía ya un regalo de bodas, pero que debíamos esperar a abril para recibirlo —comentó Henry, durante el postre. La señora Parker había ofrecido una cena de despedida para el prometido de Madeleine, así que todos vestían sus mejores galas.

—¿Y no le dijo qué era? —preguntó Madeleine, emocionada. Habían tenido tiempo para hablar sobre sus vidas y sus aficiones, por lo que no era raro que la joven no preguntara quién era el señor Andrews, por quien Henry sentía una profunda admiración.

No sólo se había enterado de que trabajaba para un astillero llamado Harland and Wolff, en sociedad con la White Star Line, como director general y jefe del departamento de dibujo de aquella, sino también, de que era un hombre muy cercano y justo con los demás trabajadores.

—Supongo que lo sabremos en los días próximos a la boda —respondió el

joven, con una tierna sonrisa.

Madeleine asintió, pero jamás le revelaría que moría de curiosidad y emoción. No era propio de una dama insistir tanto con un tema. Observó con cariño a su futuro esposo y metió la cuchara cargada de helado a la boca.

—Entonces, ¿no tiene inconvenientes en que la boda se realice en Liverpool? —preguntó muy serio. Ella le había mencionado que no tenía ya amistades en Londres, así que podrían celebrar la boda en donde él quisiera. Los condes de Derby no tendrían inconvenientes para ir hasta allí, teniendo en cuenta que serían unos de sus pocos invitados, junto a la señora Parker.

Fue su manera elegante de decirle que quería dejar todo atrás y comenzar una nueva vida, lejos de ese lugar que le traía tan malos recuerdos. Jamás hubiera imaginado que una boda arreglada la pudiera tener tan contenta. Ese hombre de apariencia tranquila y agradable, quien en unos meses se convertiría en su esposo, parecía ir por buen camino.

—No, no los tengo —respondió—. ¿Y usted, señora Parker, podrá ir a la boda? —preguntó hacia la elegante mujer.

—No me la perdería por nada del mundo —respondió, con un tono que robó unas risas a todos los presentes.

—Pues que así sea entonces —dijo Henry—. Lleve sólo lo que sea muy valioso para usted, señorita Bradbury. No se cargue con tantas maletas. Yo me encargaré de que nada le falte a mi esposa allí.

Madeleine bajó la mirada, un poco avergonzada, pero luego lo miró y asintió.

—Muchas gracias, pero no debe hacerlo —replicó.

—Quiero hacerlo. Será un placer. —Madeleine agradeció con una reverencia y continuaron con su velada.

Henry había convenido con su prometida que enviaría en su busca a finales de marzo, para la boda. Había accedido a que la acompañara su doncella, ya que Anne sí tenía familia en Londres y había preferido quedarse con ellos. Era una buena idea, ya que ella podría cuidar de la mansión en ausencia de su dueña.

Desde esa noche se preguntó cómo le iría en el futuro, siendo la esposa de un futuro conde y lejos de todo lo que conocía. La emoción superaba a sus miedos, así que esperaba ansiosa los meses que faltaban, preparándose para el gran día.

...

Los meses siguientes, habían trabajado con la señora Cromwell, en el hermoso vestido de bodas, pero valió la pena, porque había quedado increíble. El mismo ahora colgaba de una percha, esperando a ser acomodado en la última maleta que prepararía Anne antes de despedirse de la que fuera su ama durante tantos años.

Siguiendo el consejo del que en unos días sería su esposo, Madeleine sólo llevó una maleta con ropas, otra con zapatos y álbumes familiares, y el joyero de su madre, sin olvidar, por supuesto, dos de sus sombreros favoritos.

—Creo que eso es todo —dijo para la señora Cromwell. La mujer observó todo a su alrededor y asintió.

Todo lo que no llevaría consigo a su nuevo destino se lo había regalado a Anne como despedida y agradecimiento por tanta lealtad, o lo había dejado en la casa, guardado en cajas.

—Os voy a echar mucho de menos —chilló la criada, desde un rincón.

Era, posiblemente, la última vez que encendería la chimenea para su ama en mucho tiempo y hacía días que no dejaba de llorar. La joven criada quedaría a cargo del cuidado de la mansión, en la cual viviría de ahora en adelante, ya que Madeleine había decidido conservarla.

—Nosotras también te echaremos de menos —respondió Madeleine, abrazándola. Cualquiera dama que hubiera vivido como ella no hubiera hecho eso, pero la señorita Bradbury no era como las demás damas. Era un ángel—. Prometo que vendremos a visitarte.

—Deseo que sea muy feliz, señorita Bradbury —sollozó—. Que sea tan amada que la haga olvidar todas las cosas malas que tuvo que pasar.

—Gracias, Anne. También deseo que seas muy feliz con el joven del mercado. —La miró con picardía y la joven criada se sonrojó por completo.

—¿Có-cómo lo sabe? —preguntó, con la voz entrecortada, después miró a la señora Cromwell con desaprobación. La mujer levantó ambas manos en señal de rendición.

—Créeme que no ha sido difícil descubrirlo, Anne. Te brillan los ojos cuando trae la despensa —contestó Madeleine, negando con la cabeza.

Oyeron unos golpes en la puerta y Anne se apresuró a abrirla. Era el Señor Lionel y venía acompañado de un criado. Había llegado la hora de partir. El tren salía en pocas horas y debían ir a la estación. La señora Parker las esperaba ahí para despedirse, ya que ella iría recién unos días después para la boda.

—Por favor, cuídese mucho, señorita Bradbury —pidió Anne, limpiando con su delantal las lágrimas que caían de sus ojos.

—Tú también, Anne. Espero que, cuando nos volvamos a ver, lo hayas aceptado y tengas una vida muy feliz. Tu familia siempre tendrá cobijo bajo este techo. Nunca lo dudes.

La criada miró a todos en la sala y luego se despidió de ellos. Lionel y el criado llevaron las maletas de las dos mujeres a un coche que habían alquilado y las esperaron fuera de la casa.

Madeleine dijo adiós, no sólo a la casa, sino a toda su vida en ese lugar. Cuando iba a subir al coche, vio pasar a dos de las que fueron sus amigas en el pasado y parecían muy sorprendidas de su partida. *Lady* Lauren no intentó disimular su sorpresa.

Con cada metro que se alejaban, su corazón se debatía entre la emoción y la paz. Emoción por empezar su nueva vida y paz por alejarse de la anterior. Sabía que esas mujeres se burlaban a sus espaldas, pero no las odiaba, sino que sentía una profunda pena por ellas. Ahora tenía la oportunidad de comenzar de nuevo al lado de un buen hombre, en una nueva ciudad.

Ni siquiera desharían sus maletas, ya que, después de la boda, sus pertenencias irían a la casa del viejo conde a quien heredaría Henry. Al parecer, el hombre estaba cada vez peor y requería que su heredero y su esposa se mudaran lo antes posible al castillo para aprender sobre la administración de lo que sería su patrimonio cuando él muriera.

Henry le había contado que ser un conde era un asunto muy serio, que no se reducía a fiestas glamurosas o a regodearse gastando cantidades abismales de dinero, sino que representaba una gran responsabilidad y trabajo, como también el cuidado de todos aquellos que estuviesen bajo su cargo. Para eso requería un aprendizaje cuidadoso y estricto, aunque llevaba años preparándose para su destino.

—Llegó el momento de abrir las alas, mi bella mariposa —dijo la Señora Parker cuando el operario del tren llamó a los pasajeros a bordo.

De no haber tanto ruido a su alrededor, Madeleine juraría que su corazón podía escucharse a metros. Latía tan apresurado que parecía competir con el mismísimo tren.

—Le debo tanto, señora Parker, que no sé cómo pagarle. De no ser por usted, tal vez ahora me encontraría vendiendo mi cuerpo o casada con cualquier hombre que me hubiese aceptado. —La casamentera negó rápidamente con la cabeza. No quería ni siquiera imaginar eso. Su hermosa

sobrino estaba a punto de convertirse en una hermosa mariposa, porque para eso había nacido—. ¿Por qué lo ha hecho? Ni siquiera tenía como pagarle por sus servicios —preguntó con curiosidad.

La señora Parker deseó contarle que por sus venas corría la misma sangre que la suya, pero prefirió callar, por lo menos en ese momento.

—Algún día te lo contaré, pero ese día no es hoy. —La agarró de la mano y le dio un ligero apretón—. Nos vemos en la boda, querida mía.

El silbido que emitió el tren hizo que Madeleine subiera al fin a su vagón. La señora Cromwell la siguió, llevando una maleta de mano. Por supuesto, también las acompañaban el señor Lionel y el criado, aunque estos dos viajaban en un vagón diferente.

...

Horas después, nada más llegaron a la estación de Liverpool, los esperaba Henry con una comitiva. Madeleine admiró todo lo que la rodeaba, completamente maravillada. Cerró los ojos y aspiró el refrescante aroma que traía la brisa vespertina. El fresco aún se notaba en esa época, a pesar de haber recibido ya a la primavera.

—Señorita Bradbury, ¡qué alegría tenerla aquí! —Henry le tendió un brazo, para que ella lo tomara y caminara junto a él—. ¿Ha sido duro el viaje? ¿Se encuentra bien? —cuestionó, observándola de soslayo.

—Nada que no pudiera soportar —respondió, recordando el cansancio que sentía en todo el cuerpo.

Al llegar junto a la comitiva, pudo notar que todos se mostraban felices de recibirla, a excepción de uno de los lacayos, quien se mantenía serio y le dedicó una mirada de lo más fría. Éste saludó con una reverencia a la futura esposa de su amo y enseguida tomó las maletas de la mano del criado para meterlas en el coche, como si su presencia lo incomodara.

Henry y Madeleine fueron en un coche, con nada más que la compañía del chófer, mientras que los demás fueron en otros con las maletas. Él aprovechó la intimidad del viaje para mostrarle la tan ansiada sorpresa a su futura esposa. Metió la mano en el interior de su chaqueta, sacó lo que parecían dos billetes y se los pasó.

—¿Qué es esto?! —preguntó completamente maravillada. Leyó detenidamente todo lo que decía y no podía creerlo—. ¡Billetes de primera clase para el viaje inaugural del RMS *Titanic*! —exclamó.

—El otro día, cuando fui a presentar mi renuncia en la White Star Line, el señor Andrews, que supervisaba los últimos detalles del barco, me los entregó como regalo adelantado de bodas. Por supuesto, compré otros dos para la señora Cromwell y para Lionel. Nos acompañarán al viaje y luego a Berkshire. —Madeleine asintió pensativa, mientras seguía mirando todos los detalles del billete.

—Con razón la boda debía ser en estas fechas —comentó, entendiendo por fin el motivo.

—Exacto —expresó, con una sonrisa pícaro—. ¿Emocionada?

Madeleine no sabía qué responder. Estaba muy entusiasmada con ese viaje. Le había mencionado a Henry, por medio de una carta, que *lady* Kate los había invitado a pasar la luna de miel en Filadelfia, y no podía creer que ese hombre la iba a llevar de verdad.

—Creo que emocionada no define todo lo que siento, esto es más de lo que había soñado. —Lo miró a los ojos. Él sonreía amable—. Gracias...

—Cuando volvamos, no regresaremos aquí. —Ella lo miró sorprendida—. Iremos directamente a Berkshire. La mayoría de nuestras cosas ya están en camino, así que, para cuando volvamos de nuestra luna de miel, ya estarán esperándonos en casa del tío Charles.

Esa era la primera vez que ella oía el nombre del viejo conde.

—¿Te duele dejarlo todo aquí? —preguntó, al notar cierto destello de tristeza en sus ojos.

Él se quedó pensativo y miró fugazmente hacia la ventanilla del coche, pero luego negó con la cabeza.

—Ya despedí a todo el personal que no nos acompañará en Berkshire. Mi tío ya tiene todo el que podamos necesitar, así que no podremos llevar más que a nuestras personas de confianza, en tu caso a la señora Cromwell y en el mío, a Lionel. No me desharé de la casa, pero la dejaré a cargo de una persona de confianza.

—Entiendo. Gracias por lo de la señora Cromwell. Ella es mi doncella desde que tengo conciencia.

—Lo sé, y si es importante para ti, debe quedarse a tu lado —respondió amable. Ella lo compensó con una sonrisa igual. Colocó su mano sobre la de él y la acarició.

No tardaron en llegar a la casa.

Era una hermosa propiedad de estilo victoriano, con vista a una de las calles principales y con un hermoso jardín delantero. Era de un color gris

oscuro, con las molduras en blanco. La comitiva llegó antes y ya se encontraban ubicando las cosas de las recién llegadas en las que serían sus habitaciones los próximos días.

Una doncella las llevó a la zona de invitadas solteras, un lugar apartado de las habitaciones del joven Howard y de los demás hombres.

Madeleine recorrió toda la parte principal de la casa, guiada por su futuro esposo. Se maravilló al ver la exquisita decoración de la sala, aunque le dio pena que, tal vez, nunca tomarían el té en ese lugar. En el piso se podía ver una hermosa alfombra persa y las paredes estaban decoradas por llamativas pinturas resaltadas por unos elegantes marcos dorados. Henry seguía algo pensativo, pero ella no entendía el motivo.

Capítulo 4

Madeleine admiró una vez más, esa mañana del nueve de abril, el hermoso vestido de novia con el cual se convertiría en la esposa de Henry. La tela, los bordados, la caída que tenía, hacían que quisiera ponérselo de inmediato. Tomó el vuelo de la falda y, después de levantarlo, lo soltó, imaginando cómo se vería cuando caminara hacia el altar.

La casa era todo un alboroto de personal, entre doncellas, criadas, lacayos y el mayordomo, yendo y viniendo con los arreglos florales que adornarían la celebración, mientras que en la cocina se preparaba el almuerzo que se serviría a los distinguidos invitados.

Oyó que llamaron a la puerta y vio entrar a la señora Cromwell en compañía de una de las criadas, la cual traía unas toallas y se dirigió a prepararle su baño. Recordó de inmediato la mañana de la boda de su mejor amiga y sintió un escalofrío. Sacudió rápidamente la cabeza, intentando alejar cualquier pensamiento negativo de su mente.

Ese era su día especial y nada lo empañaría.

—Hoy le prepararé un baño especial, señorita Bradbury —dijo la mujer, pero la joven no entendió el contexto. Aunque la casa contaba con duchas, había conseguido unas sales aromáticas y pensaba echarlas en el agua de la bañera. Ella necesitaba unos buenos minutos de relajación para calmar esos nervios que se evidenciaban en su rostro.

—Se lo agradezco, señora Cromwell —expresó, mientras elegía la peineta que usaría con el velo. Tenía en una mano la que fuera favorita de su madre y en la otra, la que fuera de su difunta suegra, regalo de su futuro esposo. Ambas brillaban a la luz de la lámpara que colgaba del techo, cada vez que las movía—. ¿Cuál cree que debería usar? —preguntó, indecisa.

La señora Cromwell se acercó y observó ambas. Era difícil decidirse por una, ya que ambas quedarían preciosas en su dorado pelo. ¡Eso! Ahí estaba la respuesta.

—Ambas —respondió. Madeleine la miró confundida, pero la mujer le pidió que confiara en ella—. Mire, las dos tienen la misma línea, una en diamantes y la otra en diamantes y perlas. Puede colocar una arriba y otra debajo. Tendría a su madre y a su suegra acompañándola en este día tan

especial.

No eran piezas muy grandes ni llamativas, así que tenía razón. Madeleine abrazó a su doncella y entró de inmediato a darse el baño.

...

Lady Kate no estaba en condiciones de viajar para la boda, por lo que era la única gran ausente entre los escasos invitados de la novia. Estaba en un estado muy avanzado de gravidez y un viaje así era muy arriesgado, aunque, de hacerle caso William, hubiesen abordado el primer transatlántico para ver a su mejor amiga vestida de novia.

La señora Parker había cumplido con su palabra y había llegado muy temprano esa mañana, acompañada de una doncella. Aparte de un provocativo conjunto de lencería, le trajo de regalo un puñado de cotilleos de Londres, entre los cuales no faltaron los comentarios de sus antiguas amigas sobre la misteriosa boda.

—¿Cómo cree que me pondré esto?! —exclamó Madeleine, al ver su regalo.

—Mi pobre niña, ahora te parece escandaloso, pero créeme, lo necesitarás. —Tampoco le dijo el motivo, pero la joven estaba muy avergonzada para preguntarlo.

Lo sostuvo con sus dos manos y lo bajó rápidamente sobre la cama.

—Úsalo esta noche. Es tu noche especial —sugirió la mujer, pero el rostro de Madeleine le indicó que había problemas—. ¿Sucede algo, querida?

—Es que... estoy indispuesta. —Frunció los labios. No fue necesario decir más, la señora Parker entendió que estaba con la regla.

—Uy, ¡menudo problema! —Colocó las manos en su cintura—. Pero no te preocupes. No creo que el señor Howard sea un hombre impaciente. Me entiendes, ¿no?

Madeleine negó con la cabeza. Ella había oído algunas cosas entre la servidumbre y tenía una vaga e incluso errónea idea, pero su madre había evitado contarle más de lo estrictamente necesario sobre la convivencia en pareja, considerando que era muy joven para saber lo que sucedía en la noche de bodas. La señora Parker lo supo enseguida, así que, mientras su doncella peinaba ese dorado cabello, ella le habló disimuladamente sobre los deberes de una esposa en la cama.

—Estás hermosa —aseguró la casamentera, después de que la señora Cromwell terminara de arreglar a su ama. Estaba lista para caminar al altar. El

vestido le quedaba estupendamente y las joyas que llevaba sólo completaban su atuendo, porque ella ya tenía luz propia. Llevaba apenas un sencillo maquillaje. No necesitaba más.

—Estoy nerviosa, más bien —mencionó, antes de salir de la habitación.

—Todo saldrá bien, querida. Sólo disfruta de cada momento y sé astuta. No dejes que nada ni nadie arruine tu felicidad. Habla cuando hay que hablar, pero calla cuando hay que callar. Si debes mentir, hazlo, pero lucha por lo que es tuyo.

—¿Por qué me dice todo eso? —preguntó la joven novia. La señora Parker quería contarle la verdad, pero utilizó su consejo una vez más, y calló.

—Es sólo un consejo que no sabes cuándo podría ser útil. El matrimonio no es fácil, y habrá ocasiones en las que tendrás que perdonar. No te hablo de una situación en particular, pero recuerda siempre estas palabras.

—Entiendo —respondió la joven, mirándola con atención—. Gracias.

—Ahora ve, que tu esposo ya debe estar esperando en el altar.

El chófer la esperaba en la puerta de la casa. La señora Cromwell le pasó un ramo hecho de calas blancas y podía notarse que sus ojos estaban llorosos.

—Muchas gracias —se despidió.

...

Apenas terminó la recepción, Madeleine entendió el significado de las palabras de la señora Parker, cuando, de manera fortuita, buscando a su esposo para despedir a los invitados, fue en dirección a la cocina. Todo el personal de servicio estaba fuera, disfrutando del banquete, como los demás invitados que aún quedaban, o eso pensó.

Se había quitado los zapatos, porque tenía los pies adoloridos, así que nadie notó su presencia en el lugar. Antes de llegar, vio la puerta entreabierta y oyó unos jadeos. Estuvo a punto de girarse y volver, pero luego oyó, aunque en un susurro, la voz del que ahora era su esposo.

Pensó que se trataba de alguna doncella o criada, pero no estaba preparada para comprobar la veracidad de los rumores que corrían sobre Henry. Se acercó, temerosa, hasta ver lo que sucedía a la luz crepitante de los fogones. Era su esposo, besando al lacayo que la había mirado de manera fría. Ahora todo tenía sentido. Era totalmente comprensible que la hubiera recibido así; iba a robarle su amante.

El lacayo le reclamaba su abandono, intentando sacarle la camisa, pero él

repetía que debía respeto a su nueva esposa, haciendo que el lacayo se enfureciera aún más.

—¿Qué sucederá esta noche, Henry? ¿Olvidarás que me amas y le harás el amor a ella? —preguntó el hombre, todo ofuscado. Pasó de manera nerviosa una mano por su pelo.

—Puede que no la ame ahora, pero quiero que lo nuestro funcione —respondió, pegando su frente con la de él—. Aunque no sienta por ella lo que siento por ti, merece mi respeto, porque ahora es mi esposa y luego será la madre de mis hijos y condesa de Berkshire. Ella es muy dulce, Jeremy. Estoy seguro de que tendremos algo bonito juntos.

—¿Por qué me dices todo esto? ¿Acaso quieres herirme? ¿Es eso? Sabes que no te detendré. Te irás mañana y nunca nos volveremos a ver. Tendrás la luna de miel que cualquiera desearía, la vida que planearon para ti y serás un ejemplar e intachable conde en el futuro.

Henry se puso serio, como si esas últimas palabras hubiesen tocado alguna fibra sensible.

—Sólo atesora el recuerdo de lo que vivimos juntos y que siempre te amaré.

—Estoy seguro de que ella ni siquiera sabe lo que debe hacer esta noche. Quédate conmigo... —suplicó el lacayo, tomando de la mano a Henry. Éste negó con la cabeza y casi descubre a su esposa, quien supo que era momento de desaparecer de ahí.

Madeleine corrió lo más rápido que pudo y salió de nuevo al banquete, sosteniendo la cola de su vestido en la mano. Buscó con la mirada a la señora Parker y, cuando la vio, no dudó en acudir a ella.

—¿Qué sucede, querida? —preguntó, al verla pálida como una hoja de papel.

Madeleine no podía pronunciar palabra, estaba completamente anonadada.

—A ver, vamos a tu habitación. No es conveniente que se enteren lo que creo me contarás.

—¿Usted lo sabía? —preguntó Madeleine cuando por fin le salieron las palabras. La casamentera asintió levemente.

—Él me lo confesó, pero también me dijo que después de la boda se dedicaría por completo a ti. —Eso debía ser cierto, o por lo menos eso quiso creer Madeleine, porque lo oyó del mismo Henry.

No sabía qué decir o hacer, porque debía reconocer que no era amor lo que sentía por él, no aún, pero no quería ser la tonta esposa de la que todos se ríen.

—No te voy a decir lo que harás esta noche en la privacidad de tu habitación, pero sí lo que harás en adelante. Él prometió que cambiaría por ti, que será un buen esposo. Puedes contarle o no lo que viste, pero no hagas de esto un drama, supéralo o te quedarás sola. Sé una esposa cariñosa, comprensiva, atrevida... —Levantó una ceja y sonrió de costado. Madeleine se cubrió la frente con una mano—. Tú misma has oído que se trataba de una despedida. Deja que quede así y disfruta de ahora en adelante de tu esposo. Ese lacayo se quedará aquí y vosotros comenzaréis una nueva vida. Dependerá de ti que él sienta interés y no sólo cambie de aires.

—Entiendo —afirmó, intentando procesar lo que oía. Debía conseguir que su esposo la deseara por lo menos, o lo perdería. Se limpió luego las lágrimas y se retocó el maquillaje con los dedos.

—Ahora ve y busca a tu esposo, que se hace tarde. Corta con eso que está pasando. Ya fue suficiente despedida. Esta es tu noche y no se la vas a dejar a otro. Aunque no consuméis vuestro matrimonio, tampoco lo pasará con ese lacayo ¿Entiendes?

Madeleine hizo todo cuanto le dijo la señora Parker. Encontró a su esposo a mitad de camino, lo que significaba que había terminado con el lacayo. Éste la miró sorprendido, o más bien asustado, pero fingió su mejor sonrisa. Ella sentía temor de no lograr ese interés en su esposo y vivir una vida solitaria, hablando de cama.

—Te estaba buscando —dijo él, agarrándola de la mano. Ella se quedó callada por unos segundos y recordó las palabras de la casamentera. Ladeó la cabeza y sonrió débilmente.

—¡Qué coincidencia! Yo también a ti. —Enganchó su brazo con el de su esposo y caminaron hacia el banquete.

Lo miró de soslayo y se dio cuenta que estaba de nuevo arreglado. Tal vez no quería que ella lo supiera. Empezaba a entender eso de perdonar. Quería que eso funcionara, haría que eso funcionara. Sus miradas se encontraron y ella sonrió con cariño. Decidió no hablar al respecto, decidió olvidar, de momento, lo que había sucedido.

Más tarde, subieron a la habitación como era de esperar de una pareja de recién casados, pero no hubo noche de bodas. Henry entendió, no sólo los miedos de una inocente y virgen Madeleine, sino también su imposibilidad momentánea. No tenía prisa en consumir ese matrimonio, era apenas el inicio de una vida, juntos, y esperaba que fueran muchos años. Ya tendrían la oportunidad.

Le pidió permiso para acostarse detrás de ella y abrazarla, tal y como amanecieron luego. Fue un momento tierno y casto entre ambos, el primero de otros momentos de complicidad. Él recordó su triste despedida de Jeremy, mientras que ella se preguntaba si realmente él estaba dispuesto a formar una familia, si él llegaría a sentir aunque fuera pasión por ella. Tal vez lo averiguarían en la luna de miel. A pesar de que no había nada de malintencionado en ese abrazo, ella sentía que todo su cuerpo ardía en deseo. Un deseo insatisfecho que esperaba que pronto se hiciera realidad.

...

La ciudad de Southampton estaba abarrotada de coches y de personas que llegaban para zarpar en el *Titanic*. Era un imponente coloso en blanco y negro que esperaba a los afortunados pasajeros que iban llegando en caravana, entre montañas de baúles y maletas ya dispuestas para subir a bordo.

Madeleine nunca había visto a tanta gente en un mismo sitio. Mujeres con pomposos y coloridos sombreros, hombres elegantes, lujosos coches que eran conducidos a una zona de embarque. Todos parecían eufóricos por abordar el símbolo de opulencia y magnificencia, representados por una colosal máquina.

Más allá de donde ellos fueron conducidos para abordar, que correspondía a la primera clase, se formaban también personas de la tercera clase, para pasar por la inspección de salubridad. Sin reparo en las clases sociales, tanto ellos como los que se encontraban junto a la pareja mostraban una inmensa felicidad en sus rostros, llenos de esperanza, por un viaje del que todos hablaban.

Apenas cruzó la puerta hacia el interior del barco, después de caminar por la pasarela que los separaba de tierra, sintió de nuevo esa punzada en el pecho, ese presentimiento que tuvo cuando conoció a Henry por primera vez. Intentó apartarlo rápidamente. Se aferró un poco más al brazo de su esposo y le sonrió. La señora Cromwell y Lionel los seguían con unas maletas de mano. Vio a algunos pasajeros llegar con sus mascotas, lo que la llevó a pensar que deseaba tener una, o varias, cuando se asentaran en su nuevo hogar. Siempre había deseado tener un perro.

Oyó decir a unas criadas que ese era el barco de los sueños, a un lacayo que era un coloso invencible, y a un noble, que acapararían las noticias al llegar a Nueva York. Todos ellos tenían algo de razón, pero para ella era el barco de los cambios, porque, al llegar a su destino, comenzaría su nueva

vida, con el hombre que ahora era abordado por otro muy elegante, a quien llamó señor Ismay.

Era un hombre delgado y de tez pálida, con un simpático bigote bajo la nariz ganchuda y un peinado que le recordaba a un libro. Saludaba a todos los que llegaban, con el pecho hinchado y una orgullosa sonrisa, mientras mantenía uno de sus brazos pegado a la espalda.

—Así que es cierto que se casó, señor Howard —mencionó el hombre en cuestión, con cierto tono de incredulidad.

—Así es, señor Ismay. Ella es Madeleine, mi esposa. —La joven le pasó la mano al hombre y éste la besó. Enarcó una ceja y sonrió de costado.

—¿Como la esposa de Astor? ¡Vaya coincidencia! —mencionó. Madeleine no conocía a ese tal Astor, pero su rostro debió verse cargado de curiosidad, ya que el señor Ismay había decidido sacarle las dudas—. Es el hombre más rico a bordo, señora Howard. Ya tendrá el placer de conocerlo a él y a su esposa en la cena —prosiguió, antes de ser abordado por otros hombres igual de elegantes que él—. Si me disculpan.

Se alejó de ellos y rápidamente fueron alcanzados por el señor Andrews, a quien Henry tenía en alta estima. Madeleine deseó que su mejor amiga estuviera ahí con ellos. Estaba segura de que ella conocía a casi todos los que estaban abordando, con lo cotilla que era.

—¡Henry! ¡Felicidades! —saludó el hombre, quien luego miró a Madeleine—. ¡Señora Howard, un placer! —Le tomó la mano y la besó, como era de esperar. Ella hizo una educada reverencia con la cabeza. El hombre no parecía muy mayor, debía tener unos cuarenta años a lo sumo.

—Querida, él es el señor Andrews, el responsable de que estemos hoy aquí. —Madeleine sonrió con amabilidad, haciendo gala de todo lo que había aprendido en el colegio de señoritas sobre las buenas costumbres.

—Henry siempre lo recuerda con mucho cariño. Me habló maravillas de usted. Hoy mismo me contaba que usted diseñó este maravilloso barco. —El hombre negó con la cabeza, pero con una amable sonrisa.

—En parte, sí, pero me alegra que le guste —respondió—. Henry es un buen muchacho, no puede ser usted más afortunada. Quería que fuerais de los primeros en viajar en el *Titanic*. Será un viaje que nunca olvidaréis.

Madeleine miró a su esposo y ambos compartieron una sonrisa cómplice. Tenía la mano posada en el brazo de Henry, como toda una dama.

—Bien, me alegra verlos a bordo. Nos vemos en la cena —añadió y continuó con su camino.

La habitación que les habían asignado tenía una terraza privada, la cual no tardó en visitar Madeleine, seguida por su esposo.

—¿Estás feliz, querida esposa? —preguntó Henry, quedando a su lado. Ella iba a responder, pero oyeron ruido en el camarote y supusieron que se trataba de la señora Cromwell y de Lionel, acompañando a los mozos que traían las maletas—. Ven, vamos a ver toda la habitación.

Salieron a ver la despedida en la cubierta superior, a pesar de no tener a nadie de quien despedirse. Madeleine quería ver al barco perderse en el horizonte, ver la costa alejarse cada vez más y sentir la potencia de ese majestuoso transatlántico rompiendo las olas a su paso.

Cuando deshizo la maleta con su doncella, llegada la hora de vestirse para la cena, vio en un rincón la lencería que le había regalado la señora Parker. Se preguntó si llegaría a usarlo estando a bordo. Se preguntó también si su esposo en algún momento del viaje la tocaría, pero entendió que eso, en realidad, dependería de ella. Una vez que se le fuera la regla, intentaría seducirlo y tendrían la luna de miel que merecían.

Una vez que terminó de vestirse, salió de la habitación para encontrarse con su esposo, quien la esperaba fuera para darle privacidad. Sí, en una pareja normal, eso sería ridículo, pero Henry entendía que, al no haber tenido aún intimidad, le costara un poco hacer ciertas cosas frente a él.

Se giró a mirarla, al oír su voz, y quedó maravillado. Ese vestido le quedaba perfecto. El brillo de los bordados que tenía en los bordes, tanto de la falda como del escote y las mangas, hacía que resaltara aún más su belleza. Henry se quedó boquiabierto y mudo, hasta que ella se aclaró la garganta y le hizo un gesto con la vista hacia el brazo.

—Te vez... preciosa, Madeleine —mencionó, mientras caminaban hacia su destino.

Bajaron la gran escalera que los llevaría al comedor, admirando la hermosa inspiración francesa que tenían los pasamanos y las guirnaldas de bronce. Madeleine levantó la mirada y no pudo evitar maravillarse con la cúpula de hierro y cristales, de cuyo centro colgaba una elegante araña de cristal.

—¡Esto es sublime! —admiró, totalmente maravillada. No podía creer el lujo en cada centímetro del barco. Paredes de madera tallada, escaleras con pasamanos de bronce, arañas que iluminaban las noches, porcelana que nadie antes había utilizado, tapices hechos a la medida. Nada había quedado al azar.

Ella había conocido lugares muy lujosos, pero eso definitivamente superaba sus expectativas. Ni en sus mejores sueños había imaginado que

realizaría un viaje así, en un barco tan grande que no pudo llamarse de otra manera que *Titanic*.

—El señor Ismay quería lujo y sofisticación en este barco, y así lo tuvo. Te aseguro que será noticia en todo el mundo. No habrá noble o millonario que no quisiera viajar en él después de este viaje —comentó Henry, como si estuviera muy orgulloso.

—Es maravilloso. ¡Quiero ver la cara de Kate cuando se lo cuente! Creo que pasaremos horas poniéndonos al día sobre este barco, lo siento —bromeó la joven, robando una sonrisa a su esposo.

Antes de avanzar y, animados por el brillo que irradiaba la araña que colgaba sobre ellos, Henry agarró a su esposa de la cintura y la atrajo contra su cuerpo para besarla por primera vez desde la boda. Ese beso que empezó suave, cauto, pronto fue convirtiéndose en un vendaval, interrumpido solamente por los carraspeos de unos hombres, quienes bajaban con sus mujeres, entre ellos el famosísimo Jacob Astor. Lo supo porque Henry aprovechó para señalarle a algunas personas que ella no conocía.

La familia de Henry había gozado siempre de un elevado estatus social, rodeado de importantes personalidades de Inglaterra, por lo que no le fue difícil conseguir un trabajo cuando decidió que era eso lo que quería hacer mientras esperaba a asumir su rol de conde. Le había contado a Madeleine que, desde muy joven, había sido consciente de que le esperaba mucha responsabilidad como heredero del condado de Berkshire, porque no era un secreto que su tío no había tenido descendencia. Su esposa había resultado ser estéril.

Había tenido una infancia feliz y una juventud bastante normal en comparación a la de sus amigos, quienes disfrutaban del libertinaje y eran asiduos a los escándalos, en especial a los que tenían como protagonistas a las dulces y virginales jovencitas de temporada. Sus padres, aunque se preocupaban porque no tenía novia a sus veintitantos años, no imaginaban los motivos por los cuales se había vuelto un joven solitario.

Perder a sus padres al mismo tiempo sólo le hizo recapacitar sobre esa soledad, aunque fue realmente su tío, el viejo conde, el que le puso su vida en perspectiva al recordarle que todo el patrimonio quedaría en sus manos y en su «descendencia». El viejo no estaba en contra de que él mantuviera una relación como la que, sospechaba tenía, pero necesitaba que tuviera herederos y una familia estable para la sociedad.

La pareja compartió miradas cómplices y pícaras antes de terminar su

recorrido hasta donde se serviría la cena, pero, en ese momento, Madeleine supo que la promesa de su esposo era auténtica y que esa era la primera de las noches de aventura en el transatlántico más grande de su época.

Capítulo 5

La noche del 14 de abril de 1912 iba a ser especial e imborrable para Madeleine por muchos motivos. Por fin estaba lista para consumar su matrimonio y no tuvo que poner ella sola de su parte.

Henry había estado observándola esa tarde, en la sala de lectura y, entre miradas fugaces, a través de los espejos, inmersos ambos en los libros que habían elegido, surgió la ocasión de hablar. Era la primera vez desde que abordaron que se encontraban así de solos, incluso sin la compañía de la señora Cromwell o Lionel. Había sido una maravillosa tarde en la que hablaron hasta que la impertinente bocina les avisó de que pronto se serviría la cena.

Los días previos habían sido maravillosos, pero incompletos en el corazón de Madeleine y sobrecargados de compañía. Había conocido a personas sumamente importantes, no sólo de la nobleza inglesa, sino también de los negocios de América, entre ellos a los Astor. Madeleine Astor era notoriamente más joven que su esposo, lo que la llevó a mirar a Henry y a agradecer su suerte. Estaba muy apuesto esa noche.

No era la luna de miel que esperaba, pero hasta el momento había sido un viaje maravilloso. Paseaban por la galería, de vuelta a sus camarotes, como media hora antes de la medianoche, una que parecía estar terminando de la mejor manera.

Se quedaron mirando, con los brazos apoyados en las barandas, la calma de la fría noche que pronto daría paso a un nuevo día. La fresca brisa que traía la velocidad con la que iban, golpeaba sus cuerpos, sonrojando sus mejillas. El silencio era impresionante.

—Esto es maravilloso —dijo ella, notando que Henry llevaba minutos mirándola y parecía debatirse entre decirle algo o no—. ¿No lo crees? —preguntó. Henry sonrió con calma y asintió.

No estaban lejos el uno del otro, por lo que él pudo notar que ella estaba temblando levemente.

—¿Sientes frío, cariño? —preguntó rápidamente. Madeleine asintió y se abrazó a sí misma. Henry iba a quitarse la chaqueta para abrirla, pero ella

hizo algo más astuto.

—Abrázame —pidió, con la mirada clavada en la de su esposo. Éste se volvió a poner la chaqueta y cumplió el deseo de su esposa. Al hacerlo, se sintió muy bien, tanto que no lo había imaginado así.

Ella reposó la cabeza en el pecho de su esposo y observó el inmenso mar que tenían enfrente. Levantó la mirada y se encontró con la de Henry. Ésta tenía tal intensidad que la hizo temblar aún más, pero ya no de frío.

—Ya no estoy indispuesta —le hizo saber, casi en un susurro. Henry no dijo nada, solo la apretó más contra su cuerpo y buscó sus labios de manera apasionada.

—Vamos al camarote —sugirió él, con la voz ronca. Madeleine no pudo estar más de acuerdo. A pesar de que llevaba guantes largos, pudo sentir el calor que emanaban las manos de su esposo.

Apenas entraron, Henry aseguró la puerta y se quitó la chaqueta, para luego tomar de nuevo a su esposa entre sus brazos y besarla. Madeleine había acunado el rostro de su marido con ambas manos y se dejó llevar por el instinto, por el momento.

Se quitó los guantes con delicadeza, a pesar de que el momento ameritaba prisa. Ella quería guardar ese momento para siempre, en especial la forma en la que era mirada, besada y acariciada.

—¿Quieres esto, Madeleine? —le preguntó por respeto, al notar sus nervios. Ella asintió rápidamente.

—Desde el día en que nos casamos —contestó, haciendo que Henry sonriera—. Prometo hacerte muy feliz, Henry. Prometo hacer que te sientas feliz de haberme elegido.

Él supo enseguida, por la forma en la que lo miró, que ella ya lo sabía, pero no dijo nada al respecto, sino que llevó la mano a la espalda de su esposa y buscó la forma de abrirle el vestido.

—Yo ya estoy feliz de haberte conocido —dijo, y levantó una ceja. Ambos sonrieron y se dejaron ganar por la pasión.

Como si fuese todo un experto, desabrochó el vestido de Madeleine, dejándola solo en sus interiores. Aflojó sin perder el tiempo el corsé y así liberarla de tanta presión. La fue conduciendo hacia la cama, hasta dejarla recostada sobre la misma.

Él se recostó sobre ella y no le pareció suficiente besarle solo los labios, así que fue explorando partes de piel jamás besadas en su esposa. Ella gemía muy bajito, por el inmenso placer que sentía, al notar que Henry la estaba

despojando de la enagua de encaje que ya era lo único que la cubría de su desnudez.

Era perfecta. Su pálida piel casi se mezclaba con su dorado cabello, el cual caía en ondas sobre parte de su hombro. Henry se acercó lentamente, como si estuviese hipnotizado por esos excitados pechos, los cuales no tardó en besar. Chupaba de manera intercalada esos dulces y rosados pezones, mientras que sus manos surcaban caminos por la excitada piel de Madeleine.

Ella chilló, asustada, al sentir que las manos de Henry ahora acariciaban su punto de placer, pero rápidamente fue acallada con un beso. Todo iba de maravillas, el masaje que le hacía su esposo la tenía retorciéndose de manera incontenible.

Había llegado el momento. Henry estaba más que predispuesto a hacerse uno con ella, así que se incorporó lentamente y se quitó la camisa y el pantalón frente a ella. Henry tenía un cuerpo que parecía esculpido por los dioses. De hombros anchos y cintura estrecha. Sus piernas parecían fuertes, al igual que sus brazos. Era hermoso.

Madeleine tragó saliva al ver lo que le esperaba, pero sentía tanto deseo de que le hiciera el amor que solo acarició su vientre mientras lo veía colocarse entre sus piernas.

—Avísame si te hago daño —avisó el hombre excitado. Ella asintió y metió aire en sus pulmones, antes de sentir que él rozaba su duro miembro por su intimidad.

Ya lo sentía en su entrada, intentando hacerse camino para tomar su pureza.

—Con cuidado, Henry —pidió, asustada y con el corazón galopando a velocidad descontrolada. Él asintió y le besó el cuello muy suavemente, hasta tranquilizarla.

Se colocó de nuevo y volvió a intentar lo de unos segundos antes, pero ella no cooperaba por los nervios, así que le fue imposible.

—Relájate, cariño, que no puedo entrar si no lo haces. No quiero hacerte daño. —Ella metió de nuevo aire a sus pulmones y lo sacó lentamente por la boca, mirando al techo para distraer su mente.

Una vez que estuvo lista y relajó su cuerpo, asintió de nuevo, pero esta vez ya no fueron ellos el motivo por el cual no pudieron consumir su matrimonio.

Él estaba a punto de introducirse de nuevo en su húmeda, tibia e invicta cavidad, cuando sintieron un temblor. Ella lo miró asustada y él se quedó muy quieto, esperando entender lo que había ocurrido. Tuvo un mal presentimiento de inmediato.

—¿También lo has notado? —preguntó Madeleine, intentando calmar su corazón.

Henry se echó sobre el cuerpo desnudo de su esposa y la besó varias veces en la boca y en el cuello, algo frustrado por no haber concretado su unión. Ella se disculpó, pero él solo sonrió con cariño y negó con la cabeza.

—Podemos intentarlo de nuevo —sugirió, pero el barco se había detenido y eso no era normal, por lo menos para Henry, no—. Estoy lista, lo juro, cariño —añadió, mientras le acariciaba el rostro.

—Tranquila, lo haremos mañana. —La besó una última vez en la frente.

Después de unos minutos de tranquilidad, oyeron unos golpes desesperados en la puerta. Alrededor de unos veinte minutos del temblor, en los cuales se habían deleitado con ardientes y apasionados besos y caricias.

Madeleine se sobresaltó y miró a su esposo con los ojos muy abiertos, porque sabía que Lionel tocaba una vez y entraba.

—¡Señor Howard! ¡Señor Howard! ¡Voy a entrar, es urgente! —exclamó Lionel.

—¿No puede esperar, Lionel? La señora no está presentable —respondió, mientras la cubría con una sábana.

El hombre insistió tanto, que Henry se puso el pantalón rápidamente y fue a abrirle la puerta.

—¿Qué ocurre, Lionel? —preguntó, después de resoplar.

—Señor, me temo que hay malas noticias. —Le pidió que lo acompañara al pasillo e inmediatamente vieron a algunos mozos llamando a las puertas de los camarotes contiguos para alertar de algo.

—Dime qué ha ocurrido —exigió el joven de torso desnudo.

—Al principio nadie decía nada, sólo había murmullos y pedían que subieran a la cubierta superior, pero ahora dicen que fue un iceberg, señor. El *Titanic* se hundirá. Debemos salir de inmediato para cuando desplieguen los botes. Será todo un caos para entonces.

Henry llevó una mano a la frente y se giró a mirar a Madeleine, que se había puesto de nuevo su enagua y estaba sentada al borde de la cama. Ella no entendía por qué su esposo tenía el rostro horrorizado.

—Ve a buscar de inmediato a la señora Cromwell y nos encontraremos en la pasarela de la cubierta A. —Lo agarró del hombro—. Dese prisa Lionel, no hay tiempo que perder.

Apenas se despidieron, corrió junto a Madeleine y le pidió que se vistiera lo más rápido posible. Ella no entendía su comportamiento, pero obedeció al

ver el rostro azorado de Henry.

Éste sabía que tardarían un rato en desplegar los botes, así que fue hasta la caja fuerte que habían llevado y sacó de ahí un pequeño maletín y se lo entregó a Madeleine.

—Cariño, necesito que me oigas. Es primordial que hagas todo cuanto te pida, ¿está bien? —Tenía los ojos llorosos.

Él sabía que no había suficientes barcos salvavidas en el *Titanic*, ni siquiera para la mitad de los pasajeros. Había oído la discusión que habían tenido el señor Andrews con Ismay sobre la importancia de llevar más botes salvavidas.

—¿Qué está ocurriendo, Henry? ¿Por qué estás tan asustado?

El hombre revisó el interior del maletín y asintió.

—Mira, cariño, tuvimos un accidente y el barco se hundirá. —Madeleine se llevó una mano a la boca para ahogar un grito de susto. Ahora tenía sentido el comportamiento de su esposo—. Necesito que lleves esto y no te despegues de él. Dentro están todos nuestros documentos y algunas joyas, aparte de dinero. —Ella negaba con la cabeza, porque entendía que se estaba despidiendo.

—Pero iremos juntos, ¿no es así? No necesitas decirme esto —expresó llorosa. Estaba muy asustada.

—Necesito que me prometas que harás lo que te pido. No tenemos tiempo. —Ella asintió aterrada—. Te subiré a uno de los botes salvavidas junto a la señora Cromwell. Seguro que priorizarán a mujeres y niños. Dentro del maletín también están los datos de mi tío. Si no nos volvemos a ver, ve junto a él y pídele que te acoja como mi...

—¡No lo digas! —exclamó Madeleine, derramando ya unas lágrimas. Sollozaba sin parar ante tal situación.

—No decirlo no cambiará la situación. —Le acarició el rostro. Se sacó la alianza de bodas y la metió también en el maletín—. Dile que yo te lo pedí, cariño. Él es un buen hombre, estoy seguro de que te acogerá, aunque se pondrá muy triste por quedarse sin heredero. Eso te dará tiempo de pensar en qué hacer. Dinero no te faltará. En último caso... está mi tía.

—No me dejes, por favor... —suplicó, agarrándole ambas manos.

—Vamos, se hace tarde. —Puso sobre ella un gabán y salieron casi corriendo del lugar.

—Prométeme que intentarás salvarte, que me buscarás cuando todo esto pase —pidió mientras corrían hacia una de las salidas. Todo era un caos.

Personas llorando, gritando, empujando a quien sea por salvarse, una total confusión.

Henry sabía que debía mentirle o ella no se iría. Necesitaba que ella subiese a uno de los botes, apenas los habilitaran.

—Por supuesto. Nos volveremos a ver —aseguró, con una mirada llena de cariño.

A lo lejos vieron a la señora Cromwell, mirando desorientada a todos lados, hasta que ella también los vio. Corrió hacia ellos y Henry las llevó hacia donde vio, estaban disponiendo los primeros botes para embarcar a las mujeres que estaban atestadas en el lugar. Había pasado una hora del choque y no tenían idea de cuánto tiempo les quedaba, pero por la forma desesperaba con la que los oficiales intentaban disponer de los botes, hacía suponer que no mucho.

—¡Señor Howard! ¡Señora Madeleine! —chilló la mujer, muy asustada.

—Señora Cromwell, le pido que cuide a Madeleine —pidió Henry, tomándola del hombro—. Debéis subir al bote lo antes posible. Nosotros... —miró a Lionel y tragó saliva—. Subiremos en el próximo.

La mirada de Lionel los delataba. La doncella, de todas formas, asintió y abrazó a su ama. Madeleine se soltó de ella y abrazó a su esposo. Él le acarició la espalda y luego acunó su rostro con ambas manos. Por un momento sintieron que todo a su alrededor se detuvo.

—Si no nos volvemos a ver, sé feliz, cariño. Si debes luchar, lucha, si debes mentir, miente, pero no dejes de pelear. Fui muy feliz el poco tiempo que estuvimos juntos. —La besó con ternura y ella sintió las lágrimas escurrirse por sus mejillas.

—Yo también lo fui. —Sollozó—. Gracias por haberme elegido. Gracias por haberme dado esta oportunidad. —Ladeó la cabeza y sonrió con tristeza—. Te buscaré al final, prométeme que tú también lo harás.

—Debes irte ya —dijo, empujándola entre la multitud. Debía subirla lo antes posible o podrían quedarse sin lugar. —Cuídate mucho.

Ella lo besó una vez más y un oficial la embarcó junto a la señora Cromwell y otras mujeres que lloraban a sus esposos. Miró hacia Henry hasta que tocaron el agua, esa helada agua que cambiaría su vida para siempre. Esa agua que probablemente se llevaría a un hombre maravilloso.

Se quebró por completo y empezó a llorar en los brazos de su fiel doncella. Pensaba en lo que le esperaba de ahora en adelante. No tenía la mente muy clara en ese momento, pero sólo quería que alguien los salvara de esa tragedia

y los llevara a Nueva York para contactar a *lady* Kate. Estaba segura de que ella le ayudaría a decidir su destino. Necesitaría a su amiga más que nunca en la vida.

Capítulo 6

Ya casi de madrugada, cuando pensaban que el océano los devoraría, una luz de esperanza les alcanzó. Otro transatlántico, uno más pequeño llamado *Carpathia*, acudió al rescate de los supervivientes del *Titanic*. No se podía oír ni los propios pensamientos, había un murmullo constante de mujeres que lloraban a sus esposos perdidos, o a niños que no entendían lo que había sucedido y pedían comida.

Habían pasado horas que parecieron días en el oscuro océano, esperando y esperando a que alguien los rescatara.

Madeleine se había quedado sin lágrimas. No podía entender de dónde provenía esa mala suerte que tenía. Al final, sus antiguas amigas habían tenido razón y su buena fortuna no había durado ni un año, es más, ni seis meses. De volver a Londres sería la comidilla de la ciudad.

Sintió un profundo vacío en su interior al recordar su despedida de Henry. Fue un maravilloso hombre y esposo, aunque la vida se lo arrebató demasiado rápido y de manera muy injusta. Cada carta que le había enviado durante los tres meses de noviazgo denotaba la predisposición que tenía el hombre en crear un futuro con ella, pero, por desgracia, ese futuro ya no existía. Se había maravillado de la increíble manera en la que se complementaban y pensó en las palabras de su madre sobre el amor.

Fue interrumpida de sus pensamientos por la señora Cromwell, quien la avisaba de que debían subir al barco que los estaba rescatando. Ella miró a su alrededor y eso parecía un desolado campo de batalla. Sintió una rabia momentánea al ver a algunos hombres que se habían colado a los botes en medio de la confusión, mientras que su Henry se quedó atrás.

—Vamos, señora, suba usted primero. —Le mostró que un oficial le tendía la mano para ayudarla a subir por una escalerilla. Habían subido los botes salvavidas al barco.

—Gracias —susurró, con la voz ronca. Se limpió las lágrimas que se habían quedado en el rostro y que se habían convertido en escarcha. Tiritaba de frío, o tal vez pudo ser de miedo, pero necesitaba un abrazo como el que le había dado su esposo la noche anterior.

Como no estaba, se abrazó a sí misma y se dio un poco de calor antes de

tomar el maletín que le había pedido su esposo que custodiara, el cual había escondido bajo su gabán para que nadie se lo quitara. Dentro de ese maletín estaba todo su futuro y debía protegerlo a toda costa.

Habían pasado horas del terrible naufragio y ella seguía reproduciendo en su mente los gritos desesperados de los que no pudieron tomar un bote salvavidas, y la horrible imagen del inmenso barco partiéndose en dos para luego desaparecer en la profundidad del océano. El llanto de las que ahora eran viudas la despertaba cada vez que el sueño la tentaba y sus ojos se cerraban.

Fueron conducidas a la cubierta superior y se reunieron con los demás supervivientes. Se cruzó mejor el gabán y se ubicó en un rincón solitario junto a su doncella. No quería ver a nadie que le recordara lo que había sucedido y, como eso era imposible, se alejó todo lo que pudo, por lo menos. En ese momento todo era caos y desesperación.

La calma poco a poco fue volviendo al lugar, aunque los sollozos silenciosos aún rompían el silencio que reinaba en esa lluviosa mañana. Madeleine estaba agotada, sus ojos no resistían el cansancio, así que los fue cerrando, poco a poco, hasta caer en un profundo sueño. La señora Cromwell la tenía abrazada y había caído en los brazos de Morfeo antes que ella. Ambas habían sido muy afortunadas por haber tenido la oportunidad de vivir.

...

Horas después, unos ruidos la despertaron, a tiempo para ver que unos hombres se acercaban a ellas. Uno de ellos tenía la pinta de que se había pasado un poco de copas la noche anterior, mientras que los otros dos intentaban llevarlo, seguramente, a su camarote.

Madeleine despertó rápidamente a su doncella y la alertó. Ésta tomó un trozo de metal que había encontrado a un costado y lo aferró con una de sus manos. A unos metros vieron que un oficial tomaba lista de los supervivientes, así que no dudaría en correr hasta él si fuese necesario.

El hombre ebrio resultó no ser muy peligroso, pero si molesto.

—¿Por qué... estás tan solita, preciosa? —preguntó, intentando mantenerse en pie. Madeleine lo ignoró al principio, pero como repetía su pregunta, una y mil veces, pensó que, tal vez, se libraría de él si le dijera una mentira.

—Mi esposo fue a buscar a un pariente al otro lado —mintió—. No debe tardar en volver.

El oficial estaba muy cerca como para oír lo que había dicho, así que aprovechó para tomarle los datos. Apenas terminó de anotar algo en su libreta, se acercó a ellas y pidió a los hombres que se alejaran. Los tres levantaron las manos y se retiraron a molestar a otras personas que estaban a pocos metros.

—¿Su nombre, madame? —preguntó el oficial.

—Madeleine Howard —respondió. —Ella es mi doncella, la señora Rosemarie Cromwell —añadió.

El oficial anotó cuanto le dijeron, pero antes de irse, se giró nuevamente a preguntarle algo.

—Dijo que su esposo estaba también a bordo. —Madeleine lo miró sorprendida de que la hubiera oído. No quería que la volvieran a molestar esos hombres, ni parecer una mentirosa, así que asintió y le dio los datos de Henry. El hombre anotó en la lista de supervivientes a su esposo y se giró para continuar su tarea.

—¿Oficial? —lo llamó. El hombre volvió junto a ella.

—¿Sí? —preguntó con curiosidad. Madeleine se mostraba titubeante, como si quisiera contarle la verdad, pero esos hombres andaban rondando otra vez, así que no se arrepintió del farol.

—¿Cree que puedo mandar un telegrama a Filadelfia? —El oficial asintió.

—Anóteme aquí lo que quiere enviar y el destinatario y yo le hago el favor —afirmó. Madeleine aceptó la libreta y escribió una nota para su amiga, *lady* Kate.

Tenía la esperanza de que fuera a buscarlas cuando llegaran a Nueva York, porque eso oyó que habían dicho unos pasajeros, que el capitán se había negado a navegar hasta Europa con todos ellos a bordo, sino que regresarían a Nueva York, de donde habían partido con rumbo a Austria y los pasarían a otro transatlántico para que viajaran más cómodos.

El oficial se marchó y con él llevó las pocas esperanzas de la pobre Madeleine. Ella en realidad no esperaba que ese hombre enviara el mensaje. Seguramente cientos de pasajeros le habían pedido lo mismo, así que se acomodó de nuevo en el lugar donde estaba antes y esperó. A unos metros, un hombre se quejaba de dolor. Tenía el rostro tan magullado que tuvo que haber sufrido una caída terrible. Se acercó a él y lo examinó, pero sólo descubrió que debía ser un pasajero de primera clase por la elegancia con la que vestía y que era un hombre joven.

...

Llegaron a Nueva York días después, con una multitud impresionante que esperaba ver a los afortunados supervivientes o en busca de familiares o amigos. No se hablaba de otra cosa desde que se supo del hundimiento y las personas estaban impacientes por novedades sobre sus allegados.

El oficial de migración había creído que ese hombre sin rostro, a quien ayudaron a bajar Madeleine y la señora Cromwell, era su esposo. Ella sabía que no estaba bien lo que hacía, pero había mentido a un oficial sobre Henry y ese hombre no tenía documentos ni recuperaba la conciencia. Lo abandonó, en medio de toda la confusión, con una enfermera que también había sobrevivido al naufragio y rogó que se recuperara.

Ver a William Aldrich junto a su chófer y un lacayo en el puerto, hizo que Madeleine se quebrara de nuevo y rompiera en llanto. El oficial había enviado realmente ese importante mensaje y su amiga no la había ignorado. Era evidente que esta ya no debía estar en condiciones de viajar, así que había enviado a su marido.

Caminó, aferrada al maletín contra su pecho, hasta llegar junto al esposo de su amiga. Éste no pronunció palabra alguna cuando la abrazó. El chófer abrió rápidamente la puerta para que las mujeres subieran y la primera en hacerlo fue la señora Cromwell.

—¿Y Henry...? —susurró William, buscando una respuesta en la mirada de la llorosa mujer. Le había preguntado por él porque lo había mencionado en su telegrama, parte de su farsa, claro.

Ella negó con la cabeza, bajando la mirada, entonces no fue necesario preguntar más. Entendió que no le sacaría nada en ese momento, así que decidió que partir era lo mejor. Katherine debía estar esperándolos con mucha ansiedad en casa y seguramente ella lograría sacar más información a la viuda.

...

Lady Kate recorría, de lado a lado, la sala de su mansión de Filadelfia, hasta que oyó el coche llegar. Llamó a su doncella para que abriera rápidamente la puerta. Ansiaba ver a su mejor amiga, a pesar de que no era en su mejor momento, ni la forma que había esperado volver a verla.

—¡Oh, Maddie! —exclamó la embarazada, quien tenía los ojos llorosos por diferentes motivos. Miró a su esposo, que acompañaba a la señora Cromwell a la sala e imaginó la tristeza que debía estar sintiendo su mejor

amiga al llegar al lugar donde pasaría su luna de miel, sin el suyo.

—¡Kate! ¡No te imaginas el miedo que sentí! No puedo creer que esto me esté sucediendo a mí. Debo tener algún tipo de maldición... —expresó algo ronca. Abrazó como pudo a la embarazada y ésta la llevó rápidamente a uno de los sillones.

—No digas eso, boba —la reprendió—. No es tu culpa que el barco se hundiera, ni que esa noche el cochero de ese carruaje perdiera el control y fuera a chocar contra el coche donde viajaban. Son cosas del destino, amiga mía, y no tienes la culpa de lo que él planea para ti. —Le acarició la mano. Éstas estaban muy frías—. Estoy segura de que todo esto te llevará a algo maravilloso, a algo que coronará todos estos sucesos desafortunados para mostrarte que la vida consta de momentos tristes y de momentos bonitos. Dependerá de ti tomar ciertas decisiones, ciertos riesgos, pero quiero que sepas que siempre estaré para ti. Decidas lo que decidas hacer.

—No sé cómo daros las gracias —expresó, mirando a William, quien en ese momento tomaba asiento al lado de su esposa y le acariciaba el vientre.

—No nos debes nada, Madeleine. Sé que tú hubieras hecho lo mismo por mi Kate, de estar en esa posición. —La joven viuda asintió y les dio las gracias a ambos. Por supuesto que haría eso y todo lo que estuviera en sus manos si su amiga la necesitara.

—Quédate unos días, mientras decides qué rumbo tomar —la invitó Kate—. ¿Ya has decidido qué hacer? ¿Volverás a Londres? O...

Madeleine se quedó pensativa y luego miró el maletín que aferraba a su cuerpo con uno de sus brazos. Lo abrió y sacó de él un papel. En él estaba escrita la dirección del conde de Berkshire y otros datos que le serían de utilidad. Se lo pasó a William y luego éste se lo pasó a Kate.

—¿Piensas ir a Berkshire, junto al viejo conde? ¿Y luego? Recuerda que está muriendo... —titubeó. Madeleine se encogió de hombros y apretó los labios.

—A Londres no pienso volver. Sería mi ruina total. Decidí no vender la casa, no porque pensara volver a ella, sino porque creí que se lo debía a mis padres. Esa casa era todo para ellos. —Dio un profundo y tembloroso suspiro—. Henry me dijo que fuera a la casa de su tío. De todas formas, todas nuestras cosas ya están allí. —Recibió el papel de nuevo y lo guardó—. Me dijo que era un buen hombre y que no me negaría su ayuda después de enviudar.

—Quiero que sepas que, de ser rechazada por ese hombre, aquí tienes un

lugar donde vivir —dijo Kate, buscando la aprobación de su esposo, quien no osaría en contrariarla. Madeleine le apretó la mano y miró a su doncella.

—En unos días volveremos a Inglaterra. Probaré suerte con el conde, por lo menos, mientras decido qué camino tomar. Eso sí, Londres no es una opción.

—Está bien —repuso *lady* Kate, apoyando la decisión de su amiga.

Madeleine se cruzó mejor el gabán y Kate se apresuró en ofrecerle un baño. La pobrecita debía querer tomar uno bien tibio después de tanto frío y penurias pasadas. La invitó a pasar a su habitación, mientras que pidió a su doncella que guiara a la señora Cromwell para que también tomara uno.

En la intimidad de esas cuatro paredes, Kate tomó a su amiga de las manos y después la abrazó. Sabía que necesitaba con toda su alma un contacto como ese para olvidar, por lo menos por un momento, toda esa tragedia.

Madeleine tenía sólo una enagua, sin siquiera ropa interior, bajo su abrigo. Tal vez la adrenalina que corría por sus venas mientras luchaban por salvarse hizo que en ese momento no se congelara.

—¡Santos cielos, Maddie! Estás prácticamente desnuda. ¡Pudiste haber muerto de frío! —exclamó *lady* Kate, pero sólo como para que ellas dos lo oyeran.

—Es que... Henry y yo... estábamos por hacer el amor cuando sucedió todo —mencionó avergonzada. Cruzó de nuevo sobre su pecho el gabán y se abrazó a sí misma.

—¿Fue gentil contigo? —*Lady* Kate pensaba que no era la primera vez de su amiga, porque lo normal sería que lo hubieran hecho en su noche de bodas.

—Mucho. Fue todo un caballero —respondió, con una sonrisa triste.

—Tal vez te dejó un recuerdo —dijo, y después acarició su vientre. En ese momento, Madeleine lo entendió, entonces negó con la cabeza rápidamente.

—Oh, no. No llegamos a hacerlo realmente —aclaró. Su amiga se sorprendió mucho, pues esperaba cualquier cosa menos esa respuesta.

—¡Vaya! Lo siento mucho —atinó a decir. Sus motivos debieron tener para no consumir el matrimonio, pero no era momento para cuestionarle eso.

Una criada entró con unas toallas y las dejó en el baño para la invitada. También había buscado unas ropas y las dejó sobre una silla.

Madeleine se desvistió en la soledad del baño y recordó las caricias de Henry sobre su piel, y también sus besos. Había puesto muchas esperanzas en ese matrimonio, en una vida junto a su esposo, a la compañía, al romance que esperaba que surgiera entre ellos. Cerró los ojos por un momento y pensó si

alguna vez volvería a sentir algo igual, o por lo menos parecido. Miró en dirección al cielo y pidió clemencia al Todopoderoso. Ella quería ser feliz y la vida se lo estaba negando constantemente, como un capricho.

A pesar de la tristeza que sentía, algo en su interior le animaba a hacer ese viaje a Berkshire. La invadía un sentimiento que no podía explicar, un cosquilleo en sus entrañas que le daba una sensación de esperanza, de que no todo estaba perdido. ¿Y si su verdadero destino la estaba esperando en ese lugar? Debía averiguarlo.

Capítulo 7

Los días que había pasado en Filadelfia le habían servido para asimilar todo lo que había ocurrido y para poner en claro su panorama. Era por eso que se encontraba camino a Berkshire, en el que, si la aceptaban, sería su próximo hogar.

Lady Kate los había enviado con un lacayo de confianza, visto que no era bueno que viajaran dos mujeres solas, con algo de tanto valor como lo que portaba Madeleine en ese maletín. Por supuesto, habían escogido al que más se le asemejaba a Henry, y hasta vestía como todo un caballero de sociedad.

Había cumplido el deseo de su esposo y esperaba que su suerte mejorara. Se preguntaba cómo serían el lugar, el conde, las personas que vivían en el castillo y si no la seguiría hasta ahí su mala fortuna. Abrió el maletín y luego el estuche que contenía un conjunto de joyas que le había regalado Henry. Lo abrió apenas, pero fue suficiente para recordar su caja de música y soñar con que alguna vez las usaría para bailar así con alguien.

Observó a su alrededor a través de la ventanilla del coche que las conducía a su nuevo hogar y un verde inmenso las recibió. Abrió la misma y dejó que la fresca brisa trajera diversos aromas del follaje que cada vez era más bello.

Cuando entraron al camino interno de la propiedad, Madeleine sintió de nuevo ese cosquilleo. Tomó la mano de la señora Cromwell y la apretó ligeramente. Ésta la miró con cariño y le devolvió el apretón.

El hermoso, pero no tan extenso castillo, se hacía cada vez más grande, como la ansiedad que devoraba a la joven viuda. Metió una última bocanada de aire antes de que el coche se detuviera en la entrada principal. Era una edificación que parecía llevar muchos años en ese lugar, vestido de gloria y esplendor, con hermosos jardines a cada costado y una caballeriza que se veía a los lejos. A simple vista pudo notar que debía tener como veinte habitaciones, sin contar las de servicio.

Como era de esperar, habiendo comunicado su llegada para ese día, fuera esperaban todos los que vivían en el mismo, con el viejo conde en el centro y la servidumbre formando dos filas paralelas, una a cada lado. No eran muchos, pero los suficientes como para mantener el castillo en perfecto funcionamiento. Un mayordomo, vestido de negro, al igual que el ama de

llaves, tres doncellas, dos lacayos, una cocinera, un ayuda de cámara y una criada, sin olvidar, por supuesto, a los dos jovencuelos que debían ser los mozos de cuadra.

—Llegamos, señora —anunció el lacayo, después de abrir la puerta para que ella bajara. Estaba anonadada con la belleza del lugar, en especial con el bello jardín de rosas que había divisado desde que llegaron. Podía notar que había una considerable variedad de colores, pero las que más habían llamado su atención fueron las rojas.

—Oh, sí, claro —respondió, una vez que cayó en cuenta y salió de su hipnosis.

Bajó con la elegancia que la caracterizaba, vistiendo de manera estupenda el conjunto que le había regalado su amiga antes de partir. Tomó el ala de su sombrero y lo fijó para que no se moviera. La señora Cromwell cargó esta vez con el maletín, del que no se había separado su señora.

Al pasar oyó, muy leve claro, a una de las doncellas preguntar por alguien, pero el lacayo, a quien le había preguntado, se encogió de hombros. No le prestó atención, ya que ni siquiera los conocía. Debía ser uno de los suyos.

Llegó hasta el viejo y éste tomó la mano de la joven y la besó. Llevaba un riguroso luto, como ella y no pudo evitar mirarla con tristeza cuando por fin la tuvo enfrente. Las lágrimas se hicieron presentes de inmediato, pero no llegaron a rodar por la arrugada mejilla del anfitrión.

—Bienvenida a Bearroc Park, Madeleine —dijo el hombre, con evidente voz quebrada. Ella tenía los ojos llorosos y sonrió con tristeza—. Lamento que esta bienvenida no sea como la que había esperado por tanto tiempo, pero sean muy bienvenidos —añadió, mirando a quienes la acompañaban.

—Muchas gracias, milord —respondió Madeleine, haciendo una pequeña reverencia.

El hombre le ofreció su brazo y ella notó que no parecía tan enfermo como decía estar, pero sí muy triste y solitario. Tal vez por eso había apresurado lo de la boda de su heredero. Una boda que había sido totalmente en vano, según la viuda. No había un heredero que se quedara con todo eso ahora. Ella posó su mano sobre el brazo del hombre y se dejó guiar.

—Pasemos a la sala, querida —la invitó, con mucha amabilidad. El hombre parecía muy cercano, para nada el tirano que alguna vez imaginó.

Madeleine apretó suavemente el brazo de su tío político y entraron al castillo, seguidos por el mayordomo y el ama de llaves. Por supuesto, la señora Cromwell no se separó de su ama y también se coló a la reunión, pero

solo hasta entregarle su maletín. Fue conducida después hacia la cocina, junto a los demás sirvientes, para que se acomodara.

—Tome asiento, por favor —la invitó el conde, señalando el lugar con una mano.

—Gracias —respondió Madeleine, para luego sentarse en el mullido sillón color vino, que hacía juego con la elegante alfombra persa.

—Lamento mucho tu pérdida, querida mía. No te imaginas la sorpresa que me llevé al enterarme del naufragio. No perdí las esperanzas de que os hubierais salvado los dos.

Madeleine tenía los ojos llorosos y las mejillas y la nariz muy rojas. Se podía notar la inmensa pena que le causaba todavía pensar en eso. Suspiró temblorosa y en sus labios se dibujó una triste sonrisa.

—Solo te pido que me expliques por qué figura el nombre de Henry en la lista de supervivientes. De no haber recibido esa carta tuya contándome la verdad, hubiese pensado que lo vería aquí, contigo. Sé que debes tener una buena explicación —pidió, como si realmente estuviera confundido.

—Fue mi culpa —susurró y apretó los labios. Miró al mayordomo y el conde le pidió que se retiraran todos del lugar. Así lo hicieron de inmediato, a pesar de que eran personas totalmente confiables—. Es que unos hombres me estaban molestando en el *Carpathia* y les dije que mi esposo estaba por ahí y que regresaría en un momento. No sé por qué lo dije, pero el oficial que tomaba los nombres lo anotó en la lista de supervivientes. Lo siento mucho...

Le contó también que se había aprovechado de un hombre con el rostro bastante desfigurado y que, además, había perdido la conciencia, para confirmar su versión al momento de desembarcar. Al ver que el caballero vestía como los pasajeros de primera clase, el oficial que le había tomado los datos no dudó de su palabra.

El viejo la observaba con detenimiento, pensativo, pero luego meneó la cabeza.

—Yo le pido que nos permita quedarnos, por lo menos hasta que encontremos a donde ir —Llevó rápidamente uno de sus dedos a la comisura de sus ojos para evitar que una lágrima rodara por su mejilla.

—Por supuesto, querida. Somos familia ahora. —Le acarició levemente la mano y le regaló una amable sonrisa—. Eso quiere decir que, para el mundo, mi heredero sigue vivo.

Madeleine se disculpó de nuevo y asintió.

—Puedo alegar que estaba en pánico por el naufragio y que me equivoqué

—sugirió la joven, intentando compensar su mentira—. Dicen que es muy común en personas que pasaron por lo mismo.

El conde levantó una mano y entrecerró los ojos. Parecía estar pensando en algo. No podía permitir que se supiera la verdad, no cuando ese hombre que había muerto era su único heredero. *Lord Charles Howard* no tenía a nadie más que cuidara en el futuro todo ese valioso patrimonio y su sabia mente empezaba a maquinarse un sinfín de posibilidades.

—No, querida. Dejemos las cosas como están hasta que se nos ocurra algo. No puedo permitir que todo esto —Señaló con su mano a todo su alrededor. Madeleine lo siguió con la mirada— quede en manos extrañas.

El hombre levantó una de sus cejas y cruzó sus piernas para recostarse mejor en el sillón. A pesar de la edad que debía tener, se veía robusto y fuerte, aunque ya no tenía la misma coordinación que antes.

—No lo entiendo... —mencionó Madeleine, muy confundida. El viejo sonrió de lado.

—Ya lo harás, querida, ya lo harás. —Miró su reloj de bolsillo y asintió—. Tú no te preocupes. Estás en casa, Madeleine, estás a salvo.

...

Madeleine se levantó, de golpe, en medio de la noche, bañada en sudor. Había tenido esa horrible pesadilla de nuevo. No podía olvidar los gritos de esas pobres almas que se congelaban en el helado mar. Miró a su alrededor y, aunque todo estaba a oscuras, algunos rayos de luna se colaban por la ventana.

Metió una gran cantidad de aire en sus pulmones y luego la soltó muy lentamente. Se recostó de nuevo y recordó las palabras del conde: «Estás en tu hogar, estás a salvo» ¿Qué era eso que iba a entender luego?

Poco a poco, el sueño la reclamó de nuevo y se apoderó de ella. Ya no quería soñar con esa noche, ya no quería oír esos gritos. Pedía, desde lo más profundo de su corazón, poder superar algún día ese fatídico acontecimiento.

...

El conde había pedido a todos que no la molestaran hasta que se repusiera totalmente del viaje. De eso, habían pasado dos días, en los que había dormido por horas y horas, sin ánimos de salir. La señora *Cromwell* se

encargaba exclusivamente de ella, aunque las demás doncellas ayudaban con el aseo de la habitación de la joven viuda.

Ahí fue cuando conoció a Dafne y a Olie, dos de las tres doncellas de Bearroc Park. No fue necesario preguntarles si tenían algún parentesco, ya que el parecido las delataba. Con sus llamativos cabellos de fuego, era imposible ignorarlas cuando entraban a algún lugar.

Madeleine se alojaba en el ala de mujeres, por lo que sólo las doncellas y la señora Cromwell podían verla, hasta esa tarde, en la que el conde la invitó a acompañarlo en la cena.

—Milord le envía un mensaje, señora Howard —anunció una de las doncellas. La viuda se encontraba mirando por la ventana hacia el jardín. Al oír eso, se giró a mirar a quien había entrado. Era una doncella que aún no había conocido.

La señora Cromwell debía estar preparando un poco de té para llevarle.

—Puede decírmelo —pidió, caminando hacia la joven, con mucha elegancia.

—Milord la invita a bajar a cenar con él esta noche. A las siete en punto. —Puso un especial énfasis en las últimas palabras.

—Muchas gracias. —Asintió con amabilidad—. Dígale que ahí estaré, puntual —devolvió el tono, pero con más educación.

La doncella se giró, después de hacer una leve reverencia y casi choca con la señora Cromwell al salir. La miró de cabeza a los pies y continuó con su camino. La mujer mayor ignoró su descaro y siguió con lo suyo también.

Madeleine compartió con el conde la cena esa noche y los siguientes días, en los cuales el viejo le iba tomando más y más cariño. Se había vuelto esa compañía que faltaba en ese frío y solitario lugar, desde que había muerto la condesa. Como nunca habían tenido hijos, al quedar viudo sólo tenía la compañía de los sirvientes y algún que otro visitante ocasional.

La joven fue recuperando, poco a poco, la alegría y dedicaba las tardes a leer con su tío político, entre charlas sobre su vida y sobre todo lo que había ocurrido en ella. Él parecía muy interesado en conocer su pasado.

Por supuesto, ni se imaginaba que la observaban desde el jardín contiguo a la biblioteca. El jardinero se había quedado prendado de su belleza desde la primera vez que la vio, apenas llegó, y se aseguraba de dejar siempre esa zona del castillo para la hora en que ella iba a leer con el conde.

Lord Charles había estado reflexionando, desde la llegada de Madeleine, una salida para toda esa situación, pero nunca había encontrado más oportuno

el descubrir que Mathew, su jardinero y persona de confianza, fisgoneaba a la viudita. En una situación normal lo hubiera reprendido, pero, en ese momento, no lo hizo, al contrario, se le ocurrió una gran idea.

El hombre había nacido y crecido en Bearroc Park y era hijo de Mildred, el ama de llaves. La mujer había enviudado cuando su hijo tenía quince años y el puesto de jardinero lo heredó el muchacho. Ahora debía tener la misma edad o un poco más que Henry.

Tenía el rostro duro, aunque, se podía notar tras esa tupida barba, que era un hombre bien parecido, de ojos azules y pelo castaño claro, era muy alto y tenía un aspecto algo tosco y solitario. Gozaba de una especial confianza por parte del viejo conde y éste lo quería mucho, por algo en especial.

Nunca había sido muy sociable, sino que disfrutaba de sus solitarias tardes en las caballerizas o leyendo un buen libro. Evitaba siempre que podía a los invitados, por lo que se había vuelto casi invisible en el castillo. Amaba las plantas y, al parecer, ellas lo amaban a él, porque parecían mostrar todo su esplendor bajo su cuidado.

—¿Quieres dar un paseo por el jardín, querida? Creo que aún no has tenido el placer de conocerlo —la invitó el viejo, haciendo que ella levantara la mirada de su libro. Ella asintió con una leve sonrisa.

—Me encantaría. Al llegar lo vi, pero sólo de lejos —repuso, bajando el libro sobre la mesa.

—Pues vamos entonces. —Se puso en pie con la ayuda de su bastón y colocó su brazo como para que ella lo agarrara.

Caminaron lento y sin prisa, admirando todo a su paso.

El sol bañaba con sus tibios rayos el exterior de Bearroc Park y hacía que fuera muy agradable caminar por el patio. Hablaron sobre los patronatos que había dejado de atender por su falta de salud y que ella podría asumir con el tiempo, como también las labores de las tierras que abastecían al castillo.

Ella no entendía por qué el viejo hacía planes a futuro si ya no tenía un heredero, pero no creyó educado contradecirle. Le gustaba oírlo hablar con tanta devoción sobre ese lugar. Se notaba en cada palabra el gran amor que tenía, no sólo por Bearroc Park, sino por todo el pueblo.

—¿Le gustan las flores, Madeleine? —preguntó, con una pícaro sonrisa. Ella asintió con efusividad.

—¡Me encantan! —respondió—. ¿Por qué lo pregunta?

—Es que cada año tenemos un concurso de flores en el condado y suele ser una maravilla. —La miró sonriente—. Usted puede ser parte del jurado este

año. Yo casi no puedo asistir a esos eventos sin quedarme sin aire —dijo, soltando un profundo suspiro—. Será en un mes.

Madeleine entrelazó sus manos a la altura de su boca y sonrió ampliamente. Imaginó cómo sería el evento y lo bellas que podían ser las flores que participaban. Miró hacia los rosales a los que estaban llegando y rápidamente los invadió el dulce aroma de éstas.

—Estas las había cultivado milady —mencionó el conde con añoranza, refiriéndose a su difunta esposa—. Cada vez que me siento muy solo, vengo aquí y finjo que ella está conmigo, oliéndolas, hablando conmigo y con ellas...

Madeleine lo miró con ternura y luego se agachó para oler una de ellas. El conde ya había visto a Mathew caminar hacia donde ellos estaban, cargando una bolsa de abono en el hombro. La viuda estaba de espaldas, por lo que no sospechaba que estaba por pasar el mayor susto de su vida.

—¿Podemos coger algunas para llevarlas a la sala? —preguntó, señalándolas con la mano—. No cortaré muchas, pero si dice que no, lo entenderé.

—Por favor, querida, coge las que desees —la animó el anciano, incapaz de negarle algo a ese ángel. Parecía querer ahogar una risa, pero ella no lo entendió.

Madeleine lo pensó por un rato y decidió que iría a la cocina a buscar unas tijeras y una cesta para cortar y almacenar las flores, pero fue interrumpida por su acompañante.

—No tardaré, milord, espéreme aquí —dijo, aún sin girarse y con un dedo levantado.

—No te preocupes, querida, se lo pediré a Mathew, el jardinero. Ahí viene.

La joven asintió y se giró a mirar a quién se refería el viejo. Se quedó helada, incapaz de mover un centímetro de su ser. Sintió que todo le dio vueltas y dejó de notar los pies. La pobre se desmayó al ver al hombre, y sus motivos tenía.

Capítulo 8

Madeleine despertó, lentamente, al sentir que el alcohol quemaba sus fosas nasales. Al abrir sus ojos, se encontró con la señora Cromwell y con el conde frente a ella. Al hacerlo, vio las flores en un jarrón sobre la mesa que estaba en el centro de la sala y rápidamente miró a su alrededor.

—¿Qué ha sucedido, mi niña? —le preguntó su doncella, con el rostro preocupado. Dejó el paño embebido en alcohol a un lado de la pequeña mesa, cerca del sillón donde estaba recostada su ama y le pasó el dorso de la mano por la frente.

—Creo que estoy viendo fantasmas —respondió, mirando entristecida al conde, quien parecía preocupado.

—¿Qué es eso que dice? —preguntó de nuevo la doncella, sin entender a qué se refería su ama. No quería que pensarán que estaba loca.

—Lo he visto, señora Cromwell, le juro que lo he visto —susurró, con lágrimas en los ojos—. ¿Acaso me estoy volviendo loca?

El conde sonrió con cariño y negó con la cabeza. Miró a las rosas y luego tocó una especie de campanilla. Inmediatamente acudió el mayordomo, el señor Royers y, con toda su elegancia, se puso a disposición del conde.

—¿Me llamó, milord? —preguntó.

—Haga el favor de llamar a Mathew, por favor —respondió. El mayordomo sabía que el muchacho figoneaba a la viudita, ya que lo había pescado varias veces, pero no esperaba que el conde se enterara. Se tensó por completo y se aclaró la garganta.

—Discúlpeme, milord, pero si necesita algo, yo se lo puedo traer.

No era común que el jardinero fuera visto dentro del castillo, ya que, cualquier cosa que él pudiera traer, era entregado a la criada o a una de las doncellas y éstas la metían dentro del salón, o en todo caso, uno de los lacayos.

—Necesito que venga el jardinero —sentenció y, muy a su pesar, el señor Royers mandó a llamarlo por uno de los lacayos que había llevado un vaso de agua para la viuda.

—Ve a llamar a Mathew, de inmediato —le ordenó y después intentó mantener esa estricta postura que siempre tenía. El lacayo salió de inmediato y

volvió, después de unos minutos, con el jardinero.

—Retiraos todos, por favor —pidió al mayordomo. Cuando la señora Cromwell vio al hombre se quedó igual de helada que Madeleine, pero, ayudada por el lacayo, se retiraron del salón.

La viuda no quiso girarse, por temor a verlo de nuevo. Estaba segura de que su mente le estaba gastando una broma cruel. Cerró los ojos con fuerza, hasta que lo oyó hablar. Su corazón empezó a latir muy rápido y sus manos a sudarle.

—¿Me mandó llamar, milord? —preguntó, con su ronca voz, la misma que la de Henry, y Madeleine aún se negaba a mirarlo. Eso no podía ser posible. Aunque sonaba un poco más rústico y vulgar, podría jurar que era la misma voz que la de su difunto esposo.

El jardinero observó con deseo el desnudo cuello de la mujer que se negaba a mirarlo. No entendía si era por desprecio o por pudor, pero se sentía incómodo en su presencia.

—Ven aquí —pidió el conde, haciendo que Madeleine se frotara las muñecas con nerviosismo.

El hombre se limpió las manos por un sucio delantal que tenía puesto y se detuvo al lado del anciano. Madeleine se asustó de nuevo, pero lo miró detenidamente, como si intentara encontrar algo en él que le explicase el parecido con su difunto esposo. Era una locura.

—Es idéntico a Henry... ¿Cómo es eso posible? —susurró y sacudió la cabeza unos segundos, por si sus ojos estuvieran viendo mal.

El jardinero miró al conde con mucha curiosidad. No entendía de quién hablaban, pero sintió un vuelco en las entrañas al poder verla de frente y darse cuenta de lo hermosa que era de cerca. No pudo evitar pensar a qué olería su piel, o si su pelo era tan suave como parecía, pero ella lo interrumpió y lo sacó de esas dudas.

Se levantó y caminó hasta quedar frente a él, llevando tímidamente una mano a su rostro. Mathew cerró instintivamente los ojos al sentir la suavidad de sus manos en contacto con su tupida barba.

Al abrirlos de nuevo, se encontró con esos bellos y penetrantes ojos azules. La miró muy serio y no se movió ni medio centímetro, como si de una estatua se tratara. Ella no podía creer lo que sus ojos aseguraban ver, pero no había posibilidad de duda. Ese hombre podía ser el gemelo de su difunto esposo, pero... ¿cómo?

—Madeleine, él es Mathew, el jardinero. —Lo señaló con una mano. Ella

asintió y se quedó mirando sus labios—. Mathew, ella es la señora Madeleine Howard, viuda de mi sobrino y heredero, y vivirá con nosotros de ahora en adelante.

Eso fue aún más extraño. Ella aseguraba que era idéntico al muerto, pero nunca se habían conocido siquiera. Lo que generó que ahora no sólo Madeleine se estuviera preguntando qué sucedía. Mathew había conocido a varias mujeres, pero esa, en especial, lo hacía sentir diferente, como si no pudiese dejar de estar nervioso en su presencia.

—Un placer, milady —saludó con respeto, aunque sabía que ella aún no lo era. Sus miradas se habían conectado una vez más, como si ella buscara respuestas en los ojos del hombre. Madeleine asintió, como si en su mente lo estuviera saludando. Aún no le salían las palabras con normalidad—. Mis más sinceras condolencias. Espero que se sienta como en casa.

—Eso es todo Mathew, puedes retirarte —dijo el conde. Parecía querer sonreír, pero algo lo detenía. Su rostro denotaba orgullo, como de aquel que ha descubierto algo importante.

—Con su permiso. —El aludido se despidió, haciendo una escueta reverencia ante los dos. Ella lo miró hasta que se perdió y no pudo evitar notar que era un hombre de físico muy atractivo, con ese aire desenfadado y despreocupado que incitaba a hacer locuras. Se reprendió enseguida por tener esos pensamientos, siendo una viuda tan reciente. No entendía por qué había acudido a su mente esa incorrecta idea.

Al salir, Mathew se recostó contra la puerta y cerró los ojos con fuerza. Resopló sonoramente y luego continuó con su camino. La había espiado tantas veces que no podía evitar sentir un profundo deseo hacia ella. Se reprendió también por esos pensamientos, más ahora sabiendo quién era.

Se preguntó, de vuelta a sus labores, por qué le había mandado llamar el conde, en especial por qué lo había presentado a la viuda de su heredero. Sin duda alguna, lo más notorio fue la reacción de ella al verlo. ¿De verdad era tan parecido a su esposo muerto? Se sintió ligeramente halagado.

Ella debía estar exagerando. Ni siquiera llegó a conocerlo para saber si eso era verdad, pero sintió envidia del hombre. Debió haber disfrutado mucho de tan bella esposa. Besar esos labios debió ser una locura, ni pensar en hacerle el amor. Todo eso parecía un sueño lejano, una historia de las que alguna vez leyó en los libros que tomaba prestados de la biblioteca del conde desde que era un jovencuelo, pero era una mujer prohibida.

—¿En qué piensas? —le preguntó el señor Royers al cruzarse con él en la

puerta que daba al jardín—. Te dije que no la espieras más. ¿Fue por eso que te mandó llamar milord?

—No —respondió, negando levemente con la cabeza—. Fue muy extraño...

El jardinero levantó una ceja y se cruzó de brazos, lo que dejó aún más curioso al mayordomo.

—¿Entonces? —preguntó sin perder el tiempo. Éste parecía impaciente por su respuesta.

—Quería presentarme a la viuda. —El señor Royers lo miró con incredulidad, quedando tan confundido como el mismo Mathew. Ningún otro sirviente había tenido ese trato.

—Intentaré averiguar qué sucede, pero tú intenta mantenerte alejado de los problemas —le advirtió, señalándolo con un dedo y se perdió tras la puerta.

Mathew no era de los que espía, pero algo en ella le impedía no hacerlo. Mathew no era un mujeriego, ni alguien que se guiara únicamente por la pasión, pero esa mujer podía llevarlo al mismísimo infierno con esos pensamientos. Mathew no estaba buscando enamorarse, ni mucho menos meterse en problemas, pero todo auguraba a que era la dirección a la que el destino lo estaba guiando, sin ninguna explicación.

El mayordomo se dirigió directamente al salón, donde seguían el conde y su sobrina, para intentar comprender lo que estaba sucediendo. Quería tanto a ese muchacho que no quería que se metiera en problemas.

—Le juro que no entiendo cómo pueden parecerse tanto —aseguró Madeleine, con la mirada perdida.

—Te lo explicaré —afirmó el conde y la mujer le dedicó toda su atención —, pero antes, quiero que escuches lo que tengo que decirte. No digas nada hasta que yo termine, por favor. —Miró al mayordomo y éste entendió el mensaje. Quería que los dejara a solas.

Madeleine lo miró con temor, pero llena de curiosidad. Asintió y tomó asiento en el sillón que estaba junto a donde se sentaba el conde, con toda elegancia.

—Heredé este patrimonio de mi padre, hace más de cincuenta años, así como él lo hizo de su padre y éste del suyo. Lo que quiero decirte es que el castillo ha estado bajo la administración de mi familia durante siglos y entenderás que no quiera que vaya a manos extrañas. —Madeleine asintió, aunque seguía sin entender qué tenía eso que ver con el parecido del jardinero con su esposo—. Entenderás también, entonces, por qué era tan importante mi heredero, o sea, tu difunto esposo. —Ella apretó los labios y volvió a asentir

—. Como él ya no está y como no tengo más herederos legítimos, se me ocurrió una idea brillante.

«Herederos legítimos» resonó en la mente de Madeleine. ¿Acaso había tenido alguna amante y ésta le dio hijos?

—Si en algo puedo ayudarle... —dijo la joven, pensando que se trataba de algo normal, o tal vez un farol.

—Me dijiste que, para el mundo, Henry sigue vivo. —Ella asintió y él continuó—. Bien, entonces, que lo sigan pensando.

—Pero la gente no es tonta, sospechará cuando me vean sola —se apresuró a decir—. ¿Qué les diré? ¿Qué mi esposo se quedó en casa a descansar? Lo creerán una vez, máximo dos veces, pero no siempre.

El conde chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Es que no estarás sola, querida, tú tendrás a tu esposo de vuelta. —Madeleine frunció el ceño y se inclinó hacia atrás, como si lo que había oído careciera de toda lógica.

—Explíqueme cómo piensa hacer eso, milord —pidió, pero no tardó en atar cabos. No fue por simple amabilidad que el conde le hizo notar el parecido del jardinero con su difunto esposo—. ¡Caray! El jardinero...

Lord Charles Howard asintió y sonrió con complicidad.

—No funcionará —aseguró Madeleine, riendo nerviosa y llevándose una mano a la cabeza.

—¿Por qué lo dices? —quiso saber el conde.

Ella meneó la cabeza, mientras tenía los labios fruncidos. Recordó su manera tosca de caminar o de hablar, ni siquiera quiso imaginar cómo se comportaría en la mesa. Negó de nuevo.

—Henry era un hombre muy educado, culto, inteligente y refinado. Y el jardinero... perdone que lo diga así, pero lo único que tiene de Henry es ese asombroso parecido.

—Lo ayudaremos a convertirse en Henry, querida —sugirió el viejo—. Con una buena pulida, lo interpretará de una manera extraordinaria. Y... no subestimes a Mathew. Si llegaras a tratar con él, te darás cuenta de que no es tan ignorante como piensas.

—No quise decir eso, pero usted me entiende —se excusó Madeleine.

—Sólo te pido que me ayudes con este plan. Nos conviene a todos, en especial a ti.

Madeleine no estaba segura de que eso le beneficiara a ella, y tampoco entendía qué diferencia hacía que el patrimonio quedara en manos extrañas o

con ese jardinero. También era un extraño, pensó la viuda.

—Hay algo que no me cierra —expresó, intentando comprender —¿Por qué es mejor que todo esto quede en manos del jardinero, que ni siquiera es pariente suyo, a algún extraño? ¿Acaso no vendría a ser lo mismo? Tal vez lo adquiriera otra persona más...

El conde sonrió de costado y la miró detenidamente por unos segundos. Supo que ella diría que una persona más «adecuada» que un jardinero que no había salido de ese castillo en su vida. Tal vez uno de cuna aristocrática, no un joven que se pasaba el día en los jardines de Bearroc Park.

—Ahí es donde yo te explico los motivos por los cuales el jardinero es tan parecido a tu difunto esposo. —Se paró y fue hasta un mueble que había en el salón. Tomó un álbum de fotos y lo abrió. Observó con cariño una fotografía en particular y luego se la enseñó. Era una donde se podía ver a la condesa con un niño pequeño.

—Me encantaría saber el porqué.

—Porque Mathew es mi hijo bastardo. El único hijo que tuve, pero con la persona equivocada. —El conde miró hacia el retrato de su esposa y le sonrió —Y si te preguntas si ella lo sabía, la respuesta es sí. Nunca pudo encargarse y se había encariñado mucho con Mathew. Al principio sólo lo sospechaba, pero era una santa y jamás me lo reclamó. Ella sólo disfrutaba de la alegría que el pequeño había traído a nuestras vidas.

Ahora sí que la viuda estaba anonadada. Tanto, que se quedó muda.

—No te preocupes, que él lo sabe, aunque nunca quiso que los demás lo supieran. Es un chico maravilloso y sencillo, pero la sangre no es agua, como lo habrás notado.

—Esto no me lo esperaba. —Fue todo lo que pudo mencionar Madeleine. Se giró a mirar hacia la puerta, como si fuese a verlo entrar.

—Siempre deseé que él me heredara, pero la ley es la ley y, como fue un hijo fuera del matrimonio, no podía entrar en esa lista, hasta ahora. Estoy seguro de que él ama tanto este lugar como lo hago yo, y que será justo con todos, incluso contigo.

—Y por eso quiere que lo hagamos pasar por mi esposo. —apostilló la mujer.

—Si no quieres, pueden mantener una vida de apariencias para afuera y acá viven por separado, pero a ti no te vendría mal una segunda oportunidad.

Madeleine abrió tanto los ojos, que no quedó duda de lo escandalizada que estaba. Esperaba llevar una vida solitaria y tranquila, cual viuda en ese lugar,

pero no que su propio tío le ofreciese una segunda oportunidad, como todo un cupido.

—¿Me está lanzando a los brazos de su jardinero —preguntó ella, muy asombrada—, sabiendo que soy la reciente viuda de su sobrino?

—Sí, hija. Es eso mismo lo que te estoy proponiendo, si quieres —dijo, con total tranquilidad—. Te pido que lo consideres. No necesitas responderme ahora. Ve a tu habitación y medita el plan. Tómate tu tiempo. Como te he dicho, tú también saldrás ganando. Serás una condesa, con la vida asegurada y esto quedará en familia. Quién dice que no te enamorarás de Mathew... No es bueno vivir en tanta soledad.

Rio de manera irónica, aunque, si lo pensaba mejor, no era una idea descabellada. De aceptar el plan, podría quedarse y tener una vida tranquila y segura en ese lugar. La nueva vida que había implorado a Dios.

El hombre ese parecía decente, y tal vez aceptaba fingir ser su esposo para llevar a cabo el plan del viejo. Sería un trato justo. No debía involucrar sus sentimientos. Total, era sólo de apariencia, o eso pensó ella.

En ese momento recordó las palabras de Henry y pensó si era un buen ejemplo de lo que le había aconsejado: que, si debía mentir para sobrevivir, que lo hiciera, pero que nunca dejara de luchar.

Madeleine lo miró pensativa. O aceptaba esa propuesta y tenía una nueva vida en ese lugar, con todos los beneficios que hubiera tenido si su esposo no moría, o volvía a Londres, para ser el hazmerreír de sus envidiosas amigas.

El conde supo enseguida cuál sería su respuesta. No necesitó suponer demasiado. Conocía al dedillo lo poco que le apetecía a Madeleine volver a Londres. Estuvo a un tris de insistirle, pero ella, después de mantener los labios fruncidos por unos segundos, lo miró.

—¿Y bien? ¿Tenemos un trato? —preguntó el viejo conde, mientras mantenía las cejas enarcadas y esa sonrisa victoriosa.

Capítulo 9

Madeleine había tenido todo un día para pensar si se retractaba o no, ya que el conde quería encontrar la manera más eficaz de informar a todos del plan. Quería que eso funcionara y debía estar seguro de que podía contar con la lealtad de toda la servidumbre.

Mathew la había visto recorrer los jardines que él con tanto cariño cuidaba, pero se limitó a observarla de lejos, sin que ella lo notara. Al verla caminar, o leer en total tranquilidad, con esa elegancia que siempre la acompañaba, imaginó que debió conocer a su primo en algún baile de temporada, o en algún acontecimiento importante. Se notaba hasta en la forma en que se arreglaba el pelo con los dedos que era una muchacha de alcurnia. Nunca hubiese imaginado que la realidad había sido muy diferente y que sólo había sido una cuestión de suerte que se conocieran. O no.

Miró sus manos y entendió que jamás podrían acariciar esa fina y sedosa piel, que era como la imaginaba al verla. Aunque no era un ignorante, sabía que, tal vez, no tendría mucho de qué hablar con esa mujer. Pero, sobre todo, se preguntó por qué estaba pensando en ella.

Era totalmente ajeno a los planes del conde. Ni siquiera imaginaba que todo eso que había estado soñando podría cumplirse en un abrir y cerrar de ojos, que esa mujer a quien admiraba y a quien veía tan inalcanzable, muy pronto ya no lo sería.

Se había mantenido siempre alejado de todas las miradas de quienes visitaban al conde, observándolos desde lejos, pero sin que notaran su presencia, por lo que no era raro que sólo la servidumbre y el párroco del pueblo conocieran de su existencia.

No es que se sintiese avergonzado por ser el bastardo del conde, ya que eso muy pocos conocían, pero nunca tuvo interés en compartir ese ambiente. Era sencillo, despreocupado y se conformaba con las cosas más sencillas de la vida. Admiraba, sí, la forma en la que el conde manejaba el condado y a todos a quienes tenía a su cargo y fue eso lo que lo llevó a amar tanto el lugar en el que vivía.

Madeleine había estado considerando el consejo del conde, pero no podía dejar de pensar que siempre perdía todo lo que amaba. No es que fuese a

enamorar-se de ese jardinero, pero podía pensar en tener una buena relación con él. Quería amar, soñaba con sus cuentos de hadas, con esperar a alguien al finalizar el día, con estallar en risas de nuevo. ¿Y si la vida le había devuelto a su marido? Por lo menos, físicamente podía serlo.

Había experimentado que no siempre el amor nacía antes del matrimonio, aunque el suyo hubiese sido tan efímero. Sintió que podía permitirse soñar con esa posibilidad de nuevo, pero ahí estaba nuevamente ese pensamiento, así que decidió mantener el plan como simple conveniencia.

Debía mantener su corazón alejado de ese hombre. Debía recordar día tras día que él no era Henry.

...

Todo el personal de servicio se encontraba disfrutando de su momento de descanso en el ático, como era de costumbre. Era el lugar en el que desayunaban, almorzaban y cenaban, como también se ponían al tanto de sus cosas. La cena había culminado y los lacayos habían recogido todo del comedor principal.

El mayordomo daba las indicaciones a los lacayos y al ayuda de cámara del conde para el día siguiente, mientras que el ama de llaves se encargaba de las doncellas y la criada. La señora Cromwell también participaba de la reunión, ya que, desde que se afincaron en el castillo, ella pasó a estar bajo el mando de la señora Mildred, aunque seguiría siendo la doncella personal de Madeleine.

Mathew tocaba el viejo piano para sus compañeros, ya que el viejo conde le había enseñado a hacerlo cuando era niño. Todos le apreciaban mucho, y no sólo por ser hijo de la señora Mildred, sino porque era un hombre de gran corazón. En especial, una de las doncellas. Había sido una de las últimas en unirse al equipo y no tardó en poner los ojos en el apuesto jardinero, con quien tuvo un breve amorío.

Todos callaron al oír que el conde habló a sus espaldas. Incluso Mathew, quien se sorprendió de sobremanera de ver a Madeleine con él, tan hermosa como estaba, con su atuendo para la cena.

—Por favor, no os levantéis —pidió el hombre, haciendo un gesto con las manos. Todos se sorprendieron de verlo en ese lugar, ya que bien podía haber tocado una de las campanillas para que su ayuda de cámara acudiera a atenderlo.

—Milord —dijo el señor Royers, que era el primero en dirigirse al conde siempre—. ¿A qué debemos el honor de su visita?

—Sé que debéis estar preguntándoos por qué estoy aquí, y os voy a responder. Hay algo muy serio de lo que quería hablar con vosotros.

El mayordomo miró a la señora Mildred, como si intentaran recordar algún suceso que hubiera ocurrido en esos días. El señor Royers sólo recordó lo de Mathew, pero éste le había asegurado que no había pasado nada malo.

—Como todos sabéis, esperábamos a mi heredero cuando volviera de su luna de miel. —Todos asintieron y algunos bajaron la mirada en señal de respeto—. Por desgracia, Dios tenía otros planes y mi querido sobrino, como otros cientos de personas, perecieron en el naufragio del *Titanic*.

—Dios lo tenga en su santa gloria —mencionó la señora Mildred y se santiguó. Todos susurraron un «Amén».

—Esto nos pone en una situación de riesgo. A mí no me queda mucho tiempo, pero vosotros tenéis toda una vida por delante y sé que, para todos aquí, este es vuestro único hogar.

Todos asintieron. Era la verdad, la mayoría había vivido ahí más de la mitad de sus vidas.

—Si se ha quedado sin heredero, ¿quién se quedará todo esto? —preguntó la señora Mildred, sin ocultar su preocupación.

—Es probable que el título y todo el patrimonio quede en manos de un extraño. También es probable que esa persona traiga sus propios sirvientes. —Todos se miraron, con cara de circunstancias—. Tendréis que buscar un nuevo trabajo, un nuevo hogar.

—Pero ¿quién va a contratar a personas de nuestra edad? —preguntó la cocinera, ya con los ojos llorosos. La criada era joven, pero no tenía a nadie en el mundo, más que a las personas que estaba en ese ático.

—Por eso es que tengo un plan. —Paseó la mirada por todo el personal. Nadie se sorprendió de que lo tuviera. Era un hombre ocurrente y cabeza dura—. Pero necesitare de vuestra colaboración. —Todos asintieron, prestando toda su atención a lo que el conde tenía que decirles o pedirles—. Bien, escuchad con atención todo lo que diré. Por cosas de la vida, la viuda de mi sobrino le dijo al oficial encargado de anotar los nombres de los supervivientes que su esposo no había muerto, es así que, para el mundo entero, Henry Howard, heredero del condado de Berkshire, sigue vivo.

Se oyó una exclamación generalizada, entre exclamaciones de alegría por parte de los presentes.

—Pero se sabrá que murió cuando no aparezca en la vida pública —dijo el señor Royers, quien se mantenía apesadumbrado, escéptico—. Sabe que se espera que participen en los acontecimientos sociales, y no sólo aquí, sino también en Londres.

—Es así, mi querido Royers —afirmó el conde—, y tendré a ese heredero más pronto de lo que imagináis. Con un poco de esfuerzo, nadie notará que no es el mismo.

—¿Se encuentra bien, milord? —preguntó Royers, con cautela. El viejo sonrió con malicia y asintió.

—De maravilla —aseguró y miró a Madeleine, quien se mantenía en silencio, detrás de él, pero a la vista de Mathew—. Afortunadamente, tenemos a Mathew. —Todos se giraron a mirarlo, sentado frente al piano. Éste se asustó tanto que empezó a negar con la cabeza.

—¿Perdón? —preguntó el muchacho.

—Eso hijo, que es tu oportunidad de cambiar de vida, a una que ni en tus mejores sueños pudiste haber imaginado. —Lo llamó con la mano. El muchacho, titubeante, se acercó lentamente—. Tienes un asombroso parecido a mi difunto heredero, lo que te hace el más indicado para ocupar su lugar. Para todos serás Henry Howard, heredero de Berkshire.

—Es una broma ¿no? —preguntó el mayordomo, ya que Mathew se había quedado mudo.

—No, no es una broma. Es nuestra única salida. ¿O acaso queréis quedar en la calle? Porque me encargaré de que nadie os contrate si no cooperáis con este plan.

—¿Y cómo pretende que no sospechen de que soy el jardinero y no su sobrino? Es muy diferente haber crecido entre lujos, yendo a las mejores escuelas, compartiendo con personas influyentes, casándose con una mujer como la señora... —preguntó Mathew, dedicando una mirada especial a la viuda, una que no tardó en dejarla sonrojada.

La criada que había tenido el amorío con el jardinero parecía nerviosa, molesta con ese plan. Tan solo imaginar a Mathew —con quien había tenido sus encuentros amorosos— en los brazos de esa hermosa mujer hizo que se retirara del lugar con la excusa de ir al baño.

—Aprenderás con la ayuda de Madeleine y la mía —repuso el anciano. La viuda se mostraba reticente al plan, pero tampoco es que tuviera muchas opciones, por lo menos ninguna que le gustara más que quedarse en ese tranquilo lugar—. Tú sólo debes poner de tu parte para aprender lo que

necesitas y Madeleine y yo nos encargaremos de hacer que te conviertas en un futuro conde con el tiempo.

Parecía pensativo. Tal vez lo estaba considerando, pero ver de nuevo a Madeleine, tan hermosa como estaba y con la posibilidad de un acercamiento con ella, fue suficiente para dar una respuesta. ¿Qué podía perder? Aunque era un hombre tranquilo, no le daban miedo los desafíos.

—¿Y bien, vais a apoyar este plan? Os recuerdo que no tenéis muchas opciones. Sólo la de apoyar con vuestro absoluto silencio este plan y vivir una vida tranquila hasta vuestra jubilación o muerte en este castillo, o la calle.

Hubo un cruce de miradas entre todos y cada uno de los presentes, pero terminaron por asentir. Ya estaban demasiado acostumbrados a su hogar como para renunciar a él. Era mejor tener a uno de los suyos al mando en lugar de a un extraño que tal vez los echaría a todos a la calle. Además, Mathew siempre había sido un chico honesto y servicial, aunque un poco terco.

La doncella había vuelto para jurar lealtad al plan.

—No tenemos por qué ser una pareja de verdad aquí dentro, así que podrá mantener su privacidad y libertad, siempre que no comprometa el plan ante extraños —mencionó Madeleine, con el mentón levantado. El jardinero notó que ella quería mantener distancia, lo que lo entristeció un poco. Era lógico su comportamiento, no esperaba menos de ella. Acababa de enviudar y no eran de la misma clase social. Sonrió con ironía y se alejó de nuevo al piano.

«Engreída», pensó el jardinero.

—No se preocupe, señora. No pensaba renunciar a mi libertad y mucho menos para jugar a los esposos, así que puede quedarse tranquila. Fuera mantendremos la farsa; aquí cada uno será libre de hacer lo que quiera.

Madeleine asintió y el conde puso los ojos en blanco.

En el fondo, él quería que esos dos hicieran conexión, pero empezaba a sospechar que ambos serían huesos duros de roer. Aun así, él tenía sus propios planes, así que les dejó creer que tenían el control de la situación.

—Bien. Esto quiere decir que tenemos un trato. Sabéis que siempre he sido un amo justo, pero no me busquéis, porque también puedo ser un tirano. —Miró a Mathew. El conde era un hombre de palabras, así que era muy capaz de cumplir lo que estaba diciendo si alguien se iba de la lengua—. Y tú, empiezas mañana mismo tu transformación. El concurso de las flores es en un mes y será tu primera aparición como mi heredero.

—Milord, perdón que insista, pero ¿cree que nadie notará que es el jardinero? —preguntó Royers. El conde observó a Mathew con atención.

—Os prometo que esto funcionará si todos cooperamos. ¿Creéis que quienes vienen al castillo notan la presencia de los criados, de la cocinera o del jardinero? Aunque estuvierais delante de sus ojos, no os recordarían, porque no sois importantes para ellos. Mathew vive por los jardines, a donde casi nadie va. Ha sido siempre un hombre solitario y sin vida social. Estoy casi seguro de que nadie fuera de este castillo sabe de su existencia.

Todos asintieron, dando la razón al viejo.

—Madeleine, pásame la foto de Henry, por favor —pidió. La viuda sacó rápidamente la foto de su cartera y se la pasó. Era una en blanco y negro, pero se podía ver perfectamente al elegante hombre.

El conde se la pasó, a su vez, a todos y cada uno de los sirvientes, quienes se fueron pasando de mano en mano la fotografía, asombrados y girándose a mirar al jardinero cuando lo veían en ese trozo de papel. Era verdad eso de que tenían un asombroso parecido, pero ¿por qué?

La señora Mildred no abrió la boca, por supuesto, pero no tardaron en mirarla con curiosidad. Aunque la torturaran, ella jamás contaría que había sido una muchacha enamorada de un hombre casado, una muchacha que no había podido decirle que no al hombre que lloraba por un hijo que su esposa no le podía dar. Jamás revelaría que ese muchacho a quien habían tomado por un simple jardinero en realidad llevaba sangre noble. Era una experta escondiendo sentimientos y secretos, y esta no sería la excepción.

—Yo pondré de mi parte para que esto funcione —les aseguró Madeleine, intentando ganarse la confianza de esa gente—. Todos aquí gozaréis del mismo trato con el que habéis vivido hasta ahora, incluso después de que el conde ya no esté.

—Es muy amable por su parte, señora Madeleine —expresó la señora Mildred, quien ya le había tomado también un gran cariño.

La doncella enamorada miraba con rabia a la viuda, con la certeza de que, tarde o temprano, pisaría su palabra y terminaría enamorándose de su hombre. Había aceptado colaborar con la causa, pero se encargaría de que esos dos nunca tuvieran intimidad.

—Está bien —anunció Mathew—. Acepto participar del plan. Será duro renunciar a mi vida para tomar la de otro, pero sería más duro veros en la calle, sin un hogar donde vivir. Este es mi hogar, vosotros sois mi familia y me encargaré de que así siga hasta el final de nuestros días.

—Oh, hijo... —dijo la señora Mildred, con los ojos llorosos.

Madeleine no lo expresó, pero admiró su forma de pensar. Estaba segura de

que tendría muchísimo trabajo para refinar sus modales y para enseñarle todo lo que había aprendido sobre su esposo el tiempo que estuvieron de novios y luego casados, pero también quería una vida nueva en ese lugar.

Esa fue la primera noche en la que Madeleine no tuvo esas terribles pesadillas que la perseguían desde esa fatídica noche. Era la primera vez que se sentía en paz. Le había preguntado antes a la señora Cromwell su opinión sobre ese descabellado plan, pero la doncella lo aprobó desde un principio.

En el fondo, ella coincidía con el viejo conde sobre sus deseos de que Madeleine tuviera una segunda oportunidad de ser feliz y sabía más que nadie que la convivencia con una persona hacía que surgieran sentimientos que en un principio se negaban a reconocer.

En la soledad de su habitación, en el ala de los hombres solteros, Mathew no dejaba de pensar en Madeleine y de cómo sería su vida en adelante. Imaginaba cómo se sentiría de ser de verdad su esposo, o por lo menos su amante. Desde que la vio por la ventana, casi sin ropa, mientras se vestía, no la pudo quitar de su cabeza. Sabía que había estado mal lo que había hecho, pero había sido algo fortuito.

Esa fue la primera noche en que Mathew soñó con su falsa esposa, esa inalcanzable mujer, y todo lo que quería a su lado. Esa fue la primera vez que el jardinero se planteó que nunca hubiese tenido la oportunidad que se le había presentado ahora, la de ser un futuro conde, si ese barco no hubiese naufragado, si ese hombre no hubiese muerto.

De haber seguido todo su curso, él hubiese vivido deseando a la mujer de otro hombre, hubiese vivido conformándose simplemente con espiarla, pero ahora que tenía la oportunidad, se propuso intentar al menos conquistar su dañado corazón. Ella lo veía como a un insecto, seguramente, pero él estaba decidido a demostrarle que no lo era y que podía hacerla feliz. Aunque fuera en la cama. Sabía que tal vez no habría amor, pero podían tener un feliz matrimonio de mentiras.

Capítulo 10

La primera fase de la transformación de Mathew en Henry había sido la de apariencia. El señor Royers sacó su navaja y una espuma que utilizaban para afeitarse los hombres del castillo y acomodó al jardinero en un asiento.

Madeleine le había dejado la foto de su difunto esposo al mayordomo, para que supiese qué aspecto debía tener el hombre al final del día, pero moría de curiosidad por saber si el plan funcionaría. Fingía que leía su libro en la biblioteca, pero, en realidad, ni siquiera había avanzado dos páginas. Lo bajó sobre su regazo y miró hacia arriba, como si fuera posible ver a través del techo hacia el ático, donde sucedía la transformación.

Se levantó y caminó con su consabida elegancia hacia ellos. Se cruzó de ida con el lacayo que les había prestado *lady* Kate y éste la saludó con amabilidad y continuó su camino, cargando unos candelabros que acababa de limpiar.

La viuda supuso que, por el tiempo que había transcurrido, el trabajo debía estar hecho, y así fue. Entró a la sala donde se reunía la servidumbre, aunque en ese momento sólo estaban ahí el mayordomo y el jardinero. Este se encontraba de espaldas, pero Madeleine pudo ver, desde donde estaba, que arriba sólo llevaba una camisilla que dejaba ver sus fuertes hombros y brazos.

—Señora Howard —mencionó Royers como saludo. Pasó fugazmente la mirada de ella al jardinero y luego la volvió a la viuda—. ¿Vino a ver cómo va todo?

—Así es. Me ha descubierto —dijo ella, en tono de broma. El mayordomo asintió y le hizo una señal al muchacho para que se girara.

Mathew obedeció y Madeleine tuvo de nuevo esa sensación de espanto. Se quedó completamente maravillada con el parecido. Sí, había una que otra particularidad en este hombre que no tenía su esposo como, por ejemplo, ese hoyuelo en la mejilla derecha que se notaba cuando sonreía, como lo estaba haciendo en ese momento. Su esposo no lo tenía.

También los rasgos eran un poco diferentes, no eran gemelos, por así decirlo, pero estaba segura de que casi nadie notaría la diferencia. Lo gravitó con una mirada crítica y lo observó con detenimiento. Su corazón parecía estar de carrera, pero ella no lo demostró. Ese hombre era demasiado apuesto y la

miraba como si buscara algo en su interior, como si pudiera desnudarla con esos hermosos ojos.

El silencio se había vuelto incómodo, así que Royers tomó la iniciativa.

—¿Quedó como quería, señora? —Levantó una deja y reposó uno de sus brazos en la parte anterior de su cintura.

—Quedó como debía ser —afirmó, sin dejar de mirar al apuesto jardinero. Tenía el mentón ligeramente elevado, lo que recordó al hombre que sólo era una mentira. Esa mujer jamás lo vería realmente como un esposo de verdad.

—Me alegra que así sea, señora —aclaró el mayordomo e hizo una ligera reverencia.

Ella se despidió antes de delatarse. Por supuesto que le había complacido, es más, gustado, el resultado de ese primer cambio. Ahora sólo quedaba empezar sus clases de etiqueta y protocolo y de cultura general. Madeleine llevó una mano a la frente y suspiró profundamente.

Mathew se había quedado pensativo y mirando hacia donde se perdió la viuda.

—Sólo por si acaso, cuida tu corazón, hijo —le aconsejó el mayordomo, quien empezaba a notar que la mujer no le era indiferente al falso heredero—. Recuerda que todo esto es una mentira. Sí, serás su esposo para todos los de fuera de Bearroc Park, pero aquí, entre cuatro paredes, y para ella, no eres más que el jardinero.

Mathew asintió con tristeza y se levantó.

—Iré a continuar con mis tareas —informó, con el rostro serio.

Caminó directo hacia el jardín, sin sospechar que ella lo estaba observando desde la ventana de su habitación. Era fuerte y apuesto, aunque le faltaba un poquito de elegancia al caminar.

...

Madeleine había seleccionado con el conde unos libros de economía, historia y de buenas costumbres para que el jardinero empezara sus clases. Lo habían citado en la biblioteca para la hora del té. Empezarían por ahí. Debía aprender a tomar el té de manera correcta para cuando tuvieran visitas o los invitaran a otro lugar.

Él observó con fastidio la pila de libros que había sobre una de las mesas, mientras que el conde hablaba con el mayordomo. Madeleine suspiró desanimada, sospechando que tendrían mucho trabajo con ese hombre. A él le

gustaba elegir sus lecturas, aunque casi siempre se decantaba por libros sencillos de comprender.

—Permíteme ayudarte —dijo Madeleine, al notar que Mathew no sabía cómo agarrar correctamente la taza. Él la miró avergonzado y asintió. La viuda le sonrió con amabilidad y él quedó totalmente desprotegido, como si nunca hubiera oído la advertencia del señor Royers. No es que no supiera cómo se cogía la taza, sino que lo hacía con brusquedad y sin elegancia.

Lo tomó de la mano y le mostró cómo debía agarrarla para beber el té. No lo había conseguido en el primer intento, pero al final terminó por aprender. También pudo ser que le encantaba sentir la suavidad de las manos de la viuda sobre las suyas, cada vez que le mostraba.

—¿Ves? No ha sido tan difícil —dijo Madeleine, orgullosa de él.

—Creo que podré aprender a comportarme como un *lord* —bromeó, contento por su logro. El conde los observaba desde su escritorio, donde escribía una carta.

El viejo había decidido hacer sus propios planes para la pareja, pero, por supuesto, no se los contaría. Sonrió para sí y continuó con lo suyo, en total silencio. Empezaría a incluirlos en todos los acontecimientos de la temporada y así pasarían más tiempo juntos.

—Debes sentarte con la espalda recta —aconsejó Madeleine, mostrándole la forma correcta. Mathew obedeció de inmediato—. Mantén la espalda recta hasta cuando camines.

La viuda se puso en pie y lo invitó a seguirla. Cuando lo hizo, ella le mostró cómo debía poner el brazo para ofrecérselo. Practicaron unas cuatro veces y después de unos intentos parecía todo un caballero. Él la observaba de soslayo y de manera fugaz, mientras la llevaba del brazo por la sala. Parecía como si de todo su ser saliera un brillo especial.

La doncella a la que le gustaba el jardinero entró a la sala con la excusa de preguntar si necesitaban más té, pero se llevó una gran decepción al ver a Mathew disfrutar tanto del contacto que tenía con la viuda. Él caminaba con la espalda recta, con el mentón elevado y con una mano en la parte anterior de la cintura, mientras que con la otra formaba un arco para que Madeleine pudiera sostenerse.

La doncella se retiró de inmediato, con un profundo dolor en el corazón. Había estado enamorada de él desde que llegó a Bearroc Park y no podía, ni quería, olvidarlo.

De pronto se oyó en el salón un alegre vals. Los dos jóvenes se giraron a

mirar de dónde provenía, descubriendo que había sido el conde quien lo había puesto.

—Vais a asistir a bailes juntos y lo más normal es que bailéis —les dijo el anciano. Mathew llevó una mano a la frente y resopló sonoramente.

—¿De verdad debemos hacerlo? —preguntó el jardinero con algo de fastidio. Madeleine se entristeció un poco. Siempre había soñado con ese baile, al igual que los muñequitos de su caja musical—. Detesto bailar.

—No se preocupe, no tiene que hacerlo —respondió Madeleine, caminando hacia el gramófono.

—Nadie dijo que sería fácil —interrumpió el viejo, con el rostro muy serio—. Hay sacrificios que se deben hacer por el bien común. Deja de ser un niño y ven aquí —le exigió. De mala gana, Mathew llegó hasta el centro del salón y luego lo hizo Madeleine.

—Ya aprendió mucho por hoy, milord. Podemos dejarlo para otro día —convino Madeleine, intentando salvarlo de ese suplicio. El conde se negó de inmediato.

—Ven aquí, hija. —Le tendió una mano y aprovecharon que empezaba otro vals para mostrarle a Mathew cómo se hacía.

El viejo y la viuda se saludaron con una leve reverencia y se pusieron en posición. El jardinero los observaba, con el rostro muy serio, cada paso o giro que daban. No tardó en imaginar cómo se sentiría tenerla tan cerca, sintiendo la curva de su espalda en su mano y el cruel roce que ya empezaba a dolerle sin siquiera empezar. Ella parecía una princesa cuando bailaba y, aunque le costara sudor y lágrimas, él se convertiría en un príncipe para ella, aunque lo rechazara.

Estaba tan absorto que no notó que se habían detenido para hacer un cambio de parejas. Sólo reaccionó cuando el viejo le dio un leve golpe con su bastón en la pierna. No lo expresó, pero éste se sintió muy feliz al notar que Mathew había caído ante los encantos de la viuda.

—Yo te ayudaré —le dijo Madeleine, al notar que no sabía ni cómo colocarse. A pesar de que los de su clase también acostumbraban divertirse, él no se consideraba muy fanático de las fiestas o quermeses a donde frecuentaban los demás sirvientes. Era un hombre que valoraba su privacidad y su tiempo libre, hasta rozar lo antisocial.

Mathew asintió y se dejó guiar. Observaba todo lo que ella hacía con total admiración. Madeleine colocó una de las manos del jardinero en la parte baja de su espalda y la otra la sostuvo a una determinada distancia. Ella se tensó un

poco al sentir sus grandes manos ejercer algo de presión en su cuerpo, pero sabía que él no lo hacía con mala intención.

Le enseñó los pasos básicos y lo practicaron un par de veces antes de probar un baile completo. Sus miradas se conectaron y fue como si no se pudieran separar. Entre pasos torpes y errores de giros, poco a poco el falso heredero fue aprendiendo a bailar y ya no lo consideraba tan detestable.

Se detuvieron sólo porque había llegado la hora de prepararse para la cena. Empezaba la tercera clase del día: el uso correcto de los cubiertos y la vajilla en la mesa. El viejo conde buscó entre sus cosas un traje que Mathew pudiera usar y encontró uno que le quedaría a la perfección.

Usualmente, en su antigua rutina, el jardinero se hubiese bañado y puesto a recorrer los terrenos de Bearroc Park hasta agotarse, o hubiese ayudado a su madre con algunos quehaceres y luego se iría a dormir, pero esa noche se estaba vistiendo como jamás imaginó que lo haría.

Lo ayudaba el ayuda de cámara del conde, como era de esperarse. Éste le enseñaba todo lo que necesitaba saber sobre etiquetas de vestimenta, a pesar de que sólo necesitaba dejarse vestir. Un noble debía verse siempre presentable.

Mientras tanto, Madeleine se hacía preguntas sobre su esposo falso como, por ejemplo, si tenía a alguien en su corazón o si resistiría a tanta presión. La vida de la nobleza no era fácil, como muchos pensaban, en especial para él, que venía de un mundo totalmente diferente. Exigía presencia, renunciaciones, sacrificios y decisiones. Fingir ante los demás, ocultar sentimientos, guardar secretos.

—Todos murmuran en el ático, sobre la loca idea del conde, pero se sienten tranquilos de saber que el jardinero es un hombre justo, que se preocupa por su gente. Tienen la esperanza de que sigan viviendo en paz una vez que milord se... —La señora Cromwell se calló de repente. Nadie quería pensar siquiera en la posible muerte del viejo.

—Por mi parte, todo seguirá igual y, aunque no conozco aún al jardinero, tampoco lo veo como alguien diferente a lo que piensan ellos. Parece un buen hombre —expresó, algo pensativa. Su doncella la miró con complicidad.

—Y también muy apuesto. —Madeleine se giró a mirarla, con el rostro sonrojado—. Quién sabe si la mentira se volverá realidad con el tiempo —prosiguió la señora Cromwell, mientras ajustaba el corsé de su señora. Le colocó un hermoso vestido de noche en color negro, ya que Madeleine seguía de luto por su esposo.

La doncella también le arregló el pelo y le ayudó con las joyas, aunque no tenía mucho de donde elegir. La mitad de ellas debían encontrarse en medio del océano, junto a los que perecieron. Al recordar esa fatídica noche, Madeleine no pudo evitar sentir de nuevo ese escalofrío que no la dejaba desde entonces.

Había estado pensativa, hasta que eso la motivó a salir para el salón. Bajó las escaleras con cuidado y observó con cariño las rosas rojas que habían colocado en unos jarrones, después de que ella hubiera dicho que le gustaban mucho.

Sabía que en el comedor ya debían estar esperándola, pero no estaba preparada para ver al falso heredero como todo un *lord*. Se quedó muy sorprendida al verlo de traje de chaqueta y con el pelo muy bien peinado, igual a como lo hacía Henry. Suspiró temblorosa y fue alcanzada por el jardinero. Éste le pasó el brazo, como había aprendido esa tarde, y la cortejó hasta la mesa, donde ya estaba sentado el conde.

Madeleine lo espío fugazmente mientras caminaban y sintió de nuevo ese cosquilleo que no podía entender. El hombre caminaba con mayor seguridad y había aprendido a hacerlo con elegancia, después de mucha, mucha práctica. Parecía estar poniendo mucho empeño en aprender, como si lo hubiera tomado como un desafío personal, un capricho.

El conde se levantó y saludó a su sobrina política, antes de enseñarle a Mathew lo que debía hacer en ese momento. El muchacho se fijó en que había como tres pares de cubiertos más de los que usualmente utilizaba.

—Debes comenzar de fuera para adentro —mencionó Madeleine, señalándolo con la mano. Le explicó rápidamente para qué servía cada utensilio. Por supuesto, apenas terminó de enseñarle ya lo había olvidado de nuevo, lo que la llevó a pensar que esa sería una de las tareas que más le costaría cumplir.

—¡No entiendo para qué tantos cubiertos! —se quejó el jardinero, resoplando levemente.

—Pues son exigencias que debemos cumplir —respondió el conde—. No siempre le vas a encontrar sentido a todo, pero todo se tiene que hacer. No queda otra. Serás un conde, representarás a todo el condado y debes hacerlo con elegancia, con confianza, con responsabilidad, como si lo hubieras aprendido desde que naciste.

—No sé si aprenderé todo a tiempo —susurró, mirando a sus dos maestros.

—Estoy seguro de que lo conseguirás —afirmó el conde—. Te enseñaré

todo lo que necesites aprender antes de irme, y también tendrás a Madeleine. Será tu compañera, tu apoyo cuando sientas que flaqueas.

Madeleine tragó saliva y bajó la mirada por unos segundos, antes de volver a mirarlo y asentir. Las palabras del conde eran muy optimistas con respecto a ellos dos.

—Por supuesto. Yo estaré ahí siempre que me necesites —replicó con amabilidad.

Mathew le agradeció con un gesto, justo al momento en que empezaron a servir la cena. Sus excolegas lo miraron con tanto asombro que uno de los lacayos casi tiró la bandeja en la cual traía las copas cargadas de vino. La doncella que estaba enamorada de él no disimuló tampoco su sorpresa, quedando, si era posible, un poco más obsesionada. Se había propuesto tenerlo de nuevo, aunque fuera una vez.

No ignoró las miradas que dedicaba el jardinero hacia la viuda, a pesar de que esta no lo notaba. Enseguida supo que él ya no la veía sólo como un plan, una mentira, sino como una fruta prohibida que ansiaba probar.

El conde le enseñaba cómo recibir las comidas y cómo manejar la servilleta, mientras que Madeleine le mostraba la forma correcta de sostener los cubiertos y colocar los brazos. Él atendía todo como si de ello dependiera su vida, aunque en su mente todo estaba revuelto. Esperaba acostumbrarse con los días.

El mayordomo observaba todo con cautela, mientras que los lacayos servían a los señores. En el fondo se sintió muy orgulloso del avance de Mathew. Siempre le había apreciado mucho, desde que era un niño. Era por eso que temía que sufriera por todo esto, pero el conde no fue el único en notar esa mirada que Madeleine intentó disimular limpiándose la boca con la servilleta. Era evidente que tampoco podía dejar de mirarlo, como un niño a un dulce.

¿Quién reconocería primero esa atracción que sus miradas delataban?

Capítulo 11

A pesar de que Mathew había insistido en que estaba bien en su dormitorio habitual, el conde le exigió que se mudara en el ala donde se encontraban los aposentos de la familia, la que le correspondería como su heredero. De ser un matrimonio de verdad, dormiría con su esposa, Madeleine, pero como sólo lo eran para los de fuera, dentro de Bearroc Park mantenían la distancia, como habían acordado.

Las clases habían avanzado mucho, porque cada vez más el jardinero se iba convirtiendo en el heredero del conde. Por supuesto, aprender sobre administración y economía, por si le hicieran preguntas sobre su profesión — aunque habían pensado decir que había perdido la memoria en el naufragio—, o para cuando le tocase la oportunidad de administrar todo ese patrimonio, era indispensable, pero de eso se encargaba el mismísimo conde.

Eso no era nuevo para él, aunque ahora tenía más motivos para aprender todo lo que le enseñaban los condes cuando respondían sus preguntas al respecto, durante su época de juventud.

Tenía la manía de preguntarlo todo, tal vez por simple curiosidad, porque siempre fue consciente de que nunca tendría que aplicar esos conocimientos en su vida, pero siempre disfrutaba las charlas con la condesa o con su padre.

Madeleine pasaba las tardes con él en la biblioteca, contándole detalles de su marido que serían de vital importancia para meterse en el papel. Incluso el acento que tenía lo practicaban día tras día. Mathew admiraba la forma en la que Madeleine había llegado a conocer en tan poco tiempo al que fuera su esposo. Imaginó que debieron tener una muy buena relación. Y es que, ¿quién no la tendría con ella?

Poco a poco fue cambiando su percepción de ella y ya no la creía tan altanera, sino sólo distante o reservada. Había notado que era una mujer muy inteligente, que aprendía todo con una facilidad impresionante y que disfrutaba mucho compartiendo esos conocimientos con otros. Ella hacía que todo pareciera más fácil.

La tarde estaba preciosa, con un tibio sol bañando todo lo que alcanzaba. Fuera, el trino de las aves que peleando por el mejor lugar en las ramas de los

frondosos árboles que rodeaban el castillo invitaba a unírseles en el patio. El jardinero pensó que le gustaría ver las florecillas silvestres que cubrían las cercas de Bearroc Park.

—¿Le gustaría pasear por el jardín? —preguntó Mathew, bajando sobre su regazo el libro que leía. Madeleine hizo lo mismo con el suyo y sonrió hasta con los ojos.

—Ya te he dicho que puedes tutearme —repuso la viuda, con un tono amable. Ella consideró que ya habían compartido mucho como para que lo hicieran—. ¿Qué tal si la semana que viene, en el concurso de flores, se te ocurre no hacerlo? Todo lo que aprendiste sería en vano y nuestros planes se arruinarían. Se supone que los esposos se tutean —añadió, levantando una ceja.

Mathew sonrió y asintió.

—¿Quieres acompañarme a dar un paseo por jardín, querida? —preguntó de nuevo. Madeleine se quedó helada. Era la misma forma en la que Henry le hablaba. No había llegado a enamorarse de él, pero tampoco podía olvidarlo. No podía evitar pensar que éste había vuelto para cuidarla y eso nunca dejaría de sorprenderla, aunque le daba una sensación de paz y tranquilidad.

—Claro, querido —respondió y aceptó el brazo que el hombre le estaba ofreciendo.

Desde uno de los pasillos, los observaba la doncella enamorada, quien tenía una mirada cargada de tristeza y frustración. Pensaba y pensaba la manera de recuperar a Mathew, pero ahora que ni siquiera dormía en el ala de la servidumbre, le resultaba más difícil acercarse.

La señora Mildred también los vio, aunque desde otro ángulo y sonrió con cariño. Deseaba que su hijo tuviera la oportunidad de ser correspondido, porque a ella no la engañaría. Mathew ya no podía ocultarle que se sentía profundamente atraído por su falsa esposa.

Madeleine observaba todo lo que le rodeaba como si nunca hubiese visto algo parecido. Mathew la llevó hacia el jardín de rosas y le mostró las mejores flores, unas que fácilmente ganarían el concurso de presentarlas.

—¡Esto es precioso! ¿No lo crees? —le preguntó Madeleine, al ver que él amaba tanto ese lugar—. Qué tonta soy, naciste aquí...

—Así es. No conozco otro hogar —respondió. La viuda sintió una profunda ternura al verlo admirar el castillo desde donde estaban. ¿Sabía realmente que todo eso le pertenecía por derecho sanguíneo? Moría por averiguarlo. Tenía la leve sospecha de que el conde no le había dicho toda la verdad.

—Desde que perdí a mis padres, la casa donde vivíamos dejó de ser mi hogar —dijo, deteniéndose bajo un árbol. Mathew la observaba con atención, atendiendo a cada una de sus palabras—. Cuando me casé con Henry, pensé que tendría un nuevo hogar —Madeleine sintió que las lágrimas amenazaban con caer y no quería—, pero una vez más, ese dejó de serlo. Para mí, el hogar es donde están tus seres queridos, ya sea bajo un puente, en la calle, en un palacio...

Mathew notó que una lágrima le rodaba por esa sonrosada mejilla y sintió la necesidad de consolarla. Se acercó lentamente y, pidiéndole permiso con la mirada, la rodeó con sus brazos para darle su apoyo.

—No quiero que me tome a mal, pero creo que necesitaba este abrazo —convino, sin dejar de rodearla—. Perdón, creo que volví a hablarle de usted. —Frunció la nariz y miró al cielo antes de volver a mirarla—. Ya me iré acostumbrando.

—Gracias —susurró ella, con el rostro contra el firme pecho del jardinero. Se sentía muy bien estar así, tanto que no quería que el tiempo pasara. ¿Qué le estaba sucediendo con ese hombre? Cada día que pasaba con él, se convencía más de que le gustaba su compañía. Esa brecha cultural se había zanjado rápidamente y ahora le daban miedo sus sentimientos.

Se separó lentamente de él y se fue sin siquiera despedirse.

Por supuesto, él no lo entendió, pero ella sentía que, cada vez que alguien entraba a su vida, ésta se lo arrebatava, y no quería pasar por lo mismo. Para ese entonces, había pasado más tiempo con Mathew que con el que fue su esposo, lo que explicaba esa creciente atracción que ella intentaba contener. No, no era amor, era una creciente y terrible atracción.

...

La mañana del concurso de flores había llegado y era todo un acontecimiento en el pueblo. Todos en Bearroc Park sabían lo importante que era ese día, ya que el conde presentaría a Mathew ante todos los presentes como su heredero. Sería, prácticamente, una previa presentación en sociedad. Sabían que tanto él como Madeleine serían el centro de atención ese día, incluso más que las mismas flores.

Esa mañana se había despedido Madeleine del luto, aunque sentía en lo más profundo de su ser que estaba engañando terriblemente a Henry. No sería lógico y despertarían sospechas, algo que no necesitaban en este momento. El

celeste de su conjunto, el cual tenía unos delicados bordados y encajes en beige en el pecho, rivalizaba con el de sus ojos. La brisa que entraba por la ventanilla movía ligeramente el vuelo de sus mangas.

Todos los sirvientes estaban invitados al acto, así que se encaminaron hacia el pueblo, vistiendo también sus mejores galas. El conde y sus herederos se adelantaron en coche, como era lógico. Lo hicieron en un tenso e incómodo silencio, el cual no pasó desapercibido para el viejo, que los observaba con cautela.

—Espero que ante la gente os comportéis como un matrimonio normal, porque ahora parecéis dos extraños. —Ambos lo miraron asombrados y se disculparon—. No es necesario que finjáis amor. No lo esperan de un matrimonio de la aristocracia, pero, por lo menos, tratad de comportaros como el matrimonio que se supone que sois ante la sociedad.

Ambos asintieron y se miraron fugazmente.

Mathew le sonrió a Madeleine, logrando por fin, que ella se mostrara un poco más animada. Cuando llegaron, el jardinero hizo gala de todo lo que había aprendido, comportándose como todo un caballero. Con ella a su lado, sentía la confianza que necesitaba para interpretar su papel.

Los presentes demostraban mucha curiosidad por la pareja, acercándose a preguntarles lo típico. El médico del pueblo, en cuyo patronato trabajarían luego Mathew y Madeleine, había sido el primero en ir a presentarse, junto a su esposa. El sacerdote lo había hecho en segundo lugar, junto a los niños del hogar que mantenía la iglesia. Éste no lo reconoció, aunque debía ser porque no lo había visto desde que era un chaval y porque jamás hubiese imaginado ver al jardinero vestido de esa manera. Parecía una moneda de oro.

Madeleine se agachó a saludarlos y no pudo evitar empatizar con ellos. Habían perdido a sus padres, tal como ella y la veían como si fuese un personaje salido de un cuento de hadas como los que ella leía en su niñez.

—¿Quién mantiene el hogar, padre? —preguntó Madeleine, una vez que se incorporó de nuevo. Se alejaron un poco de los niños y continuaron hablando.

—Una comisión, milady —respondió el clérigo—, cuya presidenta era la condesa, que Dios la tenga en su santa gloria. —Se santiguó.

El conde había decidido dar un paso al lado con muchos patronatos, por motivos de salud, aunque sólo el doctor Nicholas sabía la verdadera gravedad de su situación. Habían pasado casi cinco años de la muerte de la condesa, pero sólo uno de haberse quedado sin presidente el patronato, ya que el conde siguió con su trabajo hasta donde pudo.

—Pues ahora vosotros podéis haceros cargo —sugirió el viejo, mirándolos con complicidad. Madeleine miró a Mathew y éste asintió—. Una pareja joven, de recién casados, siempre atrae recaudaciones. Es más, ofreceremos una cena el mes que viene, en Bearroc Park. Será muy oportuna para presentaros oficialmente en sociedad y que así os vayan conociendo los demás nobles. Será la colaboración de estos las que persigan. Estos niños necesitarán abrigo para el frío.

—Me parece una estupenda idea, milord —respondió Mathew, sorprendiendo incluso a su falsa esposa—. También podríamos recaudar fondos para arreglar el hogar. Podemos ir a visitarlo mañana, ¿no, cariño? —preguntó a su acompañante. Ésta asintió de inmediato y apoyó su idea.

—No pudiste haberlo dicho mejor, querido —le aseguró, logrando la simpatía tanto del clérigo como los demás pobladores que oían la conversación.

Madeleine miró al jardinero y éste le guiñó un ojo. No sabía si había sido una mera actuación o si de verdad tenía ese corazón generoso de ayudar a los demás, pero era algo que ella valoraba en un hombre. Lo había estado observando durante ese mes, desde que llegó a Bearroc Park, y a medida que los días pasaban, se convencía de que era un buen hombre y que poco a poco, se iba convirtiendo cada vez más en todo un caballero. Se esforzaba por mostrarse atento con ella y no escatimaba en detalles, aunque no debía hacerlo si estaban fingiendo.

Había descubierto que tenía una gran fuerza de voluntad y un admirable sentido de responsabilidad. Madeleine necesitaba hablar sobre sus sentimientos con alguien, alguien que le diría la verdad, sin las condescendencias propias de los sirvientes. No tenía más amigos que *lady* Kate, así que consideró oportuno escribirle una carta para contarle todo lo que había sucedido desde que llegó.

Un reportero se acercó a ellos con la intención de entrevistarlos, pero Madeleine sabía perfectamente que Mathew todavía no estaba del todo preparado para dar cierto tipo de respuestas y no se podían arriesgar, así que ella tuvo que salvarlo esta vez.

—Perdone que le interrumpa —dijo la viuda, pidiéndole al reportero que la siguiera fuera—. Como usted verá, mi esposo todavía no se encuentra en condiciones de dar entrevistas —añadió. El hombre la miró con curiosidad—. Es que... en medio de todo el caos que surgió en el naufragio, mi esposo fue golpeado en la cabeza por una barra de metal y cayó al bote salvavidas,

después de eso quedó con algunas lagunas mentales. Me temo que pueda dejarlo en evidencia si le hace preguntas ahora y no queremos eso, ¿o sí?

El reportero se sorprendió mucho con tal información, pero lo comprendió a la perfección. Ella parecía tan apenada que la creyó. Muchos de los supervivientes habían sufrido heridas como esas, así que no dudó ni un segundo cuando ella se lo señaló.

Al regresar al salón, Mathew posó la mano en su espalda baja, generando en ella una corriente eléctrica que le recorrió la espalda por completo. El conde notó la reacción de su sobrina política y sonrió. Recorrían las mesas ubicadas a lo largo del salón donde se realizaba el concurso y él le contaba sobre cada una de las flores que estaban expuestas.

Aunque en ámbitos diferentes, tanto Henry como Mathew dominaban un conocimiento sobre algo y eso lo hacía muy atractivo a sus ojos. Los niños los gravitaban como si no hubiese otra atracción. Los miraban con admiración y anhelo, imaginando, tal vez, que se trataba de unos príncipes de cuentos.

—¿Es ella tu princesa? —preguntó una niña, esperando con los ojos muy abiertos por su respuesta. Mathew le sonrió con cariño y miró a Madeleine.

—Lo es —respondió, con una pícaro sonrisa ladeada.

—¿Y la vas a besar, como en los cuentos que nos lee sor Agnes? —preguntó sin reparos. Madeleine sintió que toda la sangre se le había subido a la cabeza. Empezó a respirar de manera agitada al ver el rostro lleno de esperanzas de la pobre niña.

Ni siquiera habían hablado de esa posibilidad, pero, antes de que se arrepintiera, Mathew la tomó del brazo y la estiró hasta quedar pegada a su cuerpo. La miró con intensidad, aunque con mucho respeto y después fue acercándose a sus labios en muy lentamente, ante un público enloquecido de niños, que aún creían en los cuentos de hadas.

Al sentir que sus rostros se acercaban, ella cerró los ojos por una fracción de segundo. Estaba a punto de suceder y su corazón se había vuelto loco. Sería la primera vez que probara esos labios sobre los cuales se había estado preguntando en secreto, como le había sucedido cuando se casó con Henry.

Ella quería una nueva oportunidad, ella quería esa compañía, aunque él no la amase. Era consciente de que era una mentira, un trato y que él tal vez solo estuviera buscando satisfacer sus deseos carnales con una mujer viuda. Estaba confundida porque, a veces, él parecía estar coqueteándola, pero no quería ilusionarse con algo que tal vez era solo producto de sus deseos de ser amada, pero... ¿estaba dispuesta a intentarlo de nuevo?

Capítulo 12

Los niños tenían a la pareja rodeada, como si no les dejasen más opción que besarse. Madeleine había intentado calmar sus nervios, pero fue inútil. El sacerdote sonreía, ignorante de lo que sucedía en el interior de la futura condesa, pero el falso heredero había llegado a reconocer esa mirada de susto, cada vez que él se le acercaba.

Mathew se había acercado tanto a Madeleine que las puntas de sus narices habían hecho contacto. Sus miradas se encontraron y, aunque ella no demostraba estar en desacuerdo, prefirió no besarla. Quería que, si eso llegara a suceder alguna vez, fuera porque ambos lo querían y no por ceder a presiones, por lo menos, no ese primer beso.

Se separó de ella y sonrió para los niños. Madeleine sintió un poco de decepción. Llevaba días pensando en cómo se sentiría besar esos tentadores labios, pero era evidente que de ella no nacería esa iniciativa.

—No deberíais pedir esas cosas —bromeó el jardinero, sacudiendo el pelo de uno de los niños con su mano. El sacerdote asintió avergonzado y los niños no ocultaron su rostro cargado de decepción, pero el conde intervino para salvación de todos.

—Claro, no deberían pedir nada. Total, ya se les ha negado todo, ¿qué importa si se les niega algo más? —Mathew sintió que la sangre se le subía al rostro y una profunda vergüenza. El viejo tenía razón. Era natural que un matrimonio se besara, aunque fuera en público—. Deberías volver a llevar pantaloncillos de niño —añadió en un susurro que sólo el aludido oyó.

Mathew se acercó de nuevo a Madeleine y, disculpándose con la mirada, la tomó de la cintura y la pegó a su cuerpo para unir sus labios a los de ella. Madeleine llevó una de sus manos al rostro del hombre que se había apoderado de su boca y lo acarició. En su interior reinaba la emoción por haber sido besada de esa manera. Fue ese el momento en el que todo cambió para ella. Supo que ese hombre tenía una pasión que ella desconocía y que no le disgustaba sentirlo tan cerca.

Lo que nubló esa alegría fue ese pensamiento que la torturaba. Ya no quería perder a nadie más, mucho menos a alguien por quien empezaba a sentir algo así. Había tenido la fugaz esperanza de que ese matrimonio, tal vez, podría no

ser tan aburrido y falso.

Se separaron lentamente, sin dejar de mirarse, como si sus almas se hubieran conectado con ese gesto. Fueron los aplausos de los niños los que los despertaron de tal hipnosis. El anciano sonrió victorioso y continuó hablando con el doctor Spencer, mientras que, a lo lejos, la doncella enamorada por poco se rasgaba las mangas de su vestido de la rabia.

Fue en vano que las otras dos doncellas le dijeran que todo era una farsa. Ella no era tonta y podía descifrar esas miradas, esa forma en la que ambos se buscaban. Ninguno parecía querer aceptarlo, pero ya no se veían como algo falso.

—Perdona —susurró muy bajito el jardinero, cuando nadie los miraba. Madeleine lo miró de reojo y negó con la cabeza.

—No te disculpes. Tenías que hacerlo —respondió con total tranquilidad, por lo menos de apariencia, porque su corazón estaba por salirle por la garganta.

«No. No tenía que hacerlo, quería hacerlo» dijo Mathew en su interior, preguntándose cómo debía estar sintiéndose ella en ese momento. Puede que ella estuviese pensando en lo mismo, porque se mordió el labio inferior y fue una cruel tortura para el falso heredero.

—Sigamos mirando —la invitó, ofreciéndole el brazo.

El conde sabía que esos dos jamás darían su brazo a torcer, aunque cualquier persona con dos dedos de frente podía notar que sentían algo por el otro. Esperaría un poco más y les daría la oportunidad de que dieran ese paso con naturalidad, pero, si eso no sucedía, tendría que intervenir de nuevo. Su tiempo se acababa y quería dejar todo en orden antes de partir.

También había otro tema que le preocupaba, pero no sabía cómo lo tomarían Mathew y Madeleine, porque sería una carga, no sólo económica, sino también moral. Debía encargarles a alguien que no conocían, y no sabía cómo ni cuándo hacerlo.

...

El bebé de *lady* Kate se había adelantado, y era por eso que éste ahora se encontraba chillando sonoramente por el susto que se llevó al oír que su madre gritó de repente. William corrió a ver qué sucedía, pero al ver que ella agitaba lo que parecía una carta en sus manos, se tranquilizó.

La doncella había acudido también de inmediato, pensando que sucedió

algo con el niño. Se acercó a la cuna donde el pequeño lloraba y lo levantó en brazos.

—Lleva a pasear al niño, Patrice. El señor y yo debemos conversar — anunció. La joven asintió de inmediato y se perdió tras la puerta con el pequeño bulto en sus brazos.

—¿Sabes lo intimidante que suena esa frase en tus labios? —bromeó el hombre, tomando asiento al lado de su esposa, en la cama. Ella lo reprendió con la mirada, pero luego sonrió con picardía.

—Tranquilo, cariño, que no tengo motivos para intentar asustarte. Aún... —advirtió, también en broma. —¡Es una carta de Maddie! —chilló y se la mostró.

—¿Están bien? —preguntó con interés—. Me quedé un poco preocupado cuando se marcharon.

Lady Kate leyó la carta para su esposo, incluso imitando, graciosamente, algunas expresiones de su amiga.

—Esto es una locura —dijo William, al oír sobre el plan secreto del conde. Madeleine se lo había contado todo. Confiaba plenamente en su mejor amiga y en su esposo.

—¡Claro que no lo es! Ella no merecía vivir como mantenida. —Lo miró muy seria—. Total, todos pensaban que Henry estaba vivo. Todos salen ganando algo con este plan. —Bajó la carta en su regazo y suspiró

—Respecto a eso... Cuando fui a acompañarlas de nuevo a Nueva York, pregunté si había avances en la identificación de cuerpos, pero la naviera se negaba a soltar información. Hay rumores de que siguieron buscando los cuerpos varios días, pero dudo que los hayan encontrado. La corriente debió arrastrarlos hasta lugares impensables. Así que puede que realmente funcione ese plan, si dice que ese hombre es tan parecido.

—Solo espero que Maddie se dé una oportunidad con él. Según me cuenta, parece ser un hombre bueno y atento, aunque no es Henry, por supuesto. Ella merece ser muy feliz, sentirse amada por alguien...

—Si pretenden hacerlo pasar por el futuro conde, supongo que aprenderá todo lo que necesita. Se convertirá en un hombre culto a su debido tiempo ¿Por qué crees que Madeleine no le daría una oportunidad? —preguntó con curiosidad. Le acariciaba los dedos a su esposa, mientras seguía sentado al filo de la cama.

—Por esto. —Señaló una parte de la carta y se la hizo leer.

—Es normal que piense o sienta eso. Primero mueren sus padres, al poco

tiempo su esposo... Créeme que es muy normal que lo sienta, pero deberías animarla a vencer esos miedos. No somos dueños de la vida o de la muerte. Hoy estamos, mañana no sabemos, pero la vida es hoy y no espera. Ella tiene una oportunidad de vivirla de nuevo, pero con una persona diferente. Tal vez le lleve tiempo aceptarlo, pero no es bueno estar solos.

—Es por eso que te amo tanto, cariño mío —dijo la mujer y lo besó. Él acunó el rostro de su esposa con una mano y le devolvió el beso.

—Yo te amo más, señora Aldrich... —respondió al separarse, recordando con esa mirada, cómo había iniciado su historia.

Cuando William había renunciado a la última porción de pastel de chocolate para dárselo a la bella joven que lo miraba con los ojos expectantes, en la cena de Navidad de los duques de Norfolk en 1909, ésta supo que sería especial. Él había llegado con unos segundos de ventaja a la mesa de postres, pero, al verla mirar con tanta tristeza el plato vacío, no soportó quedarse con el último trozo y se lo dio.

No se consideraba el hombre más apuesto del lugar, entonces sabía que debía destacar de otra manera para que esa bella joven le diera una oportunidad. La había estado observando desde que llegó y notó que era una joven muy conversadora, por lo que los demás muchachos la evitaban. Él, al contrario, la encontraba muy interesante y divertida.

La había visto conversar con su rubia amiga y ambas parecían no querer abandonarse. Se podía notar una hermosa lealtad. Al ver que se había separado de ella para ir a la mesa de dulces, aceleró el paso y la alcanzó antes. Esa tenía que ser su oportunidad.

Él supo que Madeleine se había excusado para dejarlos hablar tranquilos, ya que era evidente que *lady* Kate parecía muy animada. Todo inició con ese pastel, con esa charla, con esos chistes que habían compartido.

Él había venido a Londres por las fiestas, pero debía regresar a Filadelfia después de Año nuevo. No fue difícil adivinar que había pasado todos y cada uno de los días siguientes cortejando a la parlanchina benjamina de los condes de Derby. Él adoraba cada aspecto de la joven, con sus defectos y virtudes. Ella adoraba las atenciones que él tenía con ella y la forma decidida con la que la había coqueteado. No era un hombre apuesto, pero había algo en él que la atraía como una polilla a la luz.

Habían pasado todos los días conociéndose y descubrieron que tenían mucho en común, lo que hizo aún más difícil la despedida. Él prometió escribirle cada semana y así lo hizo, cada semana desde que se marchó de

vuelta a Filadelfia. Cuando la conoció, él estaba saliendo con alguien en América, pero, apenas regresó, dio por finalizada la relación, porque ya no podía dejar de pensar en esa delicada pero fuerte jovencita llamada Katherine.

En el año que duró el cortejo, había llegado a conocer también a la mejor amiga de su novia, a quien había llegado a apreciar mucho y quien le había ayudado para pedirle matrimonio a Kate en la siguiente navidad, coincidiendo con la fecha en la que se conocieron. Lo había hecho bajo un muérdago y frente a todos sus seres queridos. Él se sentía el hombre más afortunado del mundo y ella, la mujer más feliz. Se casaron en la siguiente primavera.

...

En poco tiempo se llevaría a cabo en Bearroc Park, la cena donde el conde de Berkshire presentaría oficialmente a su heredero a otras familias nobles. Los lacayos y las doncellas dejaban a punto todas las habitaciones que recibirían a sus próximos invitados.

A Mathew ya casi le salía a la perfección la firma de Henry. Madeleine había insistido en que era importante que la aprendiera junto con su caligrafía y, por fortuna, había enviado con su antigua caja musical la primera carta que le había escrito Henry.

Se miraban como si quisieran decirse algo referente a ese inolvidable beso, pero ninguno se había animado a hablar de ello. El jardinero había intentado disculparse un par de veces por su arrebato en el concurso de flores, pero Madeleine cambiaba de tema porque no quería reconocer que desearía otros más.

—Ha llegado una carta para usted, señora Howard —anunció el mayordomo, portando una bandeja de plata en la que se podía ver la correspondencia.

—¡Debe ser de Kate! —exclamó Madeleine, interrumpiendo el final de lo que sería el séptimo intento de Mathew por escribir como el difunto heredero.

El hombre levantó la mirada e intentaba procesar quién era la tal Kate. Era la primera vez que la mencionaba y le hizo pensar en que se habían enfocado en que él aprendiera cosas del difunto, que casi no habían tenido tiempo de hablar sobre ellos.

La viuda leía la carta a unos metros de donde él seguía escribiendo. La espiaba con atención, deseando poder saber qué era lo que la hacía sonreír así, tan bello como lo hacía. Algo la había hecho mirarlo de repente,

pillándolo en pleno espionaje. A pesar de haber sido él el descubierto *in fraganti*, ella era la que tenía el rostro sonrojado y parecía asustada.

Mathew sintió que debía salvarla, así que sonrió y continuó con lo suyo.

Madeleine apretó los labios y siguió observando por un rato más al jardinero. Éste parecía muy empeñado en meterse en el papel, hasta se sentaba erguido, como le había enseñado. Aflojó la mandíbula y sonrió con ternura. Era cierto lo que decía su amiga en la carta.

Querida Madeleine:

No te imaginas la alegría que me causó recibir tu carta y, más aún, saber todo eso que me contaste en ella.

Tu sobrino nació antes de tiempo y me hubiese gustado tenerte a mi lado, pero saber que tienes esta nueva oportunidad de ser feliz compensa tu ausencia en este lugar. William y yo nos habíamos quedado preocupados por ti desde que saliste por esa puerta. Estuvimos a punto de hacerte recapacitar de tu idea de volver a Inglaterra, pero esta carta lo cambia todo.

William Archibal Aldrich. Ese es el nombre de nuestro pequeño tesoro y espero que en un futuro cercano podamos encontrarnos nuevamente para que lo cargues en tus brazos, querida amiga. Y quien sabe, yo también pueda cargar a un hijo tuyo.

Con respecto a tus miedos, quería animarte a alejarlos. Nada de lo que hagas podrá cambiar lo que el destino tiene para vosotros y, si se empeñó en llevarte a ese lugar, donde conociste a este hombre del cual me cuentas maravillas, donde surgió ese loco y arriesgado plan, debe ser porque está uniendo sus piezas para darte la felicidad que mereces.

La vida puede acabar en un suspiro, en un abrir y cerrar de ojos, en lo que dura una sonrisa, pero lo importante es haberla vivido. Puede que te vuelva a suceder, que vuelvas a perderlo, pero no lo sabrás si nunca te arriesgas a vivir ese amor que te fue negado antes. Nunca sabrás lo que yo siento al cargar a mi pequeño, o al abrazar a mi esposo, si no te das una oportunidad.

Aprovecha el momento y busca al amor, con tal intensidad que sientas que el suelo es el mismo cielo. La vida te quitó un esposo maravilloso y fue muy generosa en devolverte uno que va por el mismo camino. Ayúdalo a cumplir su misión y no te conformes con vivir una mentira. Conquista su corazón, como estoy segura lo hiciste con Henry.

No me tengas tan abandonada. Esperaré con ansias noticias sobre los

avances del plan, y no te preocupes, que cuentas con nuestra total discreción. William te envía saludos y apoya mi opinión sobre la oportunidad que tendrías que darte con tu nuevo, aunque falso, esposo.

Tu amiga que te adora,

Kate.

¿Y si tenían razón y la felicidad le esperaba al lado de ese hombre que cada vez se parecía más a Henry? Había sido respetuoso y atento con ella en todo ese tiempo que llevan fingiendo ser un matrimonio. Pudo haberse aprovechado de la situación, pero no lo hizo, sino que había mantenido la prudencial distancia que ella le había impuesto.

Se acercó a pasos lentos hasta donde él se encontraba. Se detuvo a su lado en silencio, notando el gran avance que había logrado. Sonrió con cariño y él levantó la mirada hacia ella. Se quedó mirándolo por unos segundos y luego asintió.

—Lo has hecho bien —reconoció Madeleine, señalando con la mano el papel que había acabado de firmar el jardinero. Éste se desperezó y luego suspiró y dejó la pluma sobre el escritorio.

—¿Crees que esto es una locura? —preguntó, muy pensativo. Ella frunció el ceño. No necesitó aclarar que se refería al plan. Hasta ese momento nadie los había descubierto, pero no dejaba de rondar en su mente la posibilidad de que los demás nobles o la prensa lo notaran. Estaba aterrado.

—Pienso que es una oportunidad de la vida y que debemos aprovecharla. —Madeleine se perdió por un momento en esos tentadores labios, pero él la trajo de nuevo a la realidad.

—¿Por qué lo haces tú? —preguntó el jardinero, levantándose del asiento para quedar más o menos a su altura, aunque pasaba a la viuda por una cabeza —. Yo lo hago por mi gente, porque ninguno se quede sin el hogar que conoció desde siempre, porque todo lo que el conde cuidó, construyó y amó, no quede en manos de otros. ¿Y tú?

—No lo hago por razones diferentes, si es lo que imaginabas. —Lo miró con algo de decepción, sintiéndose un poco acusada de algo que no era verdad —. Lo hago por todo eso que has mencionado y porque nada de lo que yo consideraba hogar existe ya. Perdí a casi todos los que amaba, a quienes hacían mi hogar. No tengo a nadie más. Quise dejar atrás esos malos recuerdos e iniciar una vida lejos de mi pasado. —Madeleine hizo una leve reverencia y se retiró del salón hacia el jardín. Podía sentir ese escozor en los ojos, de cuando las lágrimas se asoman, pero no quiso que él la viera rota.

Mathew maldijo en silencio por haberle insinuado que lo hacía por interés y la siguió. Ella caminaba hacia el jardín de las rosas, abrazándose a sí misma. El jardinero caminaba detrás suyo, intentando no ser descubierto, por lo menos no hasta llegar junto a ella.

—Perdona si te hice sentir mal con mi pregunta —dijo él, asustándola. Ella no se giró, sino que sólo negó con la cabeza y continuó. Acarició las hermosas rosas rojas y las olió.

—Descuida. No te culpo. —Admiró la belleza de la hermosa flor que acunaba en su mano—. Cualquiera en tu lugar hubiese pensado lo mismo. Lo importante es que ahora ya sabes la verdad. —Se giró para mirarlo. Él parecía muy entristecido. Pudo notar que sus hermosos ojos brillaban más de lo normal y eran por las lágrimas.

—Hace un rato, cuando recibiste esa carta —mencionó el hombre, logrando un ligero sobresalto en ella—, mencionaste a una tal Kate y me hizo pensar que aún no sé nada de ti. Nos enfocamos tanto en que me convierta en tu difunto esposo que pasamos de largo esta fase.

Madeleine pensó que también le gustaría conocerlo a él, como Mathew, el jardinero, y no como el doble de su esposo muerto. Dio unos pasos más y se adentró en el jardín. El ocaso empezaba a teñir el cielo de naranja y a traer una fresca brisa vespertina, la cual pareció llevarse esas persistentes lágrimas que hacían borrosa su vista.

—Tampoco sé nada de ti, Mathew. Me gustaría conocer al hombre detrás de estas hermosas flores... —Él había cortado una rosa y se la había pasado. La miraba con incredulidad, como si fuese increíble que ella quisiera conocer a un simple jardinero. Ignoró deliberadamente el hecho de que ella hubiera derramado unas lágrimas.

—No hay gran cosa que saber de mí —dijo, después de un corto silencio y con la mirada gacha.

Madeleine se paró frente a él y lo obligó a mirarla.

—De todas formas, quiero saberlo —respondió, levantando una ceja.

—¿Por qué quieres saberlo? —preguntó, metiendo las manos en los bolsillos.

—Porque, aunque de mentira, somos marido y mujer —respondió, con firmeza—, y quiero conocer al hombre que estará a mi lado como tal. Tal vez nunca lleguemos a amarnos, o tal vez sí, pero podríamos llevarnos bien y ser felices.

Mathew dio un paso y quedó muy cerca de ella, notando que ésta se tensaba

de inmediato con la cercanía. Lo miró a los ojos y sus labios quedaron entreabiertos. Quería besarlos de nuevo, con unas incontenibles ganas, y podía notar en los ojos de su compañera que ella deseaba lo mismo, aunque nunca lo reconocería. Ella hablaba del amor como si fuese algo muy lejano o imposible, pero estaba ahí, y lo iba a descubrir. Quería algo más que solo ser felices y un matrimonio tranquilo y de mentira.

Desde lejos los observaba el conde, con esa sonrisa pícaro que lo caracterizaba. Tamborileó los dedos en el vano de la ventana y asintió. Estaba seguro de que esos dos morían por darse ese beso que estaban intentando contener, a centímetros de distancia. Era como si sus cuerpos se atrajeran, como si hubiesen estado destinados desde siempre.

Capítulo 13

Madeleine se había sorprendido más de una vez con lo que le iba contando el jardinero. Lo había subestimado por su posición social, por su apariencia inicial, pero resultó no ser tan ignorante como esperaba, tal como le había dicho el conde. Haber nacido y crecido en el castillo le había abierto una oportunidad de tener acceso a cierta educación que muchos no se imaginaban. Por supuesto, ser el bastardo del conde debía tener cierta influencia también.

Imaginó lo guapo que debió haber sido el conde en su juventud, pero estaba deseosa por conocer la historia antes del nacimiento de ese hombre que caminaba a su lado. El cielo se tornaba cada vez más violeta, ya pronto debían ir a vestirse para la cena.

—¿Siempre habéis sido sólo tu madre y tú? —preguntó la viuda, intentando indagar sobre su pasado. Ella acababa de contarle sobre sus padres y la trágica noche en la que los perdió.

Nunca lo había oído hablar de su padre, así que supuso que parecería normal su pregunta. Mathew miró su reloj de bolsillo y la invitó a entrar, ya que pronto llamarían para la cena. Le ofreció su brazo y caminaron de vuelta al castillo.

—Estoy casi seguro de que sabes el motivo por el cual soy tan parecido a tu difunto esposo —dijo Mathew, sorprendiéndola por completo. Había perdido las esperanzas de que le hablase de su padre, pero ahí estaba, sacándole de esa duda que rondaba su cabeza desde que se enteró por boca del conde.

—Lo que no estaba segura era... si tú realmente lo sabías. No quería ser indiscreta. —Mathew la miró de reojo y sonrió. Madeleine se sentía muy bien cuando él la llevaba así, del brazo. Sentía unas terribles ganas de apoyar la cabeza en él, pero temía que pensara que era una aprovechada.

—Empecé a sospechar que no era normal su interés en mí, cuando cumplí los doce años. A pesar de que yo ya había empezado a trabajar en el jardín con el que hasta ese entonces pensé que era mi padre, todas las tardes me mandaba ir a la biblioteca para enseñarme sobre historia o arte. No le encontraba un sentido a aprender todas esas cosas, por lo que nunca prestaba mucha atención. Todo lo que he aprendido fue porque me interesó.

—¿Y cómo te enteraste? —preguntó Madeleine, ya en la entrada del salón.

—Me lo contó él mismo, cuando le expuse mi teoría de las nulas posibilidades de que eso que él me enseñaba me sirviera en la vida real. —Se quedaron parados frente al gran retrato del conde en la sala y lo observaron—. Me dijo que todo esto me pertenecía más a mí que a su sobrino. Lo quería mucho, de verdad, pero me enseñó a amar cada rincón de este castillo, como si nunca hubiese perdido las esperanzas de que yo lo heredara.

—Su deseo se cumplió —apostilló Madeleine. Mathew la miró con vergüenza.

—Él quería mucho a su sobrino. Con los años, sus ideas de que yo lo heredase fueron mermando y sé que fue porque Henry había hecho bien el trabajo y no porque yo tenía nulo interés en convertirme en conde. Henry siempre aceptó su destino, con mucha responsabilidad. Yo, sin embargo, amaba mi sencilla vida, sin responsabilidades, sin el peso que conllevaba ser un heredero, hasta que...

Se calló de repente, pero no pasó por alto para Madeleine, quien se giró a mirarlo.

—¿Hasta qué? —preguntó, como era de esperarse. No era un secreto el que fuese una mujer muy curiosa. Nada se le escapaba.

—No importa. —Sonrió nervioso y miró el reloj de pared—. Nos vemos en la cena —dijo y se retiró de ahí.

Madeleine se quedó pensativa por un rato, hasta que la abordó la señora Cromwell.

—Su ropa está lista, señora —anunció la doncella.

—Gracias, señora Cromwell, vamos —repuso, girándose a mirar fugazmente hacia donde se había ido el jardinero.

La señora Cromwell sonrió con cautela, pero también había notado cierto destello en sus ojos cuando estaba con él. Deseaba que su señora fuese feliz de nuevo. Había perdido tanto en su corta vida que sentía la necesidad de ayudar a que recuperara esa viveza que era tan característica en ella.

Había preparado, aparte del baño, una mezcla de esencias de rosas y unos aceites para frotarle en el cuerpo. Si podía ayudar, aunque fuera con ese pequeño detalle, a conquistar al joven Mathew, lo haría sin pensar dos veces. Madeleine siempre prefería la bañera a la ducha, y no es porque se negara a los avances tecnológicos, sino porque decía que la ayudaba a relajarse. Lo había dicho desde pequeña, cuando pasaba horas y horas jugando en ella.

Su doncella la había dejado tan bella esa noche que era imposible que el

jardinero la rechazase o no se terminara de convencer de que debía expresar con la boca lo que su cuerpo gritaba al estar frente a ella.

Durante toda la cena habían sido observados por el conde y por la doncella enamorada, uno muy optimista al ver esas sonrisas entre la pareja, mientras que la otra, con mucho odio oscureciendo su joven corazón.

Como era de esperarse, después de la cena pasaron al salón para beber brandy y conversar. Por supuesto, Madeleine no bebía, así que sólo los acompañaba.

—Toca algo para nosotros, Mathew —pidió el viejo, provocando que el muchacho se tensara por completo.

—No creo estar a la altura, milord —respondió, mirando fugazmente a Madeleine.

El viejo le había enseñado a tocar el piano, pero Mathew, aunque le gustaba mucho, nunca se consideró bueno en ello. Fue otra de las sorpresas para la viuda, quien lo miraba como si esperara otras sorpresas más. Lo había visto tocar el piano una vez en el ático, pero pensó que sólo estaba bromeando.

—Toca algo para mí —pidió ella, sin darse cuenta de que había pensado en voz alta. Se sintió tan avergonzada que se dispuso a abandonar el salón, pero algo la detuvo.

Empezó a sonar en el salón, los primeros acordes de Claro de Luna, su música favorita. No pudo contener unas lágrimas, antes de girarse a mirar a su falso marido. Trajo en ella sentimientos que había olvidado, recuerdos que pensó estaban ocultos, como cuando su madre le enseñó la caja musical por primera vez o como cuando por fin había recuperado la esperanza de tener una familia con Henry.

Él seguía tocando, con algunos fallos, claro, pero eso no le importó a Madeleine, quien se abrazaba a sí misma y no dejaba de mirar al pianista. El viejo conde la alcanzó y le pidió su mano. La llevó hasta Mathew y le pidió que dejase de tocar. O más bien, que cambiaran de lugar.

El jardinero había tenido suficiente práctica desde que Madeleine llegó a sus vidas. Que en dos días fuera la cena de presentación ameritaba que esa noche hicieran su ensayo final.

—Invítala a bailar, muchacho, como te enseñé —dijo el conde, sentado ya en el asiento del piano. Estaba preparado para iniciar.

Mathew le tendió su mano derecha a Madeleine e hizo una leve reverencia, respondiendo ella de la misma manera. Aceptó la mano que le ofrecía el

jardinero y, sin darse cuenta, se encontraban en medio del salón, con la mano de Mathew presionando peligrosamente su espalda baja.

El viejo empezó a dar vida a la hermosa melodía, para que ambos empezaran a revolotear en la pista, con miradas que decían más de lo que sus labios se animaban. Ambos parecían muy animados y optimistas, como si de verdad lo estuviesen disfrutando.

Ella recordó lo que deseaba cada vez que veía bailar a las figuras de la caja musical y descubrió que ese hombre empezaba a despertar en ella sentimientos que no podía resistir, deseos no imaginó tener y que necesitaba saciar. Empezaba a sentir una extraña necesidad de culminar lo que había quedado a medias la noche del naufragio, y ese hombre parecía ser el indicado. Pensó que podía ser también satisfactorio ese acuerdo que tenían, pero no podía dejar de sentir que estaba engañando a Henry.

Apoyó el rostro en el pecho de Mathew y disfrutó de la música y el suave balanceo. Si no llegaban a amarse, por lo menos les quedaba disfrutar de más momentos como ese.

—Hace rato no respondí tu pregunta, pero ahora quiero hacerlo —comentó Mathew, obteniendo toda su atención. Tenía el rostro muy cerca del de ella.

—Te escucho —respondió ella en un susurro. Ya casi estaban al final de la pieza musical, por lo que no perdió tiempo.

—Hace rato te dije que no me había importado nada de lo que había aprendido con el conde, porque no creía que lo fuera a necesitar. Nunca había querido convertirme en un hombre acartonado, con horarios y restricciones, un hombre que debía vivir para complacer a los demás. —Madeleine empezó a sentir que le escocían los ojos. Pensaba que él se retractaría del plan—. Yo era feliz con lo que tenía, siendo invisible para todos —miró a su alrededor mientras daban una vuelta—, pero llegaste tú y todo cambió.

Madeleine se quedó tiesa, sin saber qué decir, mirándolo tan fijamente que le dio otra impresión. La música acabó y también su charla, pero no porque no hubiese más temas, sino porque Mathew pensó que había incomodado a su acompañante.

Sus labios habían estado a punto de tocarse de nuevo, y ella no quería decir nada por no arruinar el momento. Estaba anonadada por sus palabras. Quería pensar que ese hombre también empezaba a sentir algo por ella.

Mathew la fue soltando lentamente y se excusó, tanto de ella como del conde, y se retiró. El viejo observó todo lo ocurrido y decidió que era momento de intervenir. Si no lo hacía, temía que cuando muriera, estos dos

echaran a perder todo por cuanto había luchado. No esperaba que ellos se amaran profundamente de buenas a primeras, pero, si podía encaminarlos, debía hacerlo.

—Madeleine, ven aquí, por favor —llamó el viejo conde. La viuda caminó hasta él sin dudarle, aunque no se esperaba la conversación que se avecinaba. —. Ven, siéntate aquí. —Le señaló el sillón donde habían estado sentados minutos antes.

—¿Sí, milord? —preguntó ella, con algo de tristeza en su voz. Ya no llevaba luto cerrado, por lo que el vestido que llevaba era de color lavanda.

—Es que necesito que me aclares algo —pidió, inspeccionándola con la mirada. Ella frunció el ceño y pensó que se refería a algo de Henry.

Sintió un cosquilleo en las entrañas al recordar que el conde era un hombre sin filtros y que podía esperar cualquier cosa de él.

—Claro, diga usted —respondió, después de aclararse la garganta.

—¿Te gusta Mathew? —Madeleine abrió los ojos de tal manera que pareció que se le saldrían de las órbitas. El viejo no pudo evitar reír ante su reacción—. No intentes mentirme, hija, porque a este viejo no se le escapa nada. Yo necesito saberlo. Es importante para mí.

Madeleine parecía titubear, pero no pensó que fuera a llegar a mayores que le revelara que el jardinero no le era indiferente.

—No estoy segura de lo que siento, pero lo que siento me gusta. Quiero que esto funcione, milord, pero también quiero ser feliz, y si llega a nacer el amor entre nosotros, lo sería. —Madeleine miró hacia donde Mathew se había ido—. No quería decepcionarlo, ya que... hasta hace poco fui la esposa de su sobrino.

El viejo sacó un puro de su estuche de metal y lo encendió.

—Hija, para el mundo sigues siendo la esposa de mi sobrino. Para todo el mundo, Mathew es mi sobrino. —Dio una profunda calada y después de unos segundos lo soltó lentamente—. No me molestaría que llevarais esta mentira a la realidad. No tenéis que fingir que sois esposos; podéis serlo de verdad. Podéis ser muy felices, si así lo deseáis.

—Yo... no puedo, milord —susurró la viuda, bajando el rostro.

—¿Acaso temes haber quedado embarazada de mi sobrino? —Enseguida pensó en un impedimento sexual. La miró con esperanza, pero ella negó levemente con la cabeza—. ¿O sientes peso de conciencia por entregarte a otro hombre después de haber sido su mujer? —prosiguió el viejo, intentando entender su negativa. Era un hombre muy moderno para su tiempo, por lo que

jamás imaginó que pudiera deberse a otros motivos.

Madeleine negó reiteradas veces con la cabeza, afirmando que no se debía a esos motivos.

—Es que Henry y yo... —empezó a decir, pero volvió a callar. Se sentía demasiado avergonzada para hablar de eso con el viejo.

—¿Henry y tú qué, hija? Puedes contarme lo que sea. Yo lo entenderé.

Ella se frotó las manos sobre sus guantes y después de debatirse por unos segundos, creyó que lo mejor era contarle la verdad: seguía siendo tan virgen como si no se hubiera casado.

—Nosotros nunca consumamos nuestro matrimonio, milord —respondió al fin. Mathew había vuelto para disculparse, pero, antes de entrar de nuevo al salón, oyó lo que la viuda le había contado al viejo. Se quedó tan sorprendido que no pudo avanzar.

Era por eso que veía tanta pureza en todo su ser y le causaba tanto cariño. Era por eso que se alteraba cuando sus cuerpos rozaban. Era lógico, no había tenido intimidad con su esposo, la pobrecilla. Se retiró de inmediato, sin quedarse a oír más. No lo consideró correcto. Lo que había oído antes, había sido sin querer.

—Su sobrino estaba enamorado de otra persona, pero me eligió a mí para ser su esposa. Me sentí querida desde ese día, aunque hubiese deseado que me hiciera su mujer. Soñaba con tener una familia, despertar en sus brazos...

Madeleine se dio cuenta de todo lo que había dicho y llevó una de sus manos a la boca.

—No sientas vergüenza de contarme esto, hija. Quiero que me veas como a un padre, ya que no lo tienes a tu lado. No hay nada en este mundo que no haya oído, así que no me sorprende que mi sobrino Henry te hubiese hecho esperar.

—Esa noche, la del naufragio, estuvimos a punto de hacerlo, pero fue como si el destino se empeñara en que no sucediera. —repuso Madeleine, mirando con cariño al viejo. Se quedó callada por un rato, mientras pensaba en sus nuevas posibilidades si Mathew llegara a sentir lo mismo que ella.

—Tal vez no eras para él, sino para Mathew —sugirió el conde—. ¿Estarías dispuesta a vivir el matrimonio que no tuviste con Henry, pero con Mathew?

—Sería un pecado, milord —se apresuró a responder, colocándose mejor en su asiento. No quería hacerse ideas de algo que podría no ser.

—Pero si ya sois esposos ante la sociedad. —El conde dio otra profunda calada y exhaló con tranquilidad.

—Pero yo sé que ese hombre, aunque de apariencias y en papeles sea mi esposo, ante Dios no lo es.

El viejo la observó con detenimiento, como si estuviese pensando en algo. Supo enseguida lo que debía hacer para ayudarlos a unirse de una buena vez. Él sabía que, una vez que sintieran en sus cuerpos los estragos de la pasión, aunque no surgiera el amor, estarían unidos.

—¿Y si pudiésemos arreglar eso?

Capítulo 14

El conde acompañó a Madeleine hasta su habitación y después no fue a la suya directamente, sino que siguió hasta la de Mathew. Así como había tenido una conversación con la viuda sobre sus sentimientos, debía tenerla con él también.

De camino se cruzó con la doncella enamorada y ésta se asustó. No era ni hora ni lugar donde ella debiera estar. El conde no era tonto, sabía perfectamente lo que la joven buscaba y no lo iba a permitir.

—¿Qué hace fuera de cama a estas horas, señorita Chambers? —Levantó una ceja, notando que no debía tener más que la enagua bajo ese abrigo—. ¿Y hacia esta ala del castillo?

—Yo... solo venía traerle un mensaje de su madre al joven Mathew, milord —mintió. Por supuesto, el conde no le creyó. Las lámparas que colgaban de la pared iluminaban tenuemente todo el pasillo. La joven sintió como si los retratos que adornaban el mismo la acusaran con la mirada.

—¿Acaso le sucedió algo que le impide venir ella misma a traer el mensaje? ¿Por qué no vino el señor Royers en todo caso? —preguntó con insistencia. La joven negó rápidamente—. Vaya a llamar a la señora Mildred, de inmediato.

—Ya debe estar acostada, milord —respondió la joven, bajando la mirada. No es que el conde fuera un tirano, pero quería darle una lección a esa joven. Tampoco es que la menospreciara. Simplemente, era una piedra que podría hacer tambalear sus planes.

—No importa. Vaya a llamarla de inmediato —exigió con firmeza el viejo.

La joven se retiró apresuradamente y con el rostro avergonzado. No sabía qué le iba a decir a la señora Mildred, ya que no había recibido esa orden suya y mucho menos tenía motivos valederos para estar en esa zona y a esas horas.

Hizo cuanto le pidió el conde y fue a levantar de su cama al ama de llaves. Esta se sorprendió de sobremanera y acudió de inmediato ante su llamada. La doncella lagrimeaba, lo que preocupó aún más a la mujer. Se vistió rápidamente y salió para el ala del castillo donde vivía el conde y su familia.

—¿Qué ha ocurrido, Josephine? —preguntó la consternada mujer, antes de

salir del área de habitaciones de las mujeres. Como la joven sólo mencionó al conde, le dijo que la acompañase a donde eran requeridas. Las mujeres siguieron su camino por los oscuros pasillos que eran iluminados sólo por la vela que portaba la señora Mildred, en total silencio, roto nada más que por los intermitentes sollozos de la joven.

El conde estaba en compañía del señor Royers, quien parecía igual de sorprendido.

—¿Ha sucedido algo, milord? —preguntó la mujer, con mucha calma. Buscó alguna respuesta en el mayordomo, pero este se mantenía estoico al lado del conde y no dejaban de mirar a la doncella con desaprobación.

—Es que quedé preocupado por usted al encontrarme con esta doncella que traía un mensaje suyo a Mathew. Quería asegurarme de que se encontrara bien. —La mujer reprendió con la mirada a la doncella y negó con la cabeza.

—Estoy bien, milord. Gracias por interesarse, pero no envié ningún mensaje —respondió, mirando hacia la puerta de la habitación donde dormía su hijo, quien, al oír murmullos en el pasillo, decidió salir a ver qué sucedía. Se sorprendió mucho al ver a su madre y a los demás ahí.

—¿Eso quiere decir que me ha mentido, señorita Chambers? —le inquirió el viejo. La joven no sabía si negar o afirmar.

Mathew se acercó al conde y prestó atención a lo que sucedía. Madeleine también oyó las voces en el pasillo y decidió salir a ver qué ocurría. Llevaba aún puesto su vestido que había utilizado en la cena, pero había soltado el peinado que le había hecho la señora Cromwell.

El jardinero se quedó obnubilado por su belleza, en especial, al ver cómo caía su ondulado pelo sobre su hombro. Era tan delicada que provocaba en él unos terribles deseos de abrazarla y de amanecer con ella entre sus brazos.

La doncella miró a su objeto de deseo y después a la viuda, entonces asintió levemente. Madeleine sentía mucha curiosidad por saber de qué iba todo eso, aunque le incomodaba la intensidad con la que esa joven la miraba.

—Perdone, milord, pero temía que me reprendiera si le decía la verdad —dijo, generando mucha curiosidad en todos los presentes.

—¿Y de qué verdad hablas? —preguntó el conde, con el rostro preocupado. Mathew también sentía algo de tensión, ya que temía que la joven dijera algo que comprometiera su avance con la viuda.

—Es que... —empezó a decir, como si estuviera pensando algo. Miraba a todos lados, hasta que por fin vio algo que la salvó. Esa mañana, una de las gemelas había roto un jarrón y lo había ocultado cerca de donde estaban.

—¡Habla, muchacha! —exigió el señor Royers.

—Dejadla hablar con calma —pidió Madeleine, ignorando que la joven la detestaba con toda el alma.

—Esta mañana, sin querer, rompí el jarrón del pasillo y esperé a que todos se durmieran para ir a buscarlo. Tenía la intención de repararlo. Es por eso que me encontré en el pasillo a estas horas.

Mathew la miró incrédulo y se cruzó de brazos. La conocía perfectamente y sabía que lo que decía no era verdad. No la delató porque a él tampoco le convenía que ella hablara. No frente a Madeleine.

—Bien... —dijo el conde, no muy convencido. Tampoco creyó esa historia, pero no quería que ese drama se extendiera. Era tarde y nadie en el ala podía dormir—. Espero que no se vuelva a repetir esto, señorita Chambers. Y también espero que no vuelva a romper nada que la traiga a esta zona de Bearroc Park a horas poco decorosas.

La joven asintió llorosa y, apenas le dio permiso de retirarse el anciano, se disculpó de todos y se retiró, no sin antes mirar de reojo a la viuda.

—Vuelve a tu habitación, querida. No ha sido nada grave —dijo el conde a Madeleine. Ésta asintió y se despidió de todos con amabilidad.

—Hasta mañana —respondió y dedicó una tierna mirada hacia el hombre que parecía estar bajo un hechizo. La miraba con contemplación.

—Tú también, Mathew, yo me quedaré a hablar un rato más con Royers y con la señora Mildred.

Mathew asintió y se retiró a sus aposentos. Se echó sobre la cama y pensó de nuevo en Madeleine, en cómo reaccionaría si supiera de Josephine, en lo mucho que aparecía en sus pensamientos últimamente y si ella pensaba también en él. Se cubrió los ojos con uno de sus brazos y suspiró. Se reprendió por pensar en cosas imposibles. Ella jamás lo vería como algo más que un simple jardinero o como un esposo de mentiras.

Oyó unos golpes en su puerta y se incorporó sobresaltado. Imaginó lo peor, que se trataba de Josephine. Incluso la luz de la lámpara parpadeó.

—Soy yo, hijo —aclaró el conde, para su tranquilidad. Mathew se apresuró a abrirle, pero no se imaginaba el motivo que lo llevaba hasta ahí.

—¿Sucede algo, milord? —preguntó, invitándolo a tomar asiento en uno de los sillones que había en su habitación. Mathew vestía un pijama de seda en color azul marino, con un batín encima.

—Eso es lo que quiero saber, hijo. —El jardinero lo miró con confusión—.

Sabemos muy bien que esa joven venía a tu habitación. —Mathew se tensó—. Lo que no sé es si tú la invitaste o si fue iniciativa de ella...

—Le juro que estoy tan sorprendido como usted —afirmó el joven. El conde lo observaba con cautela—. Reconozco que tuve algo pasajero con ella, pero eso acabó, por lo menos para mí.

—¿Y con Madeleine? —preguntó el viejo. Mathew se tensó de nuevo, pero de una manera diferente. Le brillaban los ojos.

—¿Qué sucede con ella? —se interesó. Sintió que su corazón se aceleraba con tan solo recordarla.

—Dime, ¿seguirás ocultando eso que sientes por ella o vas a hacer algo de una vez? —El jardinero estuvo a punto de decir algo, pero el conde lo detuvo levantando una mano—. Y no intentes negarlo. Todos notamos ese brillo en tus ojos cuando la miras, no nos tomes por tontos.

—No lo hago —aseguró el joven—. ¿De verdad cree que una mujer como ella se fijaría en un tipo como yo? Es una noble mujer que decidió fingir que es mi esposa, por el bien de todos, pero eso no significa que me acepte en la realidad.

—¿Ella te lo dijo? ¿Te dio a entender que no tenías posibilidades? —Mathew negó con la cabeza—. Lo supuse, y es por eso que voy a ayudarlos.

—¿Ayudarnos? —preguntó con un entusiasmo que no pudo ocultar. Se cruzó de brazos y atendió a lo que estaba por decir el viejo.

—Sí, ayudarlos. —Le palmoteó la rodilla—. Es muy evidente que entre ambos hay tensión. Aunque intentéis disimularlo, vuestros cuerpos os delatan. Tanto por su parte como por la tuya, lo que me llevó a hacer mis propias averiguaciones. —Mathew sonrió al imaginar que ella podía sentir algo por él, aunque fuera deseo.

—¿Y cómo piensa ayudarnos? —preguntó entusiasmado.

—En primer lugar, debes saber que ella sigue siendo pura. Henry no llegó a tocarla, así que tendrás que tener paciencia. —Al ver que no se sorprendió, sintió curiosidad de saber por qué—. ¿Acaso lo sabías? —El jardinero asintió avergonzado, mirando sus manos.

—Hace rato fui a ofrecer mis disculpas por retirarme como lo hice, pero antes de que notaran mi presencia, oí lo que ella le estaba contando. Yo ya lo sospechaba, pero oírlo de su boca fue fundamental. —Se recostó por el espaldero y suspiró, antes de mirar nuevamente al conde—. Lo que no

entiendo es qué tiene que ver eso. La hubiese querido igual de no haberlo sido.

—Lo sé, hijo. Te educaron bien —dijo refiriéndose al difunto esposo de Mildred, su madre. La había amado, a pesar de saber que el hijo que esperaba era del conde—. Lo que sucede es que para ella es importante que Dios bendiga vuestra unión.

—Pero se supone que ya somos esposos... —adujo, levantando levemente los hombros. El conde negó con la cabeza.

—El hombre a quien se unió ante Dios murió en ese naufragio. Para ella, tú eres un extraño y no se entregará fácilmente, aunque lo desee con toda su alma.

—¿Se lo dijo ella? —indagó emocionado—. Eso quiere decir que ella...

—Sí, Mathew. Le gustas mucho. —El joven sonrió cabizbajo, pero feliz.

—¿Qué me sugiere entonces? ¿Ella sabe que usted vino a hablar conmigo? —preguntó el muchacho.

—No lo sabe, ni debe saberlo. Más adelante hablaré con los dos, pero quería saber si tú sentías lo mismo, para no ilusionarla sin razón. —Se levantó y se dispuso a retirarse—. Si de verdad te gusta, hazle saber. Sé un caballero, uno que le demuestre que desea todo con ella. Aunque sea un matrimonio de conveniencia, no significa que debáis ser unos extraños. Podéis disfrutar de los beneficios... —Le guiñó el ojo con picardía.

—Lo haré, milord. Lo prometo —aseguró, con el conde ya en la puerta de su habitación.

—Bien, eso espero. Eres un hombre privilegiado, Mathew. Sí, sé que es mucho lo que te pedí. Renunciar a tu vida para asumir la de otro no es fácil, pero, a cambio, la tendrás a ella y a todo lo que siempre te perteneció por derecho. Piensa en lo que te dije y en tu plan de conquista. Si necesitas mi ayuda, no dudes en pedírmela.

Apenas se fue el anciano, Mathew se echó de nuevo sobre la cama y fue incapaz de borrar esa tonta sonrisa de sus labios. Creía estar en un sueño. No le era indiferente a la viudita y eso hacía que su corazón galopara de felicidad.

Recordó la primera vez que la vio y ahogó un gemido. Ella parecía haber salido del baño y solo la cubría una toalla. Fue la primera vez que se perdió en esa sedosa piel de ángel y en esos dorados rayos de sol que tenía por cabello. Ella no sospechaba que él estaba podando unas ramas del roble que estaba frente a su ventana y él no sospechaba que esa habitación tenía nueva dueña.

Sabía que estaba mal espiarla, pero cuando dejó caer la toalla para vestir sus enaguas y verla como vino al mundo fue el momento más erótico de su vida. Fue en ese momento en que se instaló en él ese profundo deseo que no lo dejaba vivir en paz. Fue ese deseo el que lo llevó a aceptar luego ese loco plan, porque tendría la oportunidad de estar cerca de ella.

Esa noche la había soñado entre sus brazos, así como la había visto, sin poder sacarla de su mente desde entonces. Besarla fue el detonante de esa bomba que estalló en su interior y lo que lo llevó a querer conocerla más. Lo había llevado a poner más empeño en aprender a ser Henry y a pasar noches en vela para lograrlo.

No le importaba dejar de ser el que había sido hasta ese entonces, si eso significaba tenerla a ella. Si eso significaba que tendría una excusa para besarla, estrujarla entre sus brazos o hacerle el amor, estaba dispuesto a todo.

Había llegado a conocerla bastante desde que llegó a Bearroc Park hecha pedazos y con sólo una fiel doncella que no la abandonaba. Ahora sabía lo que debía hacer para ganarse su amor y empezaría desde esa misma mañana.

Capítulo 15

Esa misma tarde empezarían a llegar a Bearroc Park los invitados a la cena de presentación. Mathew ya tenía aprendido casi todo lo que podría necesitar saber. Después del desayuno, aprovecharon un tiempo libre para repasar algunos rostros que Henry debía haber conocido. El conde le enseñaba un viejo álbum de fotos y le repetía el nombre de cada uno de los que estaban en él.

Desvió fugazmente la mirada hacia Madeleine y ésta sonreía orgullosa, quien no sospechaba que lo próximo que oiría de su tío político sería el inicio de su maravilloso plan para unirlos.

—Estáis olvidando un detalle muy importante —anunció, rompiendo ese silencio que se había instalado en el lugar. Madeleine miró a Mathew y éste se encogió de hombros.

—No lo creo, mi lord. Esto era lo único que quedaba por repasar —respondió Madeleine, haciendo un cálculo mental.

—Es que la habitación que utiliza Mathew es la que acostumbra ocupar el duque de Norfolk en cada visita que hace al castillo —comentó. Mathew asintió pensativo.

—Yo no tengo inconveniente de mudarme para otra habitación. La del fondo del ala está disponible —sugirió. En un principio, Madeleine sintió que se le erizó la piel al imaginar que diría que se mudaría con ella, pero el conde se encargó de confirmar sus temores.

—Por supuesto. Es muy normal que un matrimonio de recién casados duerma en habitaciones separadas —replicó con ironía—. Ninguno de nuestros invitados, los cuales dormirán en esta ala, lo notaría.

Tenía una forma sarcástica de hacerles ver que eran unos tontos, y que no era precisamente un mero cambio de habitaciones lo que sugería. Madeleine se aclaró la garganta y titubeó un poco antes de levantar la mirada hacia Mathew. Éste puso sus brazos en jarras y levantó una ceja hacia el conde.

El viejo miró fijamente a la viuda, como si la estuviese animando a dar el paso que necesitaba y ella lo entendió a la perfección. El jardinero parecía buscar en su mente una alternativa que no la pusiera en una situación vergonzosa, más aún, conociendo su condición. No quería que ella se sintiera

invadida, obligada a aceptar una convivencia que él deseaba que se diera con naturalidad y de mutuo acuerdo.

—Podemos fingir una pelea —sugirió el joven, pero ella estaba decidida a dar un pequeño paso para avanzar. Era la excusa más tonta que había escuchado.

—O podemos compartir la habitación —apostilló Madeleine, para sorpresa del hombre—. Serán pocos días. —Lo miró con cautela. Mathew sabía que eso era tirarse al abismo, uno del que no podría salir. No se sentía capaz de compartir habitación con la mujer a la que deseaba con toda el alma.

Se quedó mirándola por un rato y luego asintió con una sonrisa.

—¿Estás segura? —preguntó, con los ojos entrecerrados. Ella asintió y el conde también, muy complacido con la decisión de la viuda. Veía en ella a una mujer fuerte y decidida, y eso le agradaba. Estaba seguro de que ella debía estar muriéndose de miedo, pero parecía resuelta en darse una segunda oportunidad.

—Milord tiene razón. De nada serviría tanto esfuerzo si nos descubren durmiendo en habitaciones separadas. A menos que tú no quieras. —Enarcó una de sus cejas y él negó de inmediato. ¡Por supuesto que quería eso y mucho más con ella!

—Muy sensato de tu parte, querida. Los rumores no tardarían en llegar a Londres y sería imposible pararlos. Mientras más alejados de ellos nos mantengamos, mejor. No tentemos a la suerte.

Mathew asintió, en total silencio, pero sin dejar de admirar a Madeleine. Debía ser ella la que sintiera esas mariposas y no él, pero las estaba sintiendo. Sólo le pedía a Dios no excitarse con tanta cercanía o de hablar en sueños.

—Está bien. No tengo problemas en compartir la habitación —repuso el jardinero, mirando a Madeleine. Ella sonrió con ternura y vio cómo el conde le guiñaba el ojo a espaldas de Mathew.

—Entonces... te espero en la habitación para ayudarte a instalarte —dijo la viuda, sintiendo más calor que hacía un momento. Sentía que las mejillas le ardían y temía que la estuvieran delatando.

—Id, id, que yo escribiré unas cartas y luego iré al despacho —anunció.

El conde tiró de un cordel y en la azotea sonó la campanilla que correspondía al comedor. Royers se apresuró a acudir a la llamada del conde. Al enterarse de los cambios que harían, subió de inmediato a buscar a uno de los lacayos y a una de las doncellas para que ayudasen en la mudanza.

Josephine se apresuró a ofrecerse para el trabajo, pero tanto la señora

Mildred como el señor Royers habían recibido órdenes de que esa doncella nunca más fuera a esa ala del castillo. El ama de llaves cruzó miradas con el mayordomo y éste eligió al lacayo de su confianza y a la señora Cromwell, como era de esperarse, al tratarse de su señora.

...

Madeleine y el jardinero se miraban tímida y fugazmente, mientras los sirvientes terminaban de ordenar todo en la nueva habitación matrimonial. Mathew observaba a escondidas cada detalle de la habitación, terminando su recorrido visual en la cama. Tuvo pensamientos para nada inocentes, pero los despejó al salir de golpe de ese lugar.

La señora Cromwell sonrió para sí al entender lo que sucedía. Llevaba días observándolo, desde que para Madeleine se había convertido en algo más que una simple mentira. Era testigo de ese deseo que los ojos del jardinero delataban, era testigo de lo mucho que él disfrutaba de su compañía y de que a ella tampoco le era indiferente.

La viuda no había visto la retirada de su falso esposo, así que no le extrañó que no estuviese. Continuó supervisando todo hasta que finalizó. Menos mal que acabaron a tiempo, porque unos minutos más tarde vieron llegar a la comitiva del primer invitado.

...

El duque de Norfolk solo había sido el primero en llegar. Después de eso, fue prácticamente una caravana de coches y carruajes que dejaban a sus ocupantes para luego seguir camino para dar paso a otros. No iba a ser una cena muy pomposa ni con demasiados invitados. En total habían llegado como cinco familias de las más allegadas al conde, acompañados de sus sirvientes.

Para el ocaso, todos vestían sus mejores galas, pero para Mathew nadie podía igualar en belleza a su falsa esposa. Él había bajado antes al salón para darle privacidad, así que, verla bajar las escaleras fue un momento especial.

Ella vestía de un rosa pálido, con una cola que, al moverse, la hacía parecer una mariposa, o por qué no, un ángel. Era la primera vez que llevaba las joyas que le había regalado Henry, con las cuales brillaba aún más. Parecía una verdadera princesa.

Mathew tragó saliva y, cuando pudo reaccionar, se apresuró a alcanzarla al pie de las escaleras para recibirla. Tomó la mano que ella le tendió y la besó, tan suave y lento, mirándola mientras lo hacía, que ella no pudo evitar sentir en toda su espalda ese escalofrío, a pesar de que llevaba puestos unos guantes.

—Estás preciosa —mencionó, sin dejar de mirarla a los ojos. Tenía esa sonrisa torcida que pronto se había convertido en la favorita de Madeleine.

—Tú tampoco estás mal —dijo Madeleine, sonriendo también para él.

—¿Lo hice bien? —susurró, mirando a su alrededor, refiriéndose al momento de recibirla.

—Perfecto —respondió ella, admirando cada centímetro de su rostro. Tenía las facciones duras, pero, cuando sonreía, toda dureza se convertía en belleza. Él no lo sospechaba, pero la respuesta de Madeleine iba más allá de su pregunta.

—Entonces vamos —la invitó. Ella asintió y volvió a observarlo de cerca.

Se veía igual que Henry, se comportaba igual que Henry, pero ella sabía que no era él. Lo recordaba con cariño, pero por este hombre que ahora la llevaba orgulloso del brazo empezaba a sentir cosas que no había sentido por su esposo.

El salón empezó a llenarse de mujeres cuyos estilismos competían entre sí, con glamurosos vestidos y joyas que podrían iluminar todo el salón, y también de hombres que parecían no haberse visto en años. Se palmoteaban la espalda y preguntaban por sus vidas.

Cada quien fue ocupando su respectivo lugar y pronto la mesa estaba lista para empezar la velada. El conde dio la orden al señor Royers para que empezaran a servir la cena.

Los lacayos iban y venían con bandejas cargadas de deliciosos bocadillos, sirviendo a cada invitado con la mayor atención posible, mientras que el mayordomo revisaba que todo estuviera en orden. Como siempre decía: «Debemos honrar siempre la dignidad de la familia a la que servimos», por eso se cercioraba de que ninguno estuviera mal vestido o que hiciera algo que pudiera poner en una situación vergonzosa al conde.

—Queridos míos, vuestra atención, por favor —pidió éste, antes de que sirvieran el postre. Levantó su copa a medio llenar y observó a cada uno de los que rodeaban la elegante mesa, en cuyo centro se erguía un importante arreglo floral con las rosas del jardín—. Me alegro de teneros aquí esta noche, compartiendo esta hermosa velada en la que deseo presentaros a mi heredero, mi sobrino Henry Howard y a su esposa, la dulce Madeleine.

Todos aplaudieron y pusieron total atención a la pareja. Madeleine fue oportuna al tomar la mano de su esposo y así mostrar una imagen más real.

—Algunos ya han tenido la oportunidad de conocer a mi sobrino. —Miró al conde de Derby y a su esposa y al sacerdote. Éstos asintieron, aunque observaban con curiosidad a la pareja. Los condes conocían a Madeleine desde que era una niña, la habían acompañado en su dolor y le tenían alta estima, pero, aunque habían asistido a su boda, el esposo les resultaba un poco diferente—. Pero muchos no. —Hizo un breve silencio—. Quería compartir con todos vosotros la enorme felicidad que siento en este momento. Había pasado unos días terribles pensando que mi querido sobrino y su reciente esposa habían perecido en el terrible naufragio en el que muchos perdieron a sus familias, pero debo decir que me puse muy feliz al verlos llegar días después de tan nefasto suceso. Este es un hombre muy afortunado. Tiene una bella esposa que lo ama y una segunda oportunidad de disfrutarla. El patrimonio del condado de Berkshire está asegurado y espero que pronto llenen Bearroc Park con hijos.

Madeleine bajó la mirada y sintió que no solo le ardían las mejillas. Su corazón estaba tan acelerado que temía se detuviese de repente o que alguien lo notara. Cuando por fin se animó a levantar el rostro de nuevo, miró de soslayo a su falso esposo y éste le dio un ligero apretón de mano, uno que solo ella vio y sintió. Ella sabía que el hombre que estaba a su lado era todo un caballero, a pesar de que aprendió a ser uno a pasos acelerados.

Los comensales brindaron por la pareja y por haber superado esa tragedia que pudo habérselos llevado, como así también por su felicidad. Mathew era escrutado no solo por el conde, sino también por los Derby, quienes atendían cada movimiento o comentario que hacía. Afortunadamente, nada de lo que aprendió se le escapó y pudo interpretar su papel a la perfección. Incluso hizo algunos comentarios de su trabajo anterior, con los datos que le había contado Madeleine, en especial sobre su buena relación con el señor Andrews.

Pasaron luego al salón, donde los hombres bebieron Brandy y fumaron puros, mientras que las mujeres conversaban entre sí. Todas querían conocer a la futura condesa, así que no perdían la oportunidad de hacerle preguntas y conversaciones.

—De verdad que eres afortunada, querida —mencionó la duquesa de Norfolk. Era una mujer fina y picante. Había estado admirando a Mathew en más de una ocasión—. Tienes un marido no sólo joven, sino también muy guapo. Recuerdo que cuando conocí al duque quise echar a correr, pero, por

supuesto, no lo hice. Me alegro de no haberlo hecho.

—¿Por qué lo dices, querida? —preguntó la condesa de Devon. Parecían conocerse de antes, por la familiaridad con la que se trataban.

—Porque con los años me fui enamorando del hombre detrás de la fachada. Fue caballeroso, respetuoso y se desvivía en detalles para mí. ¿Quién no se enamoraría de un hombre así? —preguntó a las que charlaban con ellas, pero Madeleine se había quedado algo pensativa. Cuando por fin reaccionó, miró a Mathew desde lejos y pensó en la pregunta de la condesa. Él había sido caballeroso con ella desde que empezaron con el plan y se había interesado en conocerla, pero ella a él no y se sintió mal por eso.

—Y tú querida, ¿ya has encontrado eso que te enamora de tu esposo? ¿O aún no lo has descubierto? —preguntó la condesa de Devon a Madeleine. Ella se disculpó con todas, con una amable sonrisa y se encaminó hacia Mathew.

Se disculpó por interrumpir la conversación que estaba teniendo el conde con sus pares y les robó a su falso esposo. Él no entendía por qué lo estaba llevando hacia la salida del castillo, pero tampoco cuestionó.

Una vez que estuvieron en el exterior, ella lo agarró de la mano y lo estiró para que la siguiera. Él se sentía demasiado feliz como para intentar entender qué sucedía, sólo se dejaba guiar por esa hermosa mujer que lo conducía hacia un banco que se encontraba bajo el roble que estaba cerca del jardín de rosas.

Mientras caminaban, en total silencio, Madeleine miró al cielo y vio que estaba salpicado de brillantes estrellas que parecían diamantes en un terciopelo negro. En su interior, conversaba con su esposo, con el verdadero. Le pedía perdón por lo que estaba haciendo al reemplazarlo y le pedía una señal que le hiciera saber si aprobaba lo que podía suceder entre ella y Mathew.

La brisa que traía el tranquilo baile de las ramas movía el vestido de la viuda, trayendo de nuevo al jardinero la imagen de un ángel vagando por la Tierra. La detuvo ahí mismo y la rodeó con sus brazos por la cintura. Sus cuerpos estaban peligrosamente cerca, tanto que ella pudo notar el fresco aroma a colonia del elegante hombre que una vez había sido el jardinero. Se sobresaltó por ese arrebató, pero no dijo nada.

Ella estaba asustada, o más bien, sorprendida, pero le gustaba esa sensación de seguridad que le generaba estar entre sus brazos. Lo miró desde abajo y él se relamió los labios antes de suspirar. Parecía querer decir algo, pero sólo sonrió y empezó a mecerse como si estuvieran bailando. No quería revelar sus sentimientos por temor a echarlo todo a perder, así que sólo

disfrutó del momento.

—¿Qué haces? —preguntó ella, con una sonrisa.

—Bailando con mi esposa —respondió, tomando posición de vals. Empezaron a balancearse de nuevo, sin dejar de mirarse. Se sentía a gusto, en paz y por primera vez no tuvo esa horrible sensación de que lo perdería también a él.

Ella quiso saber si su corazón estaba latiendo tanto como el de ella, así que pegó su rostro lentamente al pecho de su pareja de baile.

—Debería ser yo quien preguntara por qué me secuestraste —bromeó, haciendo que ella levantase la mirada de nuevo.

—Es que me di cuenta de que casi no hemos pasado tiempo a solas y nunca hablamos de nuestros sentimientos respecto a este plan. Sólo lo vimos como un acuerdo que nos beneficiaba a todos, pero no pensamos en que viviremos juntos, para bien o para mal, y que me gustaría que fuera bueno para ambos y que podamos llevarnos bien. Me gustaría que pasáramos más tiempo a solas y podamos conocernos realmente, no sólo sobre cosas que nos ayuden a cumplir nuestros papeles —mencionó, casi en un susurro. Sus ojos brillaban y sus mejillas estaban más rojas de lo normal. Ella se había dado cuenta de que no había marcha atrás y que, si iban a vivir juntos, quería que fuera de la mejor manera.

—Se supone que sólo debo interpretar a Henry —respondió Mathew con cierta picardía, aunque en realidad quería saber qué opinaba ella sobre eso. Temía que lo que le había dicho el conde fuera un farol—. Sólo debo parecerme todo lo que se pueda a él. ¿Por qué te interesaría conocerme? ¿Por qué importaría mis sentimientos?

Madeleine estuvo a punto de retirarse. Ese hombre parecía no estar interesado en que ellos fueran un matrimonio de verdad, o por lo menos eso le daba a entender. Lo que ella no sabía era que él moría porque lo fuesen, pero quería estar seguro de que ella también lo quería y no fuese solo por compromiso.

—¿De verdad quieres esto, Madeleine? —prosiguió. Ella recordó las palabras de Henry en su última noche en el *Titanic* y sintió un escalofrío. Debía dejar de pensar en él, en todo lo que le había dicho, pero le resultaba imposible con tanta similitud con este hombre—. ¿No quieres que me limite a ser Henry y todo siga como si él nunca hubiese muerto? Él era todo un caballero, por lo que me contaste. Era un hombre culto, educado, encantador. Puedo convertirme en eso.

—Yo quiero conocerte a ti, Mathew. A Henry ya tuve el placer de conocerlo. Fue un hombre maravilloso, no lo voy a negar, pero ya no está. Ahora estoy aquí, a tu lado. No dudo de que puedas lograr todo eso. Debo reconocer que me sorprendiste, que te subestimé, lo siento. Pero para para mí siempre serás Mathew y quería que lo supieras —aclaró. No dejaba de mirarlo y eso lo tenía alborotado. Tenía una mirada que podía con todas sus resistencias. Sólo deseaba estrujarla aún más y besarla como si no hubiera mañana—. Si vamos a hacer esto, quisiera saber lo que te gusta, o lo que no. Quisiera conocer tus gustos, tus miedos, tus deseos... —Él tragó saliva y clavó la mirada en sus labios.

La sonrisa de Mathew era esa que a ella le encantaba, la que, con tan solo asomar, la debilitaba a tal punto de olvidar todas sus barreras.

—¿Podemos empezar por lo que deseo? —preguntó Mathew, sin dejar de mirarle los labios. Ella sintió que la apretaba un poco más a su cuerpo y de nuevo ese persistente cosquilleo en las entrañas. Era un hombre muy apuesto y viril. Tenía algo que ella no lograba entender, pero le gustaba.

Le pasó el pulgar por los labios y ella cerró los ojos. Estaba resuelta a dejar atrás todos sus miedos y a dejarse guiar por sus instintos. Ella quería su compañía y no sólo de mentira.

¿Acaso era esa su señal?

Capítulo 16

Definitivamente debía ser una señal la forma en la que Mathew la besó, sin previo aviso y como para que no lo olvidara jamás. La forma en la que sus manos le presionaban la cintura para pegarla a su cuerpo, era más peligrosa que lanzarse de un acantilado. Henry la había besado con ternura, pero este hombre le había enseñado con ese beso, el fuego que llevaba en su interior.

El conde los había seguido, junto a los duques de Norfolk, muy preocupados por su repentina fuga del salón. Se miraron con complicidad al ver a la parejita darse un tremendo beso como ese.

—Creo, mi querido conde, que esos dos le darán muy pronto la noticia de un nuevo integrante —mencionó la duquesa, con un tono picante como era costumbre en ella.

—Volvamos dentro —sugirió el duque, tomando del brazo a su esposa—. Dejemos que los tórtolos enciendan la estufa.

Los tres rieron muy bajito para que no los pillaran, y se retiraron. El conde se giró de nuevo a mirarlos y estos se habían separado abruptamente. Ella parecía agitada, tanto como él, pero no se quedó a ver lo que sucedió a continuación. Ya la semilla había caído en tierra fértil, después se encargaría de regarla.

Madeleine acarició sus labios y lo volvió a mirar. Él intentaba contener su respiración agitada y algo más. Llevó sus manos al rostro de ella y lo acunó. Nunca se había sentido tan bien en los brazos de una mujer.

—No me voy a disculpar esta vez —mencionó con los ojos brillantes—, porque me preguntaste qué era lo que deseaba y te contesté. Deseaba besar tus labios como lo hice ahora, desde el primer día en que te vi. —Madeleine seguía muda, pero atendía a cada una de sus palabras sin dejar de mirar sus labios—. Ya no voy a ocultar esto que siento, porque te deseo cada vez más y creo que tú sientes lo mismo.

—Yo... —empezó a decir ella, pero él la detuvo, posando uno de sus dedos en los labios de la viuda.

—Dame una oportunidad de demostrarte que podemos ser más que una mentira, Madeleine. No necesitamos fingir todo el tiempo, podemos disfrutarlo también. El conde tiene a su heredero y tú me tienes a mí, rendido a tus pies...

—terminó su frase en un susurro.

—Estoy de acuerdo con que no tenemos que fingir siempre, en que podemos disfrutar. Tú... me gustas también, pero necesito tiempo. Hay cosas que debo asimilar, temores que debo vencer, pero quiero que esto sea real.

Madeleine sintió el rubor en todo su cuerpo. No podía creer que lo hubiese dicho en voz alta, pero sintió mucha paz. Estaba segura de que Henry deseaba que ella volviese a ser feliz, como le había dicho cuando se despidieron.

—Tenemos tiempo —dijo el hombre y sonrió de costado. Entrelazó sus dedos con los de ella y la invitó a seguir paseando—. ¿Qué tal si te cuento cuáles son mis comidas favoritas? —preguntó divertido, sonsacándole a ella una sonrisa.

Ni siquiera se dieron cuenta de que todos se habían ido ya a la cama. El tiempo que pasaron charlando fue tan ameno que las horas parecieron minutos. Aun así, debían ir a descansar. Era más que seguro que al día siguiente irían a cazar en los terrenos de Bearroc Park. Madeleine no podía creer que estuviera sucediendo. Esa nueva esperanza de ser feliz estaba creciendo de nuevo en su corazón. Tal vez ese loco plan, del cual inicialmente sólo esperaba tranquilidad, no iba a ser tan pesado e incómodo.

—Nunca me permitieron montar a caballo —mencionó Madeleine, con voz triste y frunciendo levemente los labios—. Como era hija única, mis padres me sobreprotegieron demasiado.

Ambos habían llegado a su destino.

Hasta ese momento, Madeleine no había dimensionado que dormirían en la misma habitación, así que empezó a sentir unos nervios tremendos, aunque no se lo mencionó a Mathew.

—Pues si deseas, te puedo enseñar —le dijo el jardinero, mientras abría la puerta—. Adelante —la invitó a pasar.

Madeleine titubeó por unos segundos, pero terminó por entrar. Ya en el interior, miró la cama y luego a Mathew. Éste lo entendió perfectamente, así que le ahorró el bochorno.

—No te preocupes. Dormiré en ese sillón. —Le señaló el que estaba cerca de la ventana, a un lado de la cama.

—Gracias —susurró ella, un poco entristecida—. Me cambiaré en el baño.

Mathew asintió y procedió a desvestirse una vez que la perdió de vista, para ponerse el pijama de seda azul marino, aunque sólo el pantalón. Hacía calor y no pensó que causaría tanto estrago en su joven e inexperta esposa de mentira al encontrarlo acomodando el sillón donde dormiría.

Ella tragó saliva al ver su ancha espalda desnuda, pero apartó la mirada rápidamente, aunque no tan rápido, porque él de todas formas la descubrió. Sonrió con picardía y se echó en el sillón. Era alto, muy alto, por lo que no era raro que no cupiese en él. Se acomodó como pudo, pero de todas maneras faltaba espacio.

Madeleine, cubierta con su bata de seda, se metió a la cama sin perder el tiempo. Lo observó de reojo y sintió pena por la manera incómoda en la que estaba el hombre. A pesar de la rapidez con la que su corazón latía y que todo su cuerpo estaba ardiendo, lo pensó por un rato y supuso que no estaría mal que lo invitara a dormir a su lado. Eran un matrimonio para todos.

—Mathew... —llamó la mujer. Él se sentó y la miró. Se quedó mirándola por un rato, hasta que ella prosiguió. Se veía hermosamente tentadora y supo que ese plan de dormir en la misma habitación no había sido una muy buena idea—. Si quieres, puedes venir a dormir en la cama.

El jardinero levantó una ceja y frunció los labios. Si estando a metros de ella sentía todo eso que lo incomodaba, no quería imaginar lo que sería al tenerla tan cerca, rozando con su débil cuerpo.

—No te preocupes, estoy bien —respondió, generando en ella una ligera decepción. Ella no lo sabía, pero había rechazado su oferta por el bien de los dos. Madeleine imaginó cómo se sentiría ese cuerpo a casi nada del suyo y suspiró.

Mathew no podía creer que la hubiera rechazado, siendo que todo lo que quería era amanecer a su lado, rodeándola con sus brazos, disfrutando del dulce aroma de su pelo. Sin embargo, sabía que sería muy doloroso estar así y no poder tocarla.

Maldijo en su interior y apretó contra su cuerpo la almohada que había cogido de la cama mientras Madeleine estaba en el baño. Debía encontrar a un sacerdote que los casara en secreto lo antes posible. Si era eso lo que ella necesitaba para entregarse a él en cuerpo y alma, iría hasta el mismo Vaticano.

...

Mathew había aprendido a cabalgar desde niño, pero ese día lo hacía con la ropa digna de la nobleza. Madeleine, junto a las demás damas, los observaban prepararse para la caza, desde un coqueto lugar que habían dispuesto para ellas, con el desayuno servido. Era una mesa larga, con variopintas pastas y teteras de porcelana.

La única mujer que cabalgaba entre ellos era la hija del conde de Devon, quien acompañaba a su prometido en la cacería. Era una experta amazona y había generado en Madeleine una gran admiración. Aceptaría el ofrecimiento de Mathew y aprendería a hacerlo ella también. Quería hacer todo aquello que le habían prohibido hacer de pequeña.

Madeleine miraba disimuladamente al jardinero, pero nada se le escapaba a la duquesa de Norfolk, quien ya sonreía con picardía. Se veía muy apuesto y elegante con ese traje de montar.

—Creo que alguien no puede quitar la vista de su esposo —mencionó la duquesa, suficientemente alto como para que las demás la oyeran—. Y supongo que tiene que ver el que se hubieran escapado anoche hacia el jardín...

Madeleine la miró muy sorprendida y sintió que todo su rostro le ardía. Sonrió por lo bajo y oyó como todas reían con complicidad. Si tan sólo supieran que lo había observado hasta tarde dormir.

—Ay, hija, no te avergüences. El conde y yo éramos imparables de recién casados —contó la condesa de Devon, con su extravagante sombrero con plumas—. Me extraña que solo hayamos tenido tres hijos.

—¿Pensáis tener hijos pronto? —preguntó la duquesa. Las demás damas eran más calladas que las dos mujeres que dirigían la conversación, pero parecían igual de interesadas en conocer a la joven, con excepción de la condesa de Derby, que ya conocía a Madeleine.

—Pues no hablamos aún de eso, pero supongo que los tendremos —respondió Madeleine, mirando de nuevo a su esposo. Éste se despidió de ella agitando la mano y con una radiante sonrisa.

—¿Y quieres tenerlos? —insistió la duquesa. Era una pregunta poco común para esa época, en la cual las mujeres no tenían hijos sólo porque los quisieran, sino porque sus maridos, generalmente los nobles, los necesitaban.

Imaginó a unos pequeños correteando por el pasto cubierto de florecillas en la primavera, o chapoteando en el lago en verano. Pensó en cómo se sentiría llevar a un pequeño ser en su interior y sonrió.

—Me encantaría tenerlos —respondió al fin. Los imaginó con el pelo dorado como ella y con los ojos de su padre. La señora Cromwell la oyó y sonrió también. Le encantaría ver niños en ese frío castillo. Madeleine había traído un poco de luz, pero los niños iluminarían aún más.

La mentira se hacía cada vez más real. Ya estaban hablando de hijos y ella ni siquiera había dejado de ser virgen. Supuso que alguna vez terminaría

cediendo y se entregaría, pero deseaba de todo corazón que Dios bendijera su unión. Sabía que nunca dejaría de ser una mentira hasta que eso sucediera.

...

La segunda cena con los invitados fue mucho más amena que la anterior. Tal vez se debía a que tanto Mathew como Madeleine se sentían más confiados y metidos en su papel. Ya no había esa presión de una primera impresión, así que la disfrutaron aún más.

Llegada la hora de dormir, Madeleine se acostó, como la noche anterior, en la cama, mientras que Mathew lo hacía en el sillón de nuevo. Esa mañana se había quejado de unos ligeros dolores de espalda, a lo que los hombres respondieron que probara «otra posición» esa noche. La viuda no lo había entendido enseguida, pero no tardaron en hacerla comprender a qué se referían.

Lo veía moverse y moverse, tratando de encontrar una posición cómoda en ese incómodo sillón, así que se sentó en medio de la cama y lo llamó. Él había repetido su negativa de la noche anterior, pero ella ya no quería verlo dormir tan incómodo, así que se levantó y caminó hasta él.

—Ven, por favor. La cama es muy grande y no es justo que tú duermas aquí —dijo la viuda, tomándolo de la mano.

Ese simple contacto hizo que él quisiera negarse con mayor razón, pero ella parecía decidida en su objetivo. Por supuesto, ella no tenía la menor idea de lo difícil que era para Mathew resistirse y respetarla. Lo llevó hasta la cama y le indicó que ocupara el lado derecho.

—¿Estás completamente segura? —preguntó, un poco dudoso. Ese camisón no ayudaba para nada a que pudiera dormir tranquilo. No se lo había dicho, pero a contraluz se podía ver perfectamente toda su desnudez, porque era evidente que lo estaba.

—Sólo vamos a dormir —aclaró ella, cubriéndose con una sábana hasta la cintura. Mathew la miró y no pudo evitar imaginar cómo serían esos pechos que se notaban levemente excitados debajo de la delgada tela. Asintió y se acostó de inmediato, dándole la espalda.

Ella deseaba, con toda su alma, sentir esos fuertes y viriles brazos rodearla, pero tal vez eso fue lo mejor. Ya sentía que estaba haciendo algo malo al dormir en la misma cama que un hombre que no era su esposo ante los ojos de Dios, pero le daba pena verlo dormir tan incómodo.

—Que descanses —susurró él, antes de apagar la luz.

—Igual tú —respondió una nerviosa Madeleine. Estaba acostada bocarriba, acariciando su larga cabellera sobre su pecho derecho. Podía oír su respiración. Ese sonido la tranquilizaba, porque la cercanía de ese hombre a su cuerpo encendía en ella todas sus fibras sensibles.

Había caído rendida en sueños a los pocos minutos, en la misma posición en la que había estado mientras pensaba en toda esa locura, pero grande fue su sorpresa al despertar por la mañana. Ya no estaba en la misma posición, y Mathew tampoco.

El alboroto que hacían los pájaros entre las ramas del roble la había despertado. Por supuesto, como era costumbre en ella, intentaba no abrir los ojos y seguir en cama todo lo que pudiera.

Cuando fue consciente de que ese peso que sentía en sus costillas no era de su brazo y que lo que sentía contra sus nalgas no era normal, se sobresaltó, aunque no hizo nada. Abrió lentamente sus ojos y miró el fuerte brazo de Mathew rodear su cintura, pero, como era muy alto, también le agarraba parte de las costillas.

Podía sentir su respiración en la parte trasera de su cuello y en su pelo. Era tranquila y pausada. La que para nada tranquila estaba era ella. Se quedó muy quieta y disfrutó un poco de esa sensación. Por fin sabía lo que se sentía tener a ese cuerpo a casi nada del suyo. Es más, estaban peligrosamente cerca.

Ella bajó la mirada y comprobó que aún llevaba su camisón. Al sentir que ella se movía ligeramente, aún en sueños, él la apretó más contra su cuerpo. Madeleine fingió que se desperezó y él se despertó. Se separó rápidamente, como si hubiese estado abrazando a la muerte misma y se disculpó.

—Perdóname, Madeleine. No fue mi intención faltarte al respeto —se disculpó. La viuda asintió levemente y se cubrió mejor con la sábana.

—No te preocupes. Lo sé —respondió, con una leve sonrisa, pero con una hoguera en su interior—. No necesitas levantarte. Confío en ti —añadió, con la esperanza de que aceptara.

Mathew se acostó de nuevo y ambos quedaron de costado, pero enfrentados. Él llevó la mano al rostro de Madeleine y le acomodó un mechón que le impedía ver su rostro por completo. Se veía hermosa y tentadora, pero sólo terminó por acariciarle el rostro con el pulgar.

—¿Puedo abrazarte? —preguntó ella, casi en un susurro. Parecía totalmente avergonzada, pero decidida. Mathew tragó saliva y, aunque sabía que sería una tortura para él, asintió.

Madeleine metió sus delicados brazos por debajo de los del jardinero y los cerró en un abrazo. Él sabía que no había malicia en su pedido. Ella era pura e inocente, pero necesitaba con urgencia sentirse amada y protegida. Sentir sus pechos contra su torso fue una dulce tortura. Sentir que sus pezones se apretaban contra él en ese abrazo, hacían que reprimiera un gemido, con mucho dolor.

La apretó contra su cuerpo y le acarició suavemente la espalda. Ella apoyó su cabeza en el torso del jardinero y sintió que él hizo lo mismo sobre la de ella. No tenían prisa en bajar. Total, todos debían estar imaginando cosas sobre ellos. Lo dejaron bien claro en la cacería.

Después de estar así por un buen rato, él la tomó del rostro y la miró con cariño antes de besarla. Ya no soportaba no hacerlo. Mirar esos rosados labios lo tentaba cruelmente y no podía resistirse. Cerró los ojos con fuerza y la besó con pasión, como si le doliera hacerlo y no poder bajar hacia su cuello, o hacia sus pechos.

Se separó de ella cuando el deseo empezaba a ganarle y la miró, toda alborotada. Ella buscaba la respuesta del porqué se había separado así, con esa mirada inocente que lo podía.

—Hagamos esto real, Madeleine... —susurró con la respiración entrecortada y acariciándole el hombro desnudo. Ella tampoco podía contener más sus deseos, así que cerró los ojos y asintió.

Sabía que no era amor lo que sentían, pero el deseo era un buen comienzo para ese matrimonio de mentira. Ella no olvidaba las palabras de su madre y las de la señora Cromwell, que el amor nacía con la convivencia. Dependería de ella que eso no quedara en un simple deseo satisfecho, sino que Mathew encontrara en ese matrimonio no solo placer carnal, sino también el amor que ella podía dar.

Capítulo 17

Esa mañana despidieron a todos sus invitados, pero Madeleine temía que Mathew quisiera volver a su anterior habitación con la partida de estos. Dos noches habían sido suficientes para que ella descubriera lo mucho que le gustaba dormir en su compañía.

Deseaba que entre ellos sucediera eso que él había estado evitando con dolor. Sospechaba que el conde le había contado sobre su situación a Mathew, porque, de creer que no era virgen, hubiese intentado convencerla de continuar esa mañana y no se hubiera retirado como lo hizo.

Todos partieron después del desayuno y, al parecer, nadie sospechó del cambio de herederos. Sí, los condes de Derby hicieron más preguntas de lo normal al pobre Mathew, pero no hubo ninguna que hubiera quedado sin una respuesta que los convenciera, así que se fueron convencidos de que su querida Madeleine estaba en buenas manos.

La viuda confiaba en su amiga, pero no estaba segura de que los padres de ésta le guardaran el secreto, así que todo debía salir a la perfección. Al no haber sido descubierto por personas que habían conocido al Henry verdadero, les dio esperanzas de el plan funcionaría.

Mathew estuvo pensativo durante todo el almuerzo. El conde se preguntaba qué podría ser, como también Madeleine. Ésta había intercambiado algunas miradas con él, pero seguía sin entender qué era lo que debía estar sucediendo en su mente.

—A ver, ¿me vas a decir qué diablos te sucede? —le exigió el conde. Mathew se sorprendió por la pregunta, pero miró directamente a Madeleine.

—Nada —respondió y continuó con su postre.

—No creo que «nada» sea lo que te tiene tan callado. Si algo te molesta, debes decirlo, para que podamos remediarlo.

Madeleine pensó que se podía deber a su negativa, por lo que bajó la mirada y jugó con la servilleta que yacía sobre sus muslos. Entendía que estuviera molesto. Cualquiera hombre lo estaría si su esposa —aunque fuera de mentira— le negara el placer en la cama. De pronto pensó en que, tal vez, él pudo haber tenido a alguien antes de su llegada y que haber aceptado el plan los hubiera separado. Suspiró profundamente y trató de alejar esos

pensamientos de su mente.

—Quiero que esto sea real, milord —respondió en voz baja, mirándola de nuevo a los ojos. La señaló con la mano y luego se señaló a sí mismo. Ella se sorprendió mucho con esa respuesta, tanto que dejó caer la cuchara que acababa de cargar con helado.

Ella apretó los labios y se tensó.

—Eso ya lo sabía. —En ese momento, sólo los acompañaba el mayordomo, por lo que se sintió libre de expresar sus sentimientos. Todos los lacayos y doncellas habían retirado los restos y los utensilios—. Lo que no entiendo es dónde está el problema.

—Que la deseo mucho, con todas mis fuerzas, diría —replicó, mirando al conde con firmeza. Madeleine se sentía avergonzada, pero también emocionada. Él estaba afirmando sus sentimientos frente a ella sin ningún temor ni vergüenza—, pero siento que ella necesita algo para aceptarme. ¿No es así, querida? —preguntó a la viuda. Ella no podía adivinar si ese tono era de ironía o amabilidad.

Madeleine iba a levantarse, pero el conde le pidió con amabilidad que se quedara. Entendía que ella se debía estar sintiendo muy avergonzada, pero era necesario aclarar las cosas de una vez.

—Yo... —balbuceó ella, con la mirada nerviosa. —Yo también lo deseo, pero...

—Lo sé, y es por eso que quiero pedirte que te cases conmigo. De verdad. —Tanto el conde, como el mayordomo y Madeleine se quedaron boquiabiertos. ¿Cómo que casarse?—. Yo sé que es importante para ti. Tú estabas casada con Henry y, por más que ahora soy más él que yo mismo, siento que es ese el paso que necesitas para que podamos ser un matrimonio de verdad. —Ella asintió con el corazón galopando descontrolado. ¿Ese hombre quería eso de verdad?—. Entonces hagamos esto.

—Pero hacerlo revelaría nuestro secreto y no podemos permitirlo. Nadie, absolutamente nadie fuera de Bearroc Park debe saberlo —remarcó el conde, con mucha seriedad. Madeleine sintió que toda esa emoción que había sentido con esa tierna propuesta se iba apagando con esas palabras.

—Encontraremos la forma —afirmó Mathew, mirando a los ojos de Madeleine—. ¿Me aceptas, entonces? —preguntó finalmente. La tomó de la mano y se la acarició. Como si fuera consciente del poder que tenía esa sonrisa torcida en ella, dibujó en sus labios la mejor.

—Acepto, claro que acepto —respondió Madeleine, limpiando la lágrima

que rodaba a un lado de su mejilla. Se había casado por conveniencia una vez y podía hacerlo de nuevo. Se había encariñado con su primer esposo y podía hacerlo con este también, aunque sospechaba que por este sentiría algo más fuerte que un simple cariño. Había encontrado su hogar y quería quedarse. Ya no quería estar sola.

Terminaron el postre en silencio, roto nada más que por los cubiertos que golpeaban levemente los platos o las copas, o los constantes carraspeos que hacía el conde mientras parecía pensar en algo.

—Creo tener a la persona ideal —habló el conde, después de varios minutos de silencio. Se excusó de la pareja y pidió al señor Royers que lo acompañara a su despacho, mientras Madeleine y Mathew se miraban con incomodidad por las confesiones.

...

Habían pasado dos días de esa conversación cuando el conde recibió una carta del monasterio de Santa Elena. Se encontraba tomando el té con Madeleine cuando Royers le entregó el sobre.

Mathew enseñaba a uno de los lacayos a cortar las flores del jardín trasero. Ambos siguieron durmiendo en la misma habitación, a pesar de lo que les costaba contenerse a ser víctimas de la pasión y el desenfreno. Consideraron que era mejor ir rompiendo esas barreras poco a poco.

—Esperemos que sean buenas noticias, querida mía —musitó el conde, tomando el abrecartas para cortar los bordes del sobre. Su rostro mostraba la emoción que le generaba esa esperanza que albergaba en el corazón. Se sentía todo un cupido.

—¿Es sobre lo que me contó? —preguntó emocionada. El conde le había confiado, por supuesto, su plan. Estaba muy feliz porque los dos expresaron sus deseos y no dudó ni un segundo en ayudarlos.

En el pasado había conocido a un monje a quien había ayudado en un momento económicamente difícil. Éste era un hombre muy honesto y discreto, y estaba seguro de que los iba a ayudar. No podían pedirle al cura del pueblo que los casara. No podían arriesgarse a que los delatara, aunque fuera sin querer.

El conde leyó rápidamente lo que contenía la carta y miró a la viuda con emoción.

—Dígame, por favor, lo que dice el monje —suplicó Madeleine.

—Llama a Mathew, por favor —le pidió el conde. Ella asintió y fue directa a donde debía estar el jardinero.

De camino se cruzó con Josephine, quien no disimulaba su desagrado por la viuda. No contaba el secreto que todos guardaban, no por falta de ganas, sino porque no tenía a dónde ir si perdían su hogar. Además, no perdía las esperanzas de que Mathew la volviese a buscar cuando se cansara de fingir jugar a los esposos con Madeleine.

Una de las gemelas la acompañaba y trataba de consolarla, pero ésta estaba demasiado furiosa por la llegada de Madeleine al castillo.

—Vas a ver que me saldré con la mía —afirmó con la mandíbula tensa hacia la pelirroja—. Esa mujercita se irá antes de que llegue el invierno y Mathew será mío de nuevo.

Se limpió las manos en el blanco delantal que llevaban sobre un vestido gris y sonrió de manera perversa.

—¿Qué piensas hacer, Josephine? —preguntó la otra doncella, con temor.

—Ya lo sabrás a su debido tiempo, querida, pero Mathew volverá a ser mío. Me lo llevaré de nuevo a la cama o dejo de llamarme Josephine. —Lo vio caminar del brazo con Madeleine y escupió a un lado—. No creo que haya olvidado los buenos momentos que pasó entre mis piernas...

—Deberías olvidarlo, mejor —sugirió la doncella—. Él no te quiere.

—Eso jamás. A ella tampoco la quiere, sólo quiere sexo —respondió Josephine y la dejó con la boca abierta, a punto de insistir en su consejo.

El falso heredero y Madeleine llegaron junto al conde y éste les pidió que tomaran asiento frente a él. Se miraron mutuamente y obedecieron de inmediato. Ella aún no lo sabía, pero había cortados las rosas más bonitas para llevarlas a la habitación que compartían. A ella le gustaban mucho y a él complacerla.

—Bien, tenemos buenas noticias —anunció el conde y la pareja se tomó de la mano, pero sin dejar de mirar a éste—. El monje aceptó recibarnos la semana entrante en el monasterio y debemos pensar que ese mismo día se realizará la boda. ¿Estáis preparados? —preguntó.

—Por supuesto que lo estamos —respondió Madeleine, recordando la noche anterior, en la que permitió que Mathew le acariciara los pechos. Cada día que pasaba resistía menos a sus encantos y el peso de conciencia la atormentaba. Sus largos dedos presionando sus pezones con delicadeza fueron la gloria. No quería imaginar si llegara a otros lugares.

—Si es por mí, lo hacemos hoy mismo —se apresuró a decir Mathew, con

el rostro lleno de felicidad. Miró a su falsa esposa y se mordió levemente el labio inferior.

—Por supuesto que lo querías... —bromeó el conde, con su consabido tono socarrón y levantando ambas cejas. Madeleine bajó la mirada y sonrió. Sabía que Mathew se refería a su deseo hacia ella—. Hija, si necesitas visitar a la modista del pueblo, puedes pedirle a Jonás que te lleve —dijo refiriéndose al chófer—. Toda novia quiere un vestido nuevo. Espero que lo termine a tiempo.

Madeleine miró a Mathew y sonrió emocionada.

—Gracias, milord —dijo luego—. También lo espero.

Aunque habían enviado su anterior vestido de novia, pensó que no sería correcto usarlo. No podía dejar de repudiar a todo lo que le recordara lo que perdió, así que sí, un vestido nuevo le vendría genial y la llenaba de ilusión. Eso sí, tenía en mente algo muy diferente al primero, y reconoció le hubiese gustado tener la opinión de su amiga, aunque fuera con este.

...

El vestido había quedado como Madeleine lo había soñado. De corte simple y caído, con bordados en el pecho y en los bordes de la falda, de cuyos hombros se desprendía una capa de encaje, que suplantaría al velo. Por supuesto, debía parecer solo un vestido de fiesta para no llamar demasiado la atención entre los invitados a la cena donde, se suponía que se celebraba la onomástica del conde.

Cuando supo que se casaría de nuevo, le envió un cable a Kate, ya que una carta tardaría más en llegar. Gracias a eso, había recibido una contestación a tiempo, una carta donde su amiga le expresaba sus mejores deseos en esta nueva oportunidad y le enviaba una foto de los tres: William, Kate y el pequeño Archival, como preferían llamarlo.

Las últimas palabras de la carta eran las que guardaría en lo más profundo de su corazón. Las releyó un par de veces y en cada una de ellas no pudo evitar derramar unas lágrimas.

Cuando amas de verdad a alguien, aunque no esté físicamente te estará acompañando en espíritu en ese día tan especial. Me hace muy feliz saber que decidiste hacerme caso y le abriste de nuevo las puertas a la felicidad. Recuerda que nada es eterno y que lo importante es el ahora. Deja de pensar en lo que sucederá mañana y entrégate intensamente hoy. Llama al

amor y ama hasta que te duela, porque no sabes cuánto durará. Deseo que sea para siempre esta vez y que la próxima vez que te vea llorar, sea de felicidad.

*Tu amiga que te adora,
Kate*

«Llamar al amor», pensó la joven. Quería amar, y sentía que iban por buen camino. Era muy pronto para llamarlo así, pero tenía la esperanza de que eso que ahora les encendía el cuerpo, en un futuro les encendiera también el corazón.

Se miró al espejo y sonrió. Estaba lista para caminar de nuevo hacia el altar, para entregarse en cuerpo y alma a ese hombre que la esperaba en el monasterio junto a la señora Mildred y dos de los lacayos, sus amigos.

El conde la esperaba afuera, en compañía de Jonás y la señora Cromwell, quien no se perdería por nada ese acontecimiento tan especial. Esperaba ansiosa a que su ama por fin bajara.

Josephine se había reportado enferma con el señor Royers, quien había quedado a cargo de la servidumbre en ausencia del ama de llaves, y éste la mandó a reposar a la habitación que compartía con las gemelas.

Era cerca del mediodía y su corazón le avisó a Madeleine que había llegado la hora de bajar. Cuando salió, las gemelas, quienes llevaban unos arreglos florales al comedor para el banquete, la vieron bajar las escaleras y suspiraron. Estaba muy hermosa. Enseguida se miraron y pensaron en Josephine. Era imposible competir la futura condesa.

El conde le tendió la mano y la ayudó a subir al coche, después de expresarle su opinión respecto a su apariencia y sobre su decisión.

—Estás radiante, hija. Como un diamante, como el sol en primavera, como las estrellas en el oscuro firmamento. —Madeleine sonrió emocionada. Le había tomado mucho cariño al conde en ese tiempo que llevaba viviendo en Bearroc Park. Sabía que éste deseaba con toda el alma que ellos se amaran de verdad y fueran felices. Ella también lo esperaba—. Me alegra que hayas tomado la decisión correcta. Verás que fue lo mejor y que, tal vez, todo lo malo que te sucedió te trajo hasta aquí para que fueras feliz. Sólo debes desearlo con todo el corazón y el amor vendrá a ti.

—Los malos momentos de mi vida me hicieron lo que hoy soy, milord. Me llevaron por caminos difíciles y oscuros, pero siempre supe que, al final del camino, volvería a ver la luz. Y todos vosotros sois esa luz.

—Siempre supe que Henry era un chico sensato y capaz. Estaba tranquilo de dejarle a él todo lo que había recibido de mis antepasados y lo que yo mismo he construido. Por desgracia, hoy no está aquí con nosotros, pero me alegra que te haya elegido como compañera, porque eso hizo que hoy tú estés por unirte a mi hijo y ser es luz en nuestras vidas. ¿Te has puesto a pensar en que, si no hubieses perdido a tus padres, no hubieses conocido a Henry?

»Los momentos malos a veces sólo son el camino hacia la felicidad. Son esos puentes caídos los que nos obligan a tomar un camino diferente, sin saber que ese es el que nos llevará al correcto, a lo que nos hará felices.

...

El monje había aceptado sin dudar hacer la boda, a pesar de que debía mantenerla en secreto. Entendía los motivos del conde y no lo juzgaba. Lo conocía bastante bien y, como benefactor principal del monasterio, no querría perderlo. Sabía que Mathew seguiría sus pasos una vez que el conde los dejara, pero, sobre todo, era un fiel defensor del amor.

El jardinero esperaba ansioso, en el altar de la pequeña capilla, a que llegara su falsa esposa para convertirse en verdadera. Miraba de tanto en tanto a su madre y ésta le sonreía feliz y orgullosa. Sabía que Madeleine era una buena mujer y que haría muy feliz a su hijo.

El violinista empezó a tocar la marcha nupcial y el corazón de Mathew se detuvo, aunque eso no le impidió girarse a mirar a la hermosa mujer que avanzaba, segura, hacia su felicidad. Nunca imaginó que viviría un momento como ese, en el que tomaba la mano de la mujer de la que se había apoderado de sus pensamientos sin querer, y la besaba para recibirla del conde. Nunca había pensado en un momento como ese, pero estaba sucediendo.

Nada tenía de parecida esa ceremonia con la primera boda de Madeleine, pero su corazón rebotaba igual de felicidad, de esperanza. En esta había apenas unos pocos invitados, a diferencia de la suya con Henry, quien tenía muchos amigos y conocidos en Liverpool y no podía hacer una ceremonia pequeña al ser el heredero de un conde.

El monje hizo una emotiva boda para ellos, con palabras que auguraban la felicidad de los novios y los hizo desear que ese momento durara para siempre, que esas palabras se cumplieran de verdad. Su unión por fin estaba bendecida y lo que había empezado como una mentira, se había vuelto realidad. Sus miradas estaban cargadas de alegría y emoción y... tal vez algo

más. Habían dado otro paso hacia la felicidad.

Los novios se miraron con ternura y deseo. Él tomó la mano de su esposa y la besó. Los presentes se mostraban emocionados y hasta las flores que decoraban la capilla parecían tener un color y un aroma especial.

Para todos, ella seguía siendo la esposa de Henry, pero desde ese momento en que el monje los declaró marido y mujer, ella se había convertido en la esposa de Mathew, el hombre que había dejado de ser quien era por amor, el que cada vez era menos jardinero para convertirse en el hombre que ella merecía a su lado.

Su primer beso de esposos mostró todo ese deseo contenido que cargaban. Una pasión que desde ese momento podían vivir sin miedos y sin culpa. Ya sus noches no serían de cruel resistencia, sino de pura entrega y pasión desenfrenada. Mathew ya no sentiría culpa por desear a la mujer de otro hombre, por más que este estuviera muerto. Ahora era suya y él de ella. Por fin podría recorrer cada centímetro de su sedosa piel, sin que lo detuviera la cordura.

...

Los presentes no sospechaban que, en realidad, no era una cena por la onomástica del conde, sino una fiesta de bodas. Todo había quedado hermoso en el salón y en el comedor. Los novios se comportaron como los perfectos anfitriones hasta que decidieron desaparecer del lugar.

Por supuesto, antes habían disfrutado de las delicias que había preparado la señora Meredith junto con su ayudante. El pavo asado, los diferentes quesos, las ensaladas, todo había sido exquisitamente supervisado por Madeleine y por la señora Mildred.

Fueron a su lugar especial a admirar a la hermosa y alcahueta noche, con sus fulgurantes estrellas y su fresca brisa que traía para ellos el dulce aroma a rosas y a follaje. Mathew la abrazó por detrás y permanecieron así, como si el tiempo fuera eterno, mirando de tanto en tanto hacia el interior del castillo, como si fueran a ser pillados como dos adolescentes. Él seguía sin creer que su sueño se había vuelto realidad. Era a esa mujer que creía inalcanzable a la que rodeaba con sus brazos.

—¿Crees que notarán nuestra ausencia? —preguntó Madeleine, pero enseguida oyó la risa de Mathew en su cuello. Dio un respingo al sentir cosquillas cuando su esposo la besó en ese lugar.

—De seguro estarán barajando sus locas teorías, en especial la condesa de Devon —respondió el hombre, para luego darle otro tierno beso en la piel desnuda de su hombro—, pero esta noche eres mía y de nadie más. Todos los demás pueden esperar...

—No deja de sorprenderme lo mucho que puede cambiar la vida de las personas en unos minutos —comentó ella, con una triste sonrisa. Había pensado en el tiempo que le había llevado perder a los suyos y a adquirir esta nueva familia.

—¿Tienes miedo? —preguntó Mathew, después de pensar en silencio. Ella consideró su respuesta, pero no tardó en responder.

—Cada día, pero tengo otros sentimientos que hacen que ese miedo no me desanime a seguir. Tengo miedo de que este plan se descubra, tengo miedo a perder nuevamente mi hogar, que vosotros perdáis el vuestro, tengo miedo de perder a más personas...

Madeleine suspiró profundamente.

—Cuando sientas miedo, recuerda que ahí estaré y no dejaré que lo afrontes sola. Y... aunque perdamos todo, siempre me tendrás a mí. Yo seré tu hogar y tú serás el mío. No necesitamos nada más. Todo saldrá bien, confía en mí, como yo confío en ti.

Mathew enredó sus dedos con los de Madeleine y los acarició antes de abrazarla nuevamente. Él quería que ella superara esos miedos y confiara en que él sería su hogar de ahora en adelante. Quería que le diera una oportunidad.

La magia de la noche hizo lo suyo y lo que era un simple abrazo, se encendió con un beso. Mathew paseó sus dedos por el contorno de Madeleine, haciendo que se le erizara la piel y cerrara los ojos. Aprovechó que ella ladeó la cabeza para besarle el cuello.

El pecho de la joven empezó a subir y a bajar de manera descontrolada al sentir cómo su esposo le acariciaba el vientre y la apretaba contra su cuerpo, haciéndole notar lo mucho que la deseaba. Ella miró al cielo y sonrió agitada. Ella estaba lista para amar. Estaba lista para terminar lo que su difunto esposo había iniciado. De poder ver sus ojos, estarían así de brillantes como las estrellas en el oscuro cielo.

Capítulo 18

Ella ya no temblaba a causa de la fresca brisa vespertina que chocaba contra sus cuerpos, ella temblaba por esa intensa mirada con la que su esposo la invitaba a entregarse por completo a la pasión que él le ofrecía. Esa pasión que ya no podía contener un minuto más.

La cargó en sus brazos, sin previo aviso, haciendo que la joven emitiera un ligero gemido por la sorpresa. Ella le rodeó el cuello con sus brazos y lo miró en silencio, antes de reposar su rostro en él. Mathew era un hombre grande y no le generó ningún esfuerzo llevarla así hasta su habitación.

La bajó frente a la cama y posó con cariño una de las manos en su rostro, el cual acarició con su pulgar. Ella cerró los ojos y echó la cabeza a un lado. Mathew aprovechó el momento para quitarle las horquillas del pelo y liberarlo de su prisión. La cortina dorada cayó sobre su espalda y lo invitó a continuar.

Él se separó un poco y la observó detenidamente. Madeleine bajó la mirada y parecía debatirse entre contarle que seguía siendo virgen o callar y dejar que lo descubriera. El jardinero nunca pudo borrar la imagen del cuerpo desnudo de la que ahora era su esposa, pero deseaba con toda su alma volver a ver esa pálida piel sin que nada la cubriera.

La joven tragó saliva al sentir que su esposo ahora le acariciaba los hombros y bajaba los tirantes de su vestido con delicadeza. Ella lo miró por el rabillo del ojo, completamente avergonzada. No es que no le gustara su cuerpo, pero era el segundo hombre que la vería completamente desnuda, aunque con el primero no llegó a concretar nada.

Se preguntaba cómo se vería él desnudo, si tendría vellos en el torso o no, si se parecería también en eso a Henry, hasta que él se acercó un poco más y la rodeó con sus brazos, no para abrazarla, sino para desprenderle el vestido. Antes de terminar con lo que hacía, le miró de nuevo, con los ojos cargados de deseo y la besó en los labios, tan suave que ella lo comparó con la corteza de un melocotón.

Sin separar sus labios de los de ella, tomó los tirantes de su vestido y los deslizó a los lados. El vestido era lo bastante suelto como para caer con apenas un ligero movimiento, quedando arrugado sobre los pies de Madeleine.

La transparente enagua de encaje dejaba ver cada detalle de su perfecto y delicado cuerpo, lo que llevó a Mathew a admirarla con detenimiento por unos segundos, antes de llevar los dedos al borde de ésta y subirla lentamente, ayudada por la joven, quien levantó los brazos mientras la dejaba como vino al mundo.

Se separó un poco y la miró de nuevo de la cabeza a los pies. Su cerebro le decía que se cubriera con las manos sus partes privadas, pero su deseo la animó a dejar que su esposo la viera. Movía las manos de manera nerviosa a sus costados, pero no dejó de mirar fijamente al hombre que empezaba a desprenderse la camisa.

Ella quería tener la mente ocupada para ya no pensar en lo que podía encontrar bajo ese pantalón que ya se mostraba abultado en la entrepierna, así que se ofreció a ayudarlo con la camisa. Él la miró divertido, con esa sonrisa que ella adoraba, la torcida, pero ella mantenía la mirada gacha, como si al mirarlo se le fuera a detener el corazón.

Lo vio separar sus brazos del cuerpo para ayudarla con su faena. Ella sentía que su corazón latía tan rápido que estaba por atravesar su pecho, el cual subía y bajaba con notoriedad, más aún porque sentía que Mathew no dejaba de mirarla. Su mirada le estaba quemando la piel, por no decir que era otra cosa.

Colocó sus manos en cada hombro y lo acarició con ternura antes de deslizar la camisa hacia atrás. Sus ojos se fijaron de inmediato en el perfecto torso de su esposo, el cual parecía haber sido tallado por los dioses. Tenía la cintura estrecha, pero los hombros anchos, aunque todo estaba armoniosamente equilibrado en él.

¡Santos cielos! No podía dejar de mirarlo y él lo había notado.

Se aclaró la garganta y la miró, enarcando una de sus cejas. Ella se puso de puntillas y lo besó, apresándole el rostro con ambas manos. Lentamente las fue bajando de nuevo para liberar eso que hace rato se había manifestado. Desabrochó el cinto y el pantalón y subió de nuevo las manos para acariciar su cintura. Tenía el cuerpo firme y duro y, como sospechaba, estaba también esa parte pedía ser liberada.

Él parecía más presuroso que ella, así que terminó por bajarse por completo el pantalón y sus interiores. Ella, aunque intentó no demostrarlo, se sobresaltó al ver el tamaño de su duro y excitado miembro. Lo miraba con contemplación, como si de una obra de arte se tratara, hasta que, sin darse cuenta, llevó una de sus manos para acariciarlo. Quería sentirlo en sus manos,

sentir ese suave y a la vez duro y tibio miembro. No había podido hacer eso con su primer esposo, así que no perdería esta maravillosa oportunidad.

Mathew gimió con ese tortuoso contacto, lo que lo llevó a cerrar los ojos y a pasarse los dedos por el pelo. Sentirlo entre sus manos hizo que ese cosquilleo que había empezado en su pecho llegara a su parte íntima, la cual latía tan fuerte como si su corazón estuviese ahí. Se sintió tremenda e inesperadamente complacido con ese sensual, aunque inexperto masaje.

Le apesó los labios con lujuria, mientras la iba empujando lentamente hasta llegar a la cama, sobre la cual la recostó con cuidado y sin prisa. Deleitó su mirada en esos predispuestos y excitados pechos, cuyos rosados pezones lo invitaban a besarlos, a saborearlos sin compasión. Su delgada figura parecía dispuesta a recibirlo.

Se acercó y, parado aún frente a la cama, le abrió las piernas con su rodilla, para luego ayudarse con ambas manos. Le acarició el interior de sus muslos y surcó un camino por los bordes de su cuerpo. Sus tiernas y pálidas piernas temblaban de manera casi imperceptible, mientras que ella apretaba las sábanas a sus costados y encorvaba la espalda.

Mathew le besó uno a uno los pies, para luego ir subiendo lentamente hacia arriba. Ella no podía explicar la sensación que hacía que ese latido entre sus piernas fuera tan intenso que pareciera una inminente explosión. Fue inexplicable el placer que le generó sentir un suave y apasionado beso sobre los dorados rizos que cubrían su pubis, el cual luego fue subiendo hacia su vientre, hasta llegar a sus pechos.

Metió primero uno a su boca y luego el otro, para luego intercalarlo mientras los saboreaba. Ella encorvaba su espalda y levantaba las caderas como si necesitara sentir su piel desnuda, contra la de él.

El jardinero bajó una de sus manos y le acarició su intimidad con delicadeza. Ella estaba lista, pero muy nerviosa, como si se aferrara a su virginidad con garras. La joven se sobresaltó al sentir que esa caricia llegaba a terrenos inexplorados.

—Tranquila. Lo sé... —susurró contra sus labios, mientras le abría un poco más las piernas para ubicarse entre ellas—. Tendré cuidado, lo prometo.

Sentir el roce de su piel desnuda y sensible contra la de ese fuerte y pesado cuerpo la llevó a acariciarle la ancha espalda mientras él introducía su lengua en la boca de ella para profundizar el beso que, hasta ese momento, había sido tierno.

Intentó introducirse una primera vez, pero no pudo avanzar. Ella tenía los

ojos brillantes por las lágrimas que asomaban. Estaba muy nerviosa y le daba vergüenza. Podía sentirlo en su entrada y su pecho subía y bajaba descontrolado. Si así le dolía el intento, no quería saber lo que sería cuando por fin la hiciera suya.

Cerró los ojos y llevó una de sus manos a los ojos y se los frotó.

—Intenta relajarte, cariño —susurró, con la voz ronca. Su respiración se había tornado más pesada y acelerada. Madeleine asintió, metió mucho aire por la nariz y lo fue soltando por la boca, muy lentamente.

Mathew tomó su virilidad en la mano y lo ubicó nuevamente en su entrada. La besó en cada centímetro de piel que estaba a su alcance, hasta que la sintió un poco más relajada. Fue en ese momento en que se introdujo por completo en una poderosa y certera embestida. Ella chilló por el dolor que le causó y por la incomodidad que sentía por esa invasión tan completa.

Le arañó la espalda y apretó sus muslos alrededor de las caderas de su esposo, mientras mantenía los ojos cerrados con fuerza. Unas cristalinas lágrimas cayeron por la comisura de éstos y él las retiró con la yema de sus dedos. Se quedó muy quieto y sus miradas por fin se conectaron.

—Lo siento, lo siento... —pronunció él con el rostro muy sonrojado por la fuerza que había hecho. La besó y esperó a que ella se acostumbrara. En absoluto silencio, interrumpido nada más que por su sonora respiración, le acarició la espalda y los brazos, para luego asentir.

—Estoy bien, estoy bien, no te preocupes —afirmó, muy agitada.

Una vez que ella se relajó de nuevo, retomaron lo que acababan de iniciar. Se fue meciendo sobre ella con pasión, tensionando los músculos de sus nalgas cada vez que se hundía en su interior.

Había deseado ese momento tantas veces desde esa pecaminosa tarde en que la espío que no podía parar su vaivén de caderas, aunque ella parecía frágil y delicada debajo de su fuerte y poderoso cuerpo. Ambos gemían de placer, pero no podían ni querían detenerse.

A medida que Madeleine tensaba sus músculos alrededor del miembro de Mathew, sintió como si este estuviera cada vez más duro y provocaba que él gimiera más y más fuerte y acelerara sus movimientos, hasta que cayó rendido sobre su esposa, después de correrse dentro de ella.

Ambos temblaban sin poder contenerse, sudorosos y sintiendo el calor en toda su piel. Madeleine por fin pudo entender lo que se estaba perdiendo. Desde ese momento había decidido que no quería pasar un solo día sin hacer el amor con Mathew.

Habían pasado ya unos buenos minutos de su unión, pero sus respiraciones aún no se normalizaban del todo. Él se incorporó un poco y se apoyó en los codos, dándole lugar a ella para acariciarle con los dedos el torso desnudo y con una delgada y brillante capa de sudor.

—Soy muy feliz... —susurró él, mirándola a los ojos.

—Creo que yo también —contestó ella, con cierto tono de broma. Él frunció el ceño y sonrió con picardía.

—Con que aún no estás segura. —Enarcó una ceja y después fingió pensar en algo.

Sin que ella pudiese adivinar su movimiento, él se giró y la dejó sobre sí, a horcadas, como si estuviese cabalgando.

—Pues mataremos dos pájaros en un tiro —mencionó, acariciándole las nalgas y apretándolas levemente para moverla un poco más al frente—. Querías aprender a montar —bromeó—, me ofrezco de maestro, y de paso trataremos de descubrir si eres feliz o si aún debo convencerte...

La tomó de las caderas y con certeros movimientos la mecía sobre su miembro, el cual aún no estaba en su interior. Ella se sostenía con ambas manos de su torso y, sin dejar de mirarlo, empezó a moverse sobre él, como si de verdad estuviera sobre un caballo.

—¿Así? —preguntó, mordiéndose el labio inferior. Mathew gimió y asintió en silencio. Ella definitivamente lo estaba provocando y, si seguía así, no podría controlarse. Era una mujer perversa.

Ella se agachó y pegó, suave y dulcemente sus labios, pero sin convertirlo en un beso. En ese momento, le acunó el rostro con ambas manos y las fue bajando nuevamente en lo que parecía una caricia, hasta dejarlas nuevamente en su torso.

Cuando ya estuvo listo de nuevo, se unieron por segunda vez, con la misma desbordante e incontenible pasión. Su dorado pelo caía a cada lado y rebotaba al igual que sus pechos, a medida que ella subía y bajaba sobre el poderoso mástil del hombre que le apretaba las nalgas con mayor fuerza.

—Ahora hazlo más rápido, cariño —pidió el hombre, entre jadeos.

Ella obedeció, guiada por ese sensual hombre que sonreía con picardía, y no dejaba de mirarla. Había oído por ahí que sólo debía abrir las piernas y dejarse hacer, pero Mathew le había enseñado que había muchas maneras de disfrutar de ese acto conyugal. No tenía por qué ser aburrido.

No quería que ella se detuviera. La estampa que tenía frente y sobre él era lo más maravilloso que había visto en toda su vida. Un ángel montándolo

como si estuviera en una carrera, lo que apaciguaba y espoleaba el deseo del jardinero.

Cuando sintió que él la llenaba cada vez más profundo, la invadió una maravillosa sensación, de manera inexorable por todo el cuerpo, dejándola exhausta y saciada de una manera que no podía explicar. Él se sentó de golpe y la abrazó con fuerza cuando se vino por segunda vez en su interior. Le besó el cuello y los pechos, pero se negaba a soltar su amarre.

Había sido la noche más excitante de sus vidas, tanto de ella como de él. Mathew había tenido algunas amantes, pero ninguna se había entregado como lo había hecho Madeleine, en cuyos movimientos se podía percibir, de manera indudable, su total inexperiencia, pero plena voluntad de aprender las artes amatorias.

Se echaron uno al lado del otro, cansados y agitados, sobre la cama. Ella colocó una de sus piernas sobre la de él, mientras éste la acunaba entre sus brazos y le acariciaba la cúspide cabeza. El momento en que sus cuerpos se hicieron uno, se habían convertido en un matrimonio de verdad y ya no de mentira. Sí, él no era Henry, el verdadero heredero del conde, pero ahora era su hombre, ese con quien deseaba vivir el resto de su vida.

Capítulo 19

De no ser porque el conde los mandó a llamar por la señora Mildred, hubieran pasado el día metidos en la cama, desnudos y con olor a sexo, pero felices como estaban. El ama de llaves se había anunciado antes de entrar, pero esperó prudente a que le contestaran. Mathew le hizo un gesto con la mano a Madeleine para que no se preocupara, era su madre.

Los pescó en la cama y cubiertos con la sábana. Ver el rostro tan radiante que tenía su hijo, no tenía precio y no podía deberse a otra cosa que a la mujer que tenía entre sus brazos y a quien llenaba de besos en ese momento. Ella se apresuró a cubrirse como pudo al verla entrar, pero la mujer sólo sonrió con cariño para ambos.

—Buenos días —saludó la mujer. El conde la había mandado a ella porque era prácticamente de la familia y no sería tan vergonzoso para Madeleine, como lo hubiese sido si iba el señor Royers, como correspondía—. Espero que hayáis pasado una buena noche. —Levantó una ceja y Madeleine se sonrojó.

—Buenos días —saludaron ambos al unísono, aunque la voz de Madeleine sonó más bien como un susurro.

—El conde os necesita en su despacho después del desayuno —les informó el ama de llaves. Recorrió la mirada por la habitación y se dispuso a recoger el desastre de ropas que había, pero, aunque Madeleine hubiese querido hacerlo ella misma, se negaba a abandonar la cama, a pesar de que se trataba de su suegra.

—Señora Mildred —llamó, con un tono muy amable. La mujer atendió enseguida a su llamada—. ¿Sería tan amable de pedirle a la señora Cromwell que venga luego? —prosiguió, después de aclararse la garganta.

—Claro, mi niña, la llamo ahora mismo. —Hizo una leve reverencia y se retiró.

Apenas se retiró la mujer, Mathew la miró con deseo y le acarició el brazo, sin romper el contacto visual. Ella hizo lo mismo con su torso desnudo y después depositó un suave beso en el lugar. Se levantó, mostrándole a su esposo su hermosa desnudez, tomó su camión y se lo deslizó por el cuerpo de nuevo. Ya no quería estar impresentable para quien viniera luego.

Mathew no tardó en sentarse al filo de la cama para seguirla, pero antes la tomó del brazo y la atrajo hacia sí, haciendo que ella se sentara en su regazo. Ella le acunó el rostro con ambas manos y lo besó, hasta que oyeron unos pasos en el pasillo y el nuevo esposo se apresuró a vestirse también, por lo menos con su pantalón.

Después de llamar una vez y de recibir la debida autorización, la señora Cromwell hizo acto de presencia. Mathew, después de saludarla, se adelantó y fue a preparar la bañera para un merecido baño con su esposa. Enseguida oyeron el sonido del agua.

Una vez que la joven se quedó a solas con su doncella, tomó sus sábanas y se las pasó. No quería que nadie más viera el rastro que había dejado su pureza en las blancas sábanas. La señora Cromwell la miró, con los ojos llorosos, al verla convertida por fin en toda una mujer y tan feliz como se veía. Buscó entre sus ropas un alegre vestido amarillo y lo dejó sobre la cama para que lo vistiera su ama luego. Se lo dejó todo perfectamente preparado, incluso los zapatos y el sombrero de paja.

—¿Se encuentra bien? —preguntó en un susurro, atendiendo que Mathew estaba en el baño. Madeleine asintió con la nariz fruncida.

—Un poco cansada, pero feliz —contestó, ahogando una risita—. Gracias por preguntar. Y gracias por esto. —Señaló lo que la mujer tenía en sus manos. Sabía que una de las gemelas iría a limpiar sus aposentos más tarde y no quería que se supiera su intimidad.

—No se preocupe, mi niña. Me encargaré de ello.

La señora Cromwell apretó las sábanas contra su cuerpo y se retiró para dejarlos tomar ese baño que tanto ansiaban.

Cuando Madeleine se unió a Mathew en el cuarto de baño, éste ya estaba metido en la tina y la invitó a acompañarlo. Ella dejó caer el camisón con lentitud y metió primero una pierna, y luego la otra, hasta quedar sentada sobre el firme y poderoso cuerpo de su esposo.

Él tomó una cuenca y le derramó el agua tibia por la espalda para luego pasarle la esponja. Ella ladeó la cabeza y luego sintió que ya no era la esponja con lo que la acariciaba, sino con sus traviesas manos, con una de las cuales la asía por la cintura y con la otra le masajeaba su centro de placer, con movimientos asertivos.

Ella gemía a medida que él aumentaba la velocidad y le metía el dedo, tan profundo como podía. Giró la cabeza y lo besó. Se unieron nuevamente en ese lugar, como si no pudiesen evitarlo.

Fue la primera vez, desde que llegó, que ella se preguntó qué hubiese sido de su vida si Henry no hubiese muerto. ¿Se habría animado Mathew a coquetearla estando ahí con su esposo? ¿O se hubiese mantenido al margen? Porque él aseguraba que se había sentido atraído por ella desde la primera vez que la vio. No le había dicho cuándo, pero su atención le había pertenecido desde ese preciso momento.

¿A quién hubiese querido más? ¿Había sido lo mejor haber enviudado? Tal vez no hubiese experimentado jamás la pasión que estaba viviendo en ese momento, al apretar tan fuerte los bordes de la tina de donde se agarraba, mientras sentía toda la presión de las manos de su esposo en sus caderas, ayudándola a mecarse sobre su duro y hambriento miembro, y él gimiendo de placer contra su espalda.

La abrazó con fuerza y se quedaron en esa posición por un rato más hasta que por fin decidieron tomar el baño.

...

Josephine recogía las ropas del tendedero cuando vio a la señora Cromwell lavando las sábanas de Madeleine. No entendió por qué no la había puesto entre las demás sábanas que se lavarían esa mañana, porque no imaginó que la viuda podía seguir siendo virgen.

Hubiese preferido no saber que el hombre que amaba había tenido su noche de bodas con la viuda, porque le hervía la sangre de tan solo pensar que cada vez se unían más. No toleraba pensar que él la hubiese poseído como lo había hecho con ella un tiempo atrás. Debía pensar en cómo cobrarles esa felicidad que ella había perdido ahora, quizás para siempre.

Una de las gemelas la había alcanzado para traer con ella la ropa seca y llevarla a la sala de planchado cuando la vio mirar hacia la ventana que daba al comedor, donde desayunaba la feliz pareja. Josephine no ocultaba su odio hacia Madeleine, por lo que no era raro verla con la mandíbula tensa y con los puños muy apretados.

—Deberías tratar de superarlo, Josephine —sugirió la gemela. La joven la miró con el rostro irónico y entornó los párpados—. Dicen que anoche...

—Lo sé. ¡Lo sé! No hace falta que me lo repitas, Olie —masculló entre dientes. Los miró de nuevo y apretó aún más sus puños—. Pero olvidarlo, jamás. Ellos no lo saben, pero tengo un plan.

Olie la miró con miedo. Parecía una loca de atar.

—¿Qué tramas, mujer? —preguntó, intentando indagar. No es que fueran muy amigas, pero las gemelas habían llegado a apreciar mucho a la futura condesa, tanto que no querían verla sufrir o que alguien como Josephine les hiciera daño.

—Ya lo sabrás, Olie, todos lo sabrán...

La doncella apretó, una vez más, los labios y se retiró de ese lugar con las ropas secas que había ido a buscar, dejando a la loca Josephine hablando sola.

...

El conde no cabía de felicidad al saber que su plan de unirlos había funcionado y que ya no eran un matrimonio de mentira, aunque le atribuía al buen clima de la primavera su sonrisa.

La salud del viejo estaba cada vez más desmejorada y sentía que era muy necesario que Mathew empezara cuanto antes su preparación para convertirse en conde. El doctor Spencer le había advertido que su corazón estaba fallando con mayor frecuencia y que su situación podía empeorar. Lo más probable era que algún coágulo lo matase.

Por fortuna, para Mathew no era todo desconocido, ya que el viejo acostumbraba en el pasado a pasar sus tardes con el muchacho, conversando e intentando que éste aprendiese todo lo referente a los deberes de un conde. Por supuesto, en ese entonces al joven no le interesaba en lo más mínimo aprender todo eso.

Siempre supo que lo consideraba como repuesto o tutor, pero no lo odiaba por eso. Sabía que no lo hacía por maldad sino porque las leyes inglesas eran muy estrictas en ese sentido y, aunque probase que por sus venas corría sangre noble, no hubiese podido legitimar su nacimiento, aunque la línea dinástica hubiese quedado escindida.

El viejo sabía que Mathew sería de mucha ayuda para Henry en el supuesto caso de que él muriera antes que su heredero, pero el destino lanzó las cartas al viento y movió todas las piezas de lugar. Ahora era su bastardo quien estaba aprendiendo sobre etiquetas para codearse con la realeza y sobre las que serían sus responsabilidades como noble.

Por fortuna, tendría a Madeleine para ayudarlo. Ahora al viejo sólo le preocupaba que nadie los delatase con el plan de intercambio de herederos. Sería la ruina de todos y el patrimonio, en especial su amado Bearroc Park, quedaría en manos de quién sabía quién.

...

Madeleine había encontrado en la cocina, junto a la señora Cromwell y los demás sirvientes, el perfecto refugio para hacer pasar el tiempo mientras que su esposo se preparaba para sus responsabilidades futuras junto al conde. Éste había estado buscando tutores para Mathew, pero tal vez lo había encontrado. Esa mañana debían ir a entrevistar a uno.

Retomar su antiguo oficio de hornear pastelillos le había hecho recordar todo lo que había pasado en tan poco tiempo.

Había sido una semana maravillosa para los recién casados, de la cual no había pasado un solo día, o más bien noche, en que no se unieran hasta el cansancio. Habían tenido ese merecido tiempo a solas, en paseos por los terrenos de Bearroc Park, y en el pueblo para visitar el hogar de niños y el pequeño hospital que dirigía el doctor Spencer.

Ella pensaba que podría llegar a enamorarse de verdad de ese hombre que no escatimaba atenciones con ella. Le regalaba las mejores flores que había en el jardín, e incluso fuera de él, como había sucedido la vez que decidieron hacer un picnic al borde del lago. Los tréboles habían florecido y aún en su bella pequeñez, sus amarillas flores adornaron el cabello de la futura condesa, acostada sobre el suelo cubierto de ellas.

Incluso habían salido a bailar en la fiesta que había organizado el padre Phillip para recaudar fondos, la noche anterior, a pesar de que él detestaba hacerlo. Había descubierto que el color favorito de su esposo era el naranja y que de niño acostumbraba esconderse en los roperos a comer cebollas; que le gustaban las novelas de misterio y que no le gustaba tanto el guisado. Guardaría por siempre en sus recuerdos esa semana. Su primera semana de casada, la que no había tenido con Henry.

Josephine había tragado todo su orgullo y había puesto su mejor predisposición para acercarse a la futura condesa, en miras de poner en práctica su macabro plan. Olie le había contado a su gemela sus terribles sospechas sobre la doncella obsesionada, pero, como la notaban muy cambiada, no le prestaron más atención que la necesaria. Tal vez y de verdad les hizo caso y dejó por fin de pensar en Mathew.

No pudo haber encontrado mejor momento, que el que se dio cuando el conde y Mathew habían salido de Bearroc Park y los sirvientes se encontraban en sus faenas diarias, para tirar su ponzoña. Estaba sacudiendo las cortinas de

la biblioteca cuando se encontró con Madeleine leyendo, atenta, un libro sobre política.

—Oh, pensé que no había nadie —dijo la doncella, apenas entró con el plumero.

—Pasa, no me hagas caso. Tú haz tu trabajo como si yo no estuviera aquí —repuso Madeleine, con mucha amabilidad.

—No, no quiero molestarla. Que vuelvo más tarde a por ello. —Se giró como para volver por donde había venido, pero Madeleine levantó una mano y le hizo un gesto para que se quedara. No imaginaba las perversas intenciones que tenía esa joven de aspecto inocente.

—Yo sólo estaré unos minutos más, luego iré a descansar un rato. Me siento un poco fatigada.

—No la culpo —comentó y rápidamente se cubrió la boca con una mano. Por supuesto, lo había dicho con toda la intención, aunque estuviera fingiendo que se sentía apenada por su inoportuno comentario.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Madeleine con curiosidad. La joven negó con la cabeza de inmediato y tomó sus cosas como para marcharse.

—No me haga caso, señora. No debí abrir esta bocaza. —Estaba a punto de cruzar el vano de la puerta, pero se quedó inmóvil al oír que Madeleine la llamaba de nuevo. La joven, como quien no quiere la cosa, se giró y caminó hasta la futura condesa, frotándose las manos con nerviosismo.

—Y ahora... ¿decías? —Enarcó una ceja y esperó una respuesta.

—Es que no quiero que me tome a mal. De verdad, es mejor que me calle —insistió. Madeleine ya sentía demasiada curiosidad como para dejarla ir.

—Dímelo y deja que yo decida cómo lo tomo —replicó.

—Es que dijo que estaba fatigada y yo le respondí que no me sorprendía. Sé lo que es pasar una noche entera con Mathew... Usted me entiende. —Madeleine sintió como si el techo se le hubiera caído encima. Sabía que su esposo no era un chico casto e inocente, pero no esperaba enterarse quién había sido su amante, ni mucho menos que viviera bajo el mismo techo.

—¿Vosotros...? —preguntó Madeleine, con un dejo de decepción. La joven asintió temerosa, aunque por dentro estaba exultante de gozo por ver ese dolor en sus ojos.

—Hasta antes de que fingierais esto del matrimonio. Él me dijo que todo era una mentira y que debía mantenerla por un tiempo para que «su familia» no perdiera su único hogar y que luego volvería todo a la normalidad.

Madeleine debía tener el rostro más blanco que una hoja, porque se sentía

morir.

—Nadie perderá su hogar —logró decir, después de un rato de angustioso silencio.

—Mathew nos quiere mucho. No esperábamos menos de él, Mildred está muy orgullosa.

Ni siquiera ella, que era su verdadera nuera, la llamaba Mildred. ¿Acaso era tan serio lo de esa jovencita y su ahora esposo? ¿Seguían viéndose a escondidas? Debió haberle preguntado si había alguien en su vida. Ella sólo irrumpió en ella y ahora se sentía mal. Se sentía morir, pero por haber sido tan estúpida y confiada.

—Mejor me voy. Creo que no debí contarle todo esto. Fui muy imprudente —se excusó y, como no recibió respuesta de la mujer, se retiró, dejándola pensativa y muy triste.

«Él sólo está fingiendo...», pensó Madeleine, sintiendo cómo le escocían los ojos. Apretó su vientre y le salió un lastimero gemido. «No debí entregarme como lo hice. ¿Ahora qué haré con esto que siento?», se preguntó a sí misma, mientras miraba a su alrededor.

Capítulo 20

Mathew había estado buscando a su esposa por todo el castillo, desde que terminó sus clases con el conde y su nuevo tutor, el señor Fuller. El cielo había adquirido ya un hermoso tono naranja y los pájaros empezaban a buscar cobijo en los frondosos árboles que rodeaban Bearroc Park.

Nadie parecía haberla visto en horas, lo que había aumentado la preocupación, no sólo del jardinero, sino también del conde y la señora Cromwell. Todos se habían ofrecido a ayudarla a buscarla, menos Josephine, lo que despertó la curiosidad de Olie.

Tenía la fuerte sospecha de que la desaparición de la futura condesa tenía algo que ver con ella. Era un presentimiento muy fuerte que no salía de su mente desde que Mathew entró a la cocina como todo un vendaval preguntando por su esposa.

Normalmente ella no desaparecía de esa manera. Madeleine siempre los visitaba en la cocina y si iba a algún lugar, avisaba a su doncella. Mientras tanto, Josephine hacía relucir los candelabros como si los fuese a gastar de tanto fregarlos, como si intentara que reflejaran su estado de ánimo con todo el alboroto que había creado con unas simples palabras.

—¿Sucedió algo como para que ella se marchase de esta manera? —preguntó Mathew a la señora Cromwell y a Royers, pero estos no tenían idea de lo sucedido, así que negaron rápidamente.

—Ella estaba leyendo en la biblioteca la última vez que la vi —mencionó Royers, después de buscar en su memoria algo que le indicase a dónde pudo haber ido la mujer.

—Buscadla en todas las habitaciones. Yo iré a buscarla a los establos y por el jardín. Si la encontráis antes, enviad a alguien que me avise —pidió, bastante preocupado.

«¿Dónde te has metido, Madeleine?», pensó el jardinero, mientras salía a toda prisa por la puerta que llevaba al jardín. Le preocupaba el hecho de que ella aún no conociera todo el terreno y le hubiera sucedido algo y no supiese cómo volver.

El primer lugar al que había ido fue el jardín de rosas, pero ella no estaba. Llevó una mano a la cabeza y despeinó su cabello con nerviosismo. Pensó por

un rato y luego siguió el camino que se conducía a las caballerizas para ver si había ido ahí. Tampoco estaba.

Miró hacia el cielo y éste ya estaba cuajando en varios tonos de violeta. Caminó casi a zancadas hacia el último lugar a donde pudo haber ido su esposa. El bosque. La llamaba a gritos, pero no recibía una respuesta y empezaba a desesperarse.

Cuando estuvo por darse por vencido, vio a lo lejos una figura tendida en la hierba y corrió hacia ella. La mujer parecía una ninfa del bosque, sobre las pequeñas florecillas que cubrían el verde suelo. Su pelo estaba ligeramente cubierto con las hojas que había traído la brisa vespertina, mientras ella dormía sobre su libro.

¿Por qué tenía las mejillas mojadas? ¿Acaso había estado llorando?

Miles de preguntas asaltaban la mente de Mathew, pero él se limitó a cargarla en sus brazos sin despertarla y a llevarla de vuelta al castillo. El lugar donde la encontró era un pequeño claro que estaba a metros del lago e imaginó que ella había estado curioseando y se quedó profundamente dormida. Afortunadamente, estaba bien. O eso creyó él.

«No te imaginas lo preocupado que estaba al no encontrarte», pensó Mathew, mirando el delicado rostro de su esposa. Ella se aferró a él como si se fuese a caer si no lo hacía.

En la entrada del castillo esperaban el conde y Royers, ambos con el rostro azorado. Se apresuraron a alcanzarlos al ver que la traía en brazos. Estaban muy preocupados y pensaron lo peor.

—¿Dónde estaba? ¿Te dijo algo? —preguntó el viejo, mirando a la joven con preocupación—. ¿Está bien?

—No lo sé, milord. La encontré durmiendo en el bosque. —Se hizo camino entre ellos y la condujo directamente a la habitación. Tanto el conde como el mayordomo los siguieron—. No sé qué pudo haberla llevado hasta ahí, porque yo aún no le había mostrado todo el terreno.

—Estoy seguro de que tuvo un buen motivo para ir. Déjala descansar y mañana ya nos lo contará —sugirió el viejo—. Mejor os dejamos solos —prosiguió y el mayordomo asintió—. Enviaré a la señora Cromwell para que la ayude a cambiarse de ropa.

—Gracias —respondió el jardinero, mientras los veía perderse de vista.

Se acuclilló a un lado de la cama, el lado de donde había acostado a su esposa y la observaba dormir. Parecía intranquila, como si tuviese una pesadilla, pero no la despertó.

...

Madeleine despertó horas después, en la soledad de su habitación. Estaba a oscuras y sólo la iluminaba un poco la luz de la luna que se colaba por la ventana. Movi6 una de sus manos y acarici6 el lugar donde normalmente dormía Mathew. Estaba vacío y frío. Él no había ido a dormir.

Lo primero que le vino en mente fue que había ido a buscar a la doncella, por lo que se acurrucó y abrazó sus piernas, quedando en posición fetal. Sentía mucha debilidad, como si todas sus fuerzas se hubieran ido apagando de a poco durante el día. Recordó una vez más las palabras de la doncella y, aunque no quiso, imaginó a ambos retorciéndose en la cama.

Sintió que las lágrimas habían hecho de nuevo acto de presencia y ni siquiera se molestó en secarlas. Se preguntó quién la había traído a la cama y supuso que debió ser alguno de los lacayos o su esposo. Pensó en cómo lo volvería a mirar a los ojos, porque, tarde o temprano, lo volvería a ver y tendría que afrontarlo.

No imaginó que ese «tarde o temprano» fuera tan rápido, porque en ese momento oyó que la puerta se abría y conocía demasiado bien ese aroma como para saber que se trataba de su esposo.

Mathew se acercó a la cama y encendió la lámpara que estaba sobre la mesa de luz. Ella fingió seguir dormida y fue testigo de cómo su corazón se aceleraba al notar que él se sentaba a cuclillas frente a ella. Podía sentir su mirada, aunque no lo viese, podía oír su tranquila respiración muy cerca y, ahora también, podía sentir el dorso de su mano acariciarle el rostro.

—Te he echado de menos en la cena, cariño... —susurró, como si desease que ella lo oyera. Ella no se movió.

El jardinero notó que ella había llorado de nuevo y se preocupó aún más. No entendía por qué lo hacía, pero estaba dispuesto a preguntarle apenas se despertara.

—Te estuvimos buscando toda la tarde. Estábamos preocupados por ti. — Hizo un breve silencio. Ella fingía seguir durmiendo, por lo que él se sintió en libertad de expresarle sus sentimientos—. Me di cuenta de que ya no quiero vivir sin ti, porque tu ausencia me mata. No vuelvas a desaparecer, por favor...

¿Cómo podría decir eso un hombre a quien no le interesara de verdad? Porque él no sabía que ella lo oía. Una leve esperanza renació en su corazón y

decidió apartar de sus pensamientos de que la amante de su esposo viviera bajo el mismo techo. Tal vez lo de ellos hubiera acabado, pero eso sólo lo sabría con el tiempo.

Estaba muy triste, pero, sentir los labios de Mathew posarse con ternura sobre los suyos para sellarlos con un beso, hizo que olvidara todo por un momento. Se removió levemente y abrió los ojos muy despacio. Lo primero que vieron fue al hombre que la miraba con cariño. Éste esbozó una sonrisa y se acercó nuevamente a besarla. Ella había puesto todas sus esperanzas en ese nuevo matrimonio, que imaginar que lo podía perder de nuevo, hizo que su mundo tambaleara.

—Buenas noches, dormilona —le dijo, cuando volvió a su lugar.

—Ven. Acuéstate a mi lado y abrázame —pidió Madeleine, casi en un susurro. Ella necesitaba sentirlo a su lado, necesitaba sentir sus fuertes brazos protegiéndola de cualquier cosa que pudiera infundirle temor. Necesitaba saber que era real, que no era una completa idiota por haber creído que ser feliz con Mathew era posible.

—Tus deseos son órdenes —respondió el jardinero, haciendo lo que su esposa le había pedido. Él disfrutaba mucho de su compañía, tanto que momentos como ese lo hacían sentir muy afortunado.

Mathew hundió su nariz en el cuello de la joven, disfrutando del dulce aroma que desprendía. Le dio suaves besos en el pelo y la rodeó con sus brazos. La apretó ligeramente contra su cuerpo y le acarició el vientre por unos segundos.

Ella sólo necesitaba sentirlo así. No hicieron el amor, sino que permanecieron en esa posición hasta que el sueño los reclamó. Mientras lo hacía, Madeleine rememoraba las palabras de la señora Parker sobre el perdón, pero esta vez ya no quería callar. Necesitaba aclarar las cosas con su esposo, cuando tuviera las fuerzas necesarias.

...

Madeleine le había dicho a su esposo que estaba triste porque eran unas fechas que le traían malos recuerdos, pero, por supuesto, el conde no se lo creyó. Decidió observarla un poco más antes de tomar parte en el asunto, ya que cabía la posibilidad de que fuera cierto.

Como ese día Mathew estaría ocupado con el viejo, ella había decidido aceptar el ofrecimiento del mozo de escuadra de enseñarle a montar. Hubiese

preferido que fuese su esposo quien lo hiciera, pero no le vendría mal un poco de distracción en esos días en que éste no estaría muy presente por sus muchos compromisos de aprendizaje. Entre sus tutores y el conde, lo tenían monopolizado.

La señora Cromwell acomodó el nuevo traje de montar de la futura condesa sobre la cama y esperó a que ella saliera del baño para ayudarla a vestirse. La vio cruzar la habitación con el rostro pensativo y hasta algo triste. Ya el conde le había advertido sobre su extraño comportamiento. Intentaría descubrir qué era lo que la tenía de ese modo, porque no era habitual en ella ese semblante sombrío. Al contrario, ella era el sol que iluminaba hasta el día más oscuro.

—¿Acaso se siente indispuesta, mi niña? —preguntó, como para iniciar la conversación. Ella esbozó algo que parecía más una mueca que una sonrisa. Se dejó ayudar con la ropa, pero la doncella seguía curiosa—. ¿Sucedió algo? Sabe que puede confiar en mí. Yo sé que solo soy su doncella, pero la conozco desde que era apenas una niña y la quiero como a una hija. Si hay algo que le está inquietando, puede contármelo, que las penas duelen menos si se comparten.

Madeleine suspiró profundamente y se sentó frente al espejo de su tocador. Se miró en éste y entendió por qué le hacía esas preguntas su fiel doncella. Su rostro se veía cansado y visiblemente desmejorado.

—¿Usted sabía que Mathew tenía una relación con Josephine antes de que se le hubiera impuesto este plan? Si tan sólo lo hubiera sabido... —Se acomodó el pelo como para que la señora Cromwell se lo cepillara.

—Nadie lo obligó a aceptar y, además, él no dijo nada para que usted supiera que tenía un compromiso anterior —repuso rápidamente. Ya sospechaba algo, por los comentarios que hacía la doncella en su presencia, pero pensó que lo hacía sin mala intención. Ahora todo tenía sentido, lo que esperaba era que ella se lo contara a su ama.

—Ella me dijo que Mathew lo hacía por ellos, para que no se quedaran sin hogar. Me dijo que para él seguía siendo una mentira. —Madeleine parecía realmente triste y devastada por la simple idea de que Mathew estuviese con ella sólo por interés.

—Pudo haberse sentido obligado a fingir ser el señor Henry, incluso, pero nadie lo obligó a casarse. Yo pienso que él siente un gran interés por usted, una notable y creciente preferencia, y que lo que tenía con esa jovencita acabó. Por supuesto, ella no lo acepta aún y busca molestarla. Pienso que no debería darle el gusto —la aconsejó la mujer.

Madeleine la miró a través del espejo y apretó los labios. No parecía del todo descabellado el razonamiento de su doncella. Pensó en lo mucho que extrañaba pasar tiempo con su esposo y lo frías que habían sido sus noches esos últimos dos días.

—Yo no esperé sentirme atraída por él tan rápido. Usted sabe, de primera mano, lo que yo pensaba del amor, pero me tomó desprevenida y en un momento difícil de mi vida. Cuando lo conocí y vi que se parecía demasiado a mi difunto esposo, supe que no podía ser bueno. Temía querer encontrar en él a mi esposo perdido, buscar en él esa dulzura y calidez con la que me había ganado. Yo temía verlo a él como una devolución del cielo, trasladar lo que sentía por Henry a este perfecto desconocido. Y lo peor es que se cumplió.

La señora Cromwell trenzó el pelo de su ama y lo anudó con un lazo de seda negro.

—Yo ya no quería vivir sin amor, pensando en todo lo que la vida me quitó —prosiguió, al notar que su doncella no quería interrumpirla—. Quería pensar en las nuevas oportunidades, en todo lo nuevo que me estaba dando y una de esas cosas fue conocer a Mathew. Quería tener de nuevo esa emoción de sentirme querida, deseada, amada...

—Y yo creo que lo es, mi niña. Se nota en la mirada de ese muchacho que la desea con toda su alma, que la ama con tanta pasión que sus ojos no pueden ocultarlo. Ahora vaya a hacer lo que iba a hacer y luego espere a su marido con esa hermosa sonrisa que tiene. —Le acarició el rostro con cariño. La joven ladeó la cabeza y sonrió, pero tímidamente—. Vaya tranquila y no piense más en esa doncella. Distraiga su mente para cuando vuelva el señor Mathew. Ya verá que todo se solucionará.

—Gracias, señora Cromwell. —Se levantó y se puso el sombrero de montar.

Madeleine se sintió un poco tonta por haber estado tan triste por el comentario malintencionado de Josephine, pero había sentido tantos celos que no lo pudo evitar. Los días que estuvo sumida en la tristeza, pensó en si Mathew la amaba con la misma pasión e intensidad a la doncella, si la miraba de la misma manera o si la acariciaba como a ella. Estuvo a un tris de preguntarle a su esposo, pero no quería parecer insegura ante él.

Caminó hacia el jardín, decidida a olvidarlo todo y seguir con su vida. Estaba a punto de concretar uno de sus mayores sueños, el de montar a caballo, así que disfrutaría de su momento en lo que volvía Mathew del pueblo.

...

Por fin había llegado el día en que el jardinero conocería al señor Simons, el administrador del conde. Tenía una precaria oficina en el pueblo y ocasionalmente viajaba a Londres para hacer algunas diligencias. Enterarse de las finanzas y la administración de lo que en un futuro sería suyo era sólo el inicio de su estricta preparación.

Aunque el conde estaba lo suficientemente capacitado para educarlo, su salud ya no era la misma de cuando pasaban las tardes de primavera en el jardín, mostrándole lo que el trabajo en las tierras que abastecían al castillo conllevaba, o cuando le contaba a un jovencísimo Mathew cómo eran los bailes en Londres, rodeados de la flor y nata de la sociedad.

El conde sabía que no le quedaba mucho. Sólo esperaba dejarlo todo en orden, un heredero listo para tomar las riendas y con un matrimonio feliz. No se quitaba de la mente el triste rostro de Madeleine y se propuso averiguar qué sucedía con ella. En ese momento también recordó a alguien que le preocupaba y de lo que debía encargarse al administrador para cuando él ya no estuviese.

El mozo de cuadra guiaba a pie a Pearl, la hermosísima yegua blanca que montaba Madeleine con la mirada perdida hacia delante. Había aprendido a equilibrarse sobre el animal y las posturas básicas para iniciar. Por supuesto, el mozo no tenía permitido dejar que ella cabalgara sola, por lo que aferraba con fuerza las riendas de la yegua.

Aunque su tristeza ya no era la de esa mañana en la que había oído las palabras de su doncella y había rememorado las de la señora Parker, aún podía percibir cierta sensación de vacío en su interior.

Enseguida supo que no podía seguir así y que tener tanto tiempo libre la hacía tener ese tipo de pensamientos. Como Mathew estaba ocupado gran parte del día últimamente, entendió que ella debía encontrar algo que hacer para matar sus ratos libres. Leer ya no era suficiente. Necesitaba algo de acción.

Recordó esa bella semana de su luna de miel y la felicidad de los niños del hogar cuando pasaron el día con ellos. También recordó las muchas muestras de cariño por parte de los desdichados enfermos del pequeño hospital. Era eso lo que necesitaba, sentirse útil nuevamente. Recuperar ese brillo y esa viveza que había perdido en esos días. Estiró las riendas de la yegua para detenerla, como le había mostrado el mozo. Este la miró sorprendido y ella

esbozó su mejor sonrisa.

—He visto que tenemos una carreta —dijo con los ojos entrecerrados. El mozuelo asintió rápidamente. Sus ojos brillaron tanto que Madeleine supuso que debía imaginar que le pediría que condujese y que eso le hacía mucha ilusión—. ¿Sabes conducirla? —preguntó, elevando levemente la comisura de sus labios.

El chico asintió con vehemencia y hasta parecía dar pequeños saltos de alegría. Ella lo miró con complicidad y le indicó que continuaran para volver a la caballeriza.

—¿A dónde quiere ir, señora? —preguntó el muchacho mientras la ayudaba a bajar. No debía tener más de dieciséis años, pero era lo bastante alto como para ayudarla sin problema. Su rostro pecoso esperaba, ansioso, una respuesta.

—Iremos a hacer unas visitas —fue todo lo que dijo y le sonrió con cariño.

Madeleine volvió a toda prisa al castillo en busca de su doncella y le indicó que la necesitaba para que la acompañara al pueblo. La mujer ni siquiera intentó replicarle, porque ese rostro animado era lo que llevaba rato deseando ver en su ama.

Ambas mujeres vistieron para salir y se dirigían hacia la entrada principal cuando la señora Cromwell decidió hacer sus preguntas. Habían avisado al señor Royers de que saldrían, pero no a dónde iban, lo que ya tenía a la doncella bastante curiosa.

—¿A qué iremos al pueblo, mi niña? —preguntó la mujer. El mozo parecía un muñeco de porcelana. Incluso se había mojado el pelo y estaba muy arreglado. Las había estado esperando estoico frente a la carreta, con el pecho henchido de felicidad.

—¿Sabe por qué es bueno tener recuerdos felices, señora Cromwell? —La mujer no entendía su pregunta, porque, definitivamente, no contestaba la suya, así que negó levemente con la cabeza. Madeleine sonrió con cariño y le indicó al mozo que estaban listas para partir. Acomodó su sombrero de paja para que no volara y sintieron que el carruaje se movía con su característico ruido—. Porque nos enseña a dónde volver si queremos experimentar esa felicidad de nuevo.

Capítulo 21

El conde se puso feliz al recibir la noticia de que su sobrina estaba de mejor ánimo y que había decidido dar un paseo con su doncella. «Salir le haría bien», pensó. Pidió que les sirvieran el té en el salón e invitó a Mathew y al señor Fuller a que lo siguieran.

Madeleine había perdido la noción del tiempo interesándose por el estado de cada uno de los enfermos del hospital, prestando demás atención a aquellos que no tenían quien los cuidase. Lamentablemente, había varios y de distintas edades.

El doctor Spencer le había explicado la situación de cada uno con mucha paciencia, valorando el interés de la futura condesa en sus obras. Por supuesto, el galeno no tenía ni idea de los motivos que la habían llevado hasta ahí, sino que lo atribuyó a ese admirable entusiasmo que había demostrado en el concurso de las flores, un tiempo atrás.

Ella había olvidado por completo sus melodramas y ni siquiera había prestado atención a que debían estar preocupados por ellas. La tarde estaba cayendo y no era seguro para dos mujeres —prácticamente— solas, andar por esos solitarios caminos de vuelta.

Madeleine había reparado especialmente en una mujer que, aunque estaba muy grave, no perdía ese ánimo de sonreír. Sintió tanta curiosidad de saber cómo lo hacía, que pasó más tiempo con ella que con los demás.

—Cuando entiendes que no puedes poner tu felicidad en algo o en alguien, aprendes a ser feliz por ti misma. Esa felicidad debe estar aquí —señaló su pecho, a la altura del corazón—, y no en otros lugares o cosas o personas, porque ellos pueden desaparecer y llevarse tu felicidad. Debes aprender a ser feliz contigo misma, a brillar con luz propia, a ser capaz de reírte de ti misma, porque nada es seguro en la vida. Debes saber que hay situaciones que no podrás evitar, pero que sí puedes elegir que éstas te derroten, o puedes vencerlas tú. Eso sí puedes elegir. —Le había dicho la mujer, quien intentaba hilar la mayor cantidad de palabras antes de toser nuevamente.

La joven había pasado pensativa todo el camino de regreso, recordando las palabras de esa pobre mujer. Tenía toda la razón del mundo. Lo había probado en carne propia al perder a sus padres, al perder su fortuna, al perder a Henry.

Volvió a la realidad cuando la carreta dio un salto y asustó a las dos mujeres a bordo. El mozo se disculpó enseguida y les avisó que habían pisado una roca, pero que no había sucedido nada que debieran lamentar.

—Iremos a visitarlos más a menudo —anunció Madeleine. Tanto la señora Cromwell como el mozo que conducía la carreta como todo un profesional, sonrieron ampliamente. Les encantaba la idea de ir a menudo al pueblo—. Esta pobre gente está olvidada. —Apretó los labios y parecía pensativa, hasta que miró sorprendida a la doncella—. ¡Hasta podemos traerles comida! Supongo que pueden comer unos pastelillos o frutas...

—Cuenta con todo mi apoyo, mi niña —repuso la señora Cromwell, apretándole levemente la mano que reposaba sobre su regazo.

—Y con el mío también —terció el muchacho, girándose levemente a mirarlas. La señora Cromwell lo reprobó con la mirada, haciendo que el mozuelo se sonrojara, pero Madeleine le hizo un gesto con la mano, como si le restara importancia a su ocurrencia.

—Me alegra oír eso, Félix —le hizo saber la futura condesa. Le había preguntado su nombre cuando recorrían el colorido bosque.

Le había contado sobre su infancia y su juventud, aunque no necesitaba ni siquiera dirigirle la palabra. Era sólo el mozo de cuadra. Pero él se sintió feliz, importante, al charlar con una mujer como ella.

Se sintió el chico más afortunado del mundo por tener una señora tan amable como Madeleine, por lo que contaban con toda su discreción con respecto al plan. Estaba encantado con esa mujer, a quien ahora ayudaba a bajar de la carreta, como para abrir su boca innecesariamente. Incluso la señora Cromwell le caía bien y eso que era más estricta que la señora Mildred con él.

...

Al oír que llegaba el carruaje, Mathew se había excusado del conde y de su tutor para alcanzarlas en la entrada. Se podía notar en su rostro lo feliz que estaba por volverla a ver. A pesar de que habían sido solo la mañana y la tarde, le pareció como si se hubiese ausentado por más días.

Josephine, quien cargaba un montón de ropa de cama, había estado esperando su llegada. Disfrutaba verla sufrir, porque eso hacía que le doliera menos que Mathew hubiese elegido a Madeleine en vez de ella. Esos días posteriores a su inocente comentario, habían sido los mejores para la

doncella, porque la futura condesa apenas asomaba por el castillo y no tenía que soportar los halagos que hacían los demás sirvientes a su señora.

Esperaba ver que ella pasara de largo de su esposo, como lo hacía últimamente, pero lo que vio a continuación, hizo que le hirviera la sangre. Mathew le besó la mano y, sin soltarla, la estiró hasta dejarla pegada a su cuerpo y la rodeó con sus brazos. Ni siquiera reparó en que la señora Cromwell y el mozo de cuadra los miraban como si fuese alguna obra de teatro. La besó, primero en la frente y luego en los labios.

Sus miradas se encontraron y ella tenía un espacial brillo en sus azules y penetrantes ojos. Acunó el rostro de su esposo y lo besó una vez más, antes de adentrarse en el recibidor. Mathew la llevaba de la mano y la miraba fugazmente. Él no tenía idea de todo lo que había sucedido. Se debatía entre acorralarla antes de llegar al salón o esperar a la noche y hacerle el amor como si no hubiera mañana.

Por supuesto, eligió lo segundo.

Madeleine se detuvo antes de entrar al salón, donde vio al conde fumando un puro y al señor Fuller dando un discurso que ella no atendió. Toda su concentración estaba en lo que quería decirle a su esposo, quien tenía la ceja enarcada y se había apoyado en la pared.

Estaban solos y ella lo rodeó por la cintura antes de empezar. ¡Santos cielos! ¡Cómo había extrañado sus abrazos! Se sorprendió por la rapidez con la que uno se acostumbra a las personas. Hacía casi dos meses, era un perfecto extraño que tenía un terrible parecido con su difunto esposo. Hoy era su esposo y heredero del condado de Berkshire.

No podía asegurar que estaba perdidamente enamorada de Mathew, pero sentía algo muy profundo cada vez que lo veía. Pero... ¿cómo sabría si era amor? Ella esperaba sentir eso por él. Ella había aceptado fingir ser su esposa porque se rehusaba a volver a su pasado, pero también porque quería una nueva oportunidad y se aferró a ella, aunque con mucho temor.

—Después de la cena... quisiera que habláramos —le hizo saber la joven. Mathew enarcó aún más la ceja e intentó adivinar qué podría ser eso de lo que ella quería hablar—. Sé que estuve actuando de forma extraña y quiero que sepas por qué.

Madeleine no quería suponer cosas o vivir con dudas. Ella se había propuesto encararlo y oír de sus labios la verdad. Una vez que aclararan las cosas entre ellos, para bien o para mal, tomaría una decisión. Había vuelto a su mente las palabras de la señora Parker y quería saber si tendría las fuerzas

de perdonar de nuevo.

—¿Sucede algo, cariño? —preguntó su esposo, acariciándole el rostro con el pulgar. Madeleine suspiró y asintió.

—Pero lo hablaremos más tarde. —Se puso de puntillas y lo besó, antes de retomar su camino.

Mathew se quedó pensativo, y una profunda tristeza lo embargó al pensar que ella podría estar arrepentida de haberse casado con él. Siempre se sintió poca cosa para ella. Si ahora mismo se mirara al espejo del salón, vería al mismísimo Henry Howard, pero nunca olvidaría que era el bastardo del conde y un simple jardinero con ropa elegante.

...

La cena había sido más tranquila de lo que había esperado Mathew. El conde había evitado tocar el tema de su estado de ánimo en los últimos días, porque le encantaba verla sonreír como lo hacía cuando les contaba lo que habían hecho por la mañana y por la tarde. Si estaba arrepentida del paso que habían dado, o lo disimulaba demasiado bien, o no le afectaba para nada. Había intentado seguir todo el hilo de la conversación con atención, pero esa tormentosa idea no abandonaba su mente.

—Me alegra mucho que hayas encontrado algo que te ocupe y te haga feliz, hija —expresó el conde. Bebió su copa de vino y se aclaró la garganta—. Estoy seguro que esos pobres desdichados estarán encantados contigo, con esa luz que les llevas. Si necesitas algo no dudes en pedírmelo. No creo ser capaz de negártelo —bromeó.

—Muchas gracias, milord —respondió, para luego mirar a su esposo, quien no le quitaba la mirada de encima—. De momento me interesaré un poco más en las diferentes causas y después determinaré con cuáles empezar. Siento que hay mucho por hacer.

En ese momento, le vino a Mathew un breve pensamiento de que podría tratarse de algo sobre su salud y que por eso había ido al hospital.

—Si quieres, te acompaño un día de estos —sugirió Mathew, sin dejar de mirar su plato, en el cual sólo sobraba un poco de ensalada. Cuando levantó los ojos hacia su esposa, ésta lo estaba mirando muy feliz.

—¡Me encantaría! —exclamó con emoción, pero enseguida lo miró con firmeza—. Siempre y cuando no interrumpa tus clases —prosiguió, mirando al conde. Éste asintió y le hizo un gesto con el rostro a su heredero.

—Muy sensato por tu parte, querida —convino el conde, al momento en que indicaba a los lacayos que retiraran la mesa.

Esa noche se habían excusado del conde y habían subido antes a sus aposentos. Madeleine abrió las hojas del enorme ventanal que daba al jardín y se apoyó en el alfeizar. Observó con admiración la bella y serena noche, cuyo murmullo era una mezcla de grillos y quién sabe qué otros bichos más, pero en conjunto armaban una arrulladora sinfonía.

Incluso creyó oler el dulce aroma de las rosas, pero estaban muy lejos de ahí. Se abrazó y observó en silencio el cielo estrellado. La luna ya se había escondido y ya no debía rivalizar con esas brillantes gemas que adornaban el oscuro firmamento.

Se sobresaltó un poco al sentir que Mathew la abrazó por detrás y depositó un tierno beso en su cabeza. Aspiró su dulce néctar, cual flor en primavera y la apretó contra su fuerte y viril cuerpo. Madeleine sintió como si sus piernas le flaquearan, pero, afortunadamente, él la sostenía muy bien.

—¿Ahora me dirás eso que querías contarme? —preguntó muy sereno, aunque por dentro su corazón galopaba descontrolado. Ella asintió y giró la mitad de su cuerpo para mirarlo fugazmente.

Un breve silencio fue la introducción a la charla que tendrían. Era ese pacífico momento en el que ella intentaba ordenar sus pensamientos y trataba de encontrar las palabras correctas para obtener una confesión sincera.

—¿Por qué no me contaste que tenías una relación cuando el conde sugirió el plan? ¿Por qué dejaste que continuara si amabas a otra persona?

Mathew se escandalizó con tales preguntas, tanto que la tomó de los codos y la separó lentamente para poder mirarla a los ojos.

—¿Quién... te dijo eso? —preguntó, aunque no pudo haber sido otra que Josephine. Esa maldita arpía despechada.

—Josephine. —Estaba en lo cierto. Había sido esa víbora—. Si me lo hubieses dicho, yo no hubiese... —Mathew le tapó los labios con un dedo y negó con la cabeza.

—Sí, Josephine y yo tuvimos algo pasajero, pero hace más de un año. —Levantó una ceja—. Ella jamás aceptó su derrota. Nunca entendió que sólo había sido sexo, porque nunca la amé. Ella siguió intentando mucho tiempo después, pero yo ya no quería nada con ella. Mucho menos, desde que llegaste tú.

Madeleine sintió un vuelco en el corazón. Un cosquilleo que había empezado en su pecho y había bajado hasta su zona íntima. Él le estaba

diciendo que era a ella a quien quería y que esa muchacha le había mentido descaradamente.

—Perdona por haberle creído y por haber dejado que influyera en mi estado de ánimo —se disculpó la mujer—. No quise alejarme, pero me sentía fatal. Como una intrusa en medio de vosotros. No quería robaros momentos importantes.

—Mi inocente Madeleine... —musitó el jardinero, con una sonrisa torcida—. Perdóname tú por haber sido el causante de tu tristeza, pero prométeme que no volverás a caer en sus juegucitos. —Ella asintió—. Si vuelves a tener dudas, puedes buscarme y las aclaramos hablando. Ella no es importante para mí. Tú sí.

Una simple caricia en la espalda fue suficiente para encender la llama que estaba esperando, por la chispa que sus miradas generaban. Se unieron con total pasión y entrega, hasta caer rendidos y sudorosos el uno sobre el otro, en la espaciosa cama. ¡Cuánto lo había echado de menos!, pensó Madeleine, mientras su esposo la colmaba de besos en el cuello y en los pechos.

...

Mientras tanto, al otro lado el castillo, la doncella estrujaba con rabia el pañuelo con el cual se secaba las lágrimas. Su primer intento por deshacerse de la esposa de Mathew había fallado, pero, después de una tarde meditando en otras posibilidades, había llegado a la conclusión de que él no dudaría en decirle que ya no eran nada, pero que si ella los veía en la cama las cosas serían muy diferentes.

Al día siguiente, como sería domingo, toda la servidumbre iría al pueblo en su día de descanso. Ese día había sido prácticamente instaurado gracias a la futura condesa, quien prefería pasar a solas ese día con los suyos para que los demás disfrutaran de un día de paseo.

Sacó del bolsillo de su delantal, el cual yacía bien colocado por el espaldero de una silla, un trozo de papel. En él estaba escrito el nombre de una boticaria de muy mala reputación, pero con una infinidad de clientes, entre los cuales había gente muy importante.

Sonrió con ironía al pensar en su segundo plan. Sabía que se ganaría el odio del conde, pero necesitaba sentirse victoriosa sobre Madeleine. La detestaba con toda su alma. Ella ya lo tenía todo y Josephine consideraba que eso no era justo.

—Puedes ir despidiéndote de tu feliz matrimonio, Mathew —susurró con una sonrisa maliciosa, mientras volvía a estrujar el pañuelo—. Ya veremos cómo explicas que estemos durmiendo, desnudos, en la misma cama, en la misma habitación...

Capítulo 22

La doncella sonreía a la par que acariciaba en el bolsillo de su vestido el pequeño frasco de valeriana que le había vendido la boticaria. No quería hacer daño a Mathew, sólo necesitaba que el hombre cayera en un sueño profundo para que ella pudiera aprovecharse de la situación.

Había ido al pueblo sólo con la intención de comprar eso. Ni siquiera le dolió gastar sus ahorros en ese pequeño frasco, el cual ahora miraba a contraluz en la soledad de sus aposentos. No se había preocupado antes de recuperar a Mathew, porque no veía competencia en Bearroc Park y, como él no era de salir, tampoco la veía fuera de éste.

La llegada de Madeleine había sido totalmente inesperada y la llevó a perder un poquito la cordura. No es que esa alma oscura y perversa hubiese nacido en ese momento, ya la tenía desde que tuvo conciencia.

Sus padres la habían vendido a unos mercaderes para alimentar a sus otros diez hermanos menores y ella nunca más supo de ellos. Los odió como nunca imaginó que se podía odiar y hasta creyó ver cierto aire de tranquilidad en el rostro de sus padres al entregarla al hombre.

Había sido todo un suceso en el pueblo vecino la noticia del voraz incendio que consumió toda la mansión del mercader que la había comprado y la había tenido como una criada todos esos años. Por supuesto, el hombre no tenía buena fama, así que no era de extrañar que ese incendio hubiese sido provocado.

Ella había asegurado de que el hombre había estado bebiendo hasta quedarse dormido y que tal vez una vela encendida terminó por encender toda la mansión. Todo había quedado en ruinas y los policías no se explicaban cómo es que ella se había salvado, siendo que sus otras compañeras no habían corrido con la misma suerte.

«No era mi hora de morir», había dicho la joven, quien le contó a los policías que había escapado por una pequeña ventana que daba a la parte trasera de la casa, pero que cuando fue para abrir la puerta a sus demás compañeras, el fuego había avanzado tanto que nada pudo hacer por ellas.

Todo indicaba que realmente había sido un accidente, por lo que Lord Charles Howard no puso objeción en contratarla, cuando la señora Mildred la

sugirió, dos años atrás. La señora Felicity había pasado a mejor vida y necesitaban una doncella para Bearroc Park.

Josephine se apresuró a guardar de nuevo el frasco al oír pasos en el pasillo de las habitaciones de la servidumbre. Aún no había decidido cuándo llevaría a cabo su plan, pero no esperaría demasiado. Las gemelas entraron a la habitación haciendo un gran alboroto por algo que había dicho Gregory, uno de los lacayos, durante la cena y bajaron rápidamente el volumen al ver dormida a su compañera. Por supuesto, sólo estaba fingiendo. Era imposible que se durmiera en menos de un minuto, pero eso ellas no lo sabían.

...

Tres días. Habían pasado tres días hasta que Josephine había encontrado el momento indicado para suministrar a Mathew la valeriana. Madeleine y la señora Cromwell se encontraban de visita en el hospital del pueblo y el conde había tenido un malestar y se había retirado a sus aposentos, sin siquiera tomar el té.

Fue en ese mismo té que estaba bebiendo el futuro conde que la joven había derramado una buena cantidad de gotas del brebaje como para dejarlo dormido en pocos minutos. Había convencido a uno de los lacayos para que la ayudara a llevar a Mathew a su habitación, con la condición de no revelar que lo había pescado tomando unas provistas para su familia del almacén de Bearroc Park.

La señora Madeleine llegaría en unos minutos y ella esperaba ansiosa a que el hombre cayera dormido en el sillón donde leía el periódico, hasta que lo hizo. Corrió a llamar a Gregory para que la ayudara y no tardó ni dos minutos en llegar junto a ella. Lo cargó por debajo de los brazos y ella le ayudó con las piernas. Mathew era muy alto y fuerte.

Con lo que ellos no contaban era que la señora Mildred había manchado su falda con cloro, lo que la llevó al ala del castillo donde estaban los aposentos de la servidumbre. Los vio cargando a su hijo, con mucha dificultad, y se sobresaltó al pensar que le había ocurrido algo malo. Pero no tardó en atar cabos y descubrir el plan de la doncella.

Ni siquiera habían atinado a cerrar la puerta por completo, por lo que no le fue difícil al ama de llaves ver cómo entre los dos desvestían a su hijo. Llevó una mano a su boca para acallar un gemido y corrió a buscar al señor Royers. No podía permitir que esa muchacha se saliera con la suya y destruyera la

felicidad de Mathew y Madeleine, porque era obvio que quería que la pobre mujer descubriera a su esposo en la cama de la doncella.

El mayordomo esperó a que el lacayo saliera de la habitación para llamarlo y ocuparlo, para que no sospechara lo que tenían planeado él y la señora Mildred. Ya luego se encargaría de averiguar por qué se había prestado a tal maldad. Estaba casi seguro de que había sido seducido por Josephine, pero no era excusa para hacer algo tan infame a sus amos.

Le había encargado limpiar las botellas de la bodega de vinos, mientras que él volvió a toda prisa a donde lo esperaba el ama de llaves. Ésta había hecho todo lo posible para mantener la compostura y no agarrarse de los pelos con la doncella, cuando fue a llamarla para que ayudara a Olie con la despensa.

La joven se notaba muy asustada, pero no abrió la puerta más que unos pocos centímetros como para que la mujer le viera parte de la cara. Era evidente que no quería que viera el interior de la habitación.

—¿Acaso se siente mal, señorita Chambers? —preguntó el ama de llaves, escrutándola con la mirada. La joven no podía alegar una enfermedad repentina, porque minutos antes estaba en perfectas condiciones.

—No, es sólo que he manchado mi delantal y he venido a cambiarme. Salgo en un rato —anunció, como si se creyera su propia mentira. Sonrió de manera tan fingida que la señora Mildred ni siquiera le correspondió, sino que asintió y le pidió que bajara de inmediato.

—La espero en la despensa entonces. No tarde —se despidió y se perdió al doblar el pasillo.

Josephine maldijo y se giró a mirar a Mathew, quien dormía plácidamente en su estrecha cama. Supuso que no pasaba nada si iba un rato a despistar a la señora Mildred y luego volvía. Total, su otra víctima todavía no había llegado.

Al llegar a la despensa se sorprendió al ver a Dafne y a Olie sentadas en la parte trasera del castillo, conversando con uno de los mozos de cuadra. Resopló sonoramente y miró de manera desafiante a la señora Mildred, sin sospechar que ésta la había descubierto.

—Quiero que revise todo y me anotes lo que falta para que pueda hacer el pedido al mercader —expresó la mujer, cruzando el pequeño salón contiguo a la cocina, para regresar hacia las habitaciones—. Ah, y aprovecha para ordenarlo todo. Pareciera como si un huracán hubiese pasado por ahí —añadió, esbozando una leve sonrisa cuando la muchacha ya no la veía. Todo estaba revuelto, pero porque ella lo había dejado así a propósito.

Caminó más rápido de lo normal y alcanzó al mayordomo en la puerta. La abrió suavemente y se adentró sin pensarlo dos veces. Cargó como pudo a Mathew como lo había hecho antes el lacayo y enseguida lo ayudó el ama de llaves.

Con mucho esfuerzo, llegaron apenas a la habitación que compartía con su esposa. Lo acostaron en la cama y lo cubrieron con una sábana, como si estuviese tomando simplemente una siesta.

Tanto el señor Royers como la señora Mildred se miraron al oír la carreta llegar por el camino principal. Ambos tenían gotas de sudor por todo el rostro y respiraban de manera agitada. Salieron de inmediato de la habitación y esperaron en el recibidor a que llegara Madeleine acompañada de su doncella.

—¿Disfrutó de su visita, señora? —preguntó el mayordomo, dándole la bienvenida con una amable sonrisa.

Ella se giró a mirarlo y se sacó el sombrero de paja. Su radiante sonrisa fue apagándose poco a poco hasta que quedó frente a la señora Mildred.

—Hubiese sido perfecto si Caroline no estuviese un poco desmejorada, pero supongo que debo ir haciéndome la idea de que pronto nos dejará. —No necesitó explicarles quién era, porque ya les había contado que se trataba de una mujer que irradiaba luz, a pesar de estar muriendo.

—Por desgracia, hay cosas sobre las cuales no podemos influir, mi señora —convino Royers, entendiendo que ella era tan noble que sentía empatía por todos a quienes conocía, aunque no todos merecieran esa bondad.

—Tiene usted razón, Royers. Lo único que podemos hacer es mejorar lo que quede. La visitaré a diario y trataré de que sus últimos días sean los más felices posible —les dijo, mientras caminaba lentamente hacia el salón. Tenía la esperanza de encontrar ahí a Mathew.

Cuando Josephine se dio cuenta de que todo fue una treta del ama de llaves, maldijo de nuevo y aceleró los pasos para ir a terminar lo que había iniciado. Miró el reloj y supuso que Madeleine no tardaría en llegar. Apenas terminó con su labor, fue hacia el salón para ver si todavía no habían llegado y grande fue su sorpresa al ver a la futura condesa, radiante, hablando con el mayordomo y con la señora Mildred.

—Usted es un ángel —le dijo su suegra a Madeleine, tomándole la mano para darle un ligero apretón—. No puedo estar más agradecida con Dios por haberla traído hasta aquí.

—Y yo, por haberme puesto en vuestros caminos —Correspondió al apretón de su suegra y luego la abrazó con cariño—. ¿Está Mathew en el

salón? —preguntó, señalando con su pulgar hacia su espalda.

—Oh, no, no. —se apresuró a responder la señora Mildred, con una sonrisa cómplice en los labios. En ese preciso momento divisó a la joven doncella, espiándolos desde un rincón, pero escondida tras una maceta enorme que tenía unas hermosas hojas—. Debe estar por ahí. Estaba con mucho sueño. Tal vez se quedó dormido y le haga feliz que sea su rostro lo primero en ver al despertar.

Josephine apretó los puños y corrió hacia su habitación. Supo incluso antes de llegar, que la habían descubierto y que habían frustrado su plan. «¡Maldita sea!», pensó furiosa. No podía creer la suerte que tenían esos dos. Abrió la puerta de su habitación y la vio tan vacía como el interior de su corazón.

—Todavía me queda una carta, señora Mildred. Quien ríe último, ríe mejor... —pronunció con una sonrisa trémula. Cerró de nuevo la puerta, haciendo mucho ruido, y volvió a la despensa.

Tomó una manzana de la cesta que reposaba sobre una de las repisas y la mordió.

Madeleine subió las escaleras como si éstas la fueran a llevar al cielo. Tenía una sonrisa pícaro y muchas ganas por contarle a su esposo todo lo que habían hecho con la señora Cromwell.

Efectivamente, ahí estaba, profundamente dormido, con uno de los brazos colgando a un costado de la cama. Ella sonrió con cariño y lo miró desde el vano de la puerta. No imaginaba que el pobre, tal vez, dormiría hasta el día siguiente. Se giró y preguntó por el conde a la señora Mildred.

—El pobrecillo tuvo un malestar y se recogió a descansar —le respondió el ama de llaves, mientras caminaban de regreso al salón—. ¿Quiere ir a visitarlo? Estoy segura de que le alegrará la tarde.

Ambas se detuvieron al toparse con Royers y éste acompañó a Madeleine a los aposentos del conde. Como lo había vaticinado el ama de llaves, el viejo se puso muy contento de ver a su sobrina política. La mandó pasar de inmediato y le indicó el asiento que estaba a un costado de su cama, frente a una mesita.

—Querida Madeleine, estás de regreso —saludó, apenas la vio cruzar la puerta—. A ver, mejor ven aquí. —Dio pequeños golpecitos sobre el colchón. Se encontraba sentado en la cama, con unas almohadas detrás de la espalda. La joven estaba a punto de sentarse en el sillón que le había indicado, pero cambió de rumbo ante su pedido.

—Me dijo la señora Mildred que estaba indispuesto —mencionó, a la par

que se sentaba con cuidado al filo de la cama—. ¿Se siente mejor?

El viejo suspiró y le dio leves golpecitos sobre la mano.

—Lo mismo iba a preguntarte yo, querida. —Entrecerró los ojos y parecía analizarla—. Quiero que sepas que no creí eso de que estabas triste por lo de las fechas... y recordarte que no sólo soy tu tío político, también puedo ser un buen amigo, así que, si quieres hablarlo, aquí estoy.

Madeleine meneó la cabeza, indicándole que no pasaba nada.

—Ya pasó. Es que a veces soy muy tonta y me dejo llevar por las apariencias. Afortunadamente, ya está todo solucionado.

—¿Eres feliz, Madeleine? —preguntó, con la mirada pensativa hacia la mujer. Ella sonrió.

—Hay veces en las cuales me siento más feliz que en otras, pero sí, lo soy —respondió—. Siento que tengo una nueva oportunidad y me gusta cómo se van dando las cosas. Creo que cada día que pasa, Mathew y yo nos conocemos más y vamos forjando una bonita amistad, un equipo.

El viejo asintió lentamente.

—¿Lo amas? —Ella frunció el ceño y apretó los labios.

—Siento lo mismo que llegué a sentir por Henry, milord. —El conde pareció un poco decepcionado. Sabía que ella quería mucho a Henry, pero él deseaba más que eso para sus herederos. Madeleine lo notó y sonrió con complicidad—. Pero es muy pronto para saber si es amor. Disfrutamos de la compañía mutua. Por las noches es increíble... —Se sonrojó por completo y bajó la mirada.

—No tengas vergüenza de reconocer que disfrutáis de vuestra unión marital. —Le volvió a dar unos leves golpecitos en la mano que tenía extendida a su lado—. Es un buen camino para llegar al amor. Sólo debes abrir la puerta para que éste pueda entrar. No tengas miedo cuando eso suceda, porque es el mejor regalo que la vida te pueda dar.

—Mathew es un hombre muy cariñoso, responsable y dedicado. Me gusta que se preocupa por todos y no sólo de su bienestar. Él hace que me sienta querida y deseada. Cuando estamos juntos, tengo esperanzas, cuando estamos juntos, siento que nada me puede hacer daño, pero también, me ahoga esa sensación de que lo pudiera perder.

En sus labios se dibujó una triste sonrisa, pero el conde meneó la cabeza.

—Deja de torturarte con eso, querida. Si debe suceder, ni tú ni nadie lo va a poder impedir. Disfruta mientras dure e intenta ser feliz. A mí no me queda mucho tiempo, y quiero que estéis preparados para entonces. —Madeleine lo

miró con tristeza y le acarició la arrugada mano—. No, querida, no te pongas triste. Yo no lo estoy —mintió—. Estoy seguro de que dejo todo en buenas manos. Sólo deseo que seáis muy felices.

—No nos deje... —susurró, a la par que lo rodeaba con sus brazos. El conde sonrió para ella y correspondió el gesto. Esa muchacha había llenado de luz su triste y solitaria vida y ahora sí sentía tristeza por dejarla.

—Las personas que amas nunca te dejan. Pueden irse, pueden dejar este mundo terrenal, pero siempre estarán aquí, en tu corazón —le dijo el conde. Ella tenía los ojos brillantes.

—¿Qué le parece si aprovechamos este tiempo entonces y lo disfrutamos? Podríamos hacer un viaje corto —sugirió. El conde asintió sonriente, pero dudaba que fuera a cumplirse.

—Empecemos con cosas sencillas, que podemos hacer aquí. Un picnic a orillas del lago estaría bien —dijo el conde, con una ceja enarcada. Ella unió las manos a la altura de la boca y asintió.

—¡Me encanta la idea! Se lo diré a Mathew.

—Hazlo —convino el viejo—. Siempre puedes hacer esos pastelitos que tan ricos te salen —bromeó. Ella asintió y se puso en pie.

—Me alegra mucho haberlo conocido, milord. Me alegra mucho que Henry, mi querido Henry, me hubiese convencido de venir acá —mencionó con serenidad—. Él lo quería mucho.

—Estoy segura de que él está feliz por ti y por Mathew. Henry fue un gran muchacho y no hay día en que no lo eche de menos. Él siempre se preocupó por mí. Y estaba seguro de que no era por el dinero.

—Lo sé. Henry no era interesado. Ni tampoco Mathew lo es.

—Si yo no puedo acompañaros, deberíais ir alguna vez a Liverpool y probar si alguien nota el cambio de herederos, porque Henry tenía una casa ahí, ¿no es así?

Madeleine no había pensado en Liverpool hasta ese entonces. Pensó en todo lo que había quedado ahí, incluido el amante de Henry ¿Qué habría sucedido con él? Si iban a ir hasta allá, lo más prudente era que Mathew estuviese muy preparado, ya que su antecesor había vivido casi toda su vida ahí y la gente le conocía.

—¿No podemos simplemente no ir? —preguntó Madeleine, un poco reticente.

—Es importante que vayáis para no causar incertidumbres en la gente. El verdadero Henry no se hubiese desentendido del todo de esa casa, así que el

falso tampoco debería hacerlo.

—Tiene razón.

—Por supuesto que la tengo. Soy un viejo zorro —bromeó—. Ahora ve, que seguro que tu esposo ya debe estar preparándose para cenar. Pídele a Royers que me sirvan la cena aquí, por favor.

Madeleine asintió.

—Claro, le digo. Espero que mañana se sienta mejor y podamos hacer ese picnic.

—Así será, querida. Así será.

Capítulo 23

La señora Mildred se enfrentó con Josephine después de la cena de los sirvientes. Le dijo que entendiera que Mathew era ahora un hombre casado y con muchas responsabilidades, no sólo con su esposa, sino con todo el condado.

—¡Aquí la única intrusa es esa! —exclamó furiosa. Todos los demás sirvientes, con excepción del mayordomo y el ayuda de cámara del conde, quienes estaban con éste, estaban oyendo la caldeada discusión.

—¡Josephine, basta! —exclamó Olie, quien estaba totalmente en contra de su manera de actuar.

—¡Yo no me callo para nada! ¡Mucho menos cuando lo que digo es la verdad! —Gregory la agarró del brazo y la apartó un poco de la multitud. Ese chico se preocupaba por ella de verdad.

—Más le vale que mantenga la compostura, señorita Chambers —le advirtió la señora Mildred, con el mentón ligeramente elevado.

—¿O qué? ¿Piensa que le tengo miedo? —la desafió, con el rostro cargado de furia —No olvide que yo también conozco la verdad sobre el cambio de herederos. Estoy segura de que los periódicos estarían fascinados con una historia tan interesante... —Terminó su frase casi en un susurro, pero con una sonrisa maliciosa.

La señora Mildred apretó los puños a ambos lados de su cuerpo, pero no dijo ni una palabra más. Tal vez éstas se quedaron atrapadas entre sus dientes, los cuales apretaba con fuerza.

Olie y Dafne desaprobaban con la mirada a la doncella. Ambas estaban convencidas de que era más macabra de lo que imaginaban. Cuando la muchacha se retiró a sus aposentos, murmurando cosas que ya no llegaron a oír, ni siquiera quisieron ir a la misma habitación. No dejaban de imaginar que podía asesinarlas en sueño, así que le pidieron a la señora Cromwell dormir con ella en su habitación.

La mujer aceptó sin dudarle y se quedó pensativa. Esa muchacha era peligrosa, sumamente peligrosa, no solo para Madeleine, sino para todos en Bearroc Park. ¿Debía advertirle a su señora? ¿O era mejor no asustarla y esperar a ver si hacía algo más? Tal vez solo estaba molesta. Sí, mejor

esperaría. No quería causarle una angustia justificada solamente por un berrinche.

...

Mathew quiso acompañar esta vez a Madeleine al hogar de niños. El conde había declinado la invitación por su estado de salud, pero, en realidad, quería que ellos pasaran tiempo juntos y también, saber qué era eso que la señora Mildred quería contarle a solas.

Jonás los espiaba de tanto en tanto, mientras conducía por el angosto camino que llevaba a la capilla de San Jorge. Justo al lado estaba la pequeña casa de paredes desnudas y techo de paja, la cual, era el hogar de diez huérfanos de diferentes edades, entre niños y niñas.

—¿Henry y tú nunca os conocisteis? —preguntó Madeleine, al mirar su hermoso anillo de compromiso. —Digo... ¿Él no visitaba a su tío? ¿Conociste a sus padres?

Mathew levantó una ceja y miró por la ventanilla, pero después devolvió la mirada a su esposa y asintió.

—Su madre era una mujer encantadora. —Tomó la mano de Madeleine y la acarició—. Su padre era un hombre muy simpático, aunque siempre correcto. Se notaba que tenían una gran conexión, como la que hubieseis tenido vosotros si no hubiese muerto. —La miró con cariño—. Henry no había venido con ellos porque se encontraba en Eton. El conde se había decepcionado mucho, quería verlo de nuevo. No lo habían visitado desde su primera comunión.

—¿Sabías del parecido entre vosotros? —Madeleine lo observó y se maravilló una vez más. Ella no podía creerlo. Salvo las pequeñas diferencias y la edad, podían ser gemelos.

Mathew negó con la cabeza.

—Yo nunca lo había visto. Cuando por fin visitó Bearroc Park, yo estaba con una fuerte gripe y permanecí en cama toda una semana. Fue en ese momento en que el viejo se convenció de que Henry era un digno heredero. —Sonrió con ironía—. Lo sentí un poco incómodo los días que siguieron a su partida. —Madeleine entrecerró los ojos, como si le preguntara con ellos por qué—. Creo que se sentía avergonzado por sentirse tan feliz con su legítimo heredero sabiendo que yo era su hijo, bastardo, pero su hijo. Por haber tenido la esperanza de que yo lo heredara y luego cambiar de opinión.

—¿Y tú... cómo te sentiste? —preguntó. Él le había dicho que nunca quiso todo eso, pero ahora estaban en mayor confianza que en ese entonces.

—Aliviado —suspiró. Hablaban muy bajito, pero estaban seguros de que Jonás los oía—. Nunca pensé que podría estar a la altura, que podría soportar todo esto. Quería elegir a mi esposa, quería amanecer cada día sin tener que preocuparme de las responsabilidades que conlleva el ser un noble. Quería ser libre...

—¿Y ahora? —Había estado escuchándolo atenta. No faltaba mucho, así que esperaba obtener su respuesta antes. A lo lejos ya se veía el campanario.

—Ahora estás tú y haces que todo parezca fácil, haces que parezca que vale la pena luchar, que vale la pena correr cualquier riesgo. —Llevó su mano al rostro de Madeleine y lo acarició con el dorso de ella—. Quería elegir a mi esposa, pero nunca imaginé que querría todo aquello que tanto evitaba, aquello a lo que tanto temía, por una que apareció una cálida mañana de abril a cambiar nuestro destino, sin siquiera conocerla, sin siquiera esperarla.

Madeleine tenía la mirada brillante y el corazón con una extraña sensación de felicidad.

—Oh, qué bellas palabras... —Sonrió, pero, de pronto, pareció pensar en algo—. Por cierto, una mañana en la que tú no estuviste. —Recordó aquel momento en que miró a cada uno de los que la recibieron—. ¿Dónde estabas?

—Aquí. —Señaló a su lado. El coche había llegado. Madeleine tenía el rostro interrogante, así que se explicó mejor—. Había venido a traer mi colaboración para la iglesia. Iba a ser una visita rápida, pero el padre me pidió ayuda con un enfermo. Necesitaba a un hombre fuerte que pudiera cargarlo. —Levantó varias veces las cejas y sonrió con picardía.

Jonás bajó del coche y abrió rápidamente la puerta de Mathew y luego la de Madeleine. Ambos miraron la casa que se erguía al lado de la iglesia y, luego, el uno al otro. Mathew posó la mano en la espalda de Madeleine y fueron recibidos por sor Agnes, con un séquito de recibimiento, de lo más revoltoso, detrás. Los pequeños no tardaron en darles una cálida bienvenida, rodeando con sus bracitos, sus piernas.

Los niños tenían un mejor aspecto del que tenían cuando los conoció Madeleine. No es que hubiesen estado descuidados, pero se veían notoriamente mejor vestidos. Les habían mandado hacer ropas nuevas y todos parecían felices con ellas. En el pequeño salón donde antes había sólo unas cajas y pelotas con las que jugaban los pequeños, ahora había también unos juguetes de madera que el mismo Mathew había hecho para ellos.

Madeleine le entregó a Sor Agnes la cesta cargada de pastelillos y ésta la colocó sobre la mesa que habían preparado para la visita. Los niños se

arremolinaron de inmediato, pero la religiosa les indicó que debían esperar al padre Phillip para iniciar la merienda.

—Es que tengo hambre, sor Agnes... —se quejó un niño regordete, con el rostro cabizbajo, mientras se frotaba las manos. Madeleine se agachó hasta llegar a su altura y le acarició la cabeza—. ¿Usted me cree, señora Madeleine? ¿Alguna vez sintió algo así?

El rostro de la futura condesa mostró una inexplicable angustia, y cuando iba a responder a la pregunta del niño, contándole que conocía mejor que nadie esa sensación, la religiosa lo tomó del hombro y le acarició el rostro.

—Mira hacia la puerta —le dijo, y el niño sonrió ampliamente al ver al sacerdote, entrando por la misma—. Ya no tendrás que esperar tanto.

—Señores Howard —saludó el religioso y se sacó el sombrero. Vestía de un negro impoluto, cortado nada más que por el pequeño rectángulo blanco en el cuello—. ¿Me habéis esperado mucho?

—Acabamos de llegar. Nos alegramos de verlo —respondió Mathew, rodeando a Madeleine por la cintura. No ignoró que ella se había quedado mirando con tristeza al niño.

...

Habían pasado una hermosa tarde en el hogar de niños. El padre Phillip les había informado de todas las novedades y proyectos que tenían para las obras de la parroquia. Madeleine intentó mantenerse animada durante la visita, pero Mathew la había mirado fugazmente en algunas ocasiones y supo que algo la tenía así, distraída.

Habían emprendido el camino de regreso y ya en el coche, Mathew tomó la mano de Madeleine y la llevó a su boca. Le dio un tierno beso y le sonrió. Cuando ella lo miró, pudo notar que tenía los ojos brillantes.

—¿Ha ocurrido algo que te haya hecho sentir mal? —preguntó, con el rostro preocupado, pero ella negó con la cabeza—. Puedes contarme. Si compartes las tristezas son más llevaderas.

Jonás los observó por el espejo retrovisor, en completo silencio.

Madeleine negó con la cabeza, pero le dio un leve apretón en la mano a su esposo. Este entendió que no era el momento de hablar. Ya lo harían en privado. Ella no había llegado a contarle mucho sobre su pasado, por lo que él no entendía su actitud.

Mientras tomaban un baño para la cena, fue que ella por fin le habló de lo que le sucedía. Mathew le pasaba la esponja por la espalda y esperaba

paciente a que ella pusiera en orden sus palabras.

—Después de la muerte de mis padres, me sentí muy asustada. No tenía dinero, no tenía amigos, no tenía más una familia... —resolló—. Llegué a pensar que moriría de hambre cuando se nos acabaron las cosas para vender. —Se limpió las lágrimas con los dedos. Mathew le acarició los hombros y le había dicho que no siguiera, pero ella quería continuar—. Estoy bien, estoy bien, necesito sacarlo. —Se calló por unos segundos, pero después de aclararse la garganta, continuó—: Kate siempre fue un ángel. Fue ella quien me salvó al enviarme dinero. Cuando fui a comprar masas a una confitería, en compañía de la señora Cromwell, tuvimos la idea de hacer esos pastelitos y venderlos a domicilio. Fue duro al principio, y fue cuando más hambre sentí en mi vida. Por eso sé lo que eso significa.

—Fuiste muy valiente y eso me hace sentir muy orgulloso. Gracias por contármelo. —Ella asintió y se quedaron de nuevo en silencio por unos segundos. Se recostó en el torso de Mathew y se relajó—. No puedo prometerte que no volverás a pasar por eso, pero, mientras viva, te cuidaré.

—Gracias —dijo Madeleine, girando levemente el rostro hacia su esposo. Éste la besó y consideraron la idea de no ir a cenar y permanecer en ese lugar.

Les pareció más divertido hacerlo rápido y de manera apasionada, oyendo el chapoteo del agua cada vez que sus cuerpos colisionaban con rapidez. Él se aferraba al borde de la bañera, con las manos de ella apretando las suyas con la misma intensidad. Cuando sintió que el momento del clímax se aproximaba, él le mordió levemente el hombro y lo terminó en un beso, uno que subió luego por su cuello y terminó ahogando un gemido cuando todo explotó en el interior de ambos.

Parecían felices al bajar las escaleras, vestidos según la etiqueta lo exigía para la cena. Ella llevaba un hermoso vestido gris plata, con bordados de pedrería en el borde de la falda, la cual tenía unas tres capas, todas ellas como parte de lo que formaba una obra de arte.

Se pusieron felices al ver al conde repuesto y en el lugar que le correspondía. Éste tenía sobre la mesa un sobre cerrado y el rostro pensativo. Tenía la mirada fija en el sobre, pero con los dedos tamborileando la superficie de la mesa. Cuando oyó los pasos de la pareja, en especial, la de los tacones de Madeleine, despertó de su hipnosis.

—Oh, os estaba esperando —mencionó, mientras ellos ocupaban sus lugares en la mesa. El mayordomo se acercó a preguntarle al conde si ya podían servir la cena y éste le respondió con un gesto de mano, que les diera

unos minutos a solas—. Ha llegado una carta para Henry, de Liverpool —añadió.

Mathew no pudo evitar el terror que se reflejó en su rostro. No podía imaginar qué podía contener esa carta, pero siempre sentía que lo descubrirían en cualquier momento, que cometería un error que les pudiera costar todo lo que habían trabajado.

Miró a Madeleine y ella parecía igual de preocupada, aunque intentaba disimularlo. Al verla, entendió que ya se había involucrado demasiado con ella como para resistir perderla. No le importaba perder todo lo que heredaría, sólo esa mujer a la que había prometido proteger.

—¿Qué dice? —preguntó el jardinero, cuando por fin pudo articular palabras.

—¿Quién la envía? —preguntó Madeleine, intentando adivinar en su mente.

—El abogado de Henry —contestó el conde. A Mathew le dio un escalofrío que recorrió toda su espalda. Se quedó mudo, porque esto se les estaba yendo de las manos—. ¿Alguna vez te mencionó sobre él o lo conociste, Madeleine?

Ella negó rápidamente.

—Eso supuse —prosiguió el conde—, pero tenía la esperanza de que lo hubieras conocido en la boda. —Después de un corto silencio, en el que pareció pensar en algo, continuó—. Abriremos la carta más tarde, para saber qué quiere. Ya después veremos qué hacer. Ahora cenemos.

Levantó la mano y le dio la orden a Royers para que sirvieran la cena, pero ya nadie disfrutó del delicioso plato que había preparado la señora Meredith, la cocinera.

Capítulo 24

Habían decidido abrir la carta en el salón, para que Mathew la leyera y pudieran saber qué decía. El abogado lo invitaba a su boda y no por negocios, por lo que pudieron dormir tranquilos esa noche, aunque Madeleine se había quedado pensando un rato más. Pensó que la mejor idea era mantener la versión de que Henry perdió gran parte de la memoria en su «caída» al bote salvavidas desde la pasarela donde la había embarcado a ella.

Observó a Mathew dormir profundamente y llevó una de sus manos al rostro del hombre. Pasó los dedos con delicadeza, para no despertarlo, y pensó en todo lo que podían afrontar en ese viaje. Tenían dos meses para prepararse, pero de nuevo la embargó ese sentimiento de angustia, como en ocasiones anteriores.

Abrazó a su esposo y cerró los ojos. Deseó quedar dormida tan profundamente como lo hacía Mathew, pero le llevó unos minutos en conciliar el sueño. Quería dejar de pensar que algo malo se avecinaba, porque no le dejaba vivir tranquilamente, quería seguir disfrutando de su nueva vida. Ya no quería perder a nadie más.

Por desgracia, no había pasado ni dos horas de haber cerrado los ojos cuando sintió un frío gélido que le congeló hasta el alma. Al principio los oía de lejos, pero, poco a poco, pudo reconocer los gritos de la noche del naufragio. Mujeres desesperadas por haber dejado a sus esposos, otras por saber que morirían en las frías aguas del océano, hombres que se lamentaban por no poder salvar a sus seres queridos y... Henry mirándola con cariño a las puertas de la muerte.

Se movía con la esperanza de despertar de esa horrible pesadilla, una que no había tenido en mucho tiempo, pero no podía. Se sumergía cada vez más en una oscuridad voraz que no la dejaba ver ni sus pensamientos. Buscaba a su alrededor una luz, algo que le guiara el camino a seguir, pero no lo encontraba.

Empezó a gritar, a llorar a apretarse la cabeza con ambas manos, como si eso la fuese a despertar, pero no fue hasta que vio una luz a lo lejos, que poco a poco se acercaba entre las oscuras almas que vagaban en su entorno. Sabía que alguien la portaba, pero no podía verle el rostro.

No se dio cuenta, pero Mathew estaba tratando de despertarla. La movía

levemente, como para no asustarla, pero no estaba funcionando. Le empezaba a preocupar la forma en la que lloraba desconsoladamente y daba braceos hacia delante, como si quisiera alcanzar algo.

—¡Madeleine! ¡Madeleine, despierta! —exclamaba Mathew, agarrándola de los hombros. Oyó unos golpes en la puerta, pero los ignoró por la preocupación que le causaba el sufrimiento que parecía tener su esposa en sueños.

No sabía qué podía estar soñando, porque él no sabía de las pesadillas que ella había tenido hasta antes de casarse. Como nadie hacía caso, pero se seguía oyendo el lastimero llanto de Madeleine, el conde entró a la habitación, arropado por un batín color rojo oscuro. Vio a Mathew sentado al lado de su esposa, intentando despertarla, y entendió por qué no había acudido a abrirla la puerta.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Os habéis peleado? —preguntó el conde, acercándose rápidamente a la cama. Su hijo lo miró con incredulidad y después de poner los ojos en blanco, negó con la cabeza.

—Al parecer es una pesadilla, pero no puedo despertarla. —respondió un preocupado Mathew.

Madeleine sentía las manos de aquellos que murieron en las frías aguas, tomarle de las piernas o tocándole el brazo. Querían llevarle con ellos, pero cuando sintió que ya no tenía fuerzas para luchar, vio que quien traía la vela encendida era Henry o Mathew. Con los ojos tan hinchados y en tanta oscuridad, no podía distinguirlo bien. Pensó que era Henry, lo sentía como su primer esposo. La miró con ternura y complicidad y le tendió la mano.

Él pareció dejar el farol sobre algo que ella no distinguió, pero no dudó ni un segundo en levantarse de donde estaba, acurrucada, y abrazarlo. Como era de esperarse, también lo hizo estando dormida, en la realidad. Mathew la miró muy sorprendido y no dudó en protegerla con sus fuertes brazos.

Ella gimoteaba, aún con los ojos cerrados, y se aferraba a Mathew. Tenía el rostro hundido en su cuello y susurraba algo que, al principio, no podían entender. El conde se acercó hasta quedar muy cerca y fue en ese momento en que ambos lo escucharon.

—Henry... Henry, no me dejes. Henry, no me digas adiós porque te necesito. Te extraño tanto... —Sollozó—. Vuelve...

En ese momento, Mathew sintió como si miles de cuchillos le atravesaran el corazón. Su esposa estaba llorando por otro. Y no era un hombre cualquiera, había sido su primer esposo, uno a quien ella había elegido, no le habían

impuesto por una mentira, como con él.

No podía decir nada, le dolían demasiado el orgullo y la garganta. Tal vez ella no reconocía aún sus sentimientos por él, pero para él, Madeleine ya era una persona demasiado importante. Era la persona que nunca había esperado conocer, pero que había llegado a poner su mundo del revés. Era una mujer que se había metido en su mente en forma de deseo, pero que luego se fue instalando en su corazón, haciendo que eso que había oído, se convirtiera en un gran dolor.

Era su esposa ante Dios y ante la ley, aunque nunca podría librarse de su mayor rival, porque, aunque su esposa le había asegurado de que no se había llegado a enamorar de su primer esposo, sentía por él algo muy especial, algo que no podía olvidar.

Cuando ella se tranquilizó, abrió los ojos y miró sorprendida a su esposo y a su tío, ambos la miraban, pero uno tenía el rostro preocupado y el otro, cargado de dolor. Se preguntó qué hacían ahí, mirándola, pero Mathew se levantó de la cama y, sin decir nada, se cubrió con el batín celeste de su pijama y salió de la habitación.

—Milord... ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué está aquí? —preguntó Madeleine, casi en un susurro. Sentía que el corazón le galopaba como un caballo de carreras. El conde posó su mano sobre la de ella y le dio unas palmaditas.

—Has tenido una pesadilla, querida —respondió, con su rostro sereno. Al ver que ella estaba despierta, fue relajando la expresión preocupada que tenía.

—¿Y Mathew? ¿Por qué se ha ido? ¿Acaso... dije algo que lo molestó? —indagó, recordando lo que había soñado. Estaba casi segura de que llamó a Henry en sueños, porque aún tenía muy fresco su recuerdo. El conde asintió.

—Llamaste a Henry en sueños. —Madeleine llevó una mano a la boca—. Le pediste que volviese. Eso... pudo haber herido un poco a Mathew. No sé si te lo dijo, pero él siente algo muy especial por ti.

Madeleine se arrastró hasta el borde de la cama y se dispuso a seguirlo. El conde la agarró del brazo y negó con la cabeza.

—Está enfadado. Mejor habláis mañana. Ahora podríais haceros aún más daño.

—Pero ¿por qué? Fue un sueño, milord. Y Henry está... —Se quedó callada. Recordó su sueño y Henry no parecía estar muerto.

—Muerto. Lo sé, pero nosotros los hombres podemos sentir celos hasta de los muertos. Créeme, hija.

Madeleine miró hacia la puerta y se preguntó a dónde había ido Mathew.

Tal vez el conde tenía razón y lo mejor era esperar. Al día siguiente aclararía que había sido un sueño y que no fue lo que parecía.

—Vuelve a dormir, hija. Descansa. Espero que ya no tengas esas terribles pesadillas —deseó el viejo. Ella bajó la mirada y se frotó las manos.

—Creo que nunca podré acallar sus voces. Están siempre asechando mis sueños, como si intentaran llevarme a una oscuridad tremenda. —Miró al conde, con los ojos llorosos—. Vi a Henry con un farol, había venido a salvarme de ellas, pero algo lo hacía retroceder, a pesar de que no quería. Era por eso que le pedía que no se fuera, pero era porque lo veía como mi única salvación.

El conde no necesitaba explicaciones. Ni siquiera una palabra de Madeleine. Él era un hombre viejo, sabio, directo y detallista. A él no se le escapaban esas miradas o gestos que se dedicaba el matrimonio Howard. Ambos sentían algo muy especial, aunque no se animaban a reconocer sus sentimientos. Preferían llamarlo felicidad. No es que estuviese mal, pero tal vez si lo llamaran por su nombre, no tendrían tantas dudas en este momento.

—Intenta dormir de nuevo. Verás que mañana todo se arregla. —Le palmoteó de nuevo la mano y se puso de pie para regresar a sus aposentos. Tomó la vela que había traído consigo y ella pronto vio de nuevo todo en oscuridad. El conde, a pesar de ser un hombre muy moderno para su tiempo, aún se resistía a algunos avances tecnológicos, o simplemente le gustaba cargar su viejo candelabro por las noches.

Se acostó y se cubrió con la sábana hasta el pecho. La estrujó en sus manos y pensó en dónde se había ido Mathew a dormir. Pobre... No quería imaginar lo que debía estar sintiendo. Él siempre le había confesado lo que sentía por ella, aunque ella no había podido hacer lo mismo.

Pensó en dormir de nuevo, pero un desasosiego no se lo permitía. Oyó por un momento el suave canto de la brisa que mecía las ramas de los árboles que rodeaban Bearroc Park y sintió una terrible soledad. Se sentó al borde de la cama y, después de pensar por unos segundos, decidió que iría a buscar a su esposo. Tomó la vela apagada que tenía en la mesilla y salió igual al pasillo. Pronto encontraría una con la cual encender la suya.

Conocía perfectamente qué habitaciones estaban ocupadas y cuáles no, así que fue revisando una a una hasta agotarse sus oportunidades de encontrarlo. No estaba por ningún lugar dentro del castillo. Por lo menos, no en el ala donde ellos habitaban. Por supuesto, cabía la posibilidad de que se hubiese ido a dormir en el ala de la servidumbre, lo que le causó una profunda

inquietud. Estaría muy cerca de Josephine y, según dicen, donde hubo fuego, cenizas quedan.

No iba a estar aireando sus problemas maritales con los sirvientes, a pesar de que todos eran de confianza, así que se abrazó a sí misma y salió a caminar por el jardín. La fresca brisa que se colaba por las ramas golpeaba su delicado y etéreo cuerpo, moviendo su camisón y dándole un aire angelical.

Sus pasos la guiaron hacia las caballerizas, en la cual se podía notar una luz encendida. Se acercó en total silencio, con la esperanza de que fuese Mathew y, a medida que se acercaba, practicaba su disculpa.

Pero grande fue su sorpresa al ver lo que sus ojos no pudieron evitar. Mathew estaba sentado en una banca y una joven con un camisón estaba recostada por él. Estaban sentados uno al lado del otro. Ni siquiera estaban en una posición comprometedor, pero el hecho de que él la hubiera buscado para desahogarse se sintió como una alta traición.

La reconoció enseguida. Ese pelo trenzado en negro azabache, largo hasta la cintura, cuando no lo tenía en un rodete bajo su cofia, esa piel blanca como la luna, y esa figura tan delgada como la de ella, no podía ser sino su peor pesadilla. Enseguida recordó su rostro al hacerle saber que habían sido amantes, de que habían hecho el amor como se lo había hecho él a ella.

Ahora era Madeleine la que sintió como si aún estuviese en esas congeladas aguas, sintiendo el doloroso agujijón del hielo en todo su ser. Las lágrimas se asomaron y llevó rápidamente una mano a su boca para acallar un gemido. ¿Y si Josephine le había dicho la verdad y ellos nunca terminaron su relación? ¿Por qué la buscaría precisamente a ella, de no ser así?

Tuvo un impulso de irrumpir y enfrentarlos, pero su cuerpo tomó otra decisión. Retrocedió muy lentamente, para no hacer ruido, y volvió a Bearroc Park, a llorar en la soledad de su habitación. Se sentó en el tocador y abrió su caja musical. La observó por unos minutos con la mirada perdida, oyendo Claro de luna, mientras la pareja bailaba. Una lágrima se escurrió por su alterada mejilla, pero no la limpió.

Recordó esa última noche en el *Titanic*, en el lujo que se respiraba en el ambiente, en la cena, en el maravilloso baile que habían tenido con su esposo, como presagio de una triste y desgarradora despedida. Cerró los ojos y recordó también a las muchas parejas que los acompañaron: la jovencísima Madeleine Astor y su galante pero mayor esposo, una parlanchina Molly Brown acaparando al capitán, entre otras muy notables, como hombres millonarios con sus amantes, o con sus esposas, movidos por los acordes de

un cuarteto de cuerdas.

El rostro de Henry, como si quisiera decirle algo, pero no se animaba. Él quería hacer el amor con su esposa, y sus ganas se espoleaban cada vez que sus cuerpos se unían en cada baile. Lo supo más tarde.

De pronto, pensó en su sueño e intentó recordar si había sido Henry o Mathew quien la había ido a salvar. Se parecían tanto que, con el reflejo de la luz en su rostro, no pudo saber con exactitud, aunque, por la paz que sintió al verlo, quiso pensar que era Henry. Por Mathew sentía pasión, arrebató, lujuria, enamoramiento, pero por su difunto esposo sentía paz.

—Tal vez es mejor haberlo visto con mis propios ojos —se dijo a sí misma, en un lastimero susurro. Podía sentir el sabor salado de sus lágrimas en los labios—. Aunque ya no sé qué hacer con mis sentimientos, lo necesito como mi esposo. Fui una tonta al creerle. De ahora en más pensaré únicamente en mi bienestar económico. Podrá tener mi cuerpo, pero mi alma la guardaré con estos recuerdos —añadió con tristeza, tomando en sus manos la carta de Henry y el ramillete de florecillas del ramo de novia de Kate—. Fui una ilusa en pensar que todo sería así de fácil y que podría ser feliz. Fue bonito mientras pensé que por fin lo había logrado. No digo que no seré feliz, pero ya no esperaré que eso dependa de él.

Capítulo 25

Esa noche, Mathew había dormido en su antigua habitación, al lado de las caballerizas, solo, aunque eso era lo que menos esperaba Madeleine, quien había amanecido acurrucada en su lado de la cama. Había olvidado las veces que había mirado hacia la puerta, mientras esperaba verlo entrar.

A pesar del calor que hacía en esas fechas, ella se abrazaba a sí misma como si sintiera mucho frío. Cuando por fin se convenció de que no vería a su esposo volver a la habitación, sus ojos se fueron rindiendo en cada respiración.

Mathew también había pasado sus horas revolviendo en su mente las palabras de Madeleine. Repetía y repetía en su mente el nombre de Henry y la forma en la que su esposa le pedía que no la dejara.

¿Acaso ella lo prefería a él? Tal vez, la única forma de ganar su amor era convirtiéndose en Henry, pero le hubiese gustado que lo amara por lo que era él.

No podía enfadarse con ella por lo que hacía en sueños, ya que dicen no se tiene dominio sobre ellos, pero no podía evitar que le doliera oír a su esposa llamar a otro. No podía enfadarse con ella por elegir a un hombre que había crecido preparándose para ser un noble, en la misma esfera que ella.

Sin miedo a equivocarse, podía apostar que podían hablar casi de cualquier cosa y seguirían el ritmo, o que sólo necesitaban mirarse para poder entenderse. Henry no debió tener ese miedo en su interior, como el que él estaba sintiendo siempre, de que lo descubrieran, de meter la pata, avergonzarla y echarlo todo a perder.

Pensó que Madeleine se había vuelto a dormir después de verlo abandonar su habitación. Ignoraba que ella lo había visto conversar con Josephine, a quien había encontrado de camino a las caballerizas. Ella lo había visto salir al jardín y lo había seguido. Por supuesto, su única deducción había sido una pelea con su esposa y que esa era su oportunidad.

Le había dicho que no quería pelear y que no le iba a repetir que quería a Madeleine, que lo suyo ya había terminado hace tiempo y que esperaba lo entendiera. Ahora era un hombre casado y debía respeto a su esposa, sin olvidar que debía cuidar su imagen como futuro conde.

Ella fingió entenderlo y lo invitó a charlar como amigos. Había sido ese preciso momento en el que Madeleine los había visto, quedándose con una idea errónea y con el corazón partido. Josephine apoyó la cabeza en el hombro de Mathew, disfrutando de esa cercanía como nunca, como llevaba deseando hacerlo desde que lo perdió por completo.

Lo único seguro era que, esa mañana, el desayuno sería de lo más incómodo.

...

El conde parecía ser el único que disfrutaba del almuerzo. Esa mañana, Mathew había esperado ver a Madeleine en el desayuno, pero ella había decidido tomarlo en la cama y había pedido que no la molestaran hasta el almuerzo. Ya no estaba triste como en la madrugada. Lo que sentía era una gran decepción por haber confiado en que podía ser feliz en tan poco tiempo y de manera tan fácil.

Por lo menos se alegraba de que la vida no le hubiese quitado a Mathew como a sus demás seres queridos, pero ahora, ya no sabía qué dolía más, si perder a alguien con la muerte, guardando bonitos recuerdos, o perderlos a causa de una terrible decepción, con el mal sabor de un engaño.

Todo eso que sentía se reflejaba en su rostro, lo que tenía al jardinero muy confundido. Había estado moviendo sus vegetales con el tenedor, pero con los ojos fijos en su esposa. Ella hacía lo mismo con su plato, pero, de tanto en tanto, y como si quisiera evitar hablar, metía pequeños trozos en la boca.

Mathew había esperado que ella mencionara algo después de lo que había sucedido en la madrugada, pero no, no había dicho nada. Ella parecía pensativa, como si estuviera maquinando algo muy importante.

Silencio y miradas incómodas. Ese era el panorama.

—Deduzco que no habéis tenido una buena noche —comentó el conde, con su consabida sonrisa pícaro. Él tampoco había bajado a desayunar, aunque sus motivos habían sido de salud.

Cortó un trozo de pan con los dedos y lo metió a la boca. Ambos lo miraron sorprendidos, pero sólo esbozaron una incómoda sonrisa, después de mirarse mutuamente y bajar el rostro. Madeleine fue quien decidió cortar con ese tenso clima.

Había decidido ser fuerte de nuevo y poner al margen sus sentimientos, seguir con la farsa por su propio bien y por el de todos en Bearroc Park, en

especial el conde, quien era un hombre maravilloso a quien quería mucho. Disfrutaría de los beneficios que le brindaba su posición y de los que le brindaba su matrimonio. El placer carnal.

—Al contrario. Creo que dormí tan bien que no pude dejar mi cama hasta casi mediodía. —Miró fugazmente a su esposo y notó cierto destello de dolor en su rostro.

¿Por qué se sentía que lo había herido? Había sido él el que había amanecido en compañía de su examante. Sí, ella había mencionado a su difunto esposo en sueños, pero era un muerto del que hablaban, ¡por Dios!

—¿Y tú, Mathew? —preguntó el conde, enarcando una ceja.

—Dormí bien también. Gracias por preguntar, milord —respondió, limpiándose los labios con la servilleta, con tanta elegancia como si lo hubiese hecho desde su nacimiento. En cada uno de sus movimientos se podía notar el gran esfuerzo que ponía en ser como Henry.

Él se había propuesto conquistarla como, supuso, lo había hecho Henry. Sentía que era ese detalle lo que había faltado en su relación. Ambos no tuvieron tiempo de coquetear, sino que, simplemente, habían entrado a un matrimonio forzado sin pasar la etapa previa de cualquier pareja.

Mathew le había dicho que, si tenía dudas, lo hablaran, pero sus ojos no le habían engañado. Las palabras sobraban. Sólo esperaba que esa sensación de malestar le pasara y por lo menos tuvieran un matrimonio tranquilo y en paz.

—El duque de Norfolk nos invitó a una cena mañana, en Londres —comentó Mathew, mirando a Madeleine con gran interés. Ella levantó la mirada y, después de sostenerla por un rato hacia su esposo, se encogió de hombros y asintió.

—Está bien. A más normal actuemos, menos sospechas levantaremos —respondió, con total serenidad, una que daba miedo. Mathew no entendía su actitud, parecía fría y distante.

—Entonces... confirmo nuestra asistencia —convino, muy sorprendido, incluso, algo desanimado.

—Sí. Hazlo —dijo y se limpió la boca con la servilleta y bebió un poco de agua—. Es bueno que nos vean socializar en Londres.

El conde observaba todo con cautela. También se preguntaba qué sucedía, sin embargo, era de los que prefería hablar directo con los afectados, pero por separado. Creía que se abrían mejor en privado y él necesitaba llegar al fondo de ese ambiente que se podía cortar con un cuchillo.

Madeleine pensó que se había librado, por lo menos por un tiempo, de

Londres. Sabía que en cualquier cena a la que asistiera, encontraría a sus antiguas amigas y era lo que menos quería. Pero eso no era lo único que le preocupaba; también le debía una visita a la señora Parker, pero a ella no la convencería de que Mathew era Henry.

Esa tarde había decidido no salir. Estaba tan agotada que sólo quería tomar una relajante siesta. Le pidió a su doncella que nadie la molestara, que deseaba dormir esa tarde, pero, por supuesto, no era precisamente el cansancio físico lo que la tenía tan agotada.

Llevaba puesto un sencillo conjunto en tonos celestes. Se sacó el sombrero de paja, lo dejó caer sobre la mesa en la cual acostumbraba leer y continuó hacia la cama. Se echó en ella y miró el techo hasta que oyó que alguien había golpeado la puerta. Sabía que era el conde y no se encontraba con ganas de sincerarse o hablar sobre lo que le estaba pasando.

Se acurrucó y fingió estar dormida. Como lo sospechó, era él, pero al verla «dormida», decidió retirarse. Aunque sabía que era imposible que se durmiera tan rápido, salió en completo silencio, para dirigirse de nuevo al salón, donde lo esperaban Mathew y el señor Fuller, su tutor.

—Es sorprendente la rapidez con la que el señor Howard aprende todo —comentó el tutor al conde. Ambos observaban leer a Mathew, con mucho interés—. Debió ser muy duro despertar después del naufragio y no recordar nada —añadió. Esa había sido la versión que le dieron a todos y parecía haber resultado.

El conde asintió sereno y con una leve sonrisa.

—Recuerda algunas cosas, afortunadamente —respondió luego.

Parecía un sueño ver a su hijo convertido no sólo en su heredero, sino en todo un digno sucesor. Tenía el semblante cansado y sus ojos denotaban algo de preocupación. No una preocupación por la mentira, sino por el corazón de ese muchacho que ya empezaba a enamorarse de esa mujer que fingía dormir.

Sentía preocupación porque sabía que cada vez le quedaba menos tiempo con ellos y aún no los veía como un matrimonio de verdad. Ambos necesitaban madurar y aprender a hablar. En ese momento, también recordó un tema que llevaba rondando su cabeza desde que la señora Mildred se lo contó.

Había recibido la visita del doctor Spencer esa mañana y las noticias no eran muy alentadoras. Debía averiguar qué estaba sucediendo entre Mathew y Madeleine y contarles la verdad, aunque esto último podía esperar. No quería que ellos sólo fingieran mejor que estaban bien, por él, quería que ellos estuvieran bien de verdad.

...

Durante la cena habían conversado del viaje a Londres que realizarían ya por la mañana. Madeleine quería llegar temprano para poder visitar su antigua casa y también a la señora Parker y hablar con ella como lo había hecho la noche de su boda. Esa mujer siempre tenía unas palabras acertadas para ella, así que tenía la esperanza de encontrarla. Aunque había mantenido correspondencia con ella y con Anne, no era lo mismo. Poder ver en sus ojos esa confianza de que todo estaría bien, era lo que necesitaba en este momento.

Madeleine se había comportado de lo más serena posible en la noche, como si sólo estuviese enfocada en sus deberes como futura condesa, lo que tenía a Mathew un poco frustrado. Él aún se sentía herido por lo que su esposa había dicho en sueños, a pesar de que el viejo había insistido que era muy tonto luchar con un rival que estaba muerto.

Esperó que ella sacara a relucir el tema y por lo menos se disculpara con él, pero ella parecía más molesta y no entendía su actitud. La miraba fugazmente, de tanto en tanto, pero ella se mantenía firme en su postura, aunque a veces se mostraba algo triste.

Como en días anteriores, el conde había tomado la cena en sus aposentos. Había aprovechado ese momento de soledad para pensar en el mejor momento y forma de contarles que estaba muriendo, sin causarles un dolor irremediable. Apenas había tocado su sopa de cebollas y el pan estaba intacto. Royers retiró la bandeja, con el rostro consternado, pero evitó hacerle preguntas al viejo. Sabía muy bien que, si deseara que lo supiera, se lo contaría.

—¿Averiguaste lo que te pedí? —preguntó, sorprendiendo al mayordomo antes de salir. El hombre se giró y lo miró con cierto alivio.

—Se supone que esta noche debía preguntárselo la señora Cromwell, según lo planeado —apostilló. El conde quería saber si la doncella de Madeleine tenía alguna información que le ayudara a entender su distante actitud.

—Bien. Cuando lo sepas, vuelve a informarme. —El viejo vestía su pijama celeste claro y estaba metido en la cama.

—Por supuesto, milord.

...

Cuando Mathew volvió de su recorrido por el jardín, a donde había ido a aclarar sus pensamientos, encontró a Madeleine ya acostada. Ella aún no dormía, pero eso le hizo pensar. Aunque en la cena se había mostrado racional, él sabía que algo le ocultaba.

Se sentó en el borde de la cama y le acarició la cabeza con mucha suavidad. Ella estuvo a punto de girarse, pero no lo hizo. Él fue bajando los dedos por su hombro y luego por sus brazos. Era una delirante tortura porque ella quería girarse y rodearle el cuello con los brazos e invitarle a hacer el amor.

—Mi querida Madeleine... —susurró el hombre, pero ella lo oía perfectamente—. Te echo tanto de menos. Lamento no ser el hombre que tú te mereces, pero quiero que sepas que haré todo lo que esté a mi alcance para convertirme en Henry, para devolverte lo que la muerte te arrebató injustamente.

Madeleine estuvo a punto de llorar, pero eso la delataría, así que apretó los labios y también los ojos. Como estaba de espaldas a su esposo, éste no podía ver que ella había derramado una cristalina lágrima. Había prometido apartar sus sentimientos, pero ante él, éstos cobraban vida propia en su interior, dejándola totalmente desprotegida; pero debía resistir.

—Sé que lo extrañas mucho a él. Lo noté en la forma en la que lo llamaste en sueños, y no te culpo. No estoy enfadado contigo, estoy enfadado con la vida, por haberte llevado a su vida primero y no a la mía, porque siempre sentiré que sólo soy el reemplazo.

En ese momento ella estuvo a punto de girarse y decirle que por él sentía cosas más intensas que por Henry. Lo de su primer esposo era cariño, complicidad, seguridad. Con él, a todo eso se sumaba una delirante pasión y un inexorable deseo.

En los meses que llevaba en Bearroc Park, había llegado a vivir momentos intensos e inolvidables que no podría borrar, aunque quisiera. Había llegado a tener momentos tan íntimos con Mathew, que no había tenido con Henry. Había conocido cada sonrisa de ese hombre que susurraba para contarle algo tan tierno, y ni qué decir de su intensa mirada. Conocía sus manías con cada estado de ánimo y lo que lo movía a luchar por sus ideales. Había llegado a conocer sus sentimientos, la admirable bondad de su corazón, pero también la había conocido a Josephine y no podía sacar de su mente la imagen de ambos acostados en la misma cama. Sentía un dolor en las entrañas de tan sólo pensar en ello.

—Espero que mañana amanezcas de mejor humor y tengamos un hermoso fin de semana en Londres. Te necesito a mi lado.

Él se acostó a su lado, pero le dio la espalda. No quería abrazarla después de su extraña actitud de ese día y tampoco quería despertarla para aclarar las cosas. El viejo le había recomendado darle un poco de tiempo, que tal vez sólo necesitaba eso para olvidar. Otra lágrima rodó por la mejilla de Madeleine y cerró tan fuerte los ojos que ni siquiera sintió en qué momento se había quedado dormida.

Capítulo 26

Al despertar, Madeleine recordó la primera vez que habían dormido en la misma cama, porque habían amanecido en la misma posición, él abrazándola por detrás y con una zona de su cuerpo algo despierta contra sus nalgas. Ella abrió los ojos, pero permaneció en la misma posición por un rato, disfrutando de esa erótica sensación que siempre lograba alborotarla.

Lo extrañaba en todos los sentidos y ansiaba que él le hiciera el amor en ese preciso momento. Y como si le hubiese leído el pensamiento, él se movió un poco detrás de ella y la apretó un poco más contra su cuerpo, oliendo el delicioso aroma que tenía su pelo.

Ella cerró los ojos y se mordió el labio inferior, especialmente cuando sintió las manos de su esposo acariciarle tiernamente el borde de sus brazos. Sabía que él no haría nada sin su consentimiento, era todo un caballero, entonces se giró y lo miró de una manera tan intensa que auguraba una tormenta.

Le acarició el torso desnudo sin abrir la boca, ni una sola palabra de buenos días. Todo lo que necesitaba decirle, se lo decían sus ojos y sus manos. Se acercó a sus labios y lo besó, primero de manera suave y luego lo fue intensificando, invadiendo el interior de su boca con la lengua.

Él se sentía totalmente confundido con ese cambio de actitud, pero se limitó a disfrutar.

Madeleine se sentó a horcadadas sobre él y apoyó ambas manos en su torso, mientras bajaba muy lentamente, para recorrerle la piel a mordiscos y besos. Él no entendía su actitud. Parecía molesta, furiosa, pero estaba volviéndolo loco con ese delicioso recorrido. Deseaba hundirse en ella en ese momento y la tomó de la cintura para ubicarla sobre su duro mástil.

Ella echó la cabeza hacia atrás cuando él la llenó por completo de una sola embestida. Lo había deseado tanto que no le incomodó sentir esa completa invasión, sino que empezó a mecerse sobre él, deleitándolo con sus sensuales movimientos. Él quería ver su delicado y etéreo cuerpo hacerse uno con el de él, así que, sin dejar de mirarla, agarró el borde de su camisón y se lo arrebató de un tirón.

Se mordió los labios al ver cómo se movían sus pechos mientras ella se

sostenía sobre él. Ella parecía estar disfrutando mucho, mucho de esa apasionada unión, pero no sintió ese cariño con que lo había amado antes. Esta era una mujer arrebatadora, pero no era esa chica romántica y soñadora que se entregaba a él cada vez que hacían el amor. En ese momento, en que ella empezó a acelerar sus movimientos, como ya lo estaba su tonto corazón, parecía esta solamente saciando una necesidad física y no del alma.

Aun así, él la amó. Porque él sí estaba haciendo el amor.

...

Él no quiso hablar de lo que había sucedido el día anterior por no arruinar ese mágico momento que habían vivido. Esta vez ella se adelantó y tomó un baño antes que él, dándole a entender que, aunque habían tenido sexo, las cosas no habían cambiado. Ella seguía molesta por algo que él desconocía.

Tendrían tiempo durante el viaje para hablar en el coche. Jonás era un tipo discreto, como también lo era la señora Cromwell, y no serían un inconveniente para ellos. También estaba el hecho de que visitarían Londres y había mucha gente que conoció al verdadero Henry.

Desayunaron en un ambiente tranquilo y cargado de emociones. El conde no viajaba con ellos por su delicado estado de salud, pero les había deseado un muy buen viaje y que volvieran pronto. Madeleine se había entristecido por ello, pero entendía que con la salud no se podía jugar. Le besó la mano al anciano y luego lo abrazó.

—Hablad, hija. Si hay algo que discutir, hacedlo. No dejéis que se oculte el sol antes de resolver vuestros problemas —le susurró al oído, en lo que duró el abrazo. Ella lo miró con cariño y le había respondido que tendría en cuenta sus palabras. Pero ella no quería hablar aún.

Los vio desaparecer en el horizonte, con el coche alejándose cada vez más. Suspiró profundamente y luego miró a Royers, quien esperaba en la puerta, como si supiese lo que le iría a decir el viejo.

—Llame a la señora Mildred, por favor. La esperaré en el despacho — anunció el conde y caminó lentamente hacia ahí. El mayordomo hizo una ligera reverencia y obedeció de inmediato.

...

Habían empezado el viaje en completo silencio, con ella mirando por la ventanilla hacia el verde paisaje que los rodeaba y que iban dejando atrás, pero Mathew le tomó la mano y la acarició, haciendo que ella lo mirara. La señora Cromwell viajaba al frente con Jonás y fingía que no escuchaba nada, mientras observaba el paisaje que iban cruzando.

—¿Acaso te arrepientes de haberte casado con este jardinero? —preguntó triste, haciendo que ella frunciera el entrecejo. Negó con la cabeza y rio con ironía.

—Ya nada queda de ese jardinero —respondió en un susurro, recordando sus pintas cuando lo había conocido. Siempre había sido muy apuesto, pero ese hombre que la miraba de manera tan intensa era, definitivamente, mejor. Era una mezcla de Mathew y Henry. El hombre perfecto, aunque le costara reconocerlo ahora mismo. Era la caballerosidad de Henry, con el apasionado Mathew.

Había aprendido a comportarse entre la gente y hasta en la intimidad. Había pulido sus modales y sus conocimientos, convirtiéndose en todo un hombre de etiqueta, digno heredero de un conde. Aprendía todo lo que se le indicaba y le había demostrado que, incluso, podía ser muy romántico.

Se habían acostumbrado tanto el uno al otro, que cuando se separaban por más de unas horas, se extrañaban tremendamente, lo que la tenía tan desanimada.

—¿Y eso es bueno o malo? —sonrió de lado, causando que a ella se le revolviesen las entrañas. Ella bajó la mirada y evitó que viera en sus ojos lo mucho que le podía esa forma de elevar la comisura de sus labios. Él moría por saber la respuesta, así que la tomó del mentón y lo elevó ligeramente, hasta que ella lo mirara—. Por favor, dime qué ocurre, porque estoy muriendo de curiosidad.

Sonrió nervioso y se pasó los dedos por el pelo. Estaba muy elegantemente vestido, al igual que ella, pero no le importó alborotar un poco su pelo. Ella, al contrario, estaba perfectamente peinada y con un sencillo pero vistoso sombrero blanco, con una cinta que terminaba en un lazo atrás.

—No es momento de hablar de nuestros problemas, querido —respondió, con mucha educación. Miró a Jonás y a su doncella y él entendió. Por lo menos ya sabía que había un problema que luego debían solucionar. Era un comienzo.

—Claro. Lo hablaremos luego —respondió y luego le dio un ligero apretón de mano, pero sin soltarla. Continuaron así lo que duró el viaje.

Una vez que llegaron, se dirigieron directamente hacia la que fuera la casa

de Madeleine en el pasado. Se armó de valor y esperó a que Anne les abriera la puerta. Miró a su alrededor y todo parecía igual a cuando había abandonado la ciudad en compañía del señor Lionel. Recordó incluso cada rostro que vio pasar mientras se despedía de su hogar.

El chillido de la criada al ver de nuevo a su ama la trajo de vuelta a la realidad, de un respingo. Sabía que la joven se estaba conteniendo de saltar y abrazarla por el respeto que le tenía a su esposo.

—¡Señora Madeleine! —exclamó, estrujando su delantal, para luego soltarlo de golpe—. ¡No se imagina cuánto la echaba de menos! ¡Señor Henry! —saludó la joven, haciendo que la pareja intercambiara una rápida mirada de complicidad. No había notado la diferencia con el verdadero. Era una buena señal.

—Nosotros también estamos contentos de volverte a ver —repuso Madeleine, quien procedió a abrazarla a pesar de lo que pudieran decir o pensar los que pasaban por la calle en ese momento. La joven sentía que el corazón le saldría por la boca de la felicidad.

—¡Señora Cromwell! —Saludó también a la doncella, con quien compartió otro afectuoso abrazo—. ¡Pasad, por favor! —añadió, después de echarles una rápida mirada a los tres. Jonás bajó último, con las maletas y las siguió.

Madeleine miró todo a su alrededor y ahogó un resuello. Volver a ese lugar le había generado sentimientos encontrados. En esa mansión había sido inmensamente triste, pero también inmensamente feliz.

Fue como si fuera a ver a sus padres en el luminoso comedor, desayunando, con el periódico extendido, viéndola llegar. Fue como si ella los fuera a abrazar, pero ellos ya no estaban ahí, así que solo se limitó a mirar el retrato de su familia en el salón.

Mathew por fin estaba conociendo a sus suegros y sintió una mezcla de emoción y paz. Enseguida notó de quién había heredado su esposa su belleza. Sonrió con cariño y la miró de soslayo. Ella tenía los ojos brillantes y de un azul tan intenso que enamoraban.

Madeleine enseguida reconoció al muchacho que se presentó al salón para recibirla y que se colocó al lado de la criada. Era el chico del mercado, pero ahora vestía un uniforme de lacayo. Supuso que Anne le había regalado uno de los viejos uniformes de Francis, su antiguo lacayo, el cual se fue después de la muerte de los señores.

—Señora Madeleine, le presento a mi prometido. Samuel —anunció Anne, algo torpe. El muchacho sonrió al ver que Madeleine también lo hacía, aunque,

por dentro, estaba muy nervioso—. Usted me había dicho que sería bienvenido cuando...

—Sí, eso dije —la interrumpió, al ver que estaba muy nerviosa—. Bienvenido a la casa, Samuel —prosiguió.

Su mudanza debía ser muy reciente, porque Anne no se lo había comentado en la carta que le envió después de recibir su primer pago en mucho tiempo. Madeleine se mostró muy feliz de verla cumplir su sueño. Pronto estaría casada y ya no tendría una vida tan solitaria.

—Muchas gracias, señora Howard —repuso el joven, haciendo una leve reverencia, al igual que con Mathew—. Sed bienvenidos a vuestra casa y no dudéis en llamarme si necesitáis algo.

—Así lo haremos, Samuel —respondió Mathew, dedicándole una amable sonrisa.

—Anne, quisiera pedirte un favor —dijo Madeleine, una vez que estuvieron a solas.

—Por supuesto. Usted sólo debe pedirlo —se apresuró a contestar la joven. Incluso la vio un poco más rellenita. Debía ser la felicidad.

—Necesito que vayas a la casa de la señora Parker y la invites a tomar el té para hoy por la tarde —le pidió. La joven asintió y se dispuso a ir de inmediato.

—Claro, no tardaré.

La vio perderse tras las dos hojas de la puerta y suspiró. Debía pensar cómo le contaría la verdad de descubrirlos. Ella era una mujer en quien confiaba, así que supuso que no sería tan peligroso confiarle su secreto.

...

Mathew recorría la que había sido la habitación de Madeleine y observó todo con una tierna sonrisa. Aunque estaba muy vacía, se podía notar su toque en cada rincón de la blanca habitación. Acarició la cama y deseó hacerle el amor en ese preciso momento. Aún tenía latente en su cuerpo la sensación de su esposa poseyéndolo como lo había hecho esa mañana. Porque ella lo había poseído.

El joven lacayo ya había acomodado todas sus cosas en la habitación, antes de que él subiera y la señora Cromwell había cambiado las sábanas.

Esperaba verla cruzar esa puerta para poder hablar con ella, pero no sucedió, así que él, después de recostarse por unos minutos en la cama, bajó

de nuevo a donde, supuso, ella debía estar, en el salón. Oyó voces y risas y sintió curiosidad. Eran voces de mujer.

Al llegar a su destino, se encontró con una mujer extremadamente bella, con un porte elegante y mirada intimidante. Ella vestía de un verde tan intenso, que podría tratarse de la madre naturaleza. Ese verde contrastaba con sus ojos negros como el ónix y su pelo castaño claro. Debía tener más de cuarenta años, aunque por su bien formado cuerpo, podrían ser menos.

—Oh, cariño, ahí estabas —dijo Madeleine, al verlo llegar. Él parecía confundido y la señora Parker, muy interesada en saber quién era ese hombre tan parecido a Henry, porque Henry la hubiese reconocido enseguida.

—Por favor, no se levante —pidió Mathew a la casamentera, pero él no entendía que ella no lo hacía por educación, sino por curiosidad. Se paró frente a él y le pasó los dedos por el rostro, mirándolo como si pudiese leerle el pensamiento.

—Es increíble... —susurró la mujer—. Realmente increíble.

Madeleine asintió y notó el terror en el rostro de su esposo, quien no entendía lo que esa mujer decía, pero parecía haberlo descubierto.

—Sí que lo es —replicó Madeleine, extendiendo la mano para Mathew. Éste no dudó en tomarla y acercarse a ella, hasta quedar a su lado.

—Funcionará. Podéis estar seguros de ello. —Les hizo saber, sin dejar de mirar, atónita, al hombre que tenía enfrente—. Mantened la versión de la pérdida de memoria. Es lo mejor en estos casos, porque Henry me hubiese reconocido enseguida. Y no será la única vez que os toparéis con conocidos a los que tu esposo no reconocerá. Debéis estar preparados.

—Hemos repasado la noche del naufragio, por si acaso —mencionó Madeleine, como si estuviese muy orgullosa de ello, aunque no podía mencionar el naufragio sin que esa sombra se instalara en su semblante.

—Cuéntame cómo fue esa noche —pidió la mujer a Mathew, dándole a entender que eso le preguntarían indefectiblemente en todos lados al enterarse de que había sobrevivido.

—De verdad me duele mucho hablar de esa noche —hizo una pausa, metiéndose por completo en su papel—. Aún puedo oír los gritos de esas personas que no lograron salvarse. Saber que pude haber sido yo, me hiela la sangre. Me siento muy afortunado por estar hoy aquí. —Incluso sus ojos se le aguaron. Interpretaba de manera excepcional su papel—. De no ser por ese oficial que, peleando con uno de los pasajeros, me empujó de la galería superior, haciéndome caer en uno de los botes salvavidas, después de

embarcar a mi querida Maddie, no hubiese estado hoy aquí. Sí, a cambio de muchos de mis recuerdos, pero estoy vivo y debo estar agradecido por ello. Aún me cuesta dormir en las noches sin escuchar esos llantos, esos gritos de desesperación, la sensación de esa helada agua que convertía el aire en escarcha...

—¡Bravo! ¡Bravo, querido! —La señora Parker aplaudió ante semejante actuación. Mathew parecía sentir realmente todo eso que decían sus labios. Su rostro mostraba la tristeza y desesperación que era de esperar en alguien que había pasado por lo que ellos pasaron.

Madeleine sintió alivio al oír por completo lo que ella le había enseñado. Sólo esperaba que no se volvieran tan pesados los curiosos con Mathew esa noche, en la cena de los duques. Por fortuna, la señora Parker también estaba invitada y no estaría tan sola. La duquesa de Norfolk la conocía desde hace años y le tenía gran aprecio a la mujer.

Capítulo 27

Al igual que lo había hecho con Henry, la señora Parker había llegado a congeniar de inmediato con Mathew. Era un hombre sencillo, encantador y educado. Tal vez, el hecho de que fuera —de nuevo— el esposo de su sobrina la motivara a hacerlo y por todo lo que esa unión representaba. Si el hecho de que ese matrimonio continuase significaba que Madeleine sería una condesa en el futuro y mantendría ese estatus que había recuperado al casarse con Henry, ella los apoyaría como fuera. Haría lo que fuera por ella.

Habían conversado durante el té, pero no podían extenderse mucho, ya que pronto debían prepararse para la cena en la mansión de los duques de Norfolk en Londres y no volverían hasta el día siguiente. Madeleine, motivada por su última experiencia regresando muy tarde de una fiesta, aceptó el ofrecimiento de la duquesa de que se quedaran a pernoctar en su hogar. Había espacio suficiente y podían disfrutar mejor de la fiesta.

La señora Park había notado en Madeleine cierta incomodidad, por lo que se quedó un poco preocupada. Sabía muy bien cuando alguien fingía estar bien, y eso era lo que ella estaba haciendo. No tenían la privacidad necesaria como para que se sinceraran, así que no preguntó lo que le sucedía. La invitó a visitarla al día siguiente, a solas, para hablar de cosas de mujeres, según le dijo a Mathew. Además, ella quería contarle la verdad. Quería que ella supiese que las unía algo más que una linda amistad.

—Me alegro mucho de conocerte, Mathew —anunció la mujer, tomándolo de la mano. Era una mujer positiva, arrebatadora y tenía algo en la mirada que la recordaba a su esposa. «Extraño», pensó el jardinero—. ¿O debo llamarte Henry? —Levantó una ceja.

Ella estaba en el rellano de la puerta, ya de despedida. Fuera, a una distancia considerable, la esperaba su chófer, con la puerta del coche abierta.

—Ya sabe nuestro secreto. Queremos que siga siéndolo, por nuestro bien y el de la gente que está a nuestro cargo en Bearroc Park. —respondió Mathew, en voz baja—. Ya me hice la idea de ser Henry, así que no me molestaría que me llamara así.

Madeleine sintió un escalofrío al volver a vivir todo eso con la señora Parker. Recordó los momentos de emoción que había vivido cuando supo que

su suerte cambiaría. Cuando recibió a Henry por primera vez, cuando se había marchado. Pero alejó esos pensamientos negativos, atesorando los positivos para sentir un poco de alegría. Los necesitaba para olvidar a Josephine con el rostro pegado al hombro de su esposo. Sí, podía parecer una tontería, pero ella no podía quitárselo de la mente.

La mirada que vio en la señora Parker antes de que ésta subiera a su coche, le hizo suspirar. De verdad esperaba que fuera el día siguiente para ir a su casa y hablar con ella. No quería perder a su esposo, pero tampoco estaba dispuesta a perder su dignidad. Sabía que esa sabia mujer tendría las palabras correctas, como siempre.

...

Ya al anochecer, Madeleine brillaba como una joya con ese llamativo vestido rojo, con algunos toques de dorado. Lo último en colocarse fue la exquisita joya que llevaría en la cabeza: una tiara de diamantes que la hacían parecer toda una princesa. Acarició el collar a juego y miró su reflejo en el espejo de su antiguo tocador.

Mathew entró por la puerta y se quedó maravillado al verla lista. Ella le dedicó una mirada rápida y se dispuso a abandonar la habitación. Cogió un chal bordado con las mismas pedrerías del vestido y lo colgó en sus brazos antes de adelantarse.

Antes de alejarse mucho, él la agarró del brazo con delicadeza y la miró con intensidad. Tenía el aspecto de alguien que quería decir algo importante, pero las palabras no salían.

—Después de la cena... ¿Podemos hablar de eso que te molesta? — preguntó Mathew, sorprendiéndola. Ella no estaba segura de querer hablar al respecto, pero tampoco quería seguir así. Necesitaba saber la verdad, aunque le doliera. No sabía por cuánto tiempo podría mantener esa fachada de indiferente, porque sus sentimientos no tardarían en delatarla.

Asintió lentamente.

—Lo haremos mañana. Ahora vamos. No podemos llegar tarde — respondió, con la voz firme y una mirada indiferente, que hirió un poco a Mathew. Le dolía verla comportarse así, habiendo sido ella quien había estado diciendo en sueños que echaba de menos a su difunto esposo.

Resopló y la siguió fuera. Pensó en que no se apresuraría a juzgarla antes de hablar. Ojalá ella hubiese pensado de la misma manera, pero ella estaba

aterrada de sentir que lo perdía de nuevo. No era precisamente indiferencia lo que expresaban sus ojos, sino temor.

Llegaron a la par que el marqués de Bristol y su esposa, una de las antiguas amigas y compañeras de colegio de Madeleine. Ambas fingieron su mejor sonrisa, mientras sus esposos se saludaban con mucha educación.

—¡Madeleine! No te había visto desde que... —La miró con suspicacia, para después mirar con mucho interés a Mathew.

—Desde que me casé, supongo —terminó por ella. La mujer asintió con una sonrisa victoriosa, pero se podía notar algo de envidia en ella.

—Eso. —La mujer era demasiado joven para su esposo, quien debía rondar los cuarenta, contra sus casi veinte. Era un hombre elegante, pero ya su cabeza estaba salpicada por pelos blancos, donde no había esa incipiente calvicie.

—Trataremos de venir más a menudo. Es bueno que Maddie socialice más con gente de nuestra edad —comentó Mathew, sorprendiendo con su picardía a Madeleine. Ella quiso reír, pero se contuvo. No conocía esa faceta divertida de su esposo. Le había contado la historia con sus ex compañeras y, por lo visto, él no lo había olvidado—. En Bearroc Park somos muy felices, pero debo reconocer que hay muy poca gente joven.

La mujer fue borrando esa sonrisa estúpida que había tenido al ver a Madeleine. Había pillado la referencia de Mathew y no le había caído para nada bien.

—¿Le gusta el bádminton, Howard? —le preguntó el marqués, mientras retomaban su camino hacia el interior de la mansión. Madeleine rogaba porque dijera que no, que lo odiaba, pero, al ver esa amable sonrisa en sus labios, supo que diría todo lo contrario, aunque, en el fondo, se le derritió el corazón. Ella no quería pasar mucho tiempo con sus antiguas amigas.

—Tanto como la cacería. —Extendió la mano, invitando a Madeleine y a lady Lauren a pasar delante de ellos—. Deberíais visitarnos algún fin de semana. En Bearroc Park hay mucho espacio para visitas, ¿no lo crees, amor? —preguntó a Madeleine. Ella sonrió con los labios apretados y asintió. Era la sonrisa más falsa que había imaginado.

En ese momento, los recibieron los anfitriones, quienes ya se encontraban charlando con los condes de Derby. Éstos se alegraron mucho al ver a Madeleine y aprovecharon para entregarle noticias de su amiga, *lady* Kate. Visitarían Londres para Navidad y no era necesaria la invitación formal. Era más que sabido que la visitarían. Estaba muy ansiosa por volver a verla y conocer al pequeño Archival.

—¡Bienvenidos! —exclamó la duquesa, con una radiante sonrisa, una que brillaba más que las joyas que llevaba puestas—. Me alegro mucho de veros. Qué pena que mi querido amigo no haya podido venir.

—Se encuentra indispuerto desde hace unos días. Esperamos que se recupere pronto —contestó Mathew, con mucha seguridad.

A lo lejos, alguien lo observaba desde las sombras. Lo miraba con tal insistencia que daba la impresión de que quería que lo viera también, pero el heredero estaba muy ocupado con sus acompañantes.

Durante la cena, entre platos y platos, Madeleine creyó ver un rostro conocido, pero, cuando lo buscó de nuevo, no lo encontró. Mientras disfrutaba de su postre, intentó recordar de dónde conocía a ese lacayo. ¿Habría sido uno suyo en el pasado?

No lo volvió a ver esa noche, pero sí a su esposo, quien, a pesar de estar hablando con el marqués de Bristol, la miraba de tanto en tanto, como si le hiciese saber cuánto deseaba que la noche terminara, cuánto deseaba hablar de eso que ella había estado evitando.

Cuando los hombres fueron al salón a tomar brandy y a charlar de política y negocios, las mujeres aprovecharon para ponerse al día sobre moda y sobre los últimos chismes de la alta sociedad, pero *lady* Lauren quiso saber cómo fue la luna de miel de su antigua amiga.

Unas la reprobaron con la mirada, al ver que Madeleine había cambiado su semblante, pero otras se mostraron interesadas, en especial *lady* Lauren, quien tenía una sonrisa triunfal. La vio titubear por un momento, levantó el mentón y les dio el gusto. Aunque le dolía en el alma hablar de ese viaje, no todo había sido malo. Le hablaría de eso que, evidentemente, a ella le faltaba en su matrimonio. Amor y complicidad.

Estaba segura de que no llegó a amar a Henry, pero eso ellas no lo sabían.

«Si debes mentir para sobrevivir, miente», recordó Madeleine. Y ella se había convertido en una mentirosa profesional.

—Sé que debe ser muy duro hablar de ello, pero no conozco a mucha gente que pueda contarnos cómo fue el *Titanic* antes de hundirse... —mencionó la marquesa de Bristol, poniendo mayor énfasis en la última palabra.

—No te preocupes. Sí, fue muy duro haber pasado por eso —repuso Madeleine, con una sonrisa trémula y con unos ojos que intentaban detener las lágrimas—, pero luego recuerdo los maravillosos momentos que pasamos en él y me reconforta. Ver a mi adorable y amado esposo a mi lado, habiendo podido perderlo, hizo que fuera soportable esa experiencia. Fui muy

afortunada.

—Sí, demasiado, diría yo —*Lady* Lauren entrecerró los ojos y miró hacia el salón donde los hombres charlaban—, pero me alegro por ti.

—¿Era tan hermoso como lo comentaron los periódicos antes de que partiera? —preguntó una elegante mujer a quien Madeleine no conocía. Le habían dicho que era la esposa de un baronet—. No parecía más lujoso que el *Mauritania*.

—Demasiado hermoso. Parecía irreal. —Suspiró—. Ojalá no hubiera terminado de esa forma. Estoy segura de que os hubiese gustado viajar en él. Me siento afortunada por haber sido una de las que paseó por sus galerías del brazo de su esposo, se sentó en la hermosa terraza privada para tomar el té, cenó con personas maravillosas e importantes en sus elegantes salones y sobrevivió.

Lady Lauren tenía ahora una sonrisa apretada. Su rostro estaba ligeramente enrojecido y Madeleine supo que le había devuelto el golpe. Estaba segura de que no volvería a intentar provocarla. Fijó la mirada en la pelinegra y sonrió de costado.

—Es un viaje que nos marcó a todos en lo más profundo, llevando algo de nosotros, como la memoria de mi querido esposo —contestó, mientras intentaba mantener la compostura.

—Es una pena lo de Henry —mencionó la condesa de Derby, con un tono maternal. Estaba segura que, en el futuro, Kate se vería así: fina, elegante y maternal—, pero tengo fe de que irá recuperándola con el tiempo.

—Yo también lo creo. —Sonrió con amabilidad—. Trato de contarle cosas que lo ayuden a recordar, pero a veces le frustra un poco cuando encuentra a alguien a quien no recuerda. Cuando lo vi caer en el bote salvavidas, desde esa altura, pensé que había muerto, pero no, aunque sí se dio un golpe fuerte en la cabeza. No quisiera estar en su lugar, aunque no me molestaría olvidar algunas cosas de mi pasado —apostilló, mirando a *lady* Lauren.

Cuando vio que la esposa del barón abrió la boca para hacer otra, tal vez, interesante e incómoda pregunta, sintió una mano en su cintura. Sabía que era la de Mathew, así que dio un respingo. Giró levemente el rostro y lo vio, con esa sonrisa torcida que a ella le encantaba. Sabía que estaba intentando seducirla para que lo perdonara.

—Damas... —saludó, con esa ronca y sensual voz. Todas rieron con picardía y miraron a Madeleine con complicidad—. Espero que no os molestéis, pero quiero robaros a mi esposa.

Lady Lauren lo observó detenidamente. Estaba perfectamente peinado y arreglado y el olor a colonia invadió el espacio cuando llegó. Sintió un calor al ver sus fuertes manos posadas en la cintura de Madeleine. Deseó tener un hombre así en su cama, no el viejo robusto que entraba por la puerta en compañía del duque de Norfolk. Ambos parecían inmersos en una conversación sobre la industria del acero en Estados Unidos.

—Puede llevarla, querido —respondió la duquesa, con ese brillo especial en sus ojos. Su personalidad suspicaz y alcahueta la sobrepasaba. No se podía esperar una respuesta diferente de ella.

—Gracias, mis queridas damas. —Miró a Madeleine y ésta estaba muy sonrojada—. ¿Nos vamos, cariño?

Se retiraron después de despedirse de cada una de ellas y de los caballeros. Un ayuda de cámara los acompañó a sus aposentos. La luz de la vela que portaba el hombre en un sencillo candelabro se mecía como si estuviera más alborotado que el corazón de Madeleine.

Agradecieron al hombre y, aunque el hombre insistió en ayudarlo con sus ropas, él insistió en que no hacía falta. Apenas se retiró el ayuda de cámara, ambos sintieron la tensión en el ambiente. Ella se acercó a su baúl y sacó de su interior el camisón que le había empacado la señora Cromwell. La luz de la lámpara que adornaba el centro del cielo raso le daba un toque romántico a todo el lugar.

—¿Quieres hablar ahora, o te cambiarás primero? —preguntó Mathew, frotándose las manos—. Sea ahora o después, hablaremos.

Madeleine asintió y se dirigió al baño.

—Tomemos un baño primero —susurró ella, jugando con todas sus emociones. Él esperó que fuera una broma, pero recordó lo que había sucedido esa mañana temprano. Sonrió con sorna y se dejó guiar por ella.

Tomó el cordel, el cual estaba unido a una campanilla que llamaba al ayuda de cámara, y tiró dos veces. Era poco menos de medianoche, pero la servidumbre seguía en pie por el movimiento en la mansión.

El hombre asomó de nuevo a los pocos minutos, para preguntar qué se les ofrecía. Al oír que querían tomar un baño, se apresuró a bajar para buscar unas toallas. Era bastante tarde para tomar uno, pero tampoco sorprendió al sirviente.

Madeleine se adelantó y entró al baño para sacarse el vestido y para llenar la tina con agua tibia. No quería que, de volver antes de que lo hiciera, el ayuda de cámara la pillara desvestida. Mathew empezó a desvestirse también.

Para cuando oyó de nuevo los golpes en la puerta, ya se había quitado la chaqueta y la camisa, quedando con el torso desnudo. Incluso había desabrochado su pantalón, pero no se lo había quitado.

Ella no se inmutó de lo que sucedía afuera, por lo que continuó con lo suyo. Sólo salió al oír un estruendo en la habitación. Se cubrió con la bata y salió de inmediato a ver qué sucedía, por qué su esposo se estaba discutiendo con alguien.

Al salir, vio al lacayo que le había resultado familiar en la cena, con una mano cubriendo su boca. Evidentemente, había recibido un puñetazo, porque Mathew se frotaba la mano. Estaba agitado y parecía ofuscado. Las venas de su frente y de su cuello estaban completamente alteradas. El lacayo parecía estar sonriendo, como si algo le estuviera divirtiendo, y no parecía querer moverse.

Madeleine se acercó a él, muy lentamente y lo separó de Mathew.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó, mirando a su esposo. Éste tenía la mandíbula tensa y no podía articular palabra alguna. Resopló varias veces y luego señaló al hombre con el dedo índice.

—¡Saca de mi presencia a este pervertido! —gruñó, y estuvo a punto de golpearlo de nuevo, pero el joven no parecía asustado, sino fascinado—. ¡Se atrevió a querer besarme! ¡Vete!

—¿Aún no me recuerdas, Madeleine? —preguntó el lacayo, con cierta vanidad. Era un joven muy, muy apuesto, moreno, de ojos grises y de hombros anchos. Ella buscó en su memoria, intentando saber cómo y por qué ese hombre la estaba tuteando.

—¿Perdone? —preguntó Madeleine, con los ojos entrecerrados. Lo observó con detenimiento, pero le frustraba no recordarlo.

—¿Acaso me olvidaste tan pronto, Henry? ¿Tan pronto cambiaron tus preferencias? Ella... no parece gran cosa. —Mathew estuvo a punto de golpearlo de nuevo, pero Madeleine lo detuvo al descubrir quién era.

El joven observó a Mathew con curiosidad y de pronto se acercó muy lentamente, quedando entre Madeleine y su objetivo. Miró a Mathew fijamente, pero parecía buscar algo en particular. Paseó la mirada hasta llegar a su hombro derecho.

Madeleine notó que se tensó por completo el lacayo y unas lágrimas asomaron sus grises ojos. Ella se asustó. Lo vio en su mirada. Había descubierto que no era Henry. Claro, había sido su amante mucho tiempo. Sabía que él podría descubrir el cambio, pero jamás imaginó volverlo a ver.

Esto la llenaba de temor. Mucha gente estaba descubriendo que no era Henry, pero hasta ese momento, habían sido personas de su total confianza. Esto era diferente.

—Desde la primera vez que lo vi cruzar la entrada, supe que no era Henry, pero quise asegurarme —mencionó, con la voz entrecortada. Sus labios temblaban, pero no dejaba de mirar al jardinero—. Lo que no entiendo es este asombroso parecido...

—Es Henry —aseguró Madeleine, asustada. Mathew seguía mirándolo con la mandíbula tensa.

El lacayo negó con la cabeza y se limpió una lágrima que rodó por su mejilla.

—Es evidente que Henry no llegó a tocarte —adujo con un tono lastimero—. No llegó a hacerte el amor... o hubieses visto la cicatriz que tenía en el hombro.

Madeleine lo miró muy asustada. Petrificada. Lo había visto sin ropa, muy cerca, pero tal vez no prestó tanta atención a los detalles de su cuerpo. Estaba muerta de nervios.

—¿De qué estás hablando? —intervino Mathew—. ¡Claro que soy Henry!

Ambos intentaban mantener la mentira, pero el hombre sólo sonreía con ironía.

—Cariño, puedes engañar a cualquiera, menos al hombre que amanecía con Henry cada día hasta que ella apareció y me lo arrebató. —Desvió la mirada a Madeleine, quien ya tenía los ojos acuosos. Estaba aterrada de que ese hombre los delatara. Se sintió vencida como nunca—. Pasamos toda una noche hablando sobre cómo se había hecho esa cicatriz. Sólo necesito saber qué pasó con él...

El hombre se quebró. Mathew no podía creer lo que acababa de oír. Madeleine jamás le había contado esa parte de la historia. Con razón su esposo no había consumado su matrimonio.

A pesar de lo aterrada que estaba porque ese hombre los delatara, ella se acercó a él y, tomando un pañuelo, le limpió el labio roto. Él estuvo a punto de rechazarla, pero ella le rogó con la mirada que la dejara ayudarlo.

—¿Él...? —empezó a susurrar el joven, mirando a Madeleine entre lágrimas. Ella negó con la cabeza y lo sorprendió con un abrazo. Sollozaba tanto que Mathew sintió esos celos de nuevo. Ahora ya eran dos los que lloraban por Henry.

—Él te amó hasta el final —aseguró Madeleine, logrando que el joven la

mirara con tristeza—. Puedes estar seguro de ello. Me pidió que te lo dijera —mintió—, pero también me pidió que hiciera esto por su tío y por su herencia.

Él supo enseguida que se refería a mentir sobre su muerte. Se sentó en cuclillas, a pesar de su impecable uniforme y se echó a llorar. Parecía sentir tanto dolor que Madeleine no pudo más que acompañarlo. Lo abrazó y luego se miraron.

—Cuando leí en el periódico lo que pasó, supe que él había muerto, a pesar de que figuraba entre los supervivientes. —Se levantó y se sacudió la ropa. Mathew observaba a un lado todo lo que sucedía—. Desde esa madrugada, mi corazón dejó de latir con normalidad. Lo supe desde ese momento.

—¿Qué... harás entonces? —preguntó Madeleine, arrastrando las palabras. Su corazón latía descontrolado ante la idea de que los delatara.

El lacayo no dejaba de llorar.

—Cuando vine aquí, lo hice con la esperanza de volveros a ver. Estaba muy enfadado porque me había abandonado a mi suerte. Quise odiarlo, pero nunca lo logré. Sólo podía extrañarlo y amarlo más. Anhelaba que llegara este día, sólo que no volvió el mismo Henry. —Miró a Mathew con desdén.

—Por favor... No nos delates. Hazlo por él. Fue su último deseo —suplicó Madeleine.

El lacayo se giró y, sin decir una palabra y llorando, se perdió detrás de la puerta.

Capítulo 28

Habían estado tan nerviosos por haber sido descubiertos por ese lacayo que ni Madeleine ni Mathew volvieron a tocar el tema que debían tratar para solucionar sus problemas maritales, sino que se quedaron en vela varias horas, imaginando el caos a la mañana siguiente.

Madeleine había ido a vomitar dos veces al baño, presa de los nervios, mientras que Mathew recorría la habitación con el rostro azorado. Cuando por fin entendieron que nada podían hacer, se acostaron y durmieron abrazados. Fue como si hubiesen puesto a un lado sus diferencias para infundirse apoyo mutuo ante lo que se venía.

Ella estaba segura de que el lacayo los delataría. La detestaba por haberlo separado de Henry y más aún por su muerte en la luna de miel. Pudo notar el desgarrador dolor que reflejaban sus ojos al corroborar sus presentimientos, que imaginó cuánto debió amarlo.

Despertó antes que Mathew y pensó en lo que le había dicho el lacayo, que ella no había notado la cicatriz en el hombro de Henry. Se dio cuenta de que nunca había prestado atención a los detalles, y dedicó unos minutos a observar el cuerpo de su esposo dormido. Tenía la piel suave y unos lunares asomaban cerca de sus pezones. Buscó alguna marca que lo identificara, pero no las encontró. Ahora se quedaría con la duda de cómo se había hecho Henry esa marca.

Se preguntó si Mathew las tenía y si había alguna historia tras ellas. Si las cosas entre ellos mejoraban, se había prometido a sí misma a tener ese tipo de conversaciones con él. Quería poder tener esa certeza en los ojos, como la que había tenido el lacayo al afirmar que ese no era Henry, al hablar de Mathew.

Él dormía todavía, así que ella, haciendo a un lado su enfado, pasó delicadamente sus dedos por el rostro de su esposo. Sintió esa extraña sensación en sus entrañas, esa que sentía siempre que lo tenía cerca. Al sentir la suavidad de su piel contra su rostro, Mathew sonrió levemente y se removió un poco. Aún sin abrir los ojos, la atrajo un poco más hacia sí y después los abrió. Ella lo estaba mirando con esos dos azules y hermosos ojos.

—¿Hace rato que estás despierta? —preguntó, recobrando su seriedad. Recordó lo que había sucedido la noche anterior y parecía como si hubiese

sido hace pocos minutos.

Fuera aún no clareaba, pero ella podía sentir que, en un rato más, el sol bañaría parte de la habitación con su luz. Meneó la cabeza y sintió que Mathew le acomodó un mechón detrás de la oreja.

—Hace unos minutos, aunque, creo que no pude dormir del todo. —Apretó los labios.

Mathew la observó detenidamente y suspiró. También había recordado que ella andaba extraña los últimos días.

—¿Qué crees que sucederá cuando salgamos? —preguntó Mathew, con el rostro preocupado. Cerró fugazmente los ojos y movió los dedos de la mano, abriendo y cerrándola en un puño. Éstos aún le dolían por el golpe que le había dado al lacayo.

El hombre lo había avanzado de hacia atrás cuando Mathew se había predispuesto a volver al baño. No había hecho solo eso, sino que también había intentado besarlo. El lacayo ya casi estaba seguro de que no era el verdadero Henry, pero tenía la esperanza de que ese extraño tan parecido, tuviese las mismas preferencias sexuales que su predecesor. Pero no, se había equivocado.

—A decir verdad, no lo sé —repuso, y sintió que la preocupación aumentaba en su interior y aceleraba su corazón—. Ese lacayo me detesta. No dudo que quiera perjudicarme. Creo que nunca me perdonará por haberle arrebatado a Henry... Y lo peor es que no lo culpo.

—No me habías contado ese pequeño detalle de Henry. Me quedé muy sorprendido al enterarme de esta forma. —Madeleine desvió la mirada. Sentía como si estuviera traicionando a Henry, por eso no le había contado.

—No me correspondía contarlo. Él fue muy amable conmigo y no creí necesario contar ese detalle. Pensé que jamás volvería a ver a este hombre, pero me equivoqué —susurró pensativa.

—¿Por qué lloras siempre que lo recuerdas? ¿Lo amabas? —preguntó, conduciendo su conversación hacia lo que le interesaba. Ella pensó por un rato.

—Lo quise mucho. Fue un gran hombre y me devolvió esa confianza que había perdido. Él me ofreció seguridad y la sentí en todo momento. Me cuidó hasta el final, como un gran amigo. —Resolló y sintió que un dolor le cortó la voz. Se quedó en silencio por unos segundos y luego continuó—. Lo que siento es culpa. Siento que, de no haberse casado conmigo, él seguiría vivo y feliz con el amor de su vida. Se lo arrebaté todo, siempre lo hago a todos aquellos

que me están a mi lado.

Mathew lo comprendió y le limpió las lágrimas con el pulgar.

—Más que esposos, habíamos sido amigos, compañeros y eso es lo que echo de menos de él. Lo siento —prosiguió, totalmente sincera. Notó cierto destello de decepción en Mathew, pero él quería ser eso también para ella.

—Podemos serlo, cariño. Déjame protegerte, cuidarte. —Ladeó la cabeza y sintió un profundo cariño por su esposa. Sintió que ese deseo que había iniciado su fijación hacia ella, poco a poco se iba convirtiendo en algo más. Y ese «algo más» le gustaba—. Estoy seguro de que lo hiciste feliz el tiempo que estuvisteis juntos, porque yo lo soy ahora.

Madeleine lo miró confundida. Él le hablaba con mucha sinceridad, pero no entendía por qué entonces seguía buscando a Josephine. Lo había visto con sus propios ojos con ella esa noche y sintió de nuevo esa punzada en el corazón. Había confiado en él y no entendía por qué se sentía tan traicionada. Henry le había hecho algo parecido y lo perdonó.

¿Acaso no era suficiente lo que le daba en la cama como para buscar a la doncella?

—¿Por qué la sigues buscando a ella entonces...? —preguntó, a la par de que otra lágrima rodaba por sus mejillas—. ¿No pudiste sólo quedarte a mi lado y así contarte sobre mi pesadilla? —Mathew la miraba con mucho desconcierto. No podía creer lo que estaba oyendo. Ella lo había seguido esa noche y lo había visto con Josephine. Ahora todo tenía sentido, aunque fuera absurdo—. No te pido que me ames. Sé que eso sucederá con el tiempo, si Dios quiere, pero por lo menos no me ilusiones con esa posibilidad si la amas a ella. Yo quiero que esto funcione, pero no quiero que os burléis a mis espaldas.

Mathew negó con la cabeza y suspiró.

—Pensé que había quedado claro lo de la confianza entre nosotros, Madeleine —aclaró. Ella apretó los labios—. Sí, esa noche estaba dolido y salí a caminar por el jardín. Iba a mi antigua habitación cuando encontré a Josephine de camino. No sé si ella me había seguido o si sólo andaba por ahí, pero aproveché para recordarle que era un hombre casado y que era feliz a tu lado. No pasó nada entre ella y yo esa noche, ni ninguna otra desde que terminé con ella. Te suplico que me creas y confíes en mí.

Madeleine escuchaba todo con mucha atención, pero con un regocijo en el alma.

—Sé que soy un tonto por sentir celos de un muerto, pero envidio eso que

tuvisteis. Envidio la suerte que tuvo Henry al conocerte, al ser tu esposo, al ser el acreedor de tu confianza. —De pronto sintió que sus ojos se empezaban a llenar de lágrimas—. Siento que tú estás conmigo porque no tuviste otra opción y por tu gran corazón. —Ella negó rápidamente—. Sé que no soy él, que nunca lo seré, pero quiero ser igual de importante para ti. Viví mucho tiempo en soledad, disfrutando sólo momentos de placer en compañía femenina. Nunca había sentido esto que siento cuando estoy contigo, porque lo que siento no quiero que acabe.

—Mathew... —susurró ella, dibujando una leve sonrisa en sus labios.

—Josephine no desistirá en su empeño en hacerte dudar. No caigas en su juego. Ella seguirá buscando ocasiones como esa. Confía en mí, por favor —suplicó el hombre—. Podemos hacer esto. Puedes recuperar a tu amigo, a tu compañero, a tu esposo...

Madeleine negó con la cabeza y él entrecerró los ojos. El sol empezaba a clarear el cielo y los tenues rayos de sol empezaban a colarse como finas hebras en la habitación.

—No quiero recuperar a Henry, quiero confiar en ti y que seas mi esposo, mi compañero de ahora en adelante. —Entrelazó sus dedos con los de él y le besó la mano—. Yo también te pido que confíes. Él siempre será importante, porque fue mi pasado y lo guardo en un lugar especial en mi corazón. Espero no te importe compartir ese lugar con él. —Sonrió con cariño y él la imitó.

—Lo sé ahora y te entiendo. Entonces... —Le acarició el rostro y fue bajando los dedos por su hombro—. Disfrutemos mientras dure esto —dijo refiriéndose al posible escándalo que se armaría cuando los delatara el lacayo. Ella asintió y se estiró hacia él para besarlo. Se sentía una tonta por ser tan insegura. Habían quedado en aclararlo siempre hablando y ella se había comportado como una estúpida.

En ese momento no importó nada más que eso que se encendió en sus cuerpos, llevándolos a unirse con esa pasión que caracterizaba al jardinero. Le besó desde el cuello hasta llegar a sus pechos, para besarlos por sobre la tela de su camión. Esa sensación fue pura candela para ella. La desnudó en un abrir y cerrar de ojos y no dejó piel sin recorrer con las manos y con los labios.

Hicieron el amor como si no importara nada más. Sus cuerpos se buscaban con tal intensidad que los hacía gemir tan fuerte, que agradecieron haber sido alojados en la última habitación del ala. Ella lo rodeaba con sus piernas y él aumentaba cada vez más sus movimientos de cadera, como si algo los

persiguiera. Le recorría la espalda con ligeros arañazos y de tanto en tanto se encorvaba para darle mordiscos en el hombro o en el cuello.

La persona que había deslizado la nota por debajo de la puerta debió oír el momento en el que Madeleine gimió tan fuerte al llegar al clímax, pero era evidente que ellos no lo notaron. Ella recibió todo el peso de su esposo sobre ella, cuando él, exhausto, se echó sobre su pecho, aún con su miembro dentro de ella.

Fue por eso que, recién cuando decidieron tomar un baño, después de calmar sus respiraciones y haberse saciado una vez más, notaron el papel doblado cerca de la puerta, en el suelo.

Había sido Madeleine quien la vio en primer lugar. Se había levantado desnuda de la cama para ir al baño cuando la vio. Se agachó a recogerla y tuvo una terrible sensación. La giró muy lentamente y leyó que la nota estaba dirigida a ella.

Mathew se apresuró a alcanzarla al ver su rostro pálido mientras leía.

—¿Es de ese hombre? —Se acercó como para verlo, ya que ella no respondía—. ¿Qué quiere? ¿Dinero?

Ella ni siquiera oyó lo que él le había preguntado, sus labios le temblaban mientras lo leía y sus ojos empezaron a aguarse.

Madeleine:

Cuando apareciste en nuestras vidas, te detesté con toda mi alma. Te estabas robando a mi amor, a ese hombre a quien con tan sólo mirar me hacía feliz. Cuando me contó que te había encontrado, rogué que no lo aceptaras, que él no hubiese sido lo que buscabas, porque él ya era parte de mi alma.

Cuando supe que no había marcha atrás, le supliqué que me llevara con vosotros. Ni siquiera lo hubieses notado. Yo lo amaría en silencio, en secreto, pero él no lo consideró justo para ti. Me había dicho que eras una mujer extraordinaria y que no merecías ser engañada. Te detesté aún más por lo que él empezó a sentir por ti.

La mañana en la que partisteis, supe que jamás lo volvería a ver, pero me negué a creerlo, así que busqué la forma de estar en el lugar a donde pudiera encontraros. Los duques necesitaban un lacayo y mis referencias hicieron que no dudaran en contratarme. Esperé y esperé, hasta que se cumplió. Sólo que confirmé mis terribles presentimientos. Henry había muerto en ese barco.

Deseé que también tú hubieras muerto, pero hoy entiendo que tú no

tenías la culpa de nada. Tú sólo querías ser feliz, como todos. Eres buena, como él me lo había asegurado y quería que lo supieras.

Es por eso que quería despedirme, decirte que, ojalá seas muy feliz con tu nuevo Henry y que puedas encontrar muchas marcas en él y conozcas todas sus historias, como yo lo había hecho con él.

Ya mi vida no tiene sentido sin su razón de ser. Ya no puedo, ni quiero ser feliz con nadie más. Iré a buscarlo, Madeleine, porque sé cuánto odiaba estar solo. Perdóname y sé feliz.

Jeremy

Madeleine sintió que las lágrimas caían sin parar de sus ojos. Sin decir una palabra corrió y estiró el cordel de la campanilla y esperó ansiosa a que no fuese cierto lo que decía la carta. Mathew, preocupado por la forma en la que ella respiraba y derramaba lágrimas, tomó la carta de sus manos y también la leyó.

—¿Crees que lo hará? —preguntó apesadumbrado. Se notaba la sombra de preocupación en sus ojos.

—No puedo permitir que lo haga. No es justo. —Madeleine buscó rápidamente un vestido en su baúl y lo puso sobre la cama. Sacó también unos zapatos de tacos bajos y un sombrero. Rogaba que el muchacho hubiera recapacitado—. ¿Por qué tarda tanto en venir el servicio? —chilló.

—Tranquila. Si decidió cumplir su palabra, no hay nada que podamos hacer y mostrarnos tan histéricos sólo levantaría sospechas. Piénsalo. —Al oír eso Madeleine, se sentó al borde de la cama y asintió levemente.

—Tienes razón. Debería calmarme y esperar a que él se haya echado para atrás con esa loca idea.

Mathew se acuclilló frente a ella, ya con el pantalón de su pijama puesto y le acarició la mano.

—No somos dueños de la vida, Madeleine. Si él quiere ir a buscarlo en el más allá, nadie lo detendrá. Nosotros podríamos hacerlo ahora, pero estoy seguro de que lo volverá a intentar hasta llegar junto a él, a donde quiera que esté. Su vida no tiene sentido sin él, y nunca más la tendrá.

El ayuda de cámara que les había sido asignado llamó a la puerta y, después de recibir el permiso, entró, con el rostro apesadumbrado. Tenía la mirada gacha y Madeleine lo supo enseguida. Lo había conseguido.

—¿Sucede algo? —preguntó ella, incluso antes de explicarle por qué lo habían llamado. El hombre levantó la mirada y tenía los ojos rojos.

—Nada de lo que deba preocuparse, madame —respondió el hombre, pero su actuar era tan torpe que se podía notar que algo le estaba afectando mucho, así que Madeleine insistió.

—Por favor, cuénteme qué sucede. No tema.

—Una muerte, madame —respondió, casi en un susurro y miró rápidamente y fugazmente hacia la puerta. Madeleine se llevó ambas manos a la boca y Mathew la abrazó.

—¡Oh, por Dios! ¿Quién ha sido? —preguntó enseguida, aunque estaba casi segura de que oiría el nombre del lacayo. Y así fue—. Dios mío...

—Era un lacayo, madame. Su nombre era Jeremy. —Se podía notar la profunda tristeza que había causado en ellos esa noticia. Por lo visto, ese hombre lo apreciaba mucho.

—Perdone que pregunte, pero... ¿Cómo fue? —preguntó Madeleine, a pesar de que Mathew la reprendió con la mirada. A ella le temblaban los labios, pero intentaba disimularlo.

El hombre los miró dubitativo. No sabía si era bueno andar contando esas cosas a una dama.

—El pobre muchacho... se ahorcó, madame —contestó al fin. Ella dio un respingo y miró a Mathew con tristeza. Lo había hecho realmente y no lo pudieron evitar.

—Pobre... —susurró, con la mirada perdida. Tenía la carta en la mano, pero la aferraba con mucha fuerza.

—¿Desean desayunar también en sus aposentos? —preguntó. La mayoría de los invitados había decidido hacerlo en sus habitaciones ese día, ante la presencia policial. Madeleine asintió—. Enviaré a la criada con el desayuno. Si me disculpan. —Hizo una leve reverencia y se retiró de la habitación.

Ambos se miraron con tristeza y Mathew la abrazó un poco más fuerte. Tenían sentimientos encontrados, porque se sentían tristes por su muerte, pero también tenían la esperanza de que su secreto hubiera muerto con él. Eso que sentían, aparte de la tristeza, era tranquilidad.

¿Acaso eran malas personas por sentirse así?

Capítulo 29

A pesar de que habían intentado que la muerte del sirviente no causara mucho revuelo entre sus invitados, los duques de Norfolk tuvieron que llamar a la policía al enterarse del triste hecho. Fue todo un escándalo, pero parecía que el muerto no le había contado a nadie sobre el cambio de herederos.

Madeleine y Mathew regresaron a la mansión de Londres y pidieron que los mantuvieran al tanto sobre la investigación policial. Los duques no lo sabían, pero estaban muy interesados en saber si Jeremy pudo haber dejado más cartas que los comprometiera.

Madeleine le había contado todo lo sucedido a la señora Parker cuando fue a visitarla, ya que ella había regresado a su casa para dormir. No sólo le contó de la muerte del lacayo, sino también lo que había ocurrido entre Mathew y ella.

—Quiero que recuerdes esto que te voy a decir y nunca más cometas ese error —le advirtió la mujer, bajando su taza de té sobre el platillito que reposaba sobre la mesa—. Tú eres la futura condesa de Berkshire, esposa de Henry Howard, y no puedes permitir que cualquiera que venga a decirte cosas te afecten. Es evidente que ella no lo supera y que tú le resultas muy ingenua, por eso se anima a hacerte este tipo de majaderías. Disculpa, pero debes ser más astuta.

La joven la miraba sorprendida.

—No esperes que haya confianza de buenas a primeras, Madeleine, eso se construye en el día a día, como el amor. Tal vez ahora estáis muy sobrecargados de responsabilidades y no tenéis ese tiempo para hacer que crezca el amor en su matrimonio, pero debo recordarte que no todo es compromiso en la pareja. Debéis daros tiempo de conocerse, de formar lazos, de unir sus almas, de aprender a comunicaros con la mirada. —prosiguió la mujer, con las manos apoyadas en su regazo—. Ante todo, aprended a hablar, a ser sinceros, a confiar. Tenéis una preciosa oportunidad de ser felices. No seáis tontos. Estáis empezando un largo camino, porque espero que sea largo, aunque no pesado. —Sonrió para Madeleine y ésta lo hizo también—. Conquistalo, haz que te eche de menos, que te admire, que la vida no sea lo mismo sin ti. Haz que él sienta lo que ese pobre muchacho sentía por Henry.

Está en tus manos, querida.

—Gracias, señora Parker —replicó Madeleine, muy tranquila—. Sabía que usted tendría las palabras exactas y no me equivoqué.

—Sabes dónde encontrarme, cariño. —Levantó una campanilla y la agitó. En unos pocos segundos apareció la doncella y pidió más té—. Ya fue suficiente duelo en Bearroc Park. Recupera tu vida, que eres muy joven. Tal vez sea beneficioso para vosotros pasar algunas temporadas aquí, en Londres.

La señora Parker levantó una ceja, con mucha picardía. Se debatía en si debía contarle la verdad del lazo que las unía, pero no sabía si era el momento adecuado.

—Tiene razón. Será bueno que Mathew tenga más roce y es el escenario perfecto, aunque no podemos dejar muy solo al conde. Prácticamente es la única familia que me queda —apostilló Madeleine, con la mirada triste. La señora Parker apretó los labios y se decidió a hablarle con la verdad.

—Con respecto a eso... —empezó a decir y la agarró de la mano—. ¿Recuerdas que cuando nos despedimos en la estación del tren te había dicho que algún día te contaría por qué había hecho todo esto por ti? —Madeleine asintió con gran interés en la mirada.

—Sí. Le había dicho que ni siquiera tenía cómo pagarle por sus servicios.

—Ese día ha llegado, querida. —Sonrió orgullosa. Su corazón sentía un agradable candor, como el que se siente en presencia de un ser amado, de un ser a quien se ha esperado por mucho tiempo—. Te había dicho que tu madre y yo nos conocíamos desde jóvenes. —Madeleine volvió a asentir—. Te mentí. En realidad, nos conocíamos de toda la vida. —La mirada de Madeleine ahora estaba cargada de curiosidad.

Fue como si Madeleine empezara a buscar indicios en los cuales su madre pudo haberle hecho saber ese dato, pero no lo recordaba. Ella sólo hablaba de una hermana a la que había perdido muy joven, de la cual se negaba a hablar incluso con su padre.

—Yo fui la hermana bastarda de tu madre —soltó la mujer, dejando completamente anonadada a la pobre Madeleine. ¿Habría sido por eso que su madre se negaba a hablar de esa hermana?—. Nuestro padre era un poco mujeriego, y mi madre había sido su amante desde antes de su boda con tu abuela. Tu madre era un ángel. Nunca me rechazó por lo que fui, a diferencia de su madre. Viví con ellos hasta mis diecisiete años, pero tu abuela me amenazó con matarme mientras dormía si no me iba de la casa, al saber que nuestro padre quería que debutáramos juntas. Ella no lo iba a permitir.

—Así que eras tú... —susurró Madeleine, con una inmensa felicidad en el corazón—. Eras tú de quien se negaba a hablar.

—Así es. Yo se lo pedí. No quería que supieran de mí. Gracias a eso, pudimos seguir en contacto mucho tiempo —dijo la mujer, mientras se levantaba a buscar un álbum de fotos. Al encontrarlo, lo apretó contra su pecho antes de pasárselo a Madeleine.

Ahora Madeleine entendía esas salidas por las tardes de su madre con la señora Cromwell. Nunca se perdía la canasta en casa de sus amigas. Derramó unas lágrimas al ver a su joven madre, en unas fotos en blanco y negro, junto a la señora Parker.

—¿Así que Parker...? —La casamentera adivinó lo que le iba a preguntar, entonces asintió.

—Era el apellido de mi marido. —Madeleine asintió y se preguntó cuánta verdad y cuánta mentira había en las dos versiones que circulaban sobre la casamentera.

—En el pueblo dicen que usted fue... —Madeleine quería saberlo, y su tía lo entendió.

—Una prostituta. Sí. Y también una espía. —Soltó una sonora carcajada, mientras sostenía su vientre—. La gente puede imaginar muchas cosas cuando alguien aparece de la noche a la mañana y no divulga su pasado. El silencio los enloquece, pero es muy divertido verlos armar serias teorías sobre la vida de uno.

—Entonces, ¿todo es mentira? —Madeleine se dio cuenta de que la mentira era algo que estaba en todas partes y en torno a personas que menos esperaba. La señora Parker negó levemente la cabeza.

—Esa es una historia que la reservaré para otra visita, mi querida Madeleine. Alguien te busca. —Señaló hacia la puerta. Madeleine estaba tan absorta en la conversación que no había oído el timbre. La criada se apresuraba en ir a abrirla—. Sólo una cosa, Madeleine. Te pido que mantengas este secreto. Lo puedes compartir con Mathew, pero con nadie más. Créeme, es por tu bien, cariño.

Madeleine asintió.

—¿Algún día me lo contará? —indagó.

—Por supuesto. Algún día lo haré, pero ese día no es hoy.

Madeleine sonrió al recordar sus palabras en la estación, cuando se despidieron. En su interior sentía una inmensa felicidad al saber que tenía una familia, pequeña, pero familia al fin.

—Trataremos de venir de vez en cuando a visitarla. —dijo Madeleine. Mathew había llegado junto a ellas y agarró a su esposa por la cintura, después de besar la mano de la señora Parker.

—Me parece una idea genial. Mis saludos al conde —respondió para ambos.

—¿Lista para partir, cariño? —preguntó Mathew, mirando a su esposa. Esta asintió con una tierna sonrisa. Aún recordaba con cariño su conversación al amanecer y lo que acababa de enterarse. Por supuesto, esperaría a llegar a Bearroc Park para contarle.

Madeleine quería visitar con mayor frecuencia Londres, más ahora que sabía que esa mujer a quien admiraba tanto era sangre de su sangre. Se sentía menos sola en el mundo, aunque algo la detenía.

El temor de Madeleine era que los descubrieran, entonces, cuanto menos aparecieran por Londres, más seguros estarían, o eso pensaba ella. Lo cierto era que la señora Parker tampoco estaba equivocada. Les iba a venir muy bien socializar más con la nobleza residente en Londres.

Haber ido a esa cena había sido muy productivo, ya que notaron que nadie los descubrió, o por lo menos, nadie lo mencionó. A pesar de los intentos de *lady* Lauren por hacer sentir mal a Madeleine, la noche había sido maravillosa.

Lo de la pérdida de memoria y la consistencia en su mentira fueron fundamentales. Ahora solo esperaban que todo se mantuviera así. Sí, le preocupaba que lo hubiesen descubierto algunos, pero esperaban que pudiesen mantener una vida tranquila y discreta de ahora en más, para evitar sospechas.

...

El viaje de regreso había sido totalmente diferente. Jonás sonrió con complicidad a la señora Cromwell, al ver por el espejo la forma en la que Mathew acariciaba a su esposa cuando pensaba que nadie los veía. Ambos se miraban de una manera diferente de cuando se fueron, se tocaban de otra manera, se hablaban de otra manera. Ahora ambos miraban en la misma dirección.

Josephine los observó desde las caballerizas llegar. Tenía la mandíbula tensa y un humor más negro que la noche. Esperaba que Mathew regresara esa tarde a su antigua habitación y la encontrara a ella, pero grande fue su decepción al notar que él se había quedado a dormir con su esposa, como era lo correcto.

No fue necesario que le contara que habían arreglado las cosas entre ellos. La forma en la que reían al bajar del coche lo explicaba todo. Supo que debía actuar rápido o lo perdería para siempre. Estaba segura de que ambos querrían darle un heredero al viejo antes de morir.

El tiempo que ellos estuvieron fuera, lo había aprovechado para pensar en algún macabro plan para separarlos y esperaba que funcionara. Ya no había vuelto a pelear con la señora Mildred ni con nadie en el castillo. Se había mantenido callada y pensativa, incluso con Olie, sin sospechar que el conde la tenía muy vigilada después de que el ama de llaves le hubiera puesto al tanto de su riña. De ninguna manera iba a permitir que alguien arruinara sus planes.

La doncella los había espiado en el comedor, durante la cena. Habían aprovechado el momento para contarle al conde todo lo que vivieron en Londres esos días. Por supuesto, evitaron contarle lo de Jeremy, ya que sólo le haría daño al viejo. Siempre había tenido sus sospechas sobre Henry, pero ambos habían decidido ocultar la verdad para mantener el buen nombre del difunto.

—Así que la marquesa de Bristol, ¿eh? —susurró Josephine, observando detrás de una de las puertas. Había oído el desdén con el que había contado su encuentro con esa mujer y la enemiga de su enemiga era su amiga.

El conde no les había hablado de su estado de salud. No quería preocuparles, pero el doctor Spencer le había informado que le quedaba poco tiempo. Ni siquiera esperaba que llegara a Navidad, aunque para eso faltaba mucho. Oyó con alegría todo lo que le contaban de Londres y fue feliz en ese momento por sus herederos. Era evidente que habían hablado y limado asperezas.

Miró a Madeleine con picardía y ésta le había guiñado el ojo. Ella había estado pensando la forma de contarle sobre su tía, la señora Parker, llegando a la conclusión de que sería bonito que ella misma le contara la verdad en una visita a Bearroc Park.

—Deberíais invitar a los marqueses de Bristol un fin de semana entonces —sugirió el conde—. Mostradle a esa víbora lo felices que sois. Fuiste muy valiente al responderle su estúpida pregunta, hija.

—Lo pensaremos —repuso Madeleine, no muy convencida.

El conde también quería contarles algo, pero no quería arruinar ese momento de regocijo que estaban viviendo, porque, al hablarles de ello, indefectiblemente debía hablarles también sobre su estado de salud. Estaba preocupado por alguien, alguien a quien dejaría desprotegida con su partida.

Si llegaba a sentirse peor, hablaría, pero de momento, decidió compartir con ellos ese momento de alegría.

...

Había sido un mes tranquilo y lleno de actividades para la pareja. Incluso habían acompañado al conde a una invitación del rey Jorge V. Había sido un maravilloso fin de semana en Sandringham, en la cual disfrutaron de actividades al aire libre de día y por las noches, elegantes cenas, donde las damas vistieron sus mejores galas.

Madeleine había tenido la oportunidad de conversar con la reina Mary y a ésta le sorprendió mucho enterarse que ella había sido hija del comerciante de cuya tienda provenía, en gran parte, las telas que utilizaba su modista para sus atuendos de gala. Se había enterado de eso porque Madeleine reconoció el sombrero que llevaba la soberana como uno de los que vendía su padre.

Le expresó sus condolencias, a pesar del tiempo que ya había pasado, y también sus deseos de volver a conversar o a compartir actividades con ella. La marquesa de Bristol, también invitada al evento, no pudo evitar poner los ojos en blanco al oír tal invitación. A ella la invitaban siempre, pero porque el marques era un viejo conocido del rey.

—Por supuesto que nos encantaría volver —repuso Madeleine, muy emocionada. Sabía que era muy difícil que los reyes aceptaran cualquier invitación, dadas sus ocupadas agendas, pero quería ser amable con su anfitriona, quien se había mostrado muy amable con ella—. Sé que sus majestades deben recibir muchas invitaciones. —La reina asintió con amabilidad, pero se mostraba curiosa de lo que pudiera decir esa bella joven—. Pero sería un honor que nos visitaran en Bearroc Park alguna vez.

—Oh, querida, eres muy amable. Te aseguro que os haremos una visita alguna vez. He oído rumores de que a su esposo le gusta la cacería —Madeleine asintió—, igual que a mi querido George.

Las demás damas que las acompañaban en la mesa se sorprendieron, pero fingieron su mejor sonrisa, aunque Madeleine sabía que debían estar despotricando en su contra. Era la más nueva en el círculo y la reina había demostrado muy rápido su interés en ella.

Era sabido que los reyes preferían una vida tranquila, a la que se esperaba de los monarcas, y era eso lo que encontraban en Sandringham. En el marco de una broma por parte del rey, en un descanso del bádminton, Madeleine supo

que la que ahora era reina, en realidad había estado prometida al que, en ese entonces, era el heredero al trono.

El hermano mayor del rey había estado comprometido con Mary, pero murió antes de la boda, dejando a George un reino y una mujer que seguía siendo una elección adecuada para esposa del futuro rey. Esa mujer la entendería, de poder contarle su secreto, pero sólo sonrió y vio cómo todos hacían lo mismo. Ella había tenido un destino y, aunque las piezas se movieron, siguió el curso normal hasta cumplirse. No podía ser más que irónico.

...

En las semanas siguientes, las visitas del doctor Spencer a Bearroc Park eran cada vez más frecuentes y generaba una profunda curiosidad en el matrimonio Howard, el cual estaba pasando por un maravilloso momento de tranquilidad. Madeleine ya le había preguntado en dos ocasiones anteriores al galeno sobre la situación del conde, pero éste le respondía que no podía darle esa información sin la autorización del enfermo, aunque siempre intentaba darle pistas con su rostro.

—No le diré a nadie que me lo contó —insistió Madeleine, pero el doctor sólo le dedicó una tierna sonrisa y le dio una palmada el brazo con delicadeza—. Sólo quiero ayudarlo a recuperarse...

—Yo sé que de verdad lo queréis, pero créame, no se lo puedo decir. He insistido con él, pero dice que no quiere preocuparos por una tontería.

El rostro del doctor parecía bastante preocupado.

—Pero no es una tontería —alegó Madeleine. Vio que el doctor titubeaba por unos segundos, pero, cuando pensó que estaba a punto de contarle la verdad, se aclaró la garganta y se excusó al ver a Royers acercarse.

La joven miró hacia la puerta de la habitación del conde y decidió hacerle una visita. Aprovechó que el mayordomo estaba entrando para pedirle que la anunciara.

—Puede pasar, señora Madeleine —anunció el elegante hombre.

El olor a medicina era muy perceptible, pero ella no lo mencionó. Vio al conde acostado en la cama, pero con unas almohadas detrás de su espalda, de modo que parecía estar sentado.

—¡Madeleine, querida! —exclamó el anciano, con un notorio brillo en los ojos, ese que siempre aparecía con la llegada de la rubia. El conde admiraba

la devoción con la que tanto Mathew como ella se interesaban por todo lo que se refería a Bearroc Park y su salud—. Pasa, pasa.

—Mi querido conde —susurró ella y se sentó al borde de la cama. Llevaba puesto un fresco y sencillo conjunto blanco, con un sombrero de paja adornado con flores lilas y unos zapatos de tacón bajo—. Usted me enseñó a ser siempre directa y preguntona —bromeó—. Y ahora quiero hacerle una pregunta muy importante.

—No recuerdo haberte enseñado a ser preguntona. —Fingió indignación y se cruzó de brazos, ante la divertida mirada de su sobrina—. Aunque... puede ser que hayas oído demasiadas preguntas por mi parte.

Madeleine le acarició la mano y sonrió.

—Está bien, pregunta. —Ella se sorprendió al oír eso, pero el conde sabía lo que le iba a preguntar y se adelantó—. Siempre y cuando no sea sobre mi estado de salud.

—Eso no es justo —se quejó Madeleine, cruzándose de brazos. El conde sonrió al ver que ella iba adquiriendo también sus gestos. Se quedaron en un tranquilo silencio por unos segundos y ella desvió de nuevo la mirada hacia él—. Yo sólo quiero saber si puedo ayudar en algo...

El conde le acarició la mano y negó con la cabeza.

—Sé que está más enfermo que cuando llegué a Bearroc Park, sé que es algo grave y que es demasiado testarudo para admitirlo. También sé que estoy cansada de que las personas me abandonen así de repente... —Sus bellos ojos azules lo miraban con tristeza. Él pudo ver en ellos el reflejo del miedo, del dolor, de la pérdida—. Quisiera tener el tiempo para decirle todo lo que quiero, para crear recuerdos que me acompañen cuando ya no esté, para hacer todo lo que esté en mis manos para hacerlo sentir mejor hasta el final. Quisiera poder decir adiós.

Al viejo se le aguaron los ojos. No imaginó que llegaría a querer tanto a esa completa extraña que había llegado aquella mañana con nada más que una maleta, su doncella y un lacayo. Una joven que, a pesar de la debilidad que reflejaba su fino y delicado aspecto, demostraba más agallas que otras personas que había conocido.

—Es que temo que todos me vean como a un muerto y aún no lo estoy —respondió más serio de lo que había estado al principio. Pegó un profundo suspiro y apretó los labios. Desvió la mirada hacia la ventana para que ella no lo viera lagrimear, pero fue imposible—. El doctor dice que no me queda mucho, que mi corazón late cada vez más rápido y que eso podría causarme

una trombosis en cualquier momento. —La miró con el mentón elevado, como si se estuviese infundiendo coraje a sí mismo.

—Oh, por Dios... —susurró Madeleine, sintiendo que las lágrimas asomaban en sus ojos y que en cualquier momento rodarían por sus mejillas—. Eso sí que es grave.

Lord Charles asintió y volvió a suspirar. No quería dejarlos, pero con no quererlo no bastaba.

—¿Y no hay algo que podamos hacer? Podríamos consultar a otros médicos —sugirió Madeleine, intentando encontrar esperanzas donde ya no las había. El conde sólo sonrió en respuesta.

—Maddie, querida... —la llamó el conde con ternura. Ella lo tenía de la mano. Podía sentir la suavidad de ésta y ver las pecas que se mezclaban con sus arrugas—. Esto es irreversible. Sugiero que disfrutemos lo que me queda de vida y vayamos despidiéndonos cada día, como si fuera el último.

Madeleine no dijo nada. No podía, porque le dolía a la altura de la garganta, pero asintió sonriente. Estaba decidida a hacer todo lo posible para que sus últimos días fueran inolvidables para todos.

—Me parece una gran idea —dijo Madeleine, después de pasar unos minutos en silencio, observando por la ventana. Vio a Mathew recorriendo con uno de los mozos de cuadra, quien parecía indicarle algo hacia los establos—. Vuelvo enseguida —anunció.

—Vete tranquila, hija, y recuerda: nada de tratarme como un viejo moribundo. —Le guiñó un ojo y ella hizo una leve reverencia antes de salir de la habitación. Estuvo a punto de contarle eso que tanto le preocupaba, pero no quería detenerla tampoco, así que decidió esperar.

Nadie entendía por qué ella cruzaba todo el salón corriendo con ese conjunto y con esos zapatos. Mucho menos por qué se sorbía la nariz y se limpiaba los ojos. Josephine se regocijó al verla sufrir. Tenía la firme convicción de que se lo merecía por robarle a su hombre.

En su trayecto, se cruzó con la señora Mildred y con Royers, quienes la miraron muy sorprendidos. El ama de llaves negó con la cabeza, imaginando que había discutido de nuevo con su hijo. Habían tenido unas semanas muy tranquilas y no podía entender qué pudo haber sucedido. Aunque también le vino a la cabeza Josephine, por lo que se giró y fue a buscarla.

—¿Ahora ve llorar a la princesita y asume directamente que es por mi culpa? —reclamó la doncella, cargando unas sábanas dobladas y perfectamente uniformada, cuando fue cuestionada por el ama de llaves. Su

mirada era desafiante, pero parecía muy feliz por saber que Madeleine estaba sufriendo.

—Deberías tener un poco más de respeto por tus señores —la reprochó el ama de llaves, con el semblante muy serio. La doncella se echó a reír y echó la cabeza hacia atrás.

—¿Por qué? No puedo ocultar lo que siento. La detesto y eso no va a cambiar. Me pone de muy buen humor cuando ella llora, así que no, no tengo respeto ni pena por ella. Ojalá y hubiese muerto con su querido esposo —masculló entre dientes. No parecía tener el mínimo de arrepentimiento de lo que acababa de decir, pero supo que se fue de boca cuando sintió el bofetón de la señora Mildred.

Llevó una de sus manos a la mejilla donde había recibido el golpe y se la frotó. Miró con rabia a la mujer vestida de negro y de mirada dura, y se fue corriendo de allí.

—Me las vais a pagar. Todos me las vais a pagar... —masculló de nuevo, con la mandíbula tensa y la mejilla izquierda roja—. Ya lo veréis. Muy pronto empezarán los corazones rotos y seré yo la que ría.

...

Mathew recibió a Madeleine entre sus brazos, dejando caer las tijeras con las que había estado cortando algunas ramas secas de los rosales. Ella no notó la maceta con tierra nueva que estaba en un rincón del jardín y el jardinero pareció feliz de que no lo hiciera. ¿Sería alguna sorpresa?

—Maddie, ¿qué sucede? —preguntó, después de agarrarla por los codos y separarla un poco.

—Sólo abrázame, por favor —pidió entre lágrimas. Gimoteaba sin cesar y empezaba a preocuparle a su esposo.

La llevó al banco que estaba bajo el roble y la acunó en sus brazos hasta que se tranquilizó. El paisaje en esa época del año era maravilloso. Las flores aún adornaban con algunos colores el hermoso jardín. El verde follaje que hacía de fondo y de alfombra no opacaba a las maravillas que Mathew seguía cuidando con tanto esmero. Lo que había en la maceta era un regalo para su esposa. Había estado leyendo sobre unas técnicas de injerto y quiso probar si le salía una rosa especial para Madeleine. La había plantado hacía meses, cuando se habían casado, pero ahora había salido el primer capullo. Iba a verla cada día para ver si lo había logrado. De hacerlo, esa llevaría su nombre

y llenaría Bearroc Park con ella.

—*Lord Charles* está muriendo —dijo, después de estar en silencio por un largo rato. Levantó el rostro y sus miradas se unieron. Él no parecía sorprendido—. ¿Lo sabías?

Mathew asintió y le besó en la frente.

—Recuerda que yo era algo así como su confidente. —Ella lo recordó. Recordó que él pasaba las tardes conversando con el conde y aprendiendo cosas—. Cuando se enteró de su enfermedad fue que mandó a buscar a Henry. De no haber muerto el padre de Henry, su primo, lo hubiese heredado él, pero murieron. —*Madeleine* suspiró—. Había llegado a sus oídos algunos rumores sobre Henry, por lo que él se apresuró con lo de la boda. Le había hecho saber de su enfermedad y que debía asumir su responsabilidad con seriedad y compromiso. Sabía que Henry era un chico responsable y que lo habían educado bien. Se sentía muy orgulloso de él.

—También lo está de ti —se apresuró a decir *Madeleine*, al sentir cierta tristeza en su voz.

—Lo sé, me lo dijo un par de veces —afirmó el jardinero, mientras acariciaba el hombro de su esposa—. Acepté el plan, en un principio por él, porque sabía lo mucho que le importaba este lugar y estas personas. Lo mejor que podemos hacer por él es cuidar esto en su lugar. —Miró hacia el castillo. Era imponente desde donde se lo mirase—. Y también, porque era mi oportunidad para tenerte cerca.

Madeleine sonrió con timidez y lo miró.

—Ah, ¿sí? —indagó, levantando una de sus cejas.

—Sí. —afirmó, moviendo la cabeza de arriba abajo—. No quiero que haya mentiras entre nosotros, *Maddie*, así que no te voy a decir que me enamoré a primera vista, pero sí me fue difícil quitarte de mi cabeza durante varios días. Te soñaba entre mis brazos, besándote, haciéndote el amor... Fue el deseo que sentía por ti, la segunda razón por la que acepté ese loco plan. Sentía una necesidad de protegerte, de cuidarte, y aunque sigo muriendo de miedo de que nos descubran, sé que, si tú estás, nada más me importa. Quiero que seamos una familia, un equipo, cómplices, amantes, amigos.

—Gracias por decirme todo esto —dijo *Madeleine*, después de soltar un profundo suspiro. Ella tampoco se había enamorado a primera vista, así que no le importaba escuchar eso. Lo importante es que ese deseo se estaba convirtiendo en algo más—. Gracias por estar aquí y protegerme. —Lo miró fijamente y llevó una de sus manos para acariciarle el rostro—. Creo que, si

Henry no hubiese muerto, los dos estaríamos a estas alturas en un grave problema, porque creo que igualmente hubiese sentido esto que siento cuando te veo.

Mathew sonrió con sorna y la apretó un poco más.

—Hubiésemos sido amantes —bromeó—. ¿Lo hubiésemos sido? —preguntó ya de verdad. Ella sonrió y se encogió de hombros.

—No podría asegurarlo, pero si él dejó a Jeremy por mí, no me hubiese sentido bien al acostarme con otro hombre que no fuera él. —Mathew asintió y sintió vergüenza por alegrarse de la muerte de su predecesor—. Hubiese sido muy injusto.

—La vida da muchas vueltas para que dos almas destinadas se unan. Y nosotros, cariño, creo que lo estábamos. Porque el destino existe, es sabio y testarudo. No descansa hasta llevarnos al camino que nos lleva a la felicidad, sea como fuera que empiece la historia. La nuestra empezó con una mentira y ya ves cómo terminó.

Madeleine asintió pensativa, y aunque quiso decir que empezó con muchas tragedias, convino que era mejor pensar que empezó con esa mentira. Una mentira que los unió.

Capítulo 30

Madeleine y Mathew trataban de cumplir con todos sus compromisos con el condado de tal forma que no les robara mucho tiempo con el conde. A veces iban juntos, pero otras, por separado y en turnos. Aunque sabía que en Bearroc Park lo cuidarían muy bien, querían estar presentes por si acaso.

El verano estaba pasando y las primeras brisas otoñales empezaban a hacerse notar. El doctor Spencer estaba feliz de que su predicción hubiese fallado y que el conde siguiera vivo a pesar de los achaques que tenía. El cariño que le brindaban Mathew y Madeleine era fundamental y se notaba. Eso les sirvió como una excusa perfecta para no asistir a la boda del abogado de Henry. La delicada salud del conde.

—Cuando le pregunté a Caroline si temía a la muerte, me dijo que sí, pero que más la hubiese temido si hubiese dejado a una familia con el corazón roto. —dijo Madeleine, recordando a la moribunda mujer del hospital. La pobre había muerto hacía un mes, contra todo pronóstico. Había luchado por su vida como si fuese toda una guerrera, pero, por desgracia, no resistió al último infarto—. Me dijo que todos nacemos sabiendo que vamos a morir, y que lo importante es vivir intensamente, decirle a quienes amamos que los amamos y olvidar los rencores.

Mathew observaba, con la mirada perdida, su taza de té. El vapor se arremolinaba sobre el líquido ambarino y desprendía un delicioso olor. Había llegado a conocer a la mujer por invitación de su esposa de acompañarla en sus visitas.

—Es que siempre nos enseñaron a ver a la muerte como a una enemiga, no como una compañera que espera paciente a que nuestro momento de partir llegue. Nadie muere en su víspera, cariño. —Bebió un sorbo del contenido de su taza y la volvió a bajar sobre el platillo que sostenía en la otra mano—. Ella respeta los tiempos que estamos destinados a vivir, aunque algunos deciden llamarla antes —añadió, refiriéndose a Jeremy.

—La muerte siempre apareció en mi vida de la peor manera, así que no es de esperar que la vea como una amiga —sonrió con tristeza—. Por lo menos, no ahora.

—Lo sé, cariño, lo sé y no te culpo.

...

La mañana siguiente recibieron una noticia que no esperaban. El mensajero había tomado rumbo a Bearroc Park a toda prisa, pedaleando su bicicleta como si de ello dependiera su vida. Portaba, orgulloso, la bolsa de cuero en la que llevaba la correspondencia. Era un mozuelo de unos quince años, aproximadamente, por su delgado cuerpo y su rostro aniñado.

Lo recibió Madeleine, quien abrió los ojos de sobremanera al ver de dónde provenía. Corrió escaleras arriba y golpeó reiteradas veces la puerta de la habitación del conde. El ayuda de cámara lo había estado vistiendo y se apresuró a abrir la puerta a quien fuera que estuviera por echarla.

—¡Excelentes noticias, milord! —exclamó Madeleine, tendiendo el sobre al conde.

—¡Es de palacio! —Leyó el contenido rápidamente. No decía mucho, pero, a la vez, lo decía todo—. ¡Los reyes aceptan tu invitación para pasar el fin de semana en Bearroc Park!

Ella había olvidado que les había cursado una invitación formal para pasar un fin de semana en el castillo. Eso significaba que no sólo vendrían los reyes, sino también toda su comitiva de nobles favoritos y su servidumbre.

—Confío en que te encargarás de todo, querida. —El conde se mostraba emocionado y lleno de vida. Estaba haciendo su mejor esfuerzo por mantenerse vivo un tiempo más—. Dile a Royers y a Mildred que te ayuden a organizarlo todo.

Le tomó de la mano y se la besó. Ella asintió con cariño y se despidió para desaparecer a toda prisa por el pasillo.

En vez de llamar al mayordomo al salón, ella misma subió a buscarlo en el ático, donde normalmente se reunían. La mayoría, con excepción de Dafne y dos de los lacayos, estaban presentes, por lo que Madeleine procedió a darles la buena nueva, la cual generó una emoción generalizada en ellos.

—Señora Meredith, la espero más tarde en la sala con sus recetarios. Escogeremos el menú para la visita de los reyes. Todo debe quedar perfecto —advirtió la futura condesa. La cocinera asintió y dio unas palmaditas de emoción, para luego llevar una de sus manos al pecho.

—Nunca imaginé que llegaría a cocinar para los reyes —mencionó, al borde del llanto—. ¡Miriam! ¡Trae los libros de recetas de inmediato! —exclamó hacia la flacucha que daba saltitos de emoción. La joven en cuestión

vestía una falda larga en color marrón y una camisa en un tono más claro. No llevaba cofia, pero sí el pelo recogido en un moño a la altura del cuello.

La joven corrió hacia la despensa y el señor Royers empezó a instruir a los lacayos lo que debían hacer. La señora Mildred hizo lo mismo con las doncellas. Todo debía quedar reluciente para esa visita tan importante.

Josephine tenía una sonrisa perversa y miraba a Madeleine con altanería. Tenía en sus ojos esa mirada triunfal, como si se le hubiese ocurrido una gran idea y sabía que la iba a derrotar. Por supuesto, Madeleine no lo había notado, ya que se encontraba inmersa en una conversación con el mayordomo y el ama de llaves.

Los días siguientes mantuvo la misma expresión, lo que ya empezaba a preocupar tanto a Olie como a la señora Mildred. Dafne era más despistada y tal vez por eso le decía a su gemela que tal vez se equivocaba y era sólo impresión suya de que Josephine tramaba algo.

El viernes por la mañana, todos se encontraban formados en la entrada principal de Bearroc Park para recibir a la comitiva de los reyes, la cual empezó con dos motocicletas que portaban banderines, a las cuales seguían unos lujosos coches que portaban la bandera con la misma solemnidad.

El último transportaba a los reyes y cuando aparcó, todos contuvieron la respiración. El conde estaba de pie en medio y lo acompañaban Madeleine y Mathew a ambos lados. Los sirvientes estaban tan relucientes con sus impecables uniformes que hasta parecían unos muñecos.

De los demás coches bajaron los marqueses de Bristol y los duques de Norfolk, quienes no se perderían de tal acontecimiento por nada del mundo. Apreciaban tanto al conde y a su familia que los visitaban a menudo. También el matrimonio Howard los visitaba en Londres de vez en cuando.

Madeleine se mostró tranquila y amable con todos, aunque *lady* Lauren no le cayera bien. La última vez que había ido a Londres, había insistido tanto en que aceptara tomar el té en su casa que no sospechó que también estarían sus antiguas compañeras de colegio, quienes no desaprovecharon la oportunidad para recordarle que había sido la última en casarse y con la ayuda de una casamentera.

Pensó en lo que le había dicho el conde, que era mejor vivir el día a día como si fuese el último. *Lady* Lauren sólo era una infeliz más de su círculo y le daba pena. Haría que esos días que estuvieran ahí fueran maravillosos y que su querido conde fuera feliz.

El rey observaba todo a su alrededor, con profunda admiración. Su interés

se enfocó en el tupido bosque que rodeaba Bearroc Park, y no era difícil deducir el porqué.

Mientras él saludaba al conde como si le tuviera gran aprecio, la reina lo hacía con Madeleine, quien se veía estupenda con ese vestido de paseo a rayas y ese sombrero blanco con lazo anudado al lado derecho. Había completado su atuendo con el collar de perlas que le había regalado su madre y unos zapatos a juego con el vestido gris con blanco.

La reina no quedaba atrás. Vestía de un blanco impoluto, con un sombrero en color azul marino y blanco. Era la primera vez que tenían niños en Bearroc Park, ya que los reyes habían traído a los dos más pequeños: George de diez años y John, de siete, quienes salieron disparados del coche, seguidos por sus niñeras.

—Es un honor recibirlos en nuestro humilde hogar —mencionó el conde, después de estrechar su mano con la del rey.

—Le dije que nos pasaríamos alguna vez por aquí —expresó la reina para Madeleine, quien sonreía amable—. Espero que los niños no sean molestia.

Madeleine negó rápidamente con la cabeza.

—Por supuesto que no. Estamos encantados de recibirlos. Nos viene bien un poco de sangre joven por aquí —respondió la futura condesa, invitándola a pasar.

Una vez que todos se saludaron, pasaron al salón, mientras los sirvientes se encargaban de los equipajes y de ubicarlos en sus respectivos aposentos. Los reyes trajeron, además de las dos niñeras, a su ayuda de cámara y a una doncella que se encargaría personalmente de la reina.

...

Todo parecía ir de maravillas en la cena. La señora Meredith se había lucido con su carne asada y sazonada con especias, aunque el pavo relleno tampoco había quedado atrás. Habían elegido los mejores vinos para la ocasión, los cuales eran servidos por los lacayos en copas de cristal.

Como postre habían servido helado de menta y pastelillos de frutos rojos, la especialidad de Madeleine, quien también quiso colaborar con su trabajo. Las hermosas rosas blancas y rojas adornaban el centro de la mesa, en tres importantes arreglos, elaborados por la futura condesa y la señora Mildred.

—¿Cómo está *lady* Helen, Charles? ¿La ha visto últimamente? —preguntó el rey, en medio del postre. Madeleine levantó bruscamente la mirada y la

dirigió al conde. Éste no parecía cómodo con la pregunta, aunque lo disimuló muy bien.

—La última vez que la vimos fue... en el entierro de *lady* Margaret —añadió la reina, con los ojos entrecerrados.

La curiosidad de Madeleine y de Mathew crecía, tanto como la incomodidad del conde.

—Ella se encuentra perfectamente, a pesar de la edad. Vive en Liverpool, cerca de la casa que perteneció a los padres de Henry. —Señaló con la mano al aludido. Éste reaccionó enseguida y asintió sonriente—. Espero que nos visite pronto.

El rey levantó su copa e hizo una leve reverencia.

Entre casi todos se había instalado una perceptible incomodidad. Casi todos, porque el resto mostraba más bien curiosidad por tales rostros. Lo que éstos desconocían era la historia que había separado a *lady* Helen de su hermano, *lord* Charles. Y no era raro que desconocieran de su existencia los más jóvenes del castillo, ya que ella nunca los visitaba.

—Mi madre le había contado a mi tía sobre esa historia —le susurró *lady* Lauren a Madeleine, como si fueran grandes confidentes—. Ellas no sabían que yo las oía, pero dijeron que fue un gran escándalo en la nobleza.

Madeleine la miró con disimulo, aunque sus ojos mostraban un notorio interés en saber más, pero la marquesa sólo se encogió ligeramente de hombros y continuó hablando con la duquesa de Norfolk, a quien tenía enfrente. Miró entonces a Mathew, pero éste se mostraba igual de confundido.

Ya averiguaría qué había detrás de esa historia que, al parecer, todos los mayores conocían, pero evitaban mencionar. La curiosidad debió ser su segundo nombre.

...

El sábado por la noche, segundo día de los reyes en Bearroc Park, todo se desarrollaba en total normalidad en el comedor. La cena había sido elogiada por todos los comensales y había coincidido en que Madeleine sería una estupenda condesa cuando llegara su momento.

Lo que no había pasado desapercibido para Madeleine era el rostro del lacayo que les sirvió el postre. Parecía nervioso y sudaba más de lo normal. Sí, estaban a finales del verano, pero eso llamaba la atención, tanto que Royers se le acercó y le dijo algo al oído y no volvió a aparecer. Supuso que

lo había reprendido por ese detalle.

El otro lacayo tenía el mismo semblante y eso despertó aún más la curiosidad e Madeleine, quien llamó al mayordomo y le habló al oído. Éste insistió en que todo estaba bien, que el lacayo sólo se sentía un poco indispuerto y que le permitió ir a descansar. En Bearroc Park se cuidaba mucho de la servidumbre, como en una gran familia.

Continuaron con total normalidad hasta que los hombres decidieron continuar en el salón su conversación, acompañados de las mujeres.

Antes de entrar al salón, Olie alcanzó a Madeleine y le entregó un trozo de papel. Esto lo vio el conde y se acercó disimuladamente. Royers también había visto la escena y se dispuso a unírseles, pero el conde le hizo un gesto y se detuvo. Sería muy notorio que todos regresaran al comedor de una vez.

Dejaron a Mathew con el rey y con los demás invitados. Las mujeres imaginaron que Madeleine había ido a retocarse en sus aposentos o que estaba indicando a los sirvientes algo sobre la organización, así que no le dieron mucha importancia a su ausencia momentánea.

—¿Qué significa esto, Olie? —preguntó Madeleine, con el rostro pálido como la misma hoja.

En Bearroc Park nada es lo que parece. Si desea conocer el gran secreto que esconden los herederos del conde, búsqieme en el patio trasero a media noche.

Se apoyó en una de las sillas, al tiempo que el conde la alcanzaba. Agarró la nota de las manos de Madeleine y sintió el mismo vuelco en sus entrañas.

—¿Quién lo hizo? ¿De quién es esta nota y para quién iba dirigida? —indagó el conde, con el rostro tenso y para nada amigable. La joven doncella temblaba y también parecía muy nerviosa.

El conde sospechaba de quién podía provenir, por lo que le había informado tiempo atrás el ama de llaves, pero necesitaba saber si había más traidores bajo su techo.

—La señora Mildred lo descubrió. Se le había caído a Josephine frente a sus ojos y pelearon. Gregory y Timothy las apartaron y la tienen amarrada en la cocina. La señora Mildred tiene un golpe en el ojo y Dafne le está ayudando con un poco de agua fría —contó la doncella, quien miraba a sus espaldas a cada rato, por si venía alguno de los invitados—. Pensamos en encerrarla en nuestra habitación hasta que todos se fueran mañana, pero ella gritaba tanto que temíamos la escucharan y se armara un escándalo.

—Habéis hecho bien —respondió el conde, visiblemente nervioso.

Madeleine se preocupó porque él ya no debía recibir ese tipo de sobresaltos —. Madeleine, querida, vuelve con tu esposo al salón. Yo iré a encargarme de esto.

Sabían que nunca tendrían paz mientras existiera esa mentira, pero ya no había vuelta atrás. Ahora solo restaba encontrar la forma de evitar que Josephine consiguiera su objetivo y después verían la forma de callarla, ya fuera con dinero o con lo que ella deseara. En ese preciso momento, Madeleine intentó apartar ese pensamiento que la asaltó, ya que sabía muy bien lo que esa joven quería.

—De ninguna manera permitiré que usted se exponga a estos nervios. Yo lo acompaño y no acepto una negativa —le contestó Madeleine, con el mentón elevado. El conde negó con una mueca que pareció una leve sonrisa. Sabía que su sobrina política era una testaruda y que no se iba a quedar en el salón.

—Bien, vayamos a ver qué dice esa loca —masculló el conde, después de soltar un profundo suspiro. Mientras caminaba, a pasos muy lentos, rompió el pedazo de papel y lo guardó en el bolsillo de su pantalón.

De camino pensó en *lady* Helen y creyó que había llegado el momento de contarles a sus herederos la verdad. Ella los necesitaría cuando él ya no estuviese.

Capítulo 31

Cuando llegaron a la cocina, vieron a Josephine atada a una silla y Madeleine dio un respingo. Le habían puesto una mordaza hecha con una de las servilletas. La señora Meredith caminaba de un lado a otro, mientras que Miriam, la criada, atendía a que no se desatara el nudo que había hecho Timothy.

—Te van a desatar, Josephine, pero si gritas, quiero que sepas que no dudaré en hacerte callar —le comunicó el conde. La doncella reía con perversidad, pero asintió.

El conde hizo un gesto a Timothy y éste, dudoso, pensaba firmemente que era una muy mala idea. Aun así, obedeció a su señor y la desató. La joven miró con unos ojos que echaban veneno puro a todos los que la rodeaban, en especial a Madeleine. Ésta se veía regia con ese vestido azul, salpicado con bordados en plata y diadema a juego que adornaba su frente.

—¿Por qué haces esto, Josephine? —preguntó Madeleine, muy preocupada.

—¿Y por qué no lo haría? ¡Sois todos unos mentirosos! —Escupió a su lado al terminar la frase, como si le asqueara hablarle.

—¡Pero sabes que es por el bien de todos! —respondió la futura condesa, con los labios temblorosos.

—Por el bien de usted, mejor dicho. Sólo buscaba la riqueza, el lujo y a un esposo atractivo. Como perdió al suyo... —musitó la joven con todo el veneno que podía echar—. Seguro que su peor maldición fue conocerla a usted. Todos los que están a su alrededor mueren. Seguro que el próximo será el conde, o el mismo Mathew... O uno de nosotros.

Madeleine reprimió unas lágrimas. Sentía que las mejillas le ardían, pero no le dio el gusto de salir corriendo. Se mantuvo en pie, con la frente en alto y sonrió. En el pasado, hubiese salido corriendo, pero algo había aprendido en esos últimos meses: ya no creería todo lo que esa mujer dijera, aunque tuviese un poco de razón. Recordó su temor al llegar a Bearroc Park, pero lo alejó o flaquearía.

—¡Tú no sabes de lo que hablas! Solo eres una desgraciada —dijo la señora Mildred, con mucho odio en su mirada—. Ojalá te hubieses muerto en ese incendio, a menos que tú misma lo hubieras provocado —añadió,

causando una imprevista sorpresa en la doncella. Pensaba que nadie en el castillo conocía su historia.

Josephine miró sobre la mesa y divisó un cuchillo.

—Yo te di la oportunidad de ser una joven respetable, de tener un hogar feliz —le recordó el conde—. Sabes que Madeleine no fue la de la idea del cambio de herederos, fue mía, así que eres muy injusta en decirle todo eso. Una completa malagradecida, mejor dicho, y no creas que esto quedará así.

—¿Y qué hará? ¿Llamará a la policía o algo así? ¡Sería estupendo! Con los reyes y otros nobles presentes, me encantaría declarar ante la policía por qué me apresaron.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Madeleine, preocupada por el conde. Éste respiraba agitado y se agarraba de ella con fuerza, como si se estuviese a punto de caer. No quería perderlo, no por culpa de una ingrata como Josephine.

—¡Que tú te vayas y jamás regreses! —exclamó, mientras tomaba en un santiamén el cuchillo y corría hacia ellos.

Puso el cuchillo en el cuello del conde y amenazó con clavárselo si no abandonaba Bearroc Park esa misma noche o si alguien se le acercaba. Nadie intentó hacerlo, porque el conde incluso se había orinado encima del susto. La conocían muy bien y sabían que esa joven era capaz de matar si la desafiaban.

—Que nadie intente nada porque mataré al viejo —amenazó. Tenía una mirada que indicaba locura—. Quiero ver que te vayas, así que iremos al jardín. Y usted, milord, ni siquiera piense en gritar, porque lo callaré con el filo de este cuchillo.

—Está bien, ¡está bien! —exclamó Madeleine, al borde del llanto. La miraba con los ojos muy abiertos—. Iré a buscar mis cosas y me marchó, pero no le hagas daño. Me iré, lo prometo —resolló.

Esbozó un «Os echaré de menos» con los labios y se retiró hacia su habitación. Todos miraban incrédulos a Josephine, pero Olie había conseguido huir de la cocina en medio del caos y fue a buscar a Mathew, intentando no alarmar a los otros.

Le advirtió al mayordomo que intentara mantener la calma y la tranquilidad en el salón, mientras que Mathew se excusaba elegantemente para ir a ver si Madeleine se sentía mejor de su «mareo». Ya todos se estaban despidiendo para ir a dormir. Pasaba la medianoche y, con la noticia del malestar de la futura condesa, todos decidieron que continuarían al día siguiente su charla.

La fue a buscar a su habitación, pero ya no la encontró. Sólo encontró todo

revuelto y echó en falta uno de los baúles que usaban para viajar, además del vestido que había estado usando su esposa esa noche tirado sobre la cama. Salió corriendo y vio que ella había subido al coche, cuya puerta cerraba Jonás en ese momento.

Olie sólo había llegado a decirle que Josephine había enloquecido y que Madeleine se iba de la casa porque habían peleado. No sabía todo lo que había ocurrido, mucho menos que su padre estaba en grave peligro. La doncella observaba desde la oscuridad, apretando cada vez más el cuchillo en el cuello del viejo, quien no podía hablar para detener a Madeleine.

—¡Madeleine, Madeleine! —la llamó Mathew, pero ella no se detuvo. Lo único que llegó a hacer fue abrir la ventanilla del coche, pero lo miró con una frialdad que congelaba la sangre. Tenía los ojos llorosos y la mandíbula tensa —. ¿A dónde vas, cariño?

—A cualquier lugar lejos de aquí, lejos de ti —mencionó, con la mirada desdeñosa hacia su esposo. Él sintió como si un puñal le hubiera atravesado el corazón—. Estoy cansada de todo esto. Cuando vine, pensé que podía llevar una vida tranquila aquí, pero sólo me vi envuelta en una mentira que me cuesta mantener. Estoy harta de todo esto, estoy harta de fingir ser tu esposa. Yo me casé con un hombre maravilloso, Henry, pero tú, tú no eres él por más que te esfuerces. Así que me voy.

—¿Qué dices, Madeleine? Si fue por algo que te dijo la loca de Josephine, no deberías creerle. Eres demasiado inteligente como para creerle después de todo lo que hizo para hacernos pelear —le dijo Mathew, con la voz casi quebrada.

—Ella sólo me hizo ver lo que yo me negaba a ver, Mathew —resopló—. No pertenezco a este lugar y es hora de que me vaya. No intentes detenerme, porque de todas formas me iré. Espero que seas feliz. —Lo miró a los ojos y éstos se veían llenos de lágrimas.

Él quería decirle que se había enamorado, que quería pasar el resto de su vida con ella y que se sentía el hombre más afortunado del mundo, pero sólo tragó saliva y retrocedió muy lentamente.

—Vamos, Jonás —prosiguió Madeleine, con el rostro serio y con la mirada al frente. El chófer arrancó y partieron de inmediato.

Afortunadamente, estaban lejos de las habitaciones que ocupaban sus invitados, porque hubiese sido todo un escándalo. Ahora solo pensaba en lo que dirían al día siguiente. Una mentira, era la respuesta. No podía decirles a sus invitados que su esposa lo había abandonado en plena noche y en

presencia de nada más y nada menos que los reyes.

Nada de eso tenía sentido. Y mientras se disponía a procesar todo lo que había oído de boca de su esposa, oyó que el conde por fin lo llamó. Su voz sonaba ronca y agitada, pero logró escucharlo.

—¡Mathew! —lo llamó, caminando erráticamente. El jardinero se apresuró a alcanzarlo antes de que cayera, pero ya no había rastro de Josephine.

—¿Qué sucedió, milord? —preguntó, viendo sangre en su chaqueta. Lo primero que le vino en mente era que estaba herido y así era, pero sólo en el brazo y nada grave.

—Debes alcanzar a Madeleine, ¡rápido! —le espetó, mientras se esforzaba por respirar.

—Pero ella... —empezó a decir, sin embargo, el conde hizo un gesto con las manos, moviéndolas como si estuviera negando.

—¡Sólo ve, hijo! No permitas que se vaya. Dile que ya no debe temer a Josephine, que ya no nos puede hacer daño. Sólo deténla y dile eso. ¡Corre! —se apresuró a decirle el conde.

Mathew sabía que sólo corriendo no la alcanzaría, así que corrió a las caballerizas y ensilló a Pearl. Era la más rápida de todos y le tenía preferencia. Se sacó la chaqueta y se remangó las mangas antes de subir a la yegua. Espoleó de inmediato y salieron como un rayo hacia el camino que llevaba hacia el pueblo. Sólo esperaba que no estuvieran muy lejos.

—¿Puedes irte más rápido, Jonás? —pidió Madeleine, llorando desconsoladamente. Ella había puesto todas sus esperanzas en ese lugar, y ahora estaba partiendo de nuevo, con rumbo desconocido. Había descubierto sus sentimientos por Mathew y sabía que ahora él era su hogar.

—¿Por qué le mintió a su esposo, señora Madeleine? Le rompió el corazón —comentó, mientras la miraba por el espejo. Ella lloraba y negaba con la cabeza.

—No más de lo que está el mío —sollozó—, pero si no le decía eso, él no me hubiese dejado partir. No quería que Josephine matara al conde, lo quiero mucho...

—Usted es muy buena, señora, y no merece sufrir así. Podemos volver y fingir que usted se fue. La puedo ocultar si quiere —sugirió el chófer. Todos en Bearroc Park la querían mucho, a excepción de la doncella macabra.

—Me iré a mi casa de Londres, Jonás. Por lo menos hasta que todo esto pase. Estaré bien, pero, ¿por qué está disminuyendo la velocidad? —preguntó, al percatarse del hecho. Oyó el relinchar de Pearl y se giró a mirar hacia atrás.

Era Mathew cabalgando como si de ello dependiera su vida.

—Creo que alguien no le creyó —mencionó el chófer, con una sonrisa pícaro.

—¡Acelere! —ordenó, pero, al notar que no lo iba a hacer, ella bajó del coche y empezó a caminar a pasos acelerados, hasta que fue abordada por el jinete.

—¡Madeleine, espera! —pidió Mathew, con la voz agitada. Bajó del caballo y le entregó las riendas a Jonás.

—¡Déjame en paz, Mathew! Me voy —contestó, sin detener su marcha. Se abrazó a sí misma y aceleró los pasos. Sabía que él la alcanzaría sin esfuerzo alguno, con esas largas piernas, era de esperarse.

La tomó del brazo y la giró para que lo pudiera mirar a la cara. Ella tenía los ojos llorosos y, al verlo, estalló en llanto nuevamente. Mathew sólo la abrazó muy fuerte.

—El viejo dice que ya no debemos temer a Josephine, que ya no nos puede hacer daño. —La tomó del mentón e hizo que lo mirara.

—Pero cómo... no entiendo —susurró—. ¿Le hizo algo al conde? ¡Oh, por Dios! —chilló y llevó una mano a la boca.

Mathew negó con la cabeza.

—Él está bien. Tiene una herida en el brazo, pero nada grave. —Madeleine lo miraba con tristeza.

—Perdona por todo lo que te dije. No era verdad. —Mathew asintió y le limpió las mejillas con el pulgar.

—Por un momento te creí, pero luego recordé que, aunque eres una muy buena mentirosa, te conozco y sé que eso que dijiste no era verdad. Creo que está perdiendo su toque, señora Howard... —Se agachó y la besó.

Madeleine no tardó en rodearlo con sus brazos y corresponder al beso, bajo el cielo estrellado de Berkshire. Esta vez no había llevado más que un pequeño baúl y un bolso de mano con dinero en su interior para poder ir a Londres. De ahí mandaría buscar a la señora Cromwell hasta que las aguas se calmaran. Afortunadamente, no necesitó hacerlo.

—¿Quieres regresar con Jonás? ¿O quieres venir conmigo? —preguntó, señalando a Pearl. Era muy evidente que ella lo elegiría a él, aunque llevara vestido.

Subió primero él y luego la ayudó a subir a ella, junto con Jonás. Se sentó de costado, como toda una dama, recostando su cuerpo al de su esposo, quien guiaba a la yegua.

En Bearroc Park, Royers y los lacayos ayudaban al conde a meterse a la cama. Estaban muy preocupados por él, ya que no tenía muy buen semblante. Estaba muy pálido y su respiración parecía dificultársele.

Desde una de las ventanas del castillo, la marquesa de Bristol observaba a la pareja regresar a caballo. Se veían enamorados y se preguntaba si eso era algo habitual en ellos. Esperaba que su matrimonio fuera realmente de conveniencia y que sólo estuvieran fingiendo ante los demás, pero esa forma en la que llegaban, besándose con ternura y muy pegaditos, decía que eso era real, ya que no sabían que alguien los observaba.

Se giró a mirar a su esposo y éste roncaba tan fuerte que ella no podía dormir. Resopló con rabia y apretó los puños, apoyados en el vano de la ventana. Ni siquiera Madeleine sabía por qué *lady* Lauren la detestaba tanto, pero, sólo debían retroceder unos años atrás, cuando ambas todavía estaban en el colegio y se preparaban para su presentación en sociedad. En ese entonces, *lady* Lauren estaba perdidamente enamorada del hermano de una de sus amigas, *lord* Louis, unos siete años mayor que ellas.

El hombre, de un porte muy elegante y varonil, era alto y su piel tostada era la perdición de cualquier chica que lo conociera. Tenía unos hermosos ojos grises, que hacían una perfecta obra de arte en combinación con ese pelo negro como el ónix.

El heredero del duque de Somerset robaba suspiros de toda fémica en edad casadera, incluso entre las casadas, cada vez que acudía a algún acontecimiento, los cuales no eran muchos. Era un hombre muy ocupado y reservado, pero no faltó a la puesta de largo de Madeleine. Su padre era amigo del duque y *lord* Louis demostraba cierta preferencia hacia la joven Bradbury.

Se rumoreaba incluso que pudo haber algún beso de por medio y hasta se hablaba de un futuro compromiso. Por supuesto, todo había sido negado. Las amigas de Madeleine sentían envidia de ella y eso fue alejándolas de a poco, alentadas por una despechada *lady* Lauren.

Esta no se casó con él, pero se sintió muy feliz de que tampoco Madeleine lo hubiera hecho, ya que, en uno de sus viajes a Francia, el futuro duque había conocido a una hermosa y millonaria joven francesa. Cuando se quedó en la ruina, su felicidad fue aún más, ya que eso limitaría sus posibilidades a ser nada más que la amante de algún noble o la esposa de algún pobretón.

Al ver a un apuesto futuro conde, pasear con ella del brazo, por las calles de Londres, reanudó su amargura. Ella estaba muy bien casada, pero, por

supuesto, ese hombre con panza y casi calvo no era lo mismo que ese alto y elegante hombre rubio que la rodeaba con sus fuertes brazos. Incluso imaginó lo delicioso que sería hacer el amor con él.

Llevó una de sus manos a la frente y estaba sudorosa. Se apartó de la ventana al verlos pasar enfrente y fue directo a la cama. Resopló al oír de nuevo el ronquido de su esposo y prefirió pensar en todas las joyas que le haría comprar cuando volvieran a Londres.

Capítulo 32

Cuando Mathew y Madeleine llegaron, preguntaron enseguida por el conde a la señora Mildred, quien preparaba unas vendas y agua limpia en un cuenco. Madeleine la vio también ensangrentada y se asustó. El ama de llaves se apresuró a decirles que era la sangre del conde, mientras intentaban hacer el mínimo ruido posible, para no molestar a los invitados.

Entraron a la habitación y vieron que el ayuda de cámara la yo había desvestido de arriba. La herida no era profunda, pero él se mostraba con dificultades para respirar. Tenía el rostro crispado, como si algo le doliera.

Mathew le pidió a su madre que fuera a buscar con Jonás al doctor Spencer y que no volviera sin él. La mujer le entregó a Madeleine el cuenco con el agua y las vendas y salió disparada hacia el ático, donde todos esperaban novedades.

Estaban tan preocupados por el conde que se les pasó preguntar por Josephine, hasta que el conde los llamó para que se acercaran más a él. Royers se mantenía estoico y el ayuda de cámara llevó la ropa ensangrentada para quemarla.

—¡Oh, milord! —exclamó Madeleine, echándose sobre él para abrazarlo. Poco o nada le importaba ensuciarse.

—Mi querida Madeleine... —susurró y luego se quejó.

—¿Le duele algo, milord? —preguntó ella, revisando si había alguna otra herida, pero el hombre le tomó de la mano.

—Creo que ha llegado el momento de partir. —respondió el conde. Mathew, quien estaba parado al lado de la cama, se sentó también junto al viejo moribundo.

—No diga eso. Ya mandamos a buscar al doctor Spencer —anunció Mathew, con el rostro igual de triste que el de su esposa.

—Hijo querido. Perdona si en algo te fallé, pero quiero que sepas que me hiciste el hombre más feliz del mundo con tu llegada. —Una lágrima rodó de sus tristes y azules ojos. Mathew le pedía que ya no hablara—. Y que lamento mucho no haberte dado antes el lugar que te correspondía.

—No diga esas cosas, que a mí no me importaba. Yo tenía una familia y eso era suficiente para mí. Usted, la condesa, mis padres. No me faltó nada —

respondió Mathew, sintiendo las lágrimas asomarse nuevamente.

—Sé que te lo dije algunas veces, pero nunca lo olvidas: me siento sumamente orgulloso de ti y te agradezco por haber aceptado este loco plan. Cuida de Bearroc Park y cuida de tu familia, la que tienes ahora y la que pronto llegará. —Miró a Madeleine y esta sollozaba en silencio. No pudo contarles a quién se refería. Tenía la esperanza de que ellos lo entendieran cuando sucediera.

—Milord... —susurraba ella, sin saber qué decirle. Le tomó la mano y la acarició—. Gracias a usted por acogerme cuando lo perdí todo. Gracias por ser como un padre para mí en tantas ocasiones.

—Ahora espero que me deis muchos nietos y que seáis muy felices. Ya nadie os molestará. —Era evidente que se refería a Josephine, lo que les recordó lo sucedido antes.

Madeleine y Mathew se miraron con cariño y él a atrajo hacia sí y la abrazó.

—Ya somos felices, milord —aclaró Mathew, mirando a su esposa—. Recuerdo que de joven me decía que las palabras no se decían a la ligera, en especial las que demostraban un sentimiento. Nunca le había podido decir a alguien que la amaba, porque no lo había sentido realmente. —Miró a Madeleine de nuevo—. Y tampoco pensé que pudiera llegar a sentir más que deseo y pasión por mi falsa esposa, la cual me impusieron, pero eso cambió cuando empecé a notar que mi vida no era la misma sin ella, cuando reía con solo recordarla, o cuando esperaba ansioso por las noches para hacerle el amor.

Madeleine sonrió temblorosa y apoyó la cabeza en su hombro.

—Amo cuando se niega a abrir los ojos por la mañana, cuando finge que duerme para que yo siga con las caricias, amo cuando la veo luchar por lo que quiere, cuando ama a los desvalidos, cuando los defiende. Yo amo cuando habla, amo cuando me mira, amo cuando me acaricia. —Ella se separó y lo miró con amor. Nunca le habían dicho palabras tan bonitas, ni siquiera Henry—. Yo la amo, señora Madeleine.

Ella se estiró y alcanzó sus labios. Susurró algo que sólo Mathew entendió, aunque el conde sospechó lo que era.

«Te amo, señor Mathew», le había dicho su esposa también.

El conde se había quedado muy callado, disfrutando del amor que él había sentido por su esposa. Sus ojos se fueron cerrando de a poco y para cuando ellos se dieron cuenta, él ya los había dejado. Tenía una sonrisa en los labios,

lo que significaba que, por lo menos, se había ido feliz.

—¡Milord! ¡Despierte, milord! —exclamaba Madeleine, entre lágrimas y agitándolo un poco.

Mathew se apresuró a escuchar su respiración y los latidos de su corazón, pero ambas habían cesado. Sabía que poco o nada podría hacer ya el doctor Spencer, pero de todas formas intentaban reanimarlo con masajes a la altura del corazón.

Al oír los gritos de Madeleine, el señor Royers, quien había salido a ver si no regresaban con el doctor, entró de golpe a la habitación y llevó una mano a la boca, al ver lo que había sucedido. El ayuda de cámara había vuelto y también se quedó mortificado por la vista.

Traía una camisa limpia del conde y, sin decir una palabra, les indicó con un gesto, que debían vestirlo. Mathew se separó del cuerpo del conde y empezó a llorar también.

—¡No, no, no! —exclamaba Madeleine, rota de dolor. La muerte se había llevado de nuevo a alguien a quien quería, como si fuese un capricho.

En ese momento vieron entrar al doctor Spencer, vestido aún con su pijama y detrás de él a los reyes y a los duques de Norfolk, muy sobresaltados. Se quedaron anonadados al ver al doctor Spencer negar con la cabeza a sus familiares.

—Pero, ¿qué ha sucedido?! —preguntó el rey al doctor. Éste cubrió al conde con una sábana y anotó en una gastada libreta la hora de la muerte.

—El conde padecía de una enfermedad crónica del corazón, su majestad —indicó el galeno, con la voz triste pero serena—. Ha vivido más de lo que estimé. Lo siento.

—Oh, queridos... —expresó la duquesa de Norfolk, quien apreciaba mucho al conde y a sus herederos. Llevó una mano al pecho con un gesto desconsolado en el rostro.

En ese momento también llegaron los marqueses de Bristol y se sorprendieron de la situación. *Lady* Lauren se mostraba indiferente, pero se mantuvo callada mientras los demás daban sus condolencias.

—Lamentamos mucho su pérdida —les dijo la reina, observando la tristeza en la que estaban sumidos los dos. Se abrazaban y Mathew trataba de consolar a su esposa, acariciándole la espalda.

—Muchas gracias, su majestad —respondió Mathew, haciendo una ligera reverencia con la cabeza. La reina se cubrió mejor con su bata de seda, la cual anudó con el cinto de la misma.

La señora Mildred tampoco podía contener el llanto, al igual que todos los sirvientes, quienes, en fila, aguardaban fuera de la habitación. No faltaba nadie, a excepción de Josephine, por supuesto. Todos estaban destrozados de dolor. Era más que un padre para ellos, porque, aunque era todo un conde, siempre los había protegido a todos y cada uno de ellos. Se preocupaba de que a nadie le faltara nada y también por su salud.

La casa no sería la misma sin sus diferentes risas, la que expresaba ironía, diversión, o felicidad. Sin sus sabios consejos u ocurrencias. Todos echarían en falta a su viejito.

...

De riguroso negro, todos los habitantes de Berkshire, en especial los de Bearroc Park, asistían al entierro del conde. El padre había hecho un hermoso sermón para despedirlo, lo que hizo que todos los presentes derramaran algunas lágrimas.

—Recuerdo que hace unos años, el conde estaba ahí, donde ustedes están ahora, para despedirse de su gran amor, su adorada Maggy, como le gustaba llamarla —dijo el sacerdote—. Me había dicho que estaba seguro de que ella lo esperaría para ir juntos al cielo o al infierno, pero que ella no se iría sola. Le gustaba pensar que eran almas gemelas y que, al dormirse para siempre, lo primero que vería sería su rostro. —Se oyeron algunos resuellos en el lugar—. Así que no estéis tristes por él, porque ya debe estar a su lado, tomando su mano para iniciar el rumbo al que partirán desde ahora. Los que aman de verdad nunca se van, ellos permanecen siempre en nuestros corazones y sólo necesitamos recordarlos para saber que están ahí.

Madeleine recordó a sus padres y a Henry. Sonrió con tristeza y se limpió las lágrimas con un pañuelo blanco. Mathew sabía en quiénes debía estar pensando con esas palabras, pero ya no le dolía. Sabía perfectamente el sentimiento que tenía su esposa por ellos y también por él. Ya no sentía que debía competir con un muerto, porque ella lo amaba.

Levantó la mirada y pudo ver que los ojos de Mathew estaban llorosos. Como si sintiera esa mirada, él bajó la suya y sonrió con ternura, para después entrelazar sus dedos. De no haber tenido ese sombrero, estaba seguro de que ella apoyaría la cabeza en su hombro, pero, como no podía hacerlo, se conformó con sentir su mano.

Una vez terminada la ceremonia y el entierro, se quedaron a mirar la tumba

recién cerrada y la lápida que ahora acompañaba a una un poco más antigua, con el nombre de la condesa. Sobre la tumba de ésta había un tupido follaje verde y algunas florecillas blancas y amarillas, como si la primavera se negara a abandonarla, a pesar del otoño que se avecinaba.

Mathew abrazó a Madeleine y de pronto sintieron la presencia de alguien más junto a ellos. No miraron enseguida, ya que pensaron que era alguien del castillo, pero, al oír que se aclaró la garganta, lo hicieron. Era una mujer mayor, aunque muy fina y elegante. Mathew la había reconocido de algunas fotos que el conde tenía ocultas, aunque en esas se veía mucho más joven.

—¿Sí? —preguntó Madeleine, mirándola con gran interés. Se preguntaba si había sido alguna amiga del conde o si debería reconocerla. Su corazón empezó a palpar al ver cómo los observaba la mujer en cuestión.

—¿Dónde están tus modales, Henry? ¿Así recibes a tu madrina? —preguntó la mujer.

Era lady Helen, la hermana del conde, no tenían ya dudas. Esa mujer que había rondado sus pensamientos durante varios días.

—Perdón, no quise ser maleducado, milady, pero, como notará, estamos algo impactados aún con la muerte del conde. —Ella también se veía seria, pero parecía de las que no demostraban en demasía sus sentimientos—. Ella es mi esposa, Madeleine.

La joven hizo una leve reverencia y esbozó algo parecido a una sonrisa, después de saludarla como correspondía.

—Lo sé, cariño, estuve en tu boda. —Lo miró con detenimiento, como si algo le hiciera dudar—. ¿Te ocurre algo?

—Es que él... durante el naufragio, sufrió un golpe que le robó la memoria. Aún le cuesta recordar algunos rostros —expresó Madeleine y, aunque la mujer asintió, se podía notar que no estaba convencida del todo.

La pareja sólo quería que todos volvieran a sus casas y los dejaran lamerse las heridas en intimidad.

—Supongo que no os molestará que me quede en Bearroc Park por unos días —adujo la extraña, logrando que la pareja tuviera su atención. Ambos le hicieron saber que no había problema—. Hubiese querido volver antes de que muriera y arreglar las cosas —añadió luego, con un tono triste, mientras miraba la lápida—. No es bueno pelear con la familia, no es bueno estar alejados por mucho tiempo, no es bueno no pedir perdón a tiempo. Te quedas sin el perdón y sin decirle cuánto lo amas o lo añoras.

La mujer hablaba como si sólo estuviesen ella y su hermano, por lo que

Madeleine y Mathew aguardaron en silencio.

—No es bueno guardar tantos secretos... —dijo de nuevo la mujer, antes de dar un profundo suspiro. Miró a la pareja y éstos asintieron, pensando en las ironías de la vida.

—¿Nos vamos? —preguntó Mathew, invitándola a seguirlos hasta el coche —. ¿Ha traído a su doncella?

—Sí, es aquella —señaló a una mujer de unos cuarenta años, negra y con el pelo recogido bajo una cofia blanca.

—Entonces vamos —apostilló Mathew. Madeleine miraba por la ventanilla la cantidad de personas que habían ido a despedir al conde. Aunque en sus últimos tiempos se había recluido prácticamente en Bearroc Park, en sus mejores tiempos había hecho mucho por el condado.

...

Ese domingo, una vez que los de la funeraria se llevaron el cuerpo del conde de Bearroc Park, la policía que había ido a hacer el informe, junto con el doctor Spencer, dio noticia de una joven sin documentación que había aparecido al borde de uno de los caminos del pueblo, aparentemente víctima de asaltantes de carretera. Había sufrido una puñalada a la altura del corazón y asumieron que debió morir desangrada.

De todas formas, abrirían una investigación, aunque dudaban que fueran a dar con los responsables del hecho. Normalmente eran gitanos o pasajeros que sólo atracaban y seguían su camino. No era frecuente la delincuencia en Berkshire.

Madeleine había oído eso y no tuvo dudas de quién se trataba, ya que buscó por todo el castillo a Josephine y no había encontrado más que miradas incómodas entre todos y cada uno de los sirvientes. Miradas que, estaba segura, escondían un gran secreto.

—¡Oh, por Dios! —había exclamado Madeleine, mirando a su esposo. Éste parecía sorprendido—. ¿No será Josephine? Había pedido permiso para ir al pueblo.

—¿Y no les extrañó que no regresara? —preguntó uno de los oficiales.

—No. Debía regresar hoy por la tarde, así que no la esperábamos antes —mencionó, sin que le temblara la voz. Se mostraba muy segura de lo que decía, lo que debió convencer al oficial—. ¿Podríamos ir a ver si se trata de ella? Creo que deberíamos poner una denuncia de desaparición, ¿no lo crees,

cariño? —preguntó hacia Mathew.

—Por supuesto —respondió éste, entendiendo que ella estaba intentando desviar la investigación. Aunque no sabía a ciencia cierta qué había sucedido, sabía que alguien del castillo la había matado y no permitiría que los descubrieran.

—Sería muy amable de su parte, milady —respondió el oficial.

Por supuesto no iban a empezar a hacer una investigación en ese momento, no con los reyes preparándose para partir a palacio después del triste acontecimiento. Nadie dudaría de los nuevos condes, con tanta gente importante de testigo. Y todos ellos los vieron junto al conde esa noche. Nadie sabía lo que ocurrió momentos antes y lo que desencadenó en la muerte de *Lord Charles*.

Madeleine miró a Mathew y sus miradas parecían hablar por sí solas. Sí, era una nueva mentira que debían mantener para salvar a su gente, continuar y ser felices.

Cuando todos abandonaron Bearroc Park ese domingo, ambos subieron al ático y llamaron a todos los sirvientes. Debían saber lo que de verdad pasó para ayudarlos. Eran una familia y, si alguno de ellos la había matado, debían saber cómo desviar la atención hacia otros.

El señor Royers se mantenía firme y en silencio al lado de la señora Mildred, que aún tenía el cardenal en el ojo izquierdo. Olie y Dafne se frotaban las manos y Gregory y Timothy intercambiaban miradas preocupadas. Los mozos de cuadra y Jonás estaban más bien aterrorizados. La cocinera y la criada se protegían de las miradas detrás de la mesa, pero tamborileaban sus dedos sobre ésta con intensidad.

—Yo sé que todos estáis muy tristes por la muerte del conde —empezó diciendo Mathew, pasando la mirada por cada uno de los presentes—, pero necesitamos saber qué sucedió con Josephine para poder mantener oculta la verdad. Todos estamos en esto y nadie os va a juzgar, así que los escuchamos.

Todos se mantenían callados y se miraban preocupados, a excepción de Royers, quien se mantenía serio, pero sereno, a pesar de la tristeza que le embargaba. Al notar que nadie se animaba a empezar, la señora Mildred se ofreció a ser la primera en relatar su versión.

—Yo la ataqué por detrás, cuando tenía agarrado al conde aún. Aproveché que estaba distraída con vuestra pelea y le golpeé con una sartén —declaró el ama de llaves. No parecía tener un mínimo de remordimiento. Sus ojos brillaban como si estuviera orgullosa de su acción—. Fue cuando caía que

hirió a milord en el brazo.

—Yo cogí el cuchillo cuando se cayó al suelo y, antes de que pudiera reaccionar Josephine, se lo clavé en el pecho —confesó la criada, después de mirar a la cocinera —Sabía que, si no acababa con su vida, ella nos haría daño y no lo iba a permitir. Esa mujer era el diablo en persona.

Madeleine se mostraba asombrada con lo que cada uno iba diciendo.

—Yo avisé a Gregory y a Timothy para que la metieran en la caballeriza hasta que prepararan la carreta Leonard y Félix, por si no regresaba el coche —indicó Dafne, frotándose las manos con nerviosismo.

—Y yo fui a avisar al señor Mathew lo que había sucedido. Confiaba en que él la trajera de vuelta —dijo a su vez Olie, con lágrimas en los ojos y una triste sonrisa. Madeleine ladeó la cabeza y unió sus manos a la altura del corazón.

—Y después de que vosotros regresarais, cargamos a Josephine en el coche, liada en una manta que luego quemamos, junto a todas nuestras ropas sucias, y la llevamos a la carretera de ida a lo del doctor Spencer. Estaba muy oscuro y nadie nos vio —comentó Jonás, mientras la señora Mildred asentía. La señora Cromwell y el lacayo que les había prestado *lady* Kate se mantenían atentos, ya que ellos habían estado sirviendo en el salón mientras que todo sucedía.

—Vaya... Fue un trabajo en equipo. Todos estamos implicados —apostilló Mathew, con las manos posadas en las caderas—. Bien. Esto debe morir aquí y jamás volver a mencionarlo. Jamás —repitió.

Todos parecían estar de acuerdo, porque asintieron con efusividad.

—La señora y yo iremos más tarde a la comisaría a reconocer el cuerpo y trataremos de desviar la atención si nos hacen preguntas. Somos una familia y así seguirá siendo. Mañana enterraremos al conde y todos los ojos estarán sobre nosotros. Ya después de todo esto nos haremos cargo de darle una cristiana sepultura a Josephine también —anunció Mathew.

Capítulo 33

Ya el lunes, después del funeral, instalaron a *lady* Helen en una de las habitaciones de invitados mientras disponían la que había ocupado el conde, y a su doncella en la habitación de la señora Cromwell. La hermana del conde se mostraba nostálgica a cada paso que daba, acariciando los bustos que adornaban el pasillo, o admirando los retratos de los que fueron sus padres.

Madeleine se había quedado con la curiosidad de saber por qué se habían separado los hermanos, o si ella había tenido familia. La mujer parecía dura, estricta, pero podía ser una máscara. No recordaba muchos rostros de su boda con Henry, así que pudo haber estado y la debió saludar, incluso. Había habido tanta gente ese día que era imposible recordarlos a todos.

Días después de su llegada, se encontraban caminando por el jardín, antes de la hora del té, cuando la mujer soltó la bomba. No podía negar que era hermana del conde, ya que tenían la misma facilidad para descubrir las cosas y para idear planes locos.

Las hojas de los árboles se iban cuajando en diferentes colores de marrones y naranjas, el día parecía más corto y la fresca brisa anunciaba al inminente otoño. Aun así, las flores seguían adornando el jardín, en especial una de un tono rosa muy peculiar, la cual se encontraba en un rincón, en una maceta blanca, parecida a una copa.

—¡Pero mirad qué belleza! —expresó la anciana, posando las manos a la altura del corazón. Se había agachado un poco y olió el dulce aroma de la rosa—. Es la primera vez que veo una de este color —añadió, pasando la mirada de Madeleine a Mathew. Siempre ponía especial atención a éste, lo que le hacía desconfiar que ella sabía algo que no les estaba diciendo.

—Fue un regalo de Henry en mi vigésimo cumpleaños —le contó Madeleine, entrelazando sus dedos con los de Mathew—. Es una rosa muy especial. La creó él mismo para mí.

—¿Es cierto, Henry? No conocía tus dotes de jardinero —Sonrió de lado y continuó con su recorrido. Madeleine se arrepintió de haber mencionado ese detalle—. Hasta donde recuerdo, tú odiabas todo lo que tenía que ver con las plantas. No odiabas las plantas, te encantaban, pero no eras de los que se meterían en el jardín. Hasta pareces otra persona...

—Las personas cambian, milady —respondió el hombre, intentando mantenerse tranquilo.

—Es extraño —Fruunció el labio levemente y lo miró—. Nunca me has llamado así. Te gustaba llamarme Nany. —Sonrió ampliamente y se acercó más a él.

—Olvidé muchas cosas en el naufragio, milady, además, no creo que sea correcto dirigirme así a usted.

—No. A Henry, el chico que cuidé desde que era un crío, no le hubiera importado llamarme Nany. —La mujer levantó la mano y le acarició el rostro, a pesar de la altura de Mathew—. Eres casi igual a mi pequeño, pero... no eres él. —Miró a Madeleine, quien estaba a punto de vomitar.

—No sé de qué habla. Soy Henry, ¿quién más podría ser? —preguntó algo nervioso. La mujer no se movió de su lugar y seguía intimidándolo con la mirada.

—Es lo que espero que me cuentes, hijo —pidió la anciana, muy segura de que estaba en lo cierto—. Por poco te sale perfecto el acento de Henry, por poco caminas como él lo hacía. Cualquiera que no lo hubiese conocido como yo te hubiese creído. —Observó con detenimiento hacia su hombro—. ¿Acaso también tienes la misma cicatriz en el hombro?

Si le pedía que le mostrara la cicatriz estaban perdidos. La mujer no parecía molesta ni tener malas intenciones, aunque eso muchos podían llegar a ocultarlo muy bien. Pero, ¿qué quería entonces? ¿Por qué no los había delatado antes, frente a los que participaron del entierro, si tenía tanta seguridad de que ese no era Henry?

—Yo... —balbuceó Mathew, para luego mirar a Madeleine.

—No te preocupes. Sé que no la tienes. —Sonrió y se alejó de él—. Esa herida se la había hecho yo, sin querer, por supuesto. ¿Quién lo mandó a lanzarse de esa manera al agua? —Hizo un gesto con la cara—. Tenía unos diez años, pero aún no había aprendido a nadar. Era un caluroso verano y había quedado a mi cuidado un fin de semana. Sus compañeros de colegio me habían persuadido de que le permitiera ir a nadar con ellos, pero les dije que se iba, si yo los acompañaba. Menos mal que lo hice —añadió como si quisiera dejar claro que fue importante que lo acompañara—. Estos niños lo alentaron a saltar a una parte más profunda, y él lo hizo. Mi pobre niño... Cuando no lo vi salir, me asusté mucho y cogí mi sombrilla. No me fijé que tenía una parte afilada, la cual, en el intento de que él se agarrara de ella, le cortó en el hombro. Siete puntos y una regañina por parte de sus padres. Ese

había sido el saldo de esa salida.

—Así que esa había sido la historia... —susurró Madeleine, más para sí misma que para los que la acompañaban.

—¿Te dijo que te la iba a contar y no lo hizo? —indagó la anciana, pero Madeleine meneó la cabeza. Sentía vergüenza hasta de reconocer que jamás se había fijado en esa cicatriz que, al parecer, todos conocían.

—No llegó a contarme —mintió.

—Ahora, ¿me vais a contar qué ocurrió con Henry? —insistió la mujer. Mathew miró a Madeleine y dudó un poco.

—Y usted, ¿nos va a decir por qué no nos delató antes? ¿Nos va a decir a qué vino? —preguntó Mathew, después de pasear por un rato en silencio alrededor de la anciana.

—No os delaté antes porque quiero saber si puedo negociar con vosotros —soltó sin reparos. Era tan directa como el conde lo había sido. Los observaba muy atentamente, pero estos se mostraban muy interesados en saber de qué hablaba la hermana del difunto.

—¿Y qué es eso que quiere negociar? ¿Necesita dinero? —preguntó Madeleine, muy amable. En ningún momento intentaron ser descorteses con ella. Empezaba a sospechar que ésta era la nueva familia de la cual había hablado el conde poco antes de morir.

—Henry me había hablado de ti antes, cuando te conoció por primera vez —le contó la mujer—. Eres tal cual me había dicho que eras. Una mujer amable y dulce, sencilla y cordial. Me alegré mucho al verlo tan feliz.

Madeleine sintió paz en su corazón. Ella también tenía buenos recuerdos de su primer esposo, él era lo que cualquier mujer podía desear como marido. Y ahora era su ángel de la guarda.

—Henry era un ángel —susurró Madeleine, con evidente cariño—. Me cuidó hasta el final. Fue alguien muy importante para mí y siempre estaré agradecida con la vida por haberme puesto en su camino.

La anciana sabía que Madeleine era sincera. A pesar de las mentiras que cargaba sobre sus hombros, no dejaba de ser una joven transparente y de buenos sentimientos. Henry le había hablado de su total falta de vanidad.

—Él no sobrevivió al naufragio, como dijiste, ¿verdad? —Era más bien una pregunta retórica, porque sólo bastaba hacer cálculos para entenderlo. Ese hombre era el vivo retrato de Henry y hasta se comportaba como él y, si estaba fingiendo ser él, sus motivos debían tener.

—Él murió en las frías aguas, esa madrugada del 15 de abril, milady —

contestó Madeleine, visiblemente afectada—. Antes de embarcarme en uno de los botes junto a mi doncella, me había animado a venir aquí, a pedir refugio a su tío. Yo estaba muy aterrada y no sabía qué hacer. Me había dado un maletín con sus documentos, joyas y dinero, para que iniciara una nueva vida. Lo de decir que seguía vivo fue sin segundas intenciones, pero así quedó para el mundo entero. Henry Howard, heredero del conde de Berkshire, seguía vivo.

—Entiendo... Y tú debes ser pariente. Es imposible que tengas ese parecido por casualidad... —sugirió *lady* Helen. En un rato se serviría el té y debían entrar—. ¿Quién eres, muchacho?

—Soy el bastardo de *lord* Charles —le contó. La mujer no parecía muy sorprendida, pero sí emocionada. Se acercó de nuevo y le acarició el rostro, como si no pudiera creer que ese hombre era el hijo de su hermano.

—Así que eras tú... —susurró—. Cuando él me contó que había recibido el mejor regalo de la vida, sospeché que sólo podía ser un hijo, porque era su mayor anhelo. Y debía ser un bastardo, claro, porque mi querida cuñada era estéril. Pobrecita...

—¿Seguíaís en contacto? Pensé que no os hablabais —se interesó Madeleine, recordando la conversación en la cena con los reyes.

—Oh, Charles y yo hablábamos siempre. Incluso me enviaba una mensualidad, pero eso lo sabíamos sólo él y yo —expresó *lady* Helen. En ese momento parecía más triste, como en el cementerio—. Nuestro distanciamiento había sido una farsa, como la de vosotros ahora.

—No todo es una farsa —se adelantó a aclarar Madeleine—. Nosotros nos queremos y estamos casados ante Dios —añadió.

—Vaya, eso no me lo esperaba —aclaró sorprendida. Vieron a Royers acercarse de hacia el castillo y supusieron que iba a comunicarles que el té estaba servido.

—Entonces... ¿Qué era eso que quería negociar? —preguntó Mathew, con mucha amabilidad. Supuso, después de lo que ella les había contado, que querría continuar con la manutención que le pasaba el conde. Era lo más razonable.

—Quisiera que me dejarais vivir aquí, con vosotros —pidió, mirándolos suplicante—. Ya estoy vieja y vivo en completa soledad, lejos de todo y de todos —añadió, causando una profunda pena en la pareja—. No tengo familia ni nadie que se preocupe por mí. No quiero morir así. Antes por lo menos tenía a Henry cerca...

Mathew miró a Madeleine, como si le pidiera su opinión.

—Yo no os causaré problemas. No os delataré. Sólo quiero tener una familia con quien vivir y regresar a mi vida anterior. Ya fue suficiente exilio para esta vieja —prosiguió con tristeza.

En ese momento resurgió la curiosidad de Madeleine por saber qué había sucedido entre ella y el conde, pero fueron abordados por el mayordomo y ya no pudieron conversar.

—El té está servido, milord —anunció Royers, elegante como siempre, con su impecable uniforme negro.

—Gracias, Royers. Ya nos vamos —contestó Mathew con firmeza. Esperaron a que el mayordomo se alejara para continuar.

—Es bienvenida en Bearroc Park, *lady* Helen. Su nuevo hogar si así lo desea —le comunicó Mathew, recibiendo una cariñosa sonrisa de su esposa.

—Gracias a los dos por compadeceros de esta vieja —contestó, al notar que la señora Mildred se acercaba.

—Somos una familia, *lady* Helen, y usted es bienvenida a ella.

Los tres se dirigieron al interior del castillo, como si se conocieran de toda la vida. Ésta a veces se lleva a personas importantes de nuestra vida, para dejar espacio a los que vendrán. El conde había partido para que hubiera espacio en los corazones de los que quedaban, para una persona muy especial, su hermana.

...

La cena ni los lugares eran los mismos sin la presencia del conde. Todavía la tristeza por su partida era muy palpable y duró varios días. Poco a poco se fueron haciendo la idea de que él ya no estaba y que había una nueva persona en sus vidas.

Lady Helen se había convertido pronto en una persona muy querida en Bearroc Park, en especial desde que empezó a pasar más tiempo con Madeleine y con los demás. Por supuesto, ellos no le habían contado toda la verdad. Josephine quedaría siempre enterrada en sus recuerdos para siempre.

La policía había cerrado el caso, confiando en su primera teoría, que se había tratado de unos asaltantes viajeros, a falta de evidencias. La habían sepultado un día después que el conde, dignamente como merecía cualquier persona y, a pesar de todo el malestar que les había causado la doncella, Madeleine iba a llevarle flores cada vez que pasaba por el cementerio.

Lady Helen era toda una figura de autoridad, aunque se mostraba cercana

con la servidumbre. Se interesó en las causas que mantenían los nuevos condes y los acompañaba a las obras de caridad en el pueblo. Se sentía viva de nuevo, como si hubiese rejuvenecido unos diez años.

Había decidido no acudir a las cenas que ofrecía la nobleza, ya que ella no quería incomodar a su familia. Estaba segura de que Londres jamás olvidaría su pasado. Se mantuvo dentro de los terrenos de Berkshire y se sentía útil y feliz, en especial cuando acompañaba a Madeleine al hospital o al hogar de niños. En esos lugares nadie la conocía, nadie conocía su historia ni su pasado.

Mathew y Madeleine habían madurado como matrimonio sin la presencia de Josephine. Ella se sentía más confiada y ya no dudaba de que era la dueña de su corazón. Por eso, esa noche, en que su esposo cumplía veintisiete años, como no podían dar ninguna fiesta aún por el luto, ella decidió que no pasara en vano.

Las noches aún eran frescas a inicios del otoño, por lo cual, no era una completa locura cenar en el jardín de las rosas con su esposo, a la luz de las velas. La habían ayudado a preparar la mesa y los bocadillos, pero los ramos de flores los había preparado ella, personalmente.

—¿Crees que *lady* Helen alguna vez nos contará por qué se había marchado de Berkshire? —preguntó Madeleine, después de probar el último bocado de su postre.

Últimamente no cenaba mucho, porque por las mañanas sentía unas nauseas que, indefectiblemente la llevaban al baño, y lo detestaba. Aunque ahora sabía por qué le sucedía eso, no dejaba de ser desagradable esa sensación y sólo rogaba porque el tiempo pasara y se llevara esos malestares.

—Creo que nos lo contará cuando se sienta segura y en confianza, porque debe ser algo duro —concluyó el nuevo conde.

Madeleine asintió conforme. Terminaron su postre y, después de unos buenos minutos en absoluto silencio, disfrutando nada más que de su compañía, lo miró con deseo y sonrió con picardía.

—¿Algún regalo especial que desee milord, esta noche de su cumpleaños? —preguntó, levantándose de su asiento. La brisa movía la falda de su vestido y el encaje de su escote le mostraba lo suficiente como para encender su perversa imaginación.

Las llamas de las velas bailaban como si se sincronizaran a los latidos de su corazón. Conocía esa sonrisa que empezó a dibujarse en los labios de su esposo cuando la siguió. Caminaron por el interior de la galería del jardín de

rosas y olieron las últimas que quedaban.

Mathew la rodeó con sus brazos y la apretó contra su cuerpo. Tenía el rostro muy cerca del de Madeleine, haciendo contacto por la punta de sus narices.

—Todo lo que pudiese desear lo tengo entre mis brazos, mi amor —respondió, con la voz ronca. Tenerla así había sido su mayor fantasía cuando la conoció y, cuando supo lo que era, se convirtió en su droga.

—¿Estás seguro? —preguntó ella, levantando una de sus cejas. Mathew la miró con curiosidad, pero luego asintió.

—Qué pena, iba a darte tu regalo especial —respondió ella con mucha sensualidad, mientras le acariciaba el torso y se relamía los labios.

—Pues me encantaría entonces conocer cuál es ese regalo. —La cargó en sus brazos con facilidad y caminó hacia su antigua habitación, la más alejada del castillo. Les gustaba escapar a ese lugar de vez en cuando, para reavivar la pasión sin ser descubiertos.

La recostó en la cama y empezó con un recorrido de besos que inició en su boca y llegó hasta la comisura de sus pechos, hasta donde le permitía llegar su escote. Sin dejar de mirarla, le levantó la falda y empezó a acariciarle el interior de los muslos por debajo de sus interiores, hasta que se los quitó por completo.

Le levantó la falda y luego le quitó todo el vestido. Era uno sencillo, que no requería del corsé para que le quedara bien. Observó el cuerpo desnudo de su amada, mientras empezaba a desvestirse él también.

Él estaba por poseerla cuando ella lo detuvo posando una mano en su torso desnudo. La miró con curiosidad, intentando imaginar por qué lo detenía.

—¿Estás bien? —preguntó él, apoyándose en sus dos fuertes brazos a ambos lados de su esposa. Ella asintió, mientras lo recibía entre sus piernas abiertas.

—Solo ten cuidado —le dijo ella, con los ojos llorosos, pero con una tierna sonrisa. Él la miró preocupado por un rato, hasta que entendió lo que ella le quería decir. Se quejaba de los malestares y dormía más de lo normal, se mareaba constantemente y le daban asco comidas que antes adoraba.

—¿Es... lo que pienso? —preguntó con los ojos igual de llorosos. Imaginó a un pequeño tan bello como su madre. Ella asintió con los labios apretados —. Amor mío... —susurró y la besó.

Ambos sabían que unirse no dañaría al bebé, pero ella quería una excusa para anunciarle su verdadero regalo de cumpleaños. Esa mañana se lo había

confirmado el doctor Spencer y en unos meses, lo tendría entre sus brazos. Mathew afirmaba que no le importaba si era niño o niña, con tal de que naciera sano o sana.

Hicieron el amor con una gran pasión y total entrega. Ella lo recibía entre besos y gemidos, rodeándole con las piernas mientras él seguía con ese poderoso vaivén de caderas y profundas embestidas. Arqueó la espalda y se elevó un poco para besarle el hombro y el cuello, para después darle leves mordiscos.

Ella tenía la mirada conectada a la de él y las manos le acunaban el rostro sudoroso. Cuando sintieron el tortuoso anuncio de que su pasión llegaba al límite de su resistencia, ambos gimieron y Mathew se dejó caer sobre el cuerpo de su amada esposa.

Les llevó unos minutos regularizar su respiración, minutos en los cuales se dedicaban tiernos besos y él le acariciaba el rostro. Mathew acariciaba el vientre plano de su esposa, desbordado de amor por ese nuevo ser que llegaba a sus vidas. Antes no entendía esa emoción que la gente sentía ante la llegada de un nuevo ser, pero ahora sentía todo ese amor y podía comprender lo que sintió su padre cuando supo que él existía.

Sólo sabía una cosa. De ser varón, lo llamarían Henry, por haber sido el que envió a esa maravilla de mujer a su vida. Una que le había dado el mejor regalo de cumpleaños en toda su vida y que le había dado toda la felicidad que jamás creyó merecer. Por haber sido el que les dio la idea para esa mentira que los unió.

Epílogo

Como unos años antes, para Madeleine había llegado un día muy importante, un día que había estado esperando desde que los condes de Derby le hubieran anunciado que su mejor amiga, *lady* Kate vendría a Londres para Navidad. No la había visto desde que se despidieron en Filadelfia y quería contarle que había sido muy acertado su consejo. Debía recordar darle las gracias por ello. Había abierto su corazón a la posibilidad de ser feliz y había acertado por fin.

Se removía en la cama, aún con los ojos cerrados, como acostumbraba hacer por las mañanas, pero, a diferencia del día de la boda de *lady* Kate, esta vez, unos brazos la rodeaban por la cintura y el hombre que tenía detrás, intentaba despertarla a besos.

—Estuve pensando en lo que me dijiste anoche —murmuró Mathew, con la boca pegada al hombro de su esposa. Ésta abrió los ojos lentamente y trató de recordar de qué le hablaba su marido. Pronto lo recordó y se giró sobre su cuerpo para quedar enfrentada a él.

—¿Ah, sí? ¿Y qué has decidido? —preguntó, con una sonrisa que iluminaba todo su rostro.

—Que me encantaría que diéramos esa fiesta de Navidad en Bearroc Park. —Le acomodó un rebelde mechón de su dorado pelo detrás de la oreja. Faltaban unos días, pero debían enviar las invitaciones—. Invitaremos al doctor Spencer y a su familia y también a los del hogar de niños. Sería estupendo pasar una Navidad entre las personas que amamos. —La miró a los ojos y ella asintió.

—¡Será una hermosa fiesta, cariño! ¡Por fin podré conocer al pequeño Archie! Aún no lo conozco y ya me muero de amor —comentó emocionada. Lo reflejaba con todo su cuerpo.

Mathew la tomó del mentón y la besó.

—Porque tú estás hecha de amor, cariño. —Le acarició el rostro con el pulgar y admiró ese rostro angelical que tenía enfrente. Ella se acurrucó mejor entre sus brazos y se quedó pensativa. Hacía un frío arrullador afuera, así que no tenían intenciones de levantarse temprano.

Mathew acariciaba el vientre abultado de su esposa, como si estuviese

seguro de que el pequeño ser en su interior lo estuviese sintiendo.

—¿Hubieses imaginado algo así como lo que nos contó *lady* Helen anoche? —preguntó Madeleine, con un toque de picardía en la voz.

La hermana de *lord* Charles había estado algo enferma los últimos días y tanto Madeleine como Mathew pasaban cada noche a hablar con ella para ponerle al tanto de lo que hacían en el día. Ella oía emocionada todo lo que le contaban, como si de una novela se tratara. Los meses que llevaba en Bearroc Park le habían devuelto la vida que había perdido en completa soledad.

Madeleine y la señora Cromwell habían desconfiado por un tiempo de las verdaderas intenciones de la mujer, pero terminaron convenciéndose de que eran meras impresiones suyas. La señora Mildred había abogado un poco por ella, al igual que las gemelas. Entendieron que ella no ganaba nada con perjudicarlos y se veía feliz rodeada de tanta gente. Disfrutaba de las tardes conversando con quienes querían pasar un tiempo oyendo sus hazañas de juventud, aunque siempre se detenía en cierta etapa de su vida.

La noche anterior había encontrado por fin las palabras correctas para contar esa parte de su historia que había ocultado por tanto tiempo. Había encontrado el álbum familiar y en él una foto de su boda. Parecía feliz y muy joven, con un vestido digno de la realeza y del brazo de un hombre que apenas sonreía para ser el novio.

—Debí haberlo notado ese día —empezó a relatar la mujer—, pero creo que estaba encantada con esa seductora frialdad que no vi sus verdaderas intenciones. Lo nuestro también fue una mentira, pero no como la vuestra. En mi historia, yo había estado enamorada, pero él sólo necesitaba mi dinero y mi prestigio. ¿Podéis creer que me pegaba? —Los miró por el rabillo del ojo. Parecía muy entristecida. Evidentemente, a pesar de todos los años le dolía—. Perdí dos bebés a consecuencia de eso —resolló. Mathew le acariciaba la mano y Madeleine el pelo.

—No necesita continuar... —susurró Madeleine, intercambiando miradas con su esposo.

—Sí, eso es —afirmó Mathew.

—Es que llevo demasiados años callando y no dejo de pensar que fue culpa mía. Necesito contar que sí me escapé con un hombre, pero no era un amante, como lo había dicho mi despedido esposo. Por lo menos, no lo había sido en ese momento —recordó pensativa y con una leve sonrisa en los labios. Ese parecía un recuerdo que guardaba con cariño—. Mi marido se encargó siempre de quedar como el más correcto ante todos, así que no fue difícil que

creyeran su historia. Mis pérdidas habían sido siempre por mi torpeza al andar. —Apretó los labios con rabia. Se podían ver las lágrimas asomar en esa triste mirada—. También los moratones eran por eso. Pero Charles lo notó y me creyó. Fue el único que me tendió la mano. Bueno, ya éramos sólo nosotros.

—Mi querido conde —susurró Madeleine, mirando hacia arriba. Sabía que ese hombre era más bueno de lo que quería demostrar, detrás de ese rostro firme y serio, pero con sonrisas para todas las ocasiones.

—Me escapé una madrugada y vine aquí. Charles ni siquiera pensó en devolverme, como lo hubiera hecho cualquier otro hombre. Él cargó suficiente dinero en una bolsa de piel y me llevó a casa de un amigo de ambos. Samuel era un chico encantador y amante de los riesgos que podrían costarle la vida. No dudó ni un segundo en hacerse cargo de una esposa fugitiva. —Suspiró temblorosa—. Me salvó en todos los aspectos en los que se puede salvar a una persona. Me llevó a Liverpool, a la casa de una tía viuda, la abuela de Mathew y ahí me quedé por unos años, hasta que mi desquiciado esposo dejó de buscarme.

—¿Nunca la encontró? ¿No se le ocurrió buscarla en ese lugar? —preguntó Mathew, completamente asombrado con lo que oía. La mujer negó con la cabeza y sonrió.

—Fue por eso que Charles fingió haberme repudiado, para que él creyese que no quería saber nada de mí, al igual que toda nuestra familia. Le había convencido de que yo había huido con un hombre y que nadie de mi familia me apoyaría. Nadie en su sano juicio apoyaría a una adúltera —sonrió con anhelo—, pero siempre supe que Charles estaba un poco loco. Por supuesto, todo Londres se hizo eco de mi desaparición, aunque yo aparecía de tanto en tanto por ahí, para intentar recuperar mi dignidad.

—¿Y por qué se mantuvieron separados después de tantos años? —indagó Madeleine, quien se apoyaba por los codos en el borde de la cama.

—Porque Charles no esperó que yo me enamorara de verdad de Samuel. Era su mejor amigo y lo vio como una traición. Se suponía que él solo debía llevarme a Liverpool y volver, pero eso no sucedió. Discutieron, no se volvieron a hablar, Charles me culpó de ello, me detestó por un tiempo, pero, cuando Margaret murió, decidí venir por fin y hacer las paces, pero él estaba muy dolido y yo fui una cobarde. Me fui sin decirle lo mucho que lo amaba y lo echaba de menos. Yo estaba viniendo para arreglar las cosas, pero no llegué a tiempo. Mi querido hermano se fue sin oír mis disculpas.

La mujer gimió y se limpió las lágrimas.

—Estoy segura de que él lo sabía. Era un hombre muy sabio —repuso Madeleine, dándole unos golpecitos sobre la mano.

—Por eso volví, por eso necesitaba quedarme. Necesitaba hacer las paces con este lugar, porque era como si lo hiciese con mi propio hermano. Necesitaba la familia que me robaron durante tantos años, necesitaba saber que no moriría sola, en una fría habitación en Liverpool.

—Pues sola no morirá —afirmó Mathew, con la voz firme—. Y espero que disfrute de su nueva familia —añadió.

—Creo que no bastará el tiempo para agradeceros lo que hacéis por esta vieja solitaria, por eso, gracias. Sé que Henry hubiese hecho lo mismo. Vosotros, los hombres Howard, sois una joya. Has ganado la lotería, Madeleine, porque tuviste a dos de ellos.

Todos sonrieron, aunque la aludida parecía un poco sonrojada. Al decirlo así, sonaba un poco vergonzoso.

—¿Alguna vez nos contará la historia que surgió entre Samuel y usted? —preguntó Madeleine, aún sonrojada, pero animada. La historia se ponía cada vez más interesante, pero la decepción la invadió al ver que la mujer negó con la cabeza.

—Eso, querida, lo dejaré para otra ocasión, pero créeme, la querrás oír.

...

Todo Bearroc Park estaba adornado para recibir la Navidad. La nieve lo cubría todo, haciendo que, mirara donde se mirara, se viera una alfombra blanca. Las cálidas luces se podían ver desde el exterior del castillo, en cuyo interior sonaban los acordes de un cuarteto de cuerdas.

William Aldrich paseaba en brazos al pequeño Archival, mientras las dos amigas se ponían al tanto antes de que la cena se sirviera. Mathew también estaba inmerso en el cuidado del pequeño, como si eso le sirviera de práctica.

Lady Kate se mostró al borde de las lágrimas al volver a ver a su mejor amiga tan bien como la vio, y más aún al enterarse de que estaba encinta. Era otro el semblante que tenía cuando se habían despedido con destino incierto, pero esta Madeleine estaba completamente recuperada.

El comedor estaba repleto de invitados, pero nadie interrumpió a las amigas, quienes a medida que la noche avanzaba, encontraban más temas de los cuales hablar, hasta que Madeleine recordó que debía agradecerle por toda la ayuda que le había brindado.

—Creo que nunca podré agradecerte como mereces —dijo Madeleine, después de abrazar a su amiga con cariño—. Tú fuiste un ángel cuando más lo necesité. Fuiste una gran y valiosa amiga, mientras todas las demás me repudiaron. Me recordabas que no estaba sola con cada carta que me enviabas. Sabía que, pasara lo que pasara, tú estarías ahí para mí.

—Vas a hacer que se me salgan unas lágrimas —le reclamó *lady* Kate. Llevaba puesto un vestido verde esmeralda que hacía un maravilloso contraste con su blanca piel.

—Estuve a punto de cerrar mi corazón para siempre. Me asaltaba a diario el temor de enamorarme de Mathew y que la vida me lo reclamara otra vez. Temía que él corriera con la misma suerte que mis padres o Henry. —Suspiró y acarició su abultado vientre. Miró a su esposo llevando en brazos al pequeño querubín de los Aldrich y sonrió—. Afortunadamente, no fue así y aquí nos tenéis, a punto de aumentar la familia.

Lady Kate extendió la mano y la posó sobre la mano de su amiga, con la cual acariciaba su panza. Ambas se mostraban exultantes de felicidad.

—Soy muy feliz al ver que tú también lo eres. No te imaginas cuánto le pedí a Dios que te ayudara, que te devolviera esa sonrisa y, sobre todo, que te regalara un amor como el que teníamos William y yo.

—Asumo que te escuchó y más de lo que te imaginas. Me dio mucho más de lo que esperaba. Ahora tengo una familia, amigos maravillosos y un hogar —dijo Madeleine.

—Por cierto... ¿Nadie descubrió lo de Mathew? —preguntó *lady* Kate, casi en un susurro.

Madeleine miró a su alrededor y negó con la cabeza al ver que todos estaban concentrados en el coro de niños del hogar que se preparaba para entonar villancicos en el salón. Mathew hablaba con el duque de Norfolk y con otros invitados, para luego disculparse y disponerse a buscar a su esposa. Había llegado el momento de dar por iniciada la cena de Nochebuena y todos iban tomando sus asientos.

—Los que lo descubrieron, no hablarán. —Recordó a Jeremy y la carta que le había dejado. Nunca nadie había mencionado otra carta, así que asumieron que sólo se había despedido de Madeleine—. Evitamos al máximo coincidir con personas que conocían demasiado a Henry. Afortunadamente, no tuvimos que ir a la boda de su abogado, por el delicado estado de salud del conde, pero sé que esto no ha acabado. Debemos seguir siendo muy cautelosos.

—Querida, la cena está servida —mencionó Mathew, al llegar junto a las

damas. Madeleine asintió y *lady* Kate agarró el brazo libre que le ofreció el esposo de su mejor amiga para conducir a ambas mujeres al comedor—. Me siento muy afortunado de escoltar a dos bellezas —continuó, con una radiante sonrisa. Ambas mujeres rieron e intercambiaron miradas cómplices.

Madeleine había dispuesto una mesa igual de hermosa como la que ellos tenían enfrente, para los sirvientes en el ático. Por supuesto, éstos cenarían un poco más tarde, pero con los mismos manjares que sus señores. Royers esperaba atento a que el conde iniciara su discurso de bienvenida para indicar a Gregory y a Timothy para que empezaran a servir la cena. Olie y Dafne observaban ansiosas todo lo que ocurría en el salón.

Ambas admiraban, especialmente, los detalles de los vestidos de las damas presentes, pero en especial el de Madeleine, el cual, a pesar de ser negro, le quedaba fenomenal. Llevaba el pelo recogido y engalanado por su brillante diadema. *Lady* Helen también llevaba luto, pero parecía muy feliz con todos los presentes.

—Queridos amigos —dijo Mathew, iniciando su discurso—: Esta noche es especial, no solo porque pronto recibiremos a la Navidad, sino porque lo hacemos rodeado de vosotros. Bearroc Park es muy afortunado de teneros hoy para compartir una fecha donde se recuerda el amor y la paz, pero sobre todo las buenas nuevas. Una noche en la que celebramos el amor, la amistad y la vida. —Miró a su esposa. Todos los sirvientes y los invitados presentes atendían las palabras de Mathew con mucha alegría—. Siempre me habían dicho que algún día sería un conde, y que eso debía asumirlo con mucha responsabilidad, porque no solo debía cuidar del patrimonio que heredaría, sino también a las maravillosas personas que lo cuidaban. No esperaba gran cosa, solo una vida monótona y tranquila, en compañía de una esposa a la que, tal vez, ni siquiera amaría, pero el destino se encargó de poner en mi camino a esta maravillosa mujer a quien amo con todo mi corazón, la madre de mi futuro hijo o hija, mi compañera y amiga, sobre todas las cosas. —Miró de nuevo a Madeleine y ella tenía los ojos llorosos, pero parecía feliz—. Supe entonces que ya nunca estaría solo y soy muy feliz. Sí, se llevó a mi tío, el conde, pero me trajo en su lugar a otra maravillosa mujer que ocupó ese lugar que él dejó, *lady* Helen.

La mujer asintió con una emotiva sonrisa y llevó una mano al corazón.

—Ella tuvo que pasar por muchas tempestades e injusticias para volver a su hogar, porque este es su hogar, y esta es su familia. La vida es muy corta para vivir con rencores y solos, así que aquí la tenemos y esperamos que todos

la respeten y le den una oportunidad —prosiguió, para después tomar una copa cargada de champán y levantarla—. Yo, Henry Howard, junto a mi querida esposa Madeleine, condes de Berkshire, os deseo a todos una muy feliz Navidad.

Todos levantaron sus copas y brindaron por esas palabras. Todos los que conocían la mentira se miraron y en sus ojos se podía notar la maravillosa complicidad que los unía. *Lady* Helen miró a Mathew y éste hizo una leve reverencia, mientras que *lady* Kate miró a su amiga y le guiñó un ojo. Los sirvientes tenían la misma mirada cómplice hasta el final. La señora Parker, quien, por supuesto estaba también invitada esa noche, los miró a todos y a cada uno con el pecho inflado de orgullo y felicidad. Todo cuanto había deseado para su querida sobrina se había cumplido.

Una mentira los había unido, una mentira los había convertido en condes, en familia, en amigos, en amantes. Definitivamente, ese puente caído la había hecho tomar un camino diferente, uno que la había hecho sufrir, llorar, pero también la había conducido a la felicidad.

Fin

Agradecimientos

Quiero agradecer de manera especial a Celia, Carolina, Carmen, Nikko, Katherina y Elizabeth, por toda la ayuda y el apoyo que me han brindado siempre desde que las conocí. También a mis queridos lectores, por darme siempre palabras de aliento y apoyarme en cada uno de mis proyectos. Sin ustedes, esto no hubiera sido posible.

Si les gustó el libro, les agradecería, de todo corazón, una valoración y su opinión respecto a lo que les pareció. Lo escribí con muchísimo cariño para ustedes, pero sé que siempre se puede mejorar. Hasta la próxima historia.

